CARAS Y CARETAS

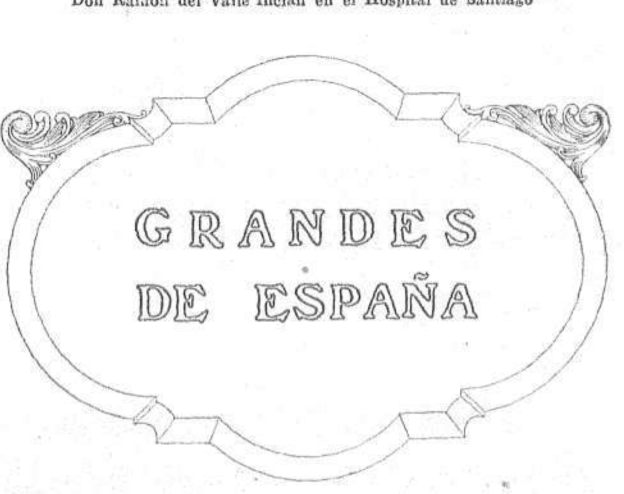


BALCONEANDOLA

Justo. — ¿Qué les pasa?

De Tomaso. — Están reorganizando el partido.

Dickman. — Nos conviene que lo sigan reorganizando así.



ESTE GRAN DON RAMÓN...

¿Y don Ramón?... ¿Y don Ramón del Valle Inclán?...

Nos dan malas noticias. En Santiago de Compostela, en su Santiago de Compostela, que tanto ama, ha sido operado; ha estado largos y horribles días en frío lecho de hospital, de hora en hora más débil. (Le vemos magro, puras barbas, en un lecho de mantas blancas, cerca siempre la monja, pálida en sus blancas tocas, trayendo la blanca taza de caldo de los enfermos, entre aquellos muros blancos.) Nos dan malas noticias. Nadie ha vuelto a saber de él. Seguramente le ha ganado el corazón una lenta agonía que se lo llevará. (Le vemos quieto, sin otra vida que el agitado respiro, tan inclinado hacia la muerte que entre él y ella no media más que la distancia de un último verso.) ¡Malas noticias! Ahora parece que se ha refugiado en su ría de Galicia, a morir. (Le vemos en lejanía, alto, flaco, un poco anacorético, muy fantasmal, borrándose para siempre entre el orvallo de una llorosa niebla.) ¡Malas noticias! Acaso demasiado pronto, en su ría de Galicia, va a ponerse, tan glorioso como triste, su postrero sol.

Nos apenamos de sincero corazón, porque le queremos desde la adolescencia cordobesa. En las noches literarias del paseo de Sobremonte o del Parque de Crisol, su nombre de noble y opulento señor feudal (*don Ramón del Valle Inclán*) estaba siempre en las conversaciones del cenáculo. ¿Nada más que esto? Su verso, a no dudarlo, estuvo presente en la hora de la revelación, entre las mejores melodías. Más tarde, su teatro nos abrió las puertas de la leyenda. Y esto no es todo. Anécdotas


Don Ramón del Valle Inclán en el Hospital de Santiago

suyas omos — fieras y dulces — de dejar pensativo a un gigante. Y aunque nunca nos habíamos arrimado a él, sabíamos de su hosca figura, según nos lo pintaban; de su agria hurañía; de sus cosas insólitas. Y así, asimismo católico feroz y santo terrible, le amábamos por la gracia de su arte. Le amábamos como aun le amamos.

Y ahora nos dicen que se muere. En su ría simbólica, paso a paso, se va acercando «a la mar, que es el morir»; al más allá sin riberas. Nos vienen luego a la memoria versos suyos, de aquel su delicioso cuento abrileño:

—¿Y más allá,
[mi trovador?
—El azul en
[lontananza.
—¿Y más allá?...
—Siempre el azul
[de la esperanza.

¡Siempre el azul de la esperanza! Palabras que ayer fueron definición del ensueño, parecen hoy interpretación de la muerte.

Pena grande. Hemos llegado tarde a España. Ya que es así, borremos al menos de la mente esa imagen de hospital que nos han sugerido. No veamos sino la del medallón magnífico que Rubén Darío cincelara:



Este gran don Ramón de las barbas de chivo,
cuya sonrisa es la flor de su figura.

Pasa el tiempo. Y un día Xavier Bóveda — creo que el más joven y sé que el más druídico de los poetas gallegos de hoy — entra en mi hotel, contentísimo, con la buena nueva: don Ramón del Valle Inclán está en Madrid, y nos espera a las seis de la tarde en el Café Regina, de la calle de Alcalá.



Y allí le encontramos en rueda de escritores, más fuerte y más sano que nunca, departiendo dichoso, suavemente encantado todavía de convalecencia y de renovada dicha de vivir. Nos da la mano efusivo. Nos sonríe patriarcal. No oculta que le place nuestra amistad de lejano amigo que la vida tardíamente aproxima. Y bien: este hombre que era, según tanto dicen, zahareño, intemperante, torvo, señor de horca y cuchillo, es todo sonrisa. O siempre tuvo con él, gran parecido el medallón de Rubén Darío, o él finalmente ha adquirido esencial semejanza con la imagen del medallón:

¡Este gran don Ramón de las barbas de chivo,
cuya sonrisa es la flor de su figura!

Barbas de chivo... Nada más cierto... Y unos anteojos de carey que le prestan por momentos gravedad doctoral... Y unos cabellos canos... Y un cuello blando... Y una corbata al desgaire... Y una mano cordialísima que se ofrece toda, única... (La otra se dió totalmente ya.) Considerad el ogro más amistoso del mundo.

Se habla de las viejas ciudades santas de España; de Toledo, de Segovia... Sus opiniones son cortantes y chispeantes como hachas al sol.

— A Toledo fuí un día, por fiesta de Corpus Christi... ¿sabe usted con quién?... con Alberto Gerchunoff... Horrible. Habían colgado damascos al lado de percalinas. Era horrible. Gerchunoff estaba agobiado.

Con lo que hace el elogio de este alto escritor y de sus *Gauchos Judíos.*

— ¿Y Segovia?

— A Segovia fuí con Julio Romero, a ver torear a Belmonte... Nos volvimos abrumados.

— ¿Y Granada?

— Salvando lo que corresponde al Renacimiento, Granada, — afirma con calma — es tonta, completamente tonta.

Otras son las ciudades que él prefiere. Así, León. ¡Qué luz la suya! ¡Qué clarísima luz! Y Sevilla. ¡Y Sevilla! Ciudad para vivir mucho tiempo, amándola, y comprendiéndola más cada día. Y sobre todas, Santiago de Compostela, Roma de España.

Como sonríe, recaemos en el recuerdo del soneto de Darío. Entonces él habla del poeta; habla como si lo estuviera viendo; como si Darío estuviese allí cerca; como temiendo ser oído. Su palabra resbala suave hasta el corazón en el silencio que entre todos le hacemos...

— Darío... Era un niño. Era inmensamente bueno. Vivía en un santo terror religioso. Sin cesar veía cosas del otro mundo No había cosa, mejor dicho, que no se le proyectara allá. Era un niño. Ni orgulloso... ni rencoroso... ni ambicioso... No tenía ninguno de los pecados angélicos. Lejos como nadie de todo pecado luzbélico, él no conocía otros pecados que los de la carne. Era goloso, a veces glotón, era sensual, era muelle... Todo eso muere con la carne. Su alma era pura, purísima. (Y está en el cielo.)

No lo dice, pero todos se lo oímos: que basta para decir «está en el cielo», un temblor de los labios (le han temblado) o levantar los ojos (y lo ha hecho).

Un amigo le pregunta por Méjico, adonde no ha mucho anduvo. Al punto, su semblante se ilumina. ¡Cómo le ha gustado Méjico, ciudad de piedra, urbe sacra! ¡Y con qué ojos encendidos de piedad y de amor ha mirado al indio, y con qué mirada de indignado veedor ha visto al no pasado encomendero! En Veracruz, junto a la borda del buque, a tiempo de zarpar, viendo por la vez última al expoliado hijo de Moctezuma, temblándole de coraje y de ira la mano, escribió estos versos que la fama debe desparramar de Norte a Sur por América:

¡Adiós te digo, con tu gesto triste,
indio mexicano!
Adiós te digo,
mano en la mano.

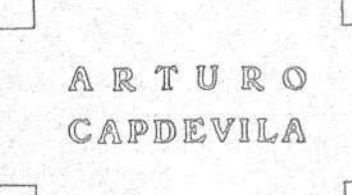
¡Indio mexicano
que la encomienda tornó mendigo!
¡Rebélate y quema las trojes del trigo!
¡Rebélate, hermano!

Rompe la cadena. Quebranta la peña
y la adusta greña
sacuda el bronce de tu sien.
Como a Prometeo te vió el visionario
a las siete luces del Tenebrario,
bajo las arcadas
de una nueva Jerusalén.

Indio mexicano,
mano en la mano,
mi fe te digo.
Lo primero
es colgar al Encomendero,
y después segar el trigo.

Indio mexicano,
mano en la mano,
Dios por testigo.

¿En dónde estamos? ¿En un café de la calle de Alcalá, o en el Templo de una Justicia Nueva? ¡Adiós, don Ramón; mano en la mano; que Dios bendiga y multiplique la palabra de los que aman al débil y al huérfano, y no temen al inicuo poderoso.







EN nombre de Su Majestad Imperial el zar Pedro I, voy a proceder a la inspección de este asilo!»

Estas palabras fueron pronunciadas en voz alta, incisiva y metálica. El empleado del hospicio, que, sobre la mesa manchada de tinta, inscribía al enfermo en un registro pringoso y deshojado, no pudo menos que sonreír; pero, a los dos hombres que acompañaban al recluso, maldita la gracia que la ocurrencia les hizo. Y es que a duras penas podían mantenerse en pie, al cabo de las cuarenta y ocho horas pasadas sin dormir, frente a frente con aquel loco que acababan de traer en el ferrocarril.

En la penúltima estación había redoblado su locura furiosa; se tuvieron que ingeniar para encontrar una camisa de fuerza y se la colocaron ayudados por los guardas del tren y un gendarme.

Fué así como pudieron transportarle hasta la ciudad para internarle en el manicomio.

Espantaba sólo el verle. Por encima de su traje gris, hecho jirones en uno de sus accesos, una camisa de tela cruda le envolvía el cuerpo. Las largas mangas le tenían los brazos cruzados sobre el pecho y se hallaban anudadas por la espalda. En sus ojos febricientes, muy abiertos, — no dormía desde hacía, lo menos, diez días, — brillaba una llama ardiente y fija. Una convulsión nerviosa agitaba el borde de su labio inferior. Sus cabellos crespos, enmarañados, caíanle sobre la frente cual una melena bestial. Con paso torpe y precipitado iba de uno a otro rincón de la estancia, examinando con insistencia los viejos armarios atestados de papeles y cartapacios y las sillas enfundadas con una tela encerada. Por momentos lanzaba una mirada a los que le habían acompañado.

— Condúzcanle a su pabellón. A la derecha.

— ¡Ya sé, ya sé! Ya estuve con ustedes, aquí, el año pasado: visitamos el hospital, si no me equivoco. Conozco todo, ya estoy práctico, — dijo el enfermo.

Se dirigió hacia la puerta que uno de los guardianes abrió a su paso. Con el mismo paso, decidido, levantando mucho su loca cabeza, salió de la oficina y, echando luego poco menos que a correr, tomó por la derecha hacia el pabellón de los enfermos mentales.



Los que le acompañaban, apenas si podían seguirle.

— ¡Llama! ¡Yo no puedo más: me habéis ligado los brazos en una forma! — díjoles.

El conserje abrió la puerta y entraron por la galería adelante.

Era una gran construcción de piedra, levantada de acuerdo con los cánones de la antigua arquitectura oficial. Dos grandes salas: una, el refectorio; la otra, una habitación común para los enfermos tranquilos. Un largo corredor con una puerta acristaladá comunicaba con el jardín abundante en flores. Además, una veintena de habitaciones particulares donde se recluían los enfermos más peligrosos. Tal era la disposición de la planta baja. Se habían dispuesto, además, otras dos cámaras sombrías, una tapizada y la otra recubierta con maderas. Finalmente estaba la sala de duchas, grande y siniestra. El piso superior estaba dedicado a las mujeres. De él llegaba un rumor confuso, entrecortado por gritos y lamentaciones. El hospital había sido construído con capacidad para ochenta reclusos, pero, como servía para varias localidades de la provincia, a veces llegaba a albergar hasta trescientos. En las salas pequeñas había cuatro y cinco lechos. En invierno, cuando no se permitía a los enfermos salir al jardín, y, detrás de las rejas de hierro, las ventanas se cerraban herméticamente, era cosa de ahogarse.

Introdujeron al recién llegado en la sala de baños. Una persona sana se hubiera sentido molesta en aquel lugar. Su acción sobre una imaginación turbada y excitada debía ser penosísima. Era un gran recinto abovedado, cubierto por piedras toscas, que iluminaba una única abertura practicada en uno de sus ángulos. Los muros y las bóvedas, pintados al aceite, eran de un color rojo intenso. En el piso, negro y sucio, y a su nivel, había dos filetes de piedras, semejantes a dos fosas ovales, llenas de agua. Una enorme hornalla, con una caldera cilíndrica para calentar el agua y todo un sistema de tubos y robinetes de cobre, ocupaba el ángulo opuesto de la ventana. Todo tenía un aspecto singularmente lúgubre y fantástico para un espíritu turbado, y el encargado de los baños, un paisano de la pequeña Rusia, obeso y obstinadamente ta-

citurno, acentuaba con su fisonomía sombría esta impresión.

Cuando se hizo penetrar al enfermo en aquella imponente cámara para hacerle tomar el baño, y según el método del médico jefe del hospital aplicarle un vejigatorio en la nuca, fué presa de un acceso de espanto y furor. Los pensamientos más absurdos y monstruosos se agitaron en su cabeza. ¿Qué era aquello? ¿La inquisición? ¿Un lugar de suplicio secreto donde sus enemigos le habían arrastrado para finar con él? ¿No sería el mismo infierno?... Se le ocurrió que aquello era una especie de prueba. Le desnudaron pese a su resistencia desesperada. Con fuerza que duplicaba la enfermedad, llegaba a escaparse de las manos de los enfermeros o les hacía caer al suelo. Al fin, entre cuatro, le abatieron, le cogieron por brazos y piernas y le sumergieron en el agua tibia. Se le ocurrió que ésta estaba hirviendo, y he aquí que en su mente surgió la idea insensata de que aquel era el suplicio del agua caliente y el hierro al rojo. Sofocado por el agua, pujaba por agitar brazos y piernas que los guardianes sostenían sólidamente; se ahogaba y decía palabras incoherentes de las que no es posible formarse una idea si no se las ha escuchado alguna vez, mezcladas a las plegarias y las imprecaciones.

Gritó hasta que no pudo más. Entonces, con lágrimas ardientes, dulcemente profirió palabras completamente distintas de las que hasta entonces había dicho.

— ¡San Jorge, gran mártir! ¡He abandonado mi cuerpo entre tus manos; pero, mi alma, mi alma no! ¡Oh, no!

Los guardianes continuaban sosteniéndole, por más que se hallaba tranquilo: el baño tibio y la bolsa de hielo sobre la cabeza, habían producido su efecto. Mas, cuando le retiraron del agua casi desvanecido y le sentaron en el taburete para aplicarle el vejigatorio, lo que le restaba de fuerzas y locos pensamientos llevóle a una nueva explosión.

— ¿Por qué? ¿Por qué? — gritaba. — ¡Yo no le he hecho daño a nadie! ¿Por qué me van a matar? ¡Oh, oh, oh!... ¡Oh, Señor! ¡Oh, santos a quien sacrificaron antes que a mí, libradme de este suplicio!

El contacto ardiente sobre la nuca le hizo debatirse furiosamente. Los enfermeros no sabían qué hacer.

— No queda otro remedio, — dijo el que había practicado la operación. — Hay que levantarle.

Estas simples palabras hicieron temblar al loco.

— ¿Levantar qué? ¿Levantarme qué?... — exclamó, y poseído de un miedo cerval, cerró los ojos.

El enfermero tomó por ambas extremidades una toalla gruesa y se la pasó por la nuca, frotando con fuerza. Le arrancó la piel al mismo tiempo que el vejigatorio, dejando al descubierto una desolladura roja.

El dolor de aquella operación, insoportable aun para un hombre sano y tranquilo, para el enfermo fué como el final de todo. Se lanzó desesperadamente, escapó de las manos que le agarraban y rodó por el suelo. Creía que le habían cortado la cabeza. Quiso gritar, mas no pudo. Le transportaron hasta su lecho en un estado de desvanecimiento que pronto trocóse en un sueño mortal, profundo y prolongado.

II

Se despertó durante la noche. Todo estaba tranquilo. En la habitación vecina se escuchaba el roncar de los reclusos que dormían. En alguna parte, lejos, un loco a quien habían encerrado en una celda, hablaba solo con voz monótona y rara. Arriba, en la sección de las mujeres, una voz ronca entonaba una canción salvaje.

El demente prestó oído a aquellos ruidos. Sentía un debilitamiento extraño, una debilidad en todos sus miembros. Su cuello le hacía sufrir. «¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido?» se preguntaba. Y, repentinamente, con una extraordinaria lucidez, el último mes de su vida con todas sus incidencias, apareció en su memoria: comprendió que se hallaba enfermo y cuál era su mal. Recordó una serie de pensamientos, palabras y acciones absurdas. Aquello hizo temblar su cuerpo. «¡Pero, esto ha concluído, gracias a Dios! — murmuró. — ¡Esto ha terminado ya!» Y, se durmió otra vez.

Una ventana abierta, con una reja de hierro, daba sobre un estrecho pasadizo, entre las grandes construcciones del hospital y un muro de piedra. Nadie transitaba por allí y estaba cubierto de zarzas salvajes y lilas magníficamente floridas en aquella época del año.

Detrás de los arbustos, frente a la ventana, se veía la sombría muralla. Y, sobresaliendo, bañadas por la claridad lunar, las ramas altas de los árboles del parque vecino. A la derecha se levantaba uno de los más grandes pabellones del hospital, con sus ventanas guardadas por gruesas rejas y a través de cuyos cristales columbrábanse las luces del interior; a la izquierda se levantaba descolorido, el muro del anfiteatro. A través de las rejas de la ventana, la luz de la luna caía en el interior de la estancia, sobre el piso, iluminando una parte del lecho y el rostro del enfermo, pálido, doloroso, con los ojos cerrados. Nada había en él de loco en aquellos momentos: era un sueño profundo y pesado cual el de un hombre agobiado, sueño sin pesadillas, sin el menor movimiento, casi sin respiración.

Por algunos instantes se había despertado, en plena conciencia, cual si estuviera sano de espíritu, para levantarse más tarde, llegada que era la mañana, tan loco como siempre.

III

¿Cómo te sientes? — le preguntó el doctor al día siguiente. — El enfermo que acababa de despertarse estaba aún en el lecho.

— Muy bien, — respondió levantándose precipitadamente, calzándose y cubriéndose con su capote. — ¡Perfectamente! Sólo que hay una cosa... ¡Mire usted! — Le mostró su nuca. — No puedo mover la cabeza sin que me duela. ¡Pero no es nada! ¡Todo irá bien si se conocen las cosas, y yo vaya si no las comprendo!

— ¿Sabes dónde estás?

— Seguramente, doctor; estoy en un manicomio. Pero, desde el momento que lo sé, me es absolutamente y por completo indiferente.

El médico le miró fijamente los ojos. Tenía el doctor un rostro regular, bien cuidado, una barba dorada,



esmeradamente peinada, los ojos tranquilos, azules, mirando con mansedumbre a través de sus gafas con montaje de oro. Inmóvil, impenetrable, le observaba.

— ¿Qué tiene usted para mirarme así? ¡No leerá lo que hay en mi alma, — continuó el paciente, — mientras que yo leo claramente en la suya!... ¿Por qué hacen ustedes tanto mal? ¿Por qué han recogido esta turba de desgraciados y por qué los tienen encerrados aquí? A mí me es igual: comprendo todo y estoy tranquilo; pero... ¿ellos? ¿Para qué estas torturas?... El hombre que ha llegado a llevar en su alma un gran ideal, un pensamiento generoso, es indiferente a todo esto, al lugar donde se encuentra, a lo que sufre, y aun le importa vivir o no vivir. ¿No es así?

— Puede ser, — respondió el médico, — y se sentó en una silla que había en un rincón de la habitación, de manera que podía ver al enfermo ir y venir rápidamente ante él, haciendo sonar sus chanclos de cuero y agitando los faldones de su capote de lana obscura con grandes rayas rojas.

El personal que acompañaba al doctor, el practicante y un guardián, se mantenía en guardia, cerca de la puerta.

— ¡Y yo he tenido una idea genial! — exclamó el loco. — Cuando la descubrí me sentí como transfigurado: mis sensaciones tornáronse más agudas y mi cerebro trabajó como nunca. Lo que siempre llega por el largo camino del razonamiento y de las hipótesis, yo lo concebí inmediatamente por intuición. Sorprendí en mí esta gran idea, que el tiempo y el espacio no son sino ficciones. Yo vivo en todos los siglos, yo vivo fuera del espacio, en todas y en ninguna parte, como usted quiera. Es por eso que me resulta indiferente que se me retenga aquí o se me deje andar según mi capricho; ser libre o estar encadenado: lo mismo me da. Sé que aquí hay algunos hombres como yo; pero, para la gran mayoría, para los otros, esta situación es espantosa. ¿Por qué no les dejan ustedes en libertad? ¿Por qué?...

Aquí el médico le interrumpió:

— Has dicho que vives fuera del tiempo y del espacio. Así y todo, es imposible que no convengas conmigo en que nos hallamos juntos en esta estancia y que son, — el doctor sacó el reloj. — las diez y media del día 6 de Mayo de 18... ¿Qué opinas de esto?

— Nada. Me es indiferente saber dónde estoy y a qué hora vivo. Si eso me es indiferente ¿no es, acaso, por lo mismo, porque yo estoy en todo y en todo tiempo?

El médico sonrió:

— Es una extraña lógica — dijo, levantándose, — Puede que tengas razón. Adiós. ¿Quiéres un cigarro?

— Gracias. — Se detuvo, cogió el cigarro y, nerviosamente, le cortó la punta con los dientes. — Esto me ayudará a pensar, — dijo. — Este es un mundo, un microcosmos. De un lado, los álcalis, del otro los ácidos... Tal es, igualmente, al equilibrio del universo en el cual se neutralizan los principios opuestos... ¡Adiós, doctor!

El médico salió. En su mayoría los enfermos le aguardaban de pie, cerca de sus lechos. Ninguna autoridad obtiene tanta obediencia de sus subordinados como un médico psiquiatra de sus locos. El demente, en cuanto quedó solo, comenzó a pasearse con paso mesurado, de uno a otro extremo de la celda. Le llevaron el te. Sin sentarse, vació en dos tragos su gran taza y, casi en un segundo, comió su gran trozo de pan blanco. Inmediatamente salió de la habitación, y, durante algunas horas, anduvo sin detenerse con paso rápido, por todos los lugares del edificio. El tiempo estaba lluvioso y no se permitía a los reclusos salir al jardín. Cuando el practicante mayor preguntó por el nuevo recluso, se le indicó un extremo del corredor. Estaba de pie, la frente apoyada contra el cristal de la puerta, mirando fijamente hacia afuera, hacia el jardín. Una flor de un rojo intenso, una especie de amapola, había llamado su atención.

— ¿Quiere venir a pesarse? — le dijo el practicante tocándole un hombro.

Mas cuando el enfermo volvió hacia él el rostro, a punto estuvo de retroceder espantado, tal era la ferocidad y el odio que brillaba en los ojos del loco. Este, empero, a la vista del practicante, cambió la expresión de su rostro y le siguió dócilmente, sin proferir una palabra, como abismado en una profunda meditación. Llegaron al gabinete del médico. El enfermo subió sobre la plataforma de una pequeña balanza. Después de pesarle, el empleado anotó en el registro: 109 libras. Al día siguiente fueron 107, luego 106.

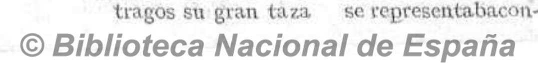
— Si continúa así, — dijo el médico, — no va a soportar mucho. — Y, ordenó que se le alimentara lo mejor posible.

Pese a todo aquello, y a su extraordinario apetito, el desdichado adelgazaba de día en día, y cada vez había que anotar menos libras en el registro. El loco casi no dormía y se pasaba los días en una incesante agitación.

IV

Tenía plena conciencia de que estaba en un manicomio. Tenía hasta la certidumbre de que se le atendía. Algunas veces, como en la primera noche, se despertaba calmado, después de un día agitadísimo, experimentando gran flacidez en todos sus miembros y una gran pesadez en el cerebro, aunque, eso sí, perfectamente lúcido. Fuera la ausencia de impresiones en la calma de la noche y en la penumbra que lo rodeaba, fuera que la tensión de su cerebro era menor después del descanso del sueño, lo cierto es que, por espacio de algunos minutos comprendía claramente su situación como si se hallara sano. Pero, amanecía; al mismo tiempo que la luz se hacía y renacía la vida en el hospital, era arrebatado por la oleada de las impresiones. Su cerebro debilitado no podía tomar atadero, y enloquecía. Su estado de espíritu era una curiosa mezcla de juicios correctos y absurdos. Sabía que las personas que le rodeaban se hallaban enfermas, pero al mismo tiempo en cada una de ellas veía una personalidad misteriosa, que se ocultaban o lo ocultaban, que ya conocía él y hasta había encontrado en el curso de sus lecturas.

El hospicio se hallaba poblado por gente de todos países y de todos los tiempos. Habíalos vivos y muertos; ilustres y poderosos; no faltaban los soldados muertos en la pasada guerra y resucitados. Se veía en una especie de círculo mágico y embrujado, donde afluían todas las fuerzas de la tierra y, con un orgullo insensato, él se consideraba como el centro de aquel círculo. Todos sus camaradas de hospicio se habían congregado para la realización de un acto que se representabacon-



fusamente como una empresa gigantesca, cuya finalidad era la eliminación del mal sobre la tierra. Ignoraba en qué consistiría aquel acto, pero sentíase con las fuerzas necesarias para cumplirlo. Sabía leer el pensamiento de los otros hombres; veía, en las cosas, toda su historia. Los altos olmos del jardín del hospicio le relataban no pocas leyendas del pasado. En cuanto al edificio, datando su construcción de muy lejanos tiempos, hacía remontar su fundación a los días de Pedro El Grande y estaba persuadido de que el zar habíale habitado en los días de la batalla de Pultava. Aquellas cosas habíalas leído en los muros, en los tejados, sobre los ladrillos y piedras encontradas en el parque. Toda la historia de la casa y del jardín estaba allí consignada. Poblaba el pequeño local de la capilla doméstica con decenas y centenas de personajes muertos hacía tiempo, y cuando miraba con atención por la lumbrera que daba sobre un rincón del jardín, columbraba en el fuego de la luz sobre las baldosas de la cripta, las figuras conocidas que encontrara en un momento cualquiera de su vida o cuyos retratos había llegado a contemplar.

A todo esto el tiempo habíase puesto claro y bueno. Los enfermos pasaban los días enteros tomando aire en el jardín. El lugar que se les había destinado no era muy grande, pero tenía árboles frondosos y se hallaba colmado de flores. El guardián cuidaba y hacía trabajar a todos los que se hallaban en condiciones.

Por espacio de algunos días habían removido la tierra, esparcido arena por los senderos, rastrillado y regado los canteros, cuidando las flores, los pepinillos, los árboles frutales. En un rincón del parque había un hermoso cerezo. La superficie del jardín se hallaba atravesada por amplios caminos y veredones bordeados por altos olmos; en el centro, una pequeña colina artificial se levanta completamente envuelta por un macizo de árboles y arbustos. Flores de todos colores sembraban su cúspide y, en lo alto, como coronándola, aparecía en toda su belleza una dalia grande y frondosa, especie rara, de un amarillo salpicado de rojo. Se levantaba, por así decirlo, en el centro de aquel dominio y era notorio que numerosos enfermos le atribuían una especie de significado misterioso. El nuevo recluso vió también en aquellas flores algo extraordinario, algo así como el «palládium» del jardín y del manicomio. Todos los rincones del jardín dejaban ver la obra de aquellos pobres reclusos. Había en él todo género de flores, grandes rosales, tallos de tabaco con sus pequeñas corolas blancas, menta, claveles y amapolas. No lejos de la escalinata había tres plantas de una especie particular de amapolas, mucho más pequeña que la vulgar, y que se distinguía por el brillo insólito de sus pétalos rojos. Era esta flor la que había llamado la atención del alienado desde el primer día de reclusión, cuando, desde el interior del pabellón contemplaba aquella parte del jardín a través de los cristales de la puerta.

La primera vez que le dejaron salir, antes de descender los últimos peldaños de la escalinata, dedicóse a examinar aquellas flores escarlata. No había sino dos. Por una casualidad crecían aisladas, en un cantero sin podar, de manera que el pasto casi las ocultaba. Los enfermos iban saliendo uno a uno por la puerta donde un guardián les entregaba sendos bonetes de algodón, ornados con una cruz roja sobre la frente. Los bonetes habían servido durante la guerra, y la dirección del asilo los había adquirido como desecho. Pero, el loco atribuyó a aquella cruz roja un significado particular y misterioso. Se quitó el bonete y dióse a examinar la cruz, comparándola luego con las amapolas. Las flores eran de un rojo más brillante e intenso.

— ¡Ya veremos! ¡Ya veremos! — dijo.

Llegó al pie de la escalinata. Con precaución, sin cuidarse del guardián que tenía a sus espaldas, llegóse hasta el cantero y tendió la mano hacia una de las flores; pero, no se atrevió a cogerla. Experimentó un inexplicable calor y algo así como aguijonazos en el brazo que hacia la flor aproximara; algo así como si una corriente eléctrica, potente y misteriosa, que, emanando de los pétalos rojos, llegara a su cuerpo todo. Se aproximó aun más y su mano tocó la flor; pero ésta, según le pareció, se defendía exhalando un veneno mortífero. La cabeza parecióle vacilar; hizo desesperadamente un postrero esfuerzo, y ya había cogido el tallo, cuando una mano se posó pesadamente sobre su hombro. Era el guardián:

— Está prohibido arrancar las flores. ¡Y, luego, no tiene usted necesidad de marchar por los canteros! Con la cantidad de locos que aquí tenemos, como para que cada uno quisiera arrancar una flor. ¡Sí que quedaría lindo el jardín!

Dijo aquello con un tono persuasivo sin dejar de agarrarle por el hombro.

El enfermo le miró, sin decir una palabra; apartó de sí la mano que sobre él tenía, y agitadísimo, echó a caminar por el sendero.

— ¡Desdichado! — pensaba para sí. — ¿No ves? No se dan cuenta... Están tan ciegos que llegan hasta el extremo de prohibirlo. Pero, ocurra lo que ocurra, yo he de concluír con ella. Si no es hoy será mañana; pero, ya nos veremos. Y, despues, si yo muero... ¿Qué importaría?

Estuvo en el parque hasta la tarde, trabando amistad con el resto de sus compañeros, y sosteniendo con ellos extrañas conversaciones en las que cada uno de los interlocutores no escuchaba sino la respuesta de sus locos pensamientos expresados en palabras misteriosamente absurdas. El demente anduvo en busca de uno, luego de otro, y, al fin del día, estaba aun más convencido de que «todo estaba listo». Bien pronto caerían las rejas de hierro, próximo estaba el momento en que los prisioneros huirían para dispersarse por todos los confines de la tierra; el mundo entero se estremecería, despojándose de su antigua corteza para aparecer con un esplendor nuevo y maravilloso.

Casi había olvidado la amapola cuando llegó el momento de retornar al pabellón y recién cuando trepó los escalones de la entrada, la vió nuevamente, estallando como carbones ardientes sobre las hierbas obscuras y húmedas por el rocío. Entonces retardó su paso, dejó pasar delante a sus compañeros, y quedó detrás del guardián esperando el instante propicio. Nadie le vió ocultarse, correr hacia el cantero, coger la flor y ocultarla en el pecho, bajo su camisa. Cuando los pétalos frescos y húmedos tocaron su cuerpo, tornóse pálido como un cadáver, y, horrorizado, abrió los ojos. Un sudor frío bañábale la frente.

En el hospital habían encendido las lámparas. Aguardando la cena, los locos habíanse echado sobre sus lechos, salvo algunos frenéticos que ambulaban febricientes por el corredor y las salas. Entre éstos estaba nuestro demente con su flor. Caminaba con los brazos convulsivamente cruzados sobre el pecho. Hubiérase dicho que quería des-

trozar y triturar la flor que allí ocultaba. Cuando se encontraba con otros locos se apartaba de ellos lo más que podía, temeroso hasta del contacto de sus ropas:

— ¡No te aproximes! ¡No te aproximes! — gritaba. Pero, en el manicomio los enfermeros no tenían en cuenta tales exclamaciones. Y él, caminaba de más en más agitado, una, dos, tres horas, con una especie de encarnizamiento.

— ¡Te he de fatigar! ¡Te ahogaré! — decía en voz baja, rabioso, haciendo crujir sus dientes.

La comida la servían en el refectorio. Sobre una gran mesa, sin mantel, colocaban algunas escudillas de madera, llenas de caldo o sopas de cereales. Se les distribuía pan negro. Los enfermos se ubicaban en largos bancos. Comían con sus cucharas de madera, ocho por cada escudilla. Algunos, con derecho a un alimento mejor, eran servidos en mesa separada. Nuestro loco dió rápidamente cuenta de la ración que le había presentado un guardián, luego de hacerle entrar en su celda; pero, declarándose insatisfecho, salió marchándose al refectorio común.

— ¡Déjame sentar aquí! — díjole al celador.

— ¿Es que no has comido ya? — le preguntó aquél, echando porciones suplementarias en las escudillas.

— Tengo mucha hambre y necesito tomar muchas fuerzas. No vivo sino para alimentarme; ya sabes que no duermo nada.

— ¡Bueno, come, viejo, y que te aproveche!... ¡Taras! ¡Dale una cuchara y un pedazo de pan!

Se sentó ante una escudilla y comió una enorme cantidad de sopa.

— ¡Bueno! ¡Basta! — terminó por decir el guardián, cuando todos terminaron de comer y nuestro loco permanecía aún enarbolando la cuchara con la diestra, mientras que con la izquierda oprimía su pecho. — ¡Basta que te vas a indigestar!

— ¡Ah! ¡Si supieras cuánta fuerza necesito! — dijo el enfermo: — ¡Adiós, Nicolás Nicolaievitch, adiós! — Se levantó y estrechó la mano del celador. — ¡Adiós!

— ¿Dónde vas? — le preguntó este sonriendo.

— ¿Yo? ¡A ninguna parte! ¡Aquí me quedaré! ¡Pero, puede que mañana ya no nos veamos más; te agradezco tu buena voluntad!

Le estrechó otra vez las manos. Su voz temblaba y tenía lágrimas en los ojos.

— ¡Cálmate, querido, cálmate! — le contestó el celador. — ¿Para qué esos pensamientos lúgubres? ¡Ve y acuéstate! Necesitas dormir mucho y bien. Si duermes así, pronto estarás curado.

El enfermo sollozaba. El sereno se volvió para ordenar a los otros empleados que retiraran rápidamente los restos de la cena.

Media hora después todos dormían en el hospital, excepción hecha de un solo hombre que, vestido, habíase echado sobre su lecho ubicado en una de las celdas reservadas. Temblaba cual si tuviera fiebre y oprimía afanosa y desesperadamente su pecho, que le parecía tener impregnado por un veneno mortal.



V

No durmió en toda la noche. Había arrancado la amapola porque creía que, con aquel acto, cumplía con un extraño deber. Desde su primera mirada a través de los cristales de la cancela, los pétalos rojizos habían llamado su atención y, en aquel preciso instante, pareció comprender claramente la finalidad que aquí abajo debía llenar. En aquella corola escarlata estaba como encarnado todo el mal que apesadumbraba al mundo. Sabía que de las amapolas se extraía el opio. Quizás esta idea al desenvolverse, tomando formas monstruosas, habíale hecho forjar aquel fantasma espantoso. La flor, a sus ojos, resumía, ella sola, todo el mal. Había absorbido toda la sangre inocentemente derramada,—por eso era tan roja—todas las lágrimas y toda la hiel de la humanidad. Era una criatura oculta y espantosa, la antítesis de Dios, Arimán que había adoptado una apariencia humilde e inofensiva. Era preciso arrancarla y destruírla. Pero, más aún, era menester impedirle, antes de morir, que difundiera su mal por el mundo; era por eso que él la había guardado en su pecho. Esperaba que al día siguiente ya hubiera perdido su poder. Todo el mal se lo traspasaría a su cuerpo y a su alma, para ser vencido o vencer. En tal caso moriría, pero caería como un héroe de la humanidad, puesto que hasta entonces nadie se había atrevido a luchar solo contra todo el mal universal.

— Ellos no lo han visto; yo sí que lo he visto... ¿Podré, entonces, dejarle vivir?... ¡Mas, antes de consentirlo, preferible es la muerte!

Y permanecía acostado, agotándose, en una lucha imaginaria, pero aniquilante después de todo. Al amanecer el practicante casi le encontró sin vida, agotadísimo. Pese a aquello la excitación lo hizo reaccionar. Saltó del lecho, y como de costumbre, comenzó a recorrer el asilo, sosteniendo con sus compañeros las polémicas más locas y desconcertantes. No le permitieron bajar al jardín. El médico, viendo que su peso disminuía, que no dormía y que no hacía más que caminar, recetó una fuerte dosis de morfina en inyección subcutánea. No opuso ninguna resistencia; afortunadamente, en aquel momento, la operación coincidió con el curso de sus descabelladas ideas. Su agitación febriciente cesó y el ritmo ensordecedor de sus grandes zancadas, que le perseguía a todas partes, no resonó en sus oídos. Perdió la noción de todo y no pensó siquiera en la segunda flor que era preciso que arrancara.

No obstante, tres días más tarde, así lo hizo y bajo la mirada del celador que no pudo retenerlo a tiempo. El hombre se puso a perseguirle. Entonces, con un clamor triunfal, el loco atravesó el hospital velozmente y penetró en su celda siempre ocultando la flor entre la camisa y su pecho.

— ¿Porqué arrancas las flores? — preguntóle el guardián cuando le alcanzó. Mas el demente, ya echado en su cama, con los brazos cruzados, en su posición habitual, se puso a decir tales absurdos y desatinos, que el empleado, sin agregar una palabra más, le despojó del bonete con la cruz roja y desapareció.

Entonces, la lucha imaginaria recomenzó en el cerebro del pobre loco. Parecíale que el mal se escapaba de la flor en largos arroyos que corrían como serpientes. Le rodeaban, enmarañados, impidiéndole hacer el menor movimiento e impregnándole el cuerpo con su substancia aterradora. Lloraba e imploraba a Dios en los intervalos de las imprecaciones con que apostrofaba a su enemigo. Cuando llegó la noche la flor de amapola estaba ya marchita. Con los pies terminó de destrozarla. Recogió los restos y los llevó a la sala de baños. Una vez allí, los arrojó en la estufa en cuyo lugar



ardían grandes trozos de carbón. Así estuvo contemplándola hasta que la flor quedó hecha ceniza.

Al día siguiente apareció peor. Espantosamente pálido, con las mejillas desencajadas, los ojos hundidos en las órbitas azuladas, prosiguió sus paseos desesperados aunque tropezando y vacilando a cada paso. Hablaba, hablaba sin cesar.

— No me parece bien eso de recurrir a la violencia... — dijo el médico a su segundo.

— Sin embargo, hay que poner fin a esta agitación. Pesa poco menos de 93 libras. Si continúa así en dos días estará muerto.

El médico pareció reflexionar:

— Morfina... cloral..., — dijo, dudando.

— Ayer, con la morfina ya no conseguíamos nada.

— Bueno... ¿qué le vamos a hacer? Hágalo atar. Pese a que no creo que él lo permita hacer fácilmente.

VI

Ataron al loco. Permaneció acostado con su camisa de fuerza, sólidamente ligado a los montantes de hierro de su lecho. Empero su agitación furiosa no había cedido; al contrario, parecía haber aumentado. Durante largas horas se esforzó en desembarazarse de las ligaduras que le sujetaban. Al cabo, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró destrozar una de las bandas y dejar en libertad una de sus piernas. Aquello y quedar libre fué todo uno. Y con los brazos atados comenzó a recorrer la estancia, lanzando gritos salvajes e incomprensibles.

— ¡Ah! ¡Maldita sea! — exclamó el celador al entrar. — ¿Quién diablos te ha desatado? ¡Gritsko! ¡Iván! ¡Venid pronto: se ha desatado!

Se arrojaron los tres sobre el loco y una lucha desigual, fatigosa para los celadores, dolorosa para el que se defendía perdiendo cada vez más fuerzas. Al cabo le arrojaron sobre el lecho y le ataron más sólidamente que antes.

— ¡No saben ustedes lo que hacen! — clamaba el enfermo, sofocado. — ¡Van a perecer! ¡He visto un tercer botón: mañana ya se habrá abierto! ¡Déjenme terminar mi obra! ¡Es preciso matarla, matarla! Entonces todo habrá concluído, todo se habrá salvado. ¡Ya lo quisieran ustedes; pero, yo, sólo yo, puedo hacerlo... ¡Ustedes si llegan a tocar esa flor morirán... ¡Sí! ¡Morirán!

— ¡Vamos! ¡Tranquilízate, pues!—decíale el celador más viejo que había quedado custodiándole.

De pronto, el enfermo calló. Había resuelto engañar a su guardián. Le tuvieron atado todo el día, y en la misma posición pasó la noche. Después de darle su cena el celador echó una manta al pie del lecho y se acostó. Al cabo de unos minutos dormía profundamente y, entonces, el enfermo comenzó su obra.

Se ingenió para, curvándose en un esfuerzo inaudito, llegar a tocar la barra de hierro de la cabecera del lecho. Pasó como pudo su mano enfundada en la camisa de fuerza y comenzó a frotar rápidamente. A los pocos minutos la espesa tela comenzó a ceder y le fué posible sacar por el agujero su dedo índice. Así, el trabajo adelantó más rápidamente. Con un ingenio y una agilidad sorprendente en un hombre sano, deshizo el nudo que ligaban sus mangas sobre la espalda y, escuchando al guardián que roncaba, se despojó de la camisa de fuerza.

¡Estaba libre! Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada, y la llave, sin duda, se hallaba en el bolsillo del celador. Temeroso de despertarle, no se atrevió a registrarle los bolsillos, de manera que optó por escapar por la ventana.

La noche estaba tranquila y templada. Abierta la ventana, pudo ver las estrellas que brillaban en el cielo negro: las contempló, reconoció las constelaciones, regocijándose al ver que ellas le comprendían y aprobaban su obra. Entornando los ojos, el pobre iluso creyó ver los rayos infinitos, que ellas le enviaban, con lo que se acendró su descabellada resolución.

Era preciso doblar un grueso barrote de la reja de hierro, atravesar un estrecho orificio para llegar al corredor, sembrado de enmarañados arbustos y pasar por encima del alto muro de piedra. Allí, libraría la última batalla, y después... ¿qué importaba?... Quizá le aguardaba la muerte.

Intentó doblar la gruesa barra con sus manos, pero el hierro no cedió. Entonces, retorciendo como una cuerda las fuertes mangas de su camisa, se irguió para hacer de ella un a modo de cable de uno de cuyos extremos se colgó mientras el otro lo ataba al barrote. Al cabo de esfuerzos inauditos, que casi agotaron las escasas fuerzas que le restaban, el hierro cedió: una estrecha abertura se abrió. Por ella se lanzó, lastimando sus hombros, codos y rodillas, para ir a caer entre los arbustos que crecían al pie del muro. Allí se detuvo. Todo estaba tranquilo. Una que otra luz aparecía en los ventanales del edificio. No se veía a nadie. El viejo celador probablemente dormía al pie de su lecho. Las estrellas enviábanle su destello tembloroso, un fulgor que penetraba dulcemente hasta el fondo de su corazón.

— ¡Ah! ¡Ya estaré con vosotras! — murmuró mirando el cielo.

Fracasando en una primera tentativa, destrozadas las uñas, sangrándole las manos y las rodillas, dedicóse a buscar un lugar más favorable para escalar el muro.

En el lugar donde éste se unía con el de la capilla, habían caído algunas piedras. El loco palpó aquellas aberturas y las aprovechó. Trepó a lo alto de la muralla, se colgó de las ramas de un árbol que aparecía en el otro lado y se dejó caer dulcemente al suelo.

Después corrió al lugar conocido, próximo a la escalinata. La corola de pétalos aun cerrados destacábase nítidamente sobre la hierba brillante y húmeda por el rocío.

— ¡Es la última! — murmuró el demente. — ¡Es la última! ¡Esta noche es la de la victoria o de la muerte! ¡Pero, que importa! ¡Aguardad, — dijo mirando hacia el cielo, — aguardad que presto estaré con vosotras!

Arrancó la flor, la destrozó, y, oprimiendo los restos entre los dedos de su mano, retornó a la celda por el mismo y dificultoso camino. El celador dormía aún. El enfermo, en cuanto cayó sobre su lecho, perdió el conocimiento.

Al día siguiente le encontraron muerto. Su rostro apareció tranquilo y sereno. Los ojos, profundamente hundidos, expresaban la felicidad y el orgullo. Y, cuando le colocaron en el féretro, intentaron abrir la mano y sacar de ella los restos de la flor roja; pero tan apretado estaba el puño que no lo lograron, y hubo que dejarle marchar a la tumba con su trofeo.

FIN

DICHO Y HECHO, POR MACAYA

PRIMORES

DEL PERIODO ORDINARIO, EN LA CAMARA, REGISTRADOS POR RIGUROSO ORDEN ALFABETICO.



En el Instituto de Cultura

Profesores y alumnos de ese establecimiento que fueron comensales en el banquete ofrecido al Padre Director en ocasión de su onomástico y festejando al mismo tiempo la instalación de una pileta de natación.

El Corte y Confección por correspondencia

Nuevos retratos de distinguidas alumnas que obtuvieron en pocos meses el Diploma de Profesoras, en el conocido Instituto "Corte Práctico El Profesor".



Señorita Magdalena Teresa Simoni. — Puerto Bastiani. (Chaco).



Señorita Felisa Bengoa Olalde. Colonia Alvear. (Prov. Mendoza)



Señorita Emma Estrabeau.— Azul (F. C. S.)



Señorita María Luisa Quinteros. — Adela (F.C.S.)



Señora Martina de las M. Vocos. —Totoras (F. C. C. C.).



Señorita María Teresa Tesey.— E. Rocamora (E. Ríos).



Señorita María Inés Langan. — Las Heras (F.C.S)



Señorita Lucía Bardeci. — San Germán (F.C.P.)



Señora Catalina B. de Lindstrom. —General Vedia (Chaco).



Señora Leonor F. de Minervino.— Morse (F. C. P.)



Señorita Josefina Franco. — Freyre (F.C.C.A).



Señorita Jorja Sara Chacón. — La Pelada (F.C.S.F.)



Señorita María. Angélica Otero — Ciudad.



Señorita Victoria M. Monsalvo. — Ireneo Portela (F. C. C. C.)

La Directora Divisional para la ARGENTINA, CHILE y PARAGUAY, con sede en **BUENOS AIRES**, calle Córdoba N.° 3863, enviará a quien lo solicite un folleto explicativo de este curso privilegiado, y de los de Repujado y Pirograbado que también dicta por correspondencia. (Para el Uruguay, dirigirse a Av. Agraciada, 3278, Montevideo).



Las modas, más o menos extravagantes, pueden prestar belleza ficticia a la mujer; pero nunca pueden dar belleza verdadera.

IPERBIOTINA
MALESCI

da belleza verdadera, puesto que da salud, da color rosado da brillo a la mirada, da robustez al cuerpo.

Venta en Droguerías y Farmacias.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci, Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

Viamonte, 871. Buenos Aires.

Homenaje póstumo



Grupo de amigos de don Aquiles Jacquemin congregados frente a la tumba que guarda sus restos, al colocársele la placa de bronce que le dedicaron los comisionistas de la Bolsa de Comercio.

LA MELENITA O PEINADO "A LO NINÓN"

Las mujeres, cada vez más numerosas, que han adoptado este peinado, ¿conocen acaso el origen de tal denominación?

Todo el mundo ha oido hablar de Ninón de Lenclos, "la más amable mujer y el más honrado hombre de su siglo", según una expresión consagrada.

Ninón tenía, en efecto, preciosas cualidades, pero le era deconocida la virtud. Entre los gentiles hombres a quienes distinguió y colmó de favores, hay que citar al marqués de Villarceaux. Por ambas partes la pasión fué profunda y una vez por lo menos, Ninón amó seriamente.

El marqués de Villarceaux cayó enfermo y tuvo que guardar cama, sin salir del cuarto, por lo tanto.

Desesperada Ninón, se hizo cortar el cabello y lo envió a su amante con una epístola conmovedora.

El marqués quedó tan encantado de esta prueba de amor que la fiebre cedió inmediatamente.

El peinado a lo Ninón fué en su origen, un tierno símbolo de fidelidad femenina.

En casa de un profesor de idiomas: — Me han dicho, maestro, que domina usted todas las lenguas.
— Sí, señor; todas menos la de mi suegra.



Toser en el tranvía!

mire que es fastidioso para todos! Pero dejando a un lado la molestia que ocasiona a los vecinos, hay que pensar en el peligro que corre el que no cuida su tos Un resfrío abre paso a la bronquitis, al enfisema, a la misma tuberculosis. Cuídese; es fácil con las

Pastillas iodeína Montagu

que son muy agradables al paladar y de acción específica sobre la tos, ya sea de garganta o de pecho.

Ningún remedio le dará tanta satisfacción porque es rápido y no daña el estómago.

Es bueno para resfríos, ronquera, bronquitis, laringitis, asma y en general todas las toses, ya sea que provengan de garganta o bronquitis.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida — **Buenos Aires**



Notas Sociales

En los últimos días transcurridos, los círculos mundanos más brillante de nuestra sociedad, han dedicado el mayor interés — y confesémoslo también — buena parte de la curiosidad que a todas nos es habitual, a los detalles de las ceremonias nupciales, celebradas recientemente, dentro de la más estricta intimidad... y por primera vez, en los largos años de mi vida de duende, ha llamado mi atención el ver, que algunos de los obsequios más importantes por su valor artístico, llevaran el sello de alguna acreditada casa de remates: ese sello, en las circunstancias actuales, me resulta algo así como un certificado, o ejecutoria del objeto adquirido en alguna de las ventas que se nos ofrecen ahora en esta prodigiosa ciudad del ruido, cuya nota característica fuera hasta hace pocos años, la monótona uniformidad en el mobiliario limitado a la época de los Luises, y de las clásicas piezas de Sevres o Limoges. Las obras de arte primoroso que se ofrecen hoy, después de haber sido adquiridas en pública subasta, y que provienen de la venta de colecciones que podrían figurar en un museo, traen al nuevo nido, al hogar de los que acaban de unirse para seguir ¡vida adelante!... el inquietante misterio del pasado, aprisionado en las brillantes facetas de las gemas engarzadas en lámparas votivas, o en el persistente aroma de los zahumadores...

Bien está, la maravillosa joya del pasado, al lado del sobrio relojillo de ónix y diamantes, engarzado a Cartier, o del magnífico cintillo de brillantes en forma de guarda griega, que se transforma en diadema o en collar; al lado de los sillones en «petit-point» de Anbusson, o de la soberbia vajilla de plata. La bellísima desposada de esbelta y elegante silueta, ha de admirar intensamente con la soñadora mirada de sus grandes ojos verdes, el profundo arcano de esos testigos de otras vidas, que, cautivados por el encanto de su nueva dueña, han de constituírse en los dioses lares de ese hogar, apartando del nuevo *nido todo mal*...

Convengamos pues, amigas mías, en que una de las más modernas notas del «chic» femenino, es la de asistir a esas ventas de excepción, de admirar debidamente, tanta y tanta maravilla, de elegir tal o cual mueble primoroso, anunciar que no se dejará llevar una valiosa colección de porcelanas o de jades exquisitamente bellos, aunque para ello se tenga que sacrificar una cuantiosa suma. Pero, no han contado las aristocráticas coleccionistas, con la peligrosa concurrencia de los reyes de nuestra industria: los manes de Tamura Conzayemon, el artífice legendario, se habrían estremecido de *orgullo*, si les hubiera sido dado percibir las cifras fabulosas con que se disputaron las porcelanas que decorara en tiempos tan remotos, que llegan a confundirse en la bruma del recuerdo... Se cuenta también, que alguna brillante figura de mundana, creyó poder adquirir una notable colección de platos de porcelana antigua por determinada suma; pero muy pronto debió perder toda esperanza, al ver que un opulento industrial adquiría el primero de aquellos platos tan admirados, por la misma cantidad en que ella se había propuesto adquirir toda la docena. El desencanto fué profundo, porque bien sabemos todas, que el amor propio más agudo, es siempre el del coleccionista...

No figuraba, sin embargo, en el catálogo de la famosa colección, una joya que, de exhibirse, habría sugerido todo género de comentarios...

La crónica mundana asegura, que sólo en las suntuosas moradas que se levantan en la Quinta Avenida, allá en la prodigiosa ciudad del Norte, podrían hallarse candidatas que se disputen la posesión del collar de esmeraldas, de un grosor extraordinario, que guardaran once derviches, en el misterioso recinto de un templo asiático, viejo de diez siglos... Un descuido voluntario tal vez, de aquella guardia legendaria, y la audacia del descubridor, arrancaron del corazón de las selvas el ambicionado tesoro: lástima muy grande ha sido, que no pueda lucir la maravillosa presea, alguna arrogante figura de porteña; por mi parte, *preferiría verle ostentar esa reliquia*, venerada sin duda en alguno de los templos de Lassa, la inexpugnable ciudad tibetana, y no adquirir, en alguno de nuestros lujosos halls de ventas, el «Lit de de Repos» o la mesa tocador de ignorada procedencia...

La dama duende.

INVITACION

HAY FIESTA EN MI JARDÍN, SEÑORA; Y QUIERO
OFRECERTE UN LUGAR ENTRE LAS FLORES.
¡HOY ME SIENTO DIVINO JARDINERO,
HOY FLOREZCO ENTRE TODOS MIS AMORES!...

YA SE ALEJÓ EL INVIERNO; YA LAS ROSAS
BROTAN PLENAS DE RICA PRIMAVERA;
Y LA VIDA EN LAS ALMAS VENTUROSAS,
ES COMO NOVIA QUE LA DICHA ESPERA.

ENTREMOS AL JARDÍN QUE YA LA ORQUESTA
DE LAS AVES PRELUDIA HIMNOS GRATOS.
¡TE HAN ELEGIDO REINA DE LA FIESTA
POR EL DON VIRGINAL DE TUS RECATOS!

PORQUE DEBES REINAR ENTRE LAS FLORES
DE MI ALEGRE JARDÍN, SEÑORA, QUIERO
QUE SIENTAS LA CANCIÓN DE MIS AMORES:
¡HOY ME SIENTO DIVINO JARDINERO!

RICARDO M. LLANES



MAX GLÜCKSMANN
CALLAO y Bmé MITRE · BUENOS AIRES · FLORIDA y LAVALLE
ROSARIO
CORDOBA 1048
MONTEVIDEO
18 de JULIO 966
Nuevos
Discos Nacional
Nuevos
Discos Nacional

Velada artística y danzante


Aspecto del salón de la Sociedad "Lago di Como" al verificarse la función teatral a la que siguió un animado baile, organizadas por la Asociación "Al Sol de Oro".

¿HAY ALGO MÁS FUERTE QUE EL AMOR?

— Desde luego el dinero.
El miedo (algunas veces).
La vanidad humana.
Los intereses políticos.
El ridículo.
Las medias caladas. (Invento moderno). Proal.
Cualquier jefe de comité socialista.
Un automóvil.
La muerte misma en la mayoría de los casos.
La literatura de Felipe Trigo.
Una proclama de Prieto Laurena.
El Gobernador del Distrito.
La Deuda Exterior.
Las indemnizaciones por pagar.
El Problema Agrario.
La impuntualidad de los diputados.
La campaña contra el árbol.
La competencia de los camiones.
La incompetencia de algunos gobernadores.
El Consejo Cultural.
Un vals del Maestro Lerdo.
Y algunas otras cosas que sentimos no recordar.

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838

SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 193

Botín gum metal color, o negro, caña de gabardina marrón, beige claro, beige obscuro, liso o picado con cordones o botones.

$ 14.90



MODELO N.° 303

En gum metal color o negro. Doble suela. Gran moda.

$ 14.90



MODELO N.° 250

En gamuza blanca, marrón o negra. En cabritilla marrón, charolada o negra.

$ 14.90



MODELO N.° 234

En cabritilla marrón, adornos de cocodrilo. En cabritilla negra. En gamuza marrón, adornos de cocodrilo. En gamuza blanca, adornos de charol.

$ 14.90



MODELO N.° 240

Gamuza azul, vivo dorado. Gamuza blanca. Cabritilla negra lisa. Cabritilla marrón.

$ 14.90

MODELO N.° 236

Gamuza marrón, adorno cocodrilo marrón.

$ 14.90



MODELO N.° 306

En gum metal africano. En oscaria marrón o amarillo. En gum metal negro. Liso o picado........................... **$ 14.90**

MODELO N.° 59

Botín o zapato con puntera o bigotera. En gum metal negro o color, todo cosido alrededor, doble suela........................ **$ 14.90**

NO TENEMOS SUCURSALES, AGENTES NI PROVEEDORES EN NINGUNA PROVINCIA.



Grupo de aficionados que prestaron su concurso en el festival organizado por la Sociedad Italiana "Roma", en celebración del XX de Septiembre.

Aspecto de la sala del teatro "Roma" durante el desarrollo del festival antedicho, el cual alcanzó brillantes proporciones.



Ninon de l'Enclos

fué una de las más hermosas mujeres de su tiempo y conservó sus encantos hasta la edad en que la enorme mayoría de las mujeres están ya resignadas a la fealdad definitiva. De las muchas pasiones que Ninón inspiró, una prendió en el corazón de un joven noble cuando ella tenía

más de setenta años!...

Se han contado cosas curiosas acerca de los métodos que ella siguió para preservar su hermosura, y generalmente se admitía que era poseedora de

un filtro mágico

que aplicaba a su rostro diariamente, perpetuando así la rosada frescura de su tez. Nosotros, ahora, podemos suponer que ese filtro fuera sólo una preparación especial de

Cera

tal como la cera pura mercolizada (pure mercolized wax) que usamos en nuestros días, la que aureoló de perpetua juventud la cara de Ninón. Tienen, pues, todas las mujeres que quieran tomarse la leve molestia de hacer desaparecer el viejo cutis exterior, sin que se note y sin dolor, con el empleo de cera mercolizada, el risueño porvenir de

cuarenta años más de hermosura!!...

No pida cera pura; debe ser ***Cera Pura Mercolizada.*** *La encontrará en todas las farmacias, perfumerías y tiendas que expenden artículos de toilette en todo el mundo.*

MARIA BLANCA

CUENTO DE HADAS

CUANDO oyó decir en el colegio, que los ángeles del cielo y las hadas de la tierra eran cosas de cuentos, que no existían ni habían existido jamás, María Blanca sintió la primera amarga desilusión de su almita infantil.

¡Ella que había leído tantos libros en que una buena hada salvaba de grandes peligros a una niña perseguida por seres maléficos o al gentil doncel que libraba de su encantamiento a la princesa de sus ensueños y amores!

¿Sería posible que todos aquellos relatos tan bellos fueran falsos? ¿No habría hadas? ¡Qué pena! ¡Y qué desilusión!

Pero no; ella no quería convencerse; seguramente se habían propuesto engañarla en el colegio y, para salir de dudas, se lo preguntaría a su mamita, que sabría informarla.

— ¿Es cierto, mamá, que no hay ángeles ni hadas?

— Hija mía, ángeles sí hay; están en el cielo y no podemos verlos; pero las hadas no existen; son ficciones de los poetas para divertir con sus cuentos a las niñas como tú.

— ¿Y si hay ángeles, por qué no hay hadas? — preguntó María Blanca con su lógica infantil no menos inflexible que la del más sagaz adulto.

— Los ángeles son los espíritus que se hallan más cerca de Dios; pero las hadas de la tierra nadie las ha visto ni las verá nunca, porque no existen. ¿No comprendes, hija mía, que en el mundo, sólo hay los seres que vemos?

Por un momento, la niña se quedó pensativa, mirando a la madre con sus bellos ojos ingenuos; luego, como queriendo olvidar su desencanto, y la tristeza que la embargaba, se refugió en sus muñecas, a las que vistió y desnudó repetidas veces, estrechando contra su corazón, con inconscientes caricias maternales, a la rubia Totó y la morocha Mimí.

II

AQUELLA noche María Blanca tuvo un sueño. Creía hallarse en un lugar inmenso y obscuro. Las tinieblas que por todas partes la rodeaban, angustiaron su alma.

Entonces, recordó a su madre y la llamó para que la librara de aquel peligro.

— ¡Mamita! ¡Mamita, tengo miedo!

Pero la adorada figura de la madre no aparecía, y la niña sentía cada vez más intensa la sensación del espanto. ¡Qué horrible obscuridad! Seguramente estaba llena de espíritus malignos que la asediaban.

En su dolor, el recuerdo de las hadas bienhechoras que salvaban a los niños de los peligros, brotó en su mente; pero, al punto, reconoció lo que le habían dicho en el colegió y su misma madre, y se dijo que era inútil invocar a las hadas *puesto que* no existían.

María Blanca, acongojada por el miedo, desolada en su triste soledad se echó a llorar.

Y sus lágrimas eran verdaderas, tan verdaderas, como su pena, aunque motivada por un sueño.

Pero, ¡oh, maravilla!, las lágrimas que se desprendían de sus bellas y puros ojos, eran luminosas. Y la luz que irradiaban de diferentes colores, a cual más seductor.

Al caer a sus pies, cada una de las lágrimas parecía petrificarse, tomaba un color diferente y transformábase en un poco de luz.

Así la obscuridad había desaparecido, transmutada en una policromía radiante y magnífica.

Y aquellas piedras eran como preciosas gemas de diversos tonos. Aquí veíase un topacio, allí una esmeralda. Esta era una amatista, aquélla un zafiro, esa otra un rubí.

María Blanca no salía de su asombro. ¿Qué significaría todo aquello? Ya no sentía miedo; muy al contrario, experimentaba dulce sensación de felicidad.

De improviso, las

preciosas piedras empezaron a transformarse en bellas y aladas doncellas, hermosas como ángeles. Cada una de ellas, era del color de la piedra de que había brotado.

Hubiérase dicho un ángel-topacio, un ángel-esmeralda y así las demás.

Sus rostros, iluminados por la propia luz que despedían, y sus cabelleras, como hechas de hebras de sol, maravillaban de placer y asombro a María Blanca.

— ¿Quienes sois? — se atrevió la niña a preguntar.

— Acércate y oye — le dijo la que parecía ser más alegre de todas. — Yo soy la Alegría — declaró el hada-topacio. — Quiero que te regocijes y rías con todas las bellezas que veas. Si alguna vez estás triste, acuérdate de mí y serás feliz.

— ¿Y dónde podré encontrarte? — preguntó la niña.

— En el rayo de sol y en las flores, en el canto de los pájaros y en la risa de los niños. En todo lo que sea lindo y bueno, allí me has de hallar.

— Yo soy la Esperanza — dijo el hada-esmeralda. — Ya que me has encontrado, procura no perderme. Conmigo, tus mayores desengaños se convertirán en otras tantas ilusiones. Tu corazón no envejecerá y, sin cesar, te traeré ideales nuevos con qué substituír los que hayas olvidado. Espera siempre que ha de sucederte algo agradable y te sucederá.

— Y yo — repuso el hada-amatista — simbolizo la Fe. — No me pierdas. Cuando te halles, como esta noche, en la obscuridad, recuérdame y la luz se hará en ti y en cuanto te rodee. Yo te haré ver a través de las mayores tinieblas. y la duda y el temor se disiparán con sólo que mi nombre invoques. Para encontrarme, no necesitas verme; te bastará creer en mí.

— Yo — afirmó el hada-zafiro — soy el Ensueño. Desde hoy, que me has conocido, te concederé el don de soñar despierta. De este modo olvidarás las cosas feas; presentaré a tu imaginación inagotables objetos bellos, no por ser irrealizables menos hermosos, y no conocerás mi enemigo el monstruo del Tedio. Cuando éste quiera acercársete, acuérdate de mí y meceré tu alma en sueños de oro y de luz que te harán conocer la dicha. Te llevaré a países ignorados del Tedio donde tu ser entero vibrará de placer entre armonías infinitas.

Yo — dijo el hada-rubí — soy el Amor. — Siempre me has visto en las caricias de tus padres y en la mirada de cuantos te aman. Pero, desde ahora, deseo que me lleves en tu corazón. Conmigo verás transformarse toda tu vida; sentirás el goce que diviniza por ser la esencia del mismo Dios, y, al poseerme, adquirirás todas las ciencias y todas las virtudes. Ama, y conocerás la dicha inefable que sustenta a nuestros hermanos mayores, los ángeles; ama, y tendrás poder, como nosotras las hadas, para realizar milagros.

— Y ahora, acércate para que te besemos — dijeron las hadas.

Hecho lo cual, todo aquel bello espectáculo desapareció de la imaginación de María Blanca, dejando a la niña en un sueño reparador y confortable que duró hasta la mañana siguiente.

Cuando se despertó, María Blanca recordó su hermosa visión. Se dijo que sus amigas del colegio la habían engañado y que su misma madre también estaba equivocada, porque tenía la seguridad de que había hadas.

Y es fama que, durante toda su vida, le acompañaron la Alegría, la Esperanza, la Fe, el Ensueño y el Amor, concediéndole los preciosos dones que durante su maravilloso sueño le prometieron.

J A V I E R N Ú Ñ E Z D E P R A D O

D I B U J O D E G U I L L E R M O U S A N D I V A R A S

En la COMISARIA

Transportaron un cuerpo de mujer, destrozada
en la próxima vía, por la locomotora,
y al fondo de la casa, sobre un catre asentada,
la carne humeante espera que la entierren ahora.

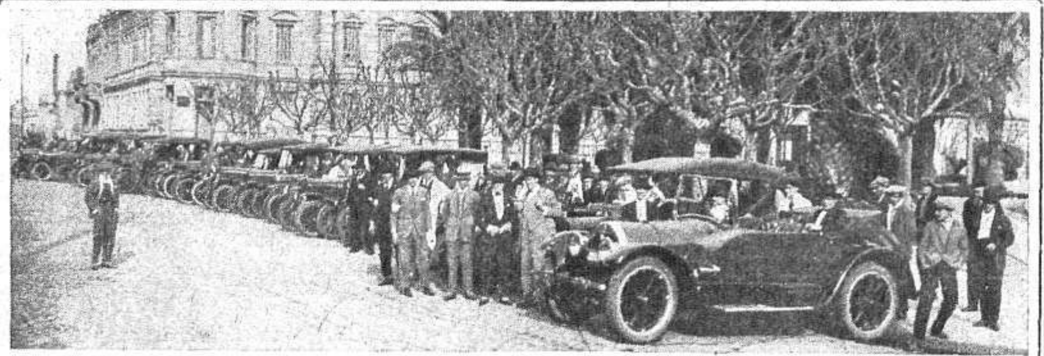
En la oficina «corre» lentamente el sumario
sobre si fué imprudencia o no de la persona,
y entre los escribientes se borda el comentario
socarrón y sin alma, que a nada le perdona.

De pronto un coche llega, se detiene a la puerta,
bajo el mirar curioso de todos los vecinos,
y un joven y una joven, con decisión incierta,
descienden y penetran, azorados, mohinos...

Un agente pretende «complicarles» el caso;
¿Para qué? Ya es inútil; ellos han comprendido;
y al llegar, y al mirar aquel residuo escaso,
¡madre!..., entre las plantas, ulula un alarido.

En la calle persisten unos comentadores:
¡miren, qué pena! ¡Pobres!... Sentimental y ñoño
sigue girando el tema, mientras los resplandores
de un tibio sol, exornan la mañana de Otoño.

P E D R O Á L V A R E Z T E R Á N



Socios del Touring Club Avellaneda reunidos en la plaza Adolfo Alsina, momentos antes de comenzar la excursión automovilística realizada con brillante éxito.



Los capitanes de ruta Señores Pedro Motta, Farioli, Andreoni y Bradichi, los cuales dirigieron la excursión hasta La Plata.

EL TESORO DEL CAPITÁN KIDD

En Lewistow se está organizando una expedición que se lanzará a la búsqueda del cofre lleno de oro que, según una creencia popular, escondió en el río Sheepscot el célebre pirata del siglo XVIII, capitán Kidd.

En los trabajos de exploración será empleado un aparato especial, inventado por uno de los expedicionarios. El jefe de la expedición afirma que, un día, al levantar el ancla de una pequeña embarcación de su propiedad, vió un cofre colgando de uno de los ganchos de aquélla.

Los expedicionarios creen firmemente que aquel cofre era el célebre tesoro del capitán Kidd.



Potencia

CUANDO su seguridad personal depende de *la precisión y potencia de las municiones* que usa, es una enorme ventaja el que lleve su rifle, revólver o pistola, provisto de **Tiros WESTERN**.

Las municiones de la Western Cartridge Company, son notables por las mejoras de vital importancia que en ellas se han introducido y que aumentan prodigiosamente su precisión, potencia y alcance.

El hecho de que su uso se está generalizando tanto en la República Argentina, no obstante el corto tiempo que tienen de haber sido introducidas en este mercado, es prueba evidente de que reunen todas las cualidades apetecibles en tiros de calidad superior.

La próxima vez que compre Vd. tiros para su arma, insista en que sean marca WESTERN. Sin pagar más, obtendrá Vd. lo mejor. Si su armero no los tiene, diríjase a nuestro Representante quien le informará dónde puede proveerse de ellos.

Tiros y Cartuchos

Western

WESTERN CARTRIDGE COMPANY

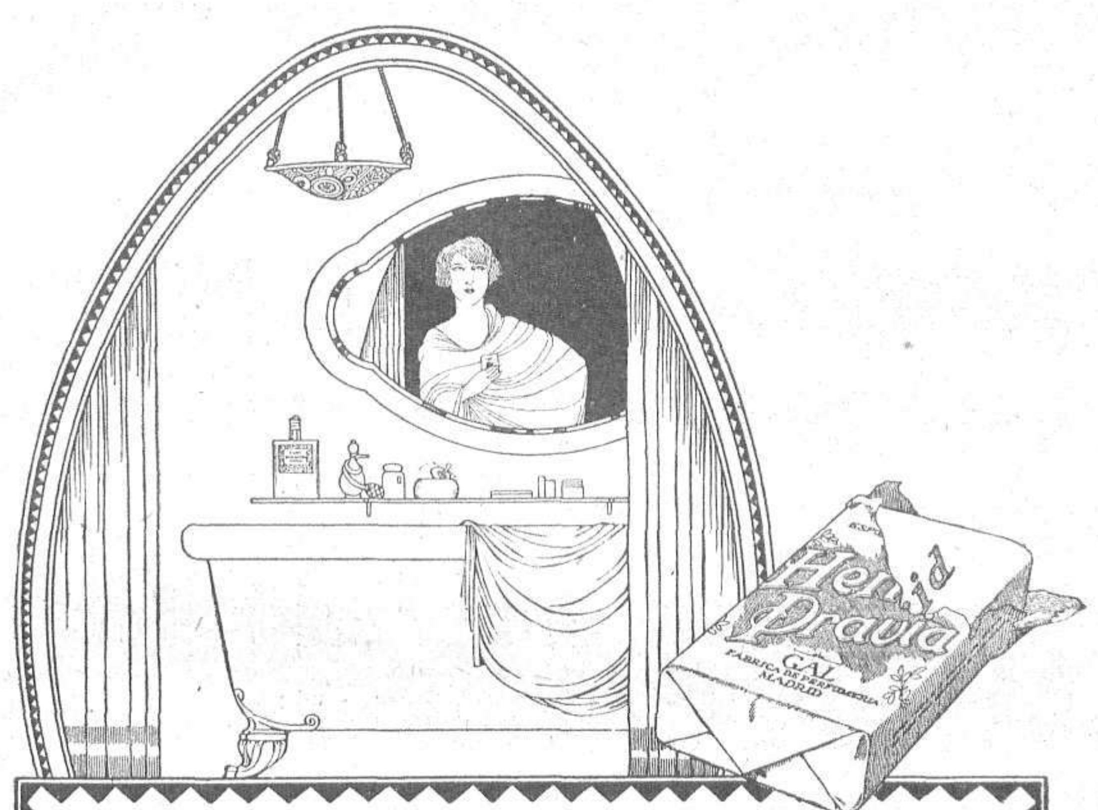
East Alton, Illinois, E. U. A.

Representante: E. de la VEGA

SALTA, 556 — Bs. AIRES

Comisión de señoritas a cuyo cargo estuvo la venta de cédulas en el festival realizado por la Sociedad Fratellanza Operai Italiani, conmemorando el XX de Septiembre.

Banda de música organizada recientemente la cual amenizó la fiesta antedicha, siendo acogida con beneplácito general.



La hora más agradable

para las personas amantes de la higiene es la del baño, cuando usan

Jabón Heno de Pravia

Es deliciosa la sensación que deja sobre el cutis su espuma abundante y suave. Ideal para el tocador y el baño. Exquisito y delicado perfume, tan intenso al final como al principio de la pastilla. Gran duración.

De venta en los principales establecimientos de España y América.

PERFUMERIA GAL - MADRID





HABÍA salido en la fresca mañana de Septiembre con mi amado «Virgilio» debajo del brazo, y, sentado al claro de sol de fin de invierno, las horas pasaban dulcemente. ¡Suave Virgilio en la mañana luminosa, en el aire lleno del anuncio anticipado de la primavera, entre la hierba húmeda y brillante con el rocío de la noche, entre los árboles sonoros que agitaban en el aire el verdor de sus hojas nuevas!

«Por entonces la dulce Parténope me sustentaba en su encantador regazo a mí, Virgilio, que dedicado en la flor de los años a obscuros solaces, osé, con la confianza y la fe que inspiran los pocos años, cantar pastoriles versos, cantándote a ti, ¡oh Títiro! bajo las sombras de una espesa haya.»

En aquella calma propicia, el espíritu se tornaba de una transparencia sana y primitiva. Entonces, como nunca, antes se comprendían y sentían mejor los versos del poeta; en aquella mañana comprendí, como por obra de una revelación divina, el valor de la gracia, y me fué dado también comprobar cuánto el alma moderna se ha alejado del fresco manantial antiguo al cabo de tantos siglos y de tantas complicaciones. Obra fué de Virgilio, pero más aún de la bella mañana de Septiembre.

Porque frente a mí, entre el verdor apretado de hierbas silvestres que el descuido de los guardianes dejara crecer sobre la orilla del camino, se elevaba en el aire un lirio blanco sobre su tronco verde, delgado, recto, frágil. El lirio se balanceaba dulcemente. Jugaba con mi atención, quebraba con cada inclinación de su tronco mi pensamiento. La vista se me iba hacia él y el libro permanecía abierto sobre mis rodillas, mientras sin yo notarlo, el aire curioseaba indiscretamente en las páginas de las «Geórgicas».

En cada uno de sus vaivenes el lirio parecía decirme: «Atiende»; y, cuando desobediente yo tornaba mis ojos a la página olvidada, él se burlaba de mi voluntad y tiraba al instante nuevamente de ellos.

El tronco era grácil y recto como el de esas copas en que se toman los más finos licores, y la flor blanca, estaba húmeda. Tenía tal gracia aquella pequeña planta, tan sutil, tan ingenua y sencilla gracia, que cuando en mí se produjo el milagro de comprenderla, no pude menos que sonreir lleno de una indefinible sensación, que pocas veces he vuelto a experimentar después. Bien valía que por gustarla cerrara los oídos a la voz de Virgilio, pues si dulces eran las lecciones del poeta, más profunda y quizá más dulce era la que el lirio daba continuamente al aire y a la luz, y que se perdía en cada minuto sin que la escuchara nadie.

Aquel descubrimiento dióme la clave de muchos problemas. El gozo que le siguió me trajo una visión que creo definitiva de la antigüedad.

En efecto: esa gracia sutil e ingenua de las cosas, ha sido a mi parecer, la fuente en que más bebieron los que trabajaron entonces para la inmortalidad. En los días de oro de Grecia, en el bello momento del siglo de Augusto, se estaba cerca aun de la naturaleza y ella no tenía más que pasar a través de un alma armoniosa para convertirse en materia de belleza. Aun en la misma multitud, esta gracia hoy oculta para quien no puede despojarse de la carga de treinta siglos, se manifestaba claramente. El más simple de los ciudadanos de Atenas, la percibía cuando las jóvenes vírgenes llevaban a lavar el velo de Palas a la rada de Falera, en las fiestas de la diosa, o cuando en las Antesterias o Fiesta de las Flores iba la procesión al templo, llevando cada muchacha una canastilla sobre la cabeza. Esta gracia estaba en la armonía de los movimientos, en la ondulación de los vestidos con el paso y el aire.

La rosa que cantó Anacreonte, las violetas con que Alceo coronaba la frente de Safo, son las mismas de ayer. Sólo el alma humana ha cambiado y nuestros ojos están llenos de otras visiones; pero a aquel que pueda libertarse de la cadena que le ata a su siglo, le será dado acercarse a la eterna fuente de la belleza sincera y simple, y, cuando haya mojado en ella sus labios, sentirá remozado su espíritu por efecto del agua lustral. Cierto, está escondida entre la maraña de una vegetación de invernáculo y el agua de su corriente aprovechada para fuerza motriz; pero quien se desnude de su «yo» actual y complejo, la encontrará, y al mirarse en su espejo se encontrará a sí mismo.

Esto es lo que aprendí una bella mañana de Septiembre, leyendo a Virgilio en un parque solitario, y fué un lirio blanco quien me lo enseñó.

M. LÓPEZ PALMERO



LA ALEGRÍA ES FUGAZ

Ahora está con nosotros y nos envuelve en su velo encantado a través del cual la vida toda tiene un risueño tinte. De pronto, cuando más queremos acercarnos a ella, huye y desaparece dejándonos sólo la estela de su recuerdo. Por eso, cuando pase por nuestra vida y se detenga con nosotros, hay que gozarla franca e intensamente. Si el vino, o el baile, o la tensión nerviosa, o la vigilia nos causan al día siguiente ligeras consecuencias desagradables, ¡qué importa! La alegría viene pocas veces y la tristeza es compañera permanente. Además, con una dosis de

CAFIASPIRINA

no solo desaparecen, como por encanto, el dolor de cabeza, el malestar general y la depresión nerviosa que suelen presentarse en tales casos, sino que el organismo todo recobra, en pocos momentos, su perfecto equilibrio. La CAFIASPIRINA es igualmente eficaz para dolores de muelas y oído; neuralgias; jaquecas, resfriados, etc., y ofrece la incomparable ventaja de que **nunca afecta el corazón.**

En tubos de 20 tabletas y Sobres Rojos Bayer de una dosis.

BAYER

De Lomas de Zamora



El general Marsilese rodeado por un núcleo de amigos que lo hicieron objeto de una demostración de aprecio, con motivo de su reciente ascenso.

LA FRUTA TODO LO CURA

De todos los alimentos que consumimos, la fruta es indiscutiblemente el mejor para purificar el estómago y lavar los intestinos. En América, tiene el régimen muchos partidarios, los cuales aseguran que puede comerse cuanta fruta se desee, y que siguiendo el tratamiento unos cuantos días, se obtienen mejores resultados para expulsar la bilis que con el uso de sales purgantes o laxantes. No hay nada que combata mejor la toxicidad de este producto de nuestro organismo como la fruta bien escogida y madura.

Los neurasténicos declarados que se han sometido al régimen durante un espacio normal de tiempo, han obtenido resultados excelentes. De las tres comidas del día, en las dos principales sólo tomaban frutas variadas, y en la otra comida añadían carne nada más. Con este régimen refrescante, consiguieron que desapareciese las crisis biliosas casi por completo al cabo de unos cuantos días.

Así, pues, ya lo saben nuestros lectores: duraznos, peras y uvas, bananas y naranjas a todo pasto. El tratamiento es fácil de seguir y no tiene nada de desagradable.





Velocidad... Confort...

Lo que busca todo hombre en una afeitada.

Algunos dicen: «Yo quiero una afeitada rápida; una sola pasada». Esto solamente una hoja perfectamente afilada puede permitirlo. Asentando la hoja antes de cada afeitada la tendrá con filo tan agudo, como si fuera nueva.

Sólo una clase de hoja, puede ser fácil y automáticamente asentada, asegurándole entera satisfacción cada vez que se afeite.

Es esta una parte de las ventajas que le ofrece la famosa Valet Auto Strop.

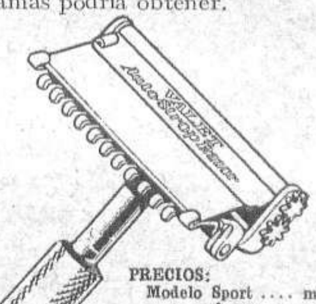
Otros dicen: «Yo quiero sentir la cara completamente lisa». Sólo una afeitada rápida puede darle a usted confort. Afeitándose despacio, no corta la barba, sino que la arranca, produciendo irritaciones y lastimando en todo sentido su cutis. Una hoja que por su filo apagado haga demorar su afeitada, es abominable. Ningún hombre tiene por qué sufrir esto. Asentándose sola, la «Valet Auto Strop», asegura el máximum de filo a cada hoja, proporcionándole cada vez que se afeite, un confort que de otro modo jamás podría obtener.

COMO OBTENER ESTOS RESULTADOS DESEADOS:

Cualquier clase de barba, cualquier clase de cutis, encuentra en

Valet Auto Strop

la máquina indicada para una buena afeitada.



PRECIOS:

Modelo Sport	m$n	5.—
» Asoro	»	6.80
de lujo ...	»	18.50

VENTA EN ARMERIAS Y CASAS AFINES

Si su proveedor no la tiene pídala a sus

Agentes:

MAYON

LIMITADA

Av. de Mayo, 1257. - Buenos Aires.

Agentes: C. C. 4-10-24.

MAYON

LIMITADA

Recorte este cupón y adjunte m$n 5.—. Le enviaremos franco de porte la VALET AUTO STROP modelo "Sport".

NOMBRE..

CALLE.............................. N.º..........

LOCALIDAD......................................

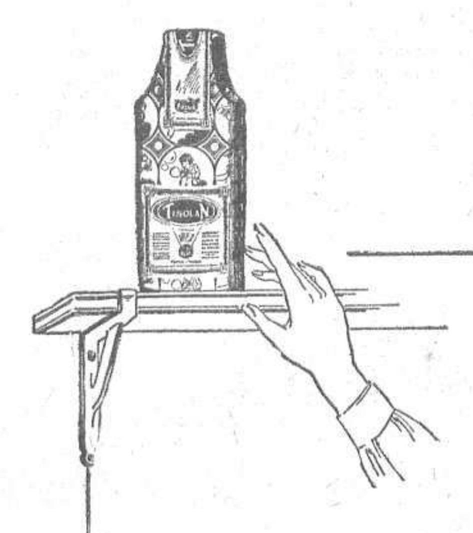
De San Isidro



Aspecto del salón de la Sociedad de S. M. Italiana, durante el festival realizado por la C. D., celebrando la histórica fecha del XX de Septiembre.



Autoridades locales y destacados miembros de la colectividad italiana, que concurrieron a dicho festival, el cual alcanzó brillantes contornos.



Por mil razones, Señora

¿ Debe tener Tinolán en su casa

Asi estará tranquila en lo que respezta al ***vientre de sus hijitos*** a quienes la primer cucharadita de Tinolán pondrá a qubierto de los peligros de la ***constipación.***

Y ellos tomarán Tinolán con gusto porque es rico.

Y los verá contentos porqhue tendrán salud y tendrán salud porqué andarán ***bien de vientre.***

En fin, señora, el Tinolán le evitará el fantasma de las ***infesiones inteztinales.***

Lleve Tinolán a su casa. ?

En las farmacias. **2 $ el frasco.**



¿Cuántas faltas de ortografía hay en este aviso?

Envíenos la contestación en un cupón que con un sobre le entregarán gratuitamente en cualquier farmacia, con solo pedir un sobre del

Concurso TINOLAN

Todas las respuestas tienen premios de valor

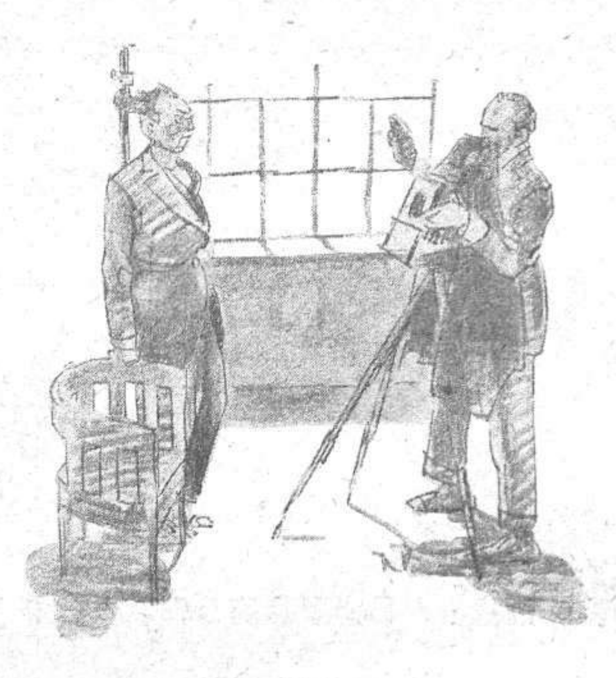
DIFERENTES veces me han dicho:

— Ayer le vi a usted en la calle de... ¡con gusto le hubiese saludado, pero... no me atreví! ¡Iba usted tan triste!

Muchos fotógrafos en el momento un poco transcendental — para mí, se entiende — de retratarme, hicieron una observación análoga:

— Procure usted desarrugar el entrecejo; sonría un poco... un poquito... más bien con los ojos que con los labios... está usted demasiado serio.

A unos y a otros les he respondido:



DE LA VIDA INQUIETA

Un GRAN ACTOR FRACASADO

por

EDUARDO ZAMACOIS



— Se equivocan ustedes; cuando yo pasaba por la calle de... no me afligía pena ninguna. También puedo jurarles que las galerías fotográficas no me deprimen, ni suscitan en mí ideas lúgubres. Ustedes, cuando me aproximaron, me hallaron siempre regocijado, alerta y comunicativo; era mi obligación manifestarme así, pues creo que todos, en sociedad, debemos ser cordiales y fáciles a la alegría, ya que el buen humor es el gesto más perfecto de la cortesía. En cambio, hallándome aislado, y dada la gran confianza que cada cual tiene consigo mismo, suelo permitirme la libertad — la inelegancia, iba a decir — de estar taciturno. Coexisten en mí «dos sujetos»: el *yo* expansivo, civilizado, afectuoso, que procura constantemente dejar en su interlocutor una impresión agradable, y el *yo* silencioso, concentrado y solitario que, sin llegar precisamente a los límites torvos de la huraña, monologuea absorto y fruncida la frente. ¿Cuál de esos caracteres míos es más sincero?... No sabría determinarlo; acaso el segundo, aunque tampoco puedo tildar al primero de histriónico, pues el contento que me produce la presencia de un colocutor simpático es perfectamente leal. ¿A qué motivos referir entonces este polifacetismo espiritual? ¿A fingimiento?... ¿A razonado cálculo?... ¿A don de adaptación?... No. Este maravilloso proteísmo interior, estas máscaras desconcertantes con que las conciencias se disfrazan, no implican artería, ni disimulo, ni perversidad. Son un producto de nuestro «subconsciente», el resultado lógico de la muchedumbre de personas que conviven en cada persona, de la multitud de hombres que se agitan, casi con independencia terminante, dentro de cada hombre. Y cuanto más inteligente es un individuo, mayor será el abigarramiento y más complejo el mosaico de su mundo íntimo.

— ¡Usted ya se imagina cómo yo estaría! — acostumbro a repetir, para convencernos más pronto de su sinceridad, el amigo que nos explica un negocio, o nos describe una escena de violencia o de amor; ¡usted ya me conoce!...

— No — podríamos responderle, — yo no ignoro cómo es usted; en lo que nos parecemos, pues usted también nos ignora. Creemos conocernos y llegamos a viejos sin saber cómo somos, precisamente porque somos «muchos» dentro de la unidad de nuestra conciencia. De todas las ramas o trayectorias del humano conocimiento, la más retorcida, la más sombría y abstrusa, es la referente a nuestra autoinspección moral.

Sin advertirlo podemos ser «dobles», «triples»... según las acciones, y nuestro carácter, de consiguiente, no representa una verdadera fuerza indivisible sino «la hegemonía o habitual predominio de un carácter sobre los demás caracteres que integran nuestra psiquis». Fulano es alegre, porque en él prevalece, su «yo alegre»; pero al lado de ese «yo» risueño, y como aprovechando todos sus descuidos, reaparecerá a intervalos otro «yo» pusilánime, apocado y tristón. Dentro de nosotros, cada pasión o sentimiento tiene un representante, una mueca, una voz. Nuestra alma, en suma, es un escenario sobre el cual, no bien despertamos, empiezan a trabajar a la vez cuatro o cinco actores.

Entre los profesionales del teatro hay muchos... ¡muchísimos!... comediantes malos; y en cambio solemos tropezarnos con individuos que, sin embargo de no haberse acercado jamás a la farándula, son histriones excelentísimos; histriones que simultáneamente son autores de obras, que — sin detenerse a escribirlas — representan. Sirva de modelo aquella genial Teresa Humbert, que supo unir a la fértil inspiración de Molière el arte supremo de Sarah...

A la casi totalidad de las personas les basta para actuar en el teatro de la vida una cara, un temperamento. Pero existen tipos — y Balzac ha pintado más de uno — tan sinuosos, tan poliformes interiormente y de una tan novelesca y superabundante actividad moral, que necesitan desdoblarse para actuar como si realmente fuesen varios individuos.

A esta categoría pertenece Picard, creación Ovidiana, digna de ser protagonista del más extraordinario folletín policíaco.

En él coexistían tres hombres, por lo menos, y su reciente detención hace que su nombre, largo tiempo olvidado, torne a fulgir bajo el lampo escandaloso de «la actualidad».

Picard, otoñal y casado, desempeñaba el honroso empleo de cajero en el teatro de la «Opera Comique de París», cuyos destinos rigen los hermanos Isola. Durante muchos años trabajó con fidelidad estricta, y gozaba de toda la confianza de sus jefes; era puntual, laborioso, callado, minucioso en sus cuentas, al extremo que un billete de mil francos y una moneda de cinco céntimos parecían tener a sus ojos, la misma significación.

Un día, sin embargo, Picard desapareció llevándose entre sus manos cansadas de ser fieles, medio millón de francos.



Inmediatamente la prensa, ávida de noticias impresionantes, divulgó el fraude: los detectives más conspicuos se lanzaron a la busca del traidor; los hermanos Isola ofrecieron un premio en metálico considerable a quien lo detuviese, y la enorme alma cosmopolita del bulevar vibró febrilmente de curiosidad, de emoción insana... Unos suponían al fugitivo en Bruselas, otros en Berlín, quién le creía en España, camino del Marruecos obscuro, o de América...

Pero Picard, más hábil que sus perseguidores y menos medroso de lo que estos le suponían, no se movió de París, la urbe inmensa tan propicia, por atolondrada y revuelta, al placer como al crimen.

No bien cometió su delito, Picard, émulo fraterno del prodigioso «Castanier» de Balzac, cambió de domicilio «oficial», buscó una amante, a quién instaló fastuosamente, y comenzó a disfrutar una existencia «doble». Para su esposa continuó siendo el hombre viejo, calvo, de rostro fatigado, andar cansino y trajes no muy limpios, de siempre.

Junto a su querida, en cambio, era «otro»; un verdadero galán, elegante, gastador y risueño.

Para realizar estas transformaciones Picard, había alquilado una habitación donde tenía un bien surtido guardarropa y los afeites, pelucas y tenacillas, con que a diario y magistralmente se metamorfoseaba.

Del domicilio de su mujer, situado en la calle de Filles-du-Calvaire, salía todas las mañanas un poco encorvadito, con los ojos tristes y el caminar lento de hombre pobre que va a ganar su vida». Desde allí se dirigía a su «laboratorio» a su «camerino», pudiéramos decir también, de donde una hora más tarde resurgía remozado, transfigurado, erguido; la mirada alegre, los cabellos rizados el pantalón sin una arruga, sin una mancha, las botas de charol, florecida la solapa de «jaquet», enjoyadas las manos... y un andar juvenil, rápido, que esparcía en pos de sí un rastro fragante...

Así disfrazado iba a ver a su amiga, con quien cenaba, unas veces en su casa, otras en algún restaurant «de lujo». Luego y siempre en automóvil, para mejor exhibirla, la llevaba al teatro. Terminada la función la restituía a su domicilio, y él tornaba al cuarto de sus transformaciones, donde readquiría su raída indumentaria y su rostro amarillento de cesante con lo que un momento después reaparecía en su hogar, tosiqueando, arrastrando los pies, extenuado como el hombre que ya no puede más»...

Picard era viejo junto a su mujer y joven junto a su amante; con aquella mostrábase pobre, avaro y gruñón, y con ésta rico y manirroto.

Picard tenía dos cuerpos, dos caras, dos nombres, dos temperamentos, dos hogares, «dos vidas» en fin; o acaso tuviese «tres», pues seguramente muy cerca del Picard anciano y miserable, y del Picard maquillado, correntón y generoso, había otro Picard; un Picard que sabía que todo aquello era mentira.

Esta doble situación inverosímil duró cinco años; los que tardó el ladrón en derretir los quinientos mil francos que había robado; y apenas quedó en la miseria la policía dió con él, ¡Nunca los males vinieron solos!...

¡Cuán interesantísimo sería descender al fondo del alma de Picard!... Conocer su infancia, registrar las ideas, los sentimientos, las ambiciones de ese hombre para quien los cinco años de esplendor que acababa de gozar fueron diez, pues que los vivió «dos veces»...

¿Y quien sabe si Picard no es responsable absolutamente del delito que le ha colocado fuera de la ley?...

Quizás él, cuando niño, declaró su vocación de actor, y su padres le desoyeron, y determinaron hacer de él un «contable» probo, integérrimo, esclavo de la exactitud, y así su voluntad, atropellada y reducida momentáneamente a silencio, reaccionó al fin para llevarla por los trigos peligrosos del ensueño.

Porque Picard, a mis ojos, más que un ladrón es un comediante, un gran comediante; y digo esto porque robar medio millón de francos ocultarse, y al cabo, dejarse prender, es una vulgaridad al alcance de cualquier aprendiz de bellaco; mientras vivir a la vez, dos biografías distintas, es algo sobrehumano.

Lo que a Picard lo ha perdido es el ambiente: los libros de caja, con su severidad, hicieron de él un ladrón; un teatro en cambio, con sus mil farsas, hubiera hecho de él un artista genial.



DIBUJOS DE PARIAGNOLI





Señoritas y jóvenes que concurrieron al festival danzante, organizado por la Sociedad Cosmopolita de S. M., a beneficio de su caja social.

¿ES LO MISMO?

Eran muy íntimos amigos y consejeros del Banco de España don Martín Esteban y don Santiago Liniers. El primero tenía gran talento, pero ninguna cultura. El segundo estaba dotado de tanta cultura como talento y su ingenio dejó huellas imborrables en la memoria de cuantos tuvieron la dicha de ser sus amigos o de leer sus escritos. Con don Francisco Silvela escribió en sus mocedades "La Filocalia"; en las columnas de "El Tiempo" colaboró con aticismo poco frecuente, y su conversación estuvo siempre salpicada de ingenio.

Don Martín estaba hablando en una de las reuniones del Consejo del Banco, y tres o cuatro veces pronunció la palabra "diferiencia". Don Santiago que estaba sentado junto a él, le decía cada vez que la pronunciaba: "Diferencia, don Martín, se dice diferencia". Don Martín se amoscó y replicó airado: "Mire usted, Liniers; yo no sé si se dice diferencia o diferiencia; pero a mí me da lo mismo decirlo de un modo o de otro, pues todos ustedes me han entendido, y yo lo que quiero es que me entiendan. Ustedes "los poetas" dan mucha importancia a letra de más o de menos; pero a mí no me convencen, y es lo mismo".

Don Santiago Liniers, con gran sorna, le contestó: "Mire, don Martín. Tiene tanta importancia una letra más o una letra menos, que con una menos se escribe y se dice el ánima de don Martín Esteban, y con una más se dice y se escribe el animal de don Martín Esteban... ¿Es lo mismo?

—Quien ama su vientre no guarda la cara de su hermano.

—El hombre propone y Dios dispone.

—El que no tiene asno, desprecia al mulo.



Regalamos a los niños

que nos envíen el cupón adjunto, un número de la linda revista cinematográfica titulada «El Cine», que publicamos para recreo de los pequeños consumidores de las golosinas



«El Cine» aparece mensualmente con retratos de estrellas de la pantalla, cuentos con temas cinematográficos, crónicas de los últimos estrenos y de las próximas novedades, historietas, reportajes y todo lo que con la escena muda se relacione.

Para obtener un número de muestra, sólo es necesario cortar el cupón insertado al pie y remitirlo a la dirección que en él se indica, en un sobre **abierto** franqueado con una estampilla de 2 centavos.

NOËL & Cía Lda.

los fabricantes del Dulce de Membrillo Especial Noël en latas de 1 kilo, el Chocolate Noël y muchas otras golosinas conocidas y apreciadas desde hace más de 70 años.

NOËL & Cía. Lda. — (Departamento de Propaganda)
Defensa, 979 - Buenos Aires

Deseo recibir gratis un número de "El Cine".

Nombre ....

Dirección.. C. C.



Núcleo de señoritas que rifaron una artística joya entre las damas que asistieron a presenciar el certamen de tiro realizado en el "Gum Club".



Señores Marcó del Pont, Olivari Grosso y Campi que resultaron ganadores y entre los que fué disputada una medalla de oro.



Señor Marcó del Pont, ganador de la medalla de oro.



El presidente del "Gum Club", señor Pini, rodeado por un núcleo de competidores que tomó parte en el torneo.


BENGURIA



¡COMO SE PASA EL TIEMPO!

Vedle. Es Elpidio
que, con fastidio,
piensa en la suerte de don Marcelo.
— Es una cosa clara y sencilla
que al presidente le ayuda el cielo —
dice y prosigue con desconsuelo:
— Hay quien le adula, quien le cepilla,
quien le celebra las aficiones,
quien le regala ricos bombones,
quien de sus actos se maravilla.
Y yo, entre tanto,
que soy un santo
toco sin tregua la campanilla.
Dos años lleva
tranquilamente,
sin que se atreva
ni el más valiente
a criticarle por la arrogancia
con que hace cosas sin importancia,
ni a censurarle porque a persona
tan importante como la mía
se la arrincona.
¡Qué picardía!
Si a él le complace
ir a las fiestas o ir de paseo,
yo únicamente campanilleo
dos años hace, ¡dos años hace!
¡Cuánta prudencia!
¡Cuánta paciencia,
la que he tenido!
¡Qué desengaños
los que he sufrido,
pues Su Excelencia
pasa los años
sin acordarse de mi existencia!
Es algo horrible.
Es algo horrendo
e incomprensible.
¡Yo no lo entiendo!
¿Quién adivina
por qué me tienen miedo o inquina?
Pero es el hecho que se me aparta,
se me elimina,
se me descarta.
Suave y modesto,
sigo en mi puesto,
sin que se enteren de mi zozobra
ante la idea de que molesto
y estoy de sobra.
¡Y ese es el premio de mis virtudes!
Hace dos años tengo disgustos,
paso inquietudes,
lloro desaires e ingratitudes.
¡Dos años justos!
12 de octubre, ¡fecha nefasta!
12 de octubre, ¡fecha traidora!
Hace dos años que se me aplasta
que se me ignora.
Mas, por fortuna, yo, como ahora,
siempre fuí un hombre de buena pasta,
que ni se irrita ni se acalora,
ni es envidioso ni iconoclasta.
Sigan los años abrumadores.
Grave testigo
de mis dolores,
vela conmigo,
¡oh, campanilla de mis amores!

LUIS GARCÍA

DIBUJO DE MACAYA

PARFUMERIE

L.T. PIVER

PARIS

POLVOS DE TOCADOR

FLORAMYE
POMPEÏA
y VIVITZ

Incomparables por su finura y delicioso aroma. Precio de la caja

$ 2.-

POUDRE DE RIZ
VIVITZ
L.T. PIVER
PARIS

FLORAMYE
L.T. PIVER
PARIS

POMPEIA
L.T. PIVER PARIS

Enlaces



Señorita María Martil, con el señor Alfonso España. — Pigüé.



Señorita Teresa Pescio, con el señor Jaime Isern. — Casilda.



Señorita María N. Baguetto, con el señor Jenaro Defeo. — Capital.



Señorita Susana A. Beascoechea, con el teniente Pedro Castex. — Palomar.



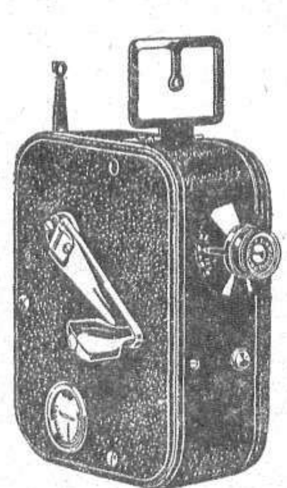
Señorita Elena Landalde, con el señor Gabilondo. — San Rafael. (Mendoza).

HAGA VD.
MISMA SUS FILMS
CON LA CAMARA

Pathé-Baby

ELLA LE PERMITE REGISTRAR CON LA FOTOGRAFIA ANIMADA, QUE ES LA MEJOR FOTOGRAFIA, SUS RECUERDOS MAS QUERIDOS

NO EXIJE CONOCIMIENTOS ESPECIALES NI COSTOSOS LABORATORIOS



UN ROLLITO DE PELICULA **"PATHE-BABY"**, CONTIENE 1.200 IMAGENES QUE EQUIVALEN A 60 METROS DE PELICULA UNIVERSAL.

CREDITOS
CON FACILIDADES DE PAGO
PIDA DETALLES

Instrucciones gratuitas - Los Films se revelan en la casa.

PRECIO DE LA CAMARA $ 155.—

Pida Prospectos

UNICO CONCESIONARIO: **MAX GLÜCKSMANN**

CALLAO y B. MITRE - FLORIDA y LAVALLE - Buenos Aires.

ROSARIO: Córdoba, 1048 — MONTEVIDEO: 18 de Julio, 966 — SANTIAGO (CHILE): Ahumada, 91



Baile de gala realizado en los salones de la Sociedad Italiana Unione e Benevolenza conmemorando el XX de Septiembre.



El Intendente Municipal, acompañado por un núcleo de caracterizados miembros de la colectividad italiana que asistieron a dicha fiesta.

LA MUERTE DEL AMOR

Si ella estaba triste, más lo estaba yo, pensando que habíamos sepultado para siempre nuestro amor, sin esperanzas de verlo resurgir un día; pensando que nuestros labios no se unirían ya jamás. Y arrastrado por la ceguera de mi egoísmo, parecíame que debía agradecerme aquella tristeza mía, que deba consolarse al advertirla; pues era como un reflejo del amor ya lejano.

Hubo un tiempo en que los dos soñábamos, no era el amor sino la pasión hasta la muerte, *usquet ad morten*. Ambos creíamos en nuestro sueño, y más de una vez, embriagados proferimos las dos grandes palabras: *¡Siempre! ¡Nunca!* Habíamos creído en la inteligencia de nuestra carne, en aquella afinidad rarísima y misteriosa que liga a las criaturas humanas con el tremendo lazo del deseo insaciable; lo creíamos porque la agudeza de nuestras sensaciones no disminuyó cuando el obscuro genio de la especie hubo realizado, por nosotros dos, su único intento.

La ilusión había desaparecido, la llama estaba extinguida. Mi alma, lo juro, lloró sinceramente sobre las ruinas. Pero ¿cómo oponerse a un fenómeno necesario?

¿Cómo evitar lo inevitable?

En medio de todo era una gran ventura que, muerto el amor por la necesidad fatal de los fenómenos y sin culpa por parte nuestra, pudiéramos todavía vivir en una misma casa ligados por un mismo sentimiento, quizá menos profundo que el antiguo, pero ciertamente más elevado y más noble. Gran dicha era que una nueva ilusión pudiera suceder a la antigua y establecer en nuestras almas un cambio de afectos puros, de conmociones delicadas, de exquisitas tristezas. — GABRIEL D'ANNUNZIO.



DESDE EL MIRADOR

EL ENIGMA DEL ARZOBISPO

La acefalía del arzobispado sigue prolongándose de una manera indefinida no sólo bajo el punto de vista del tiempo que transcurre sino en cuanto respecta al derecho de patronato del gobierno de la nación.

Toda clase de conjeturas y nada preciso rodea a este asunto delicado, y la opinión pública se siente cada vez más agitada y ansiosa porque la acefalía del solio pastoral argentino diríase que empieza a perfilarse como una cuestión que, saliendo del protocolo de la diplomacia, ha pasado al terreno de los hechos ligados íntimamente con la dignidad y jerarquía del país.

Se sienten dos corrientes sordas y encontradas que luchan en terrible silencio y bajo la profunda obscuridad. El misterio más ilógico — en este tiempo en que las cuestiones de la diplomacia se ventilan a la luz del día — pone su dedo en todos los labios y hasta su timidez en todas las plumas. Sólo en el Senado de la República, donde la dignidad de la misma ha de conservarse intacta, se han levantado voces claras interrogando a quienes corresponde. Pero las respuestas han sido insuficientes, porque las ha medido, según parece, más la timidez del procedimiento diplomático que la prudencia natural.

La ansiedad y la agitación de todas las clases de la sociedad argentina acentúanse, pues, frente al problema irresuelto y cada día más complejo; y la figura del ilustre prelado argentino, sujeto al mustismo que le impone una disciplina admirable y sagrada que lo eleva más aún en los conceptos de la virtud y del respeto, cobra hasta un melancólico prestigio.

Pero las conjeturas, frente a esta cosa laberíntica que ha embrollado la diplomacia, no hacen sino estimular la opinión sudamericana.

Es indudable que el Poder Ejecutivo no cederá ante cualesquiera que pudieran ser las componendas que se busquen aquí o en Roma para solucionar el conflicto, sino que sostendrá íntegramente los derechos del patronato. A ello no se opondrá en manera alguna, según todas las apariencias y el buen sentido, el nombramiento que acaba de recibir monseñor de Andrea como visitador apostólico en Sud América.

De la aceptación de la terna para el arzobispado por parte de las autoridades pontificias y luego del veto a la elección de uno de los componentes de aquélla, despréndese una actitud que menos se comprende mientras más se piensa en el nombramiento recaído hace poco en monseñor de Andrea.

UN CONGRESO MALOGRADO

El espectáculo, o, más bien dicho, la serie de espectáculos que el Congreso Nacional está ofreciendo, es algo tan desconsolador como incalificable. El sentido y la conciencia de las responsabilidades morales y materiales que pesan de suyo sobre cada representante del pueblo, parece que han desaparecido por completo, y la Cámara de nuestros legisladores ha llegado a ser algo así como un recreo de chicos malhumorados....

La pequeñez de los intereses políticos y de bandería pospone la labor patriótica cuyas miras deben estar puestas en los serenos horizontes. La noción de la responsabilidad legislativa parece apagada como un fuego inútil ante las pirotecnias de los defensores de causas efímeras, que debieran ser los paladines del progreso y los intérpretes de la pujanza con que el país desarrolla sus riquezas — aun a pesar de las vanas legislaturas...

Es interminable la lectura de los discursos estériles y de los debates ruidosos en que la cultura de algunos de los congresistas sale muy mal librada. La frecuencia con que se apela al insulto y a la violencia — a esos pobres argumentos de los que no tienen razón... — es algo que despierta en todos los ámbitos de la nación un sentimiento que no es preciso nombrar ni calificar, porque él palpita en la mente de cada ciudadano que con su trabajo y su acción colabora al bienestar del país.

LA REGLAMENTACION DE LA LEY DE JUBILACIONES

La ley de jubilaciones votada no hace mucho en nuestro país constituye uno de los pasos más avanzados en el camino del bien común, mal que pese a quienes, no comprendiéndolo así, sólo piensan en el logro de los beneficios inmediatos, sujetos casi siempre al azar antes que a la serena y metódica labor.

Esa ley equitativa y previsora coloca a nuestro país a la cabeza del movimiento democrático y social que sacude al mundo moderno.

En muchas otras naciones, para no llegar siquiera a medidas de beneficio colectivo como la expresada, se han producido sangrientas y largas conmociones. En la Argentina se van resolviendo estos problemas con más habilidad o con mayor fortuna, y ello debe no sólo halagar a nuestros conciudadanos sino a los respetables elementos extranjeros que conviven con ellos.

La reglamentación de la ley que nos ocupa debiera, en consecuencia, hacerse con la menor demora posible, consultando y armonizando los intereses de obreros, empleados y patrones.

HAY QUE SABER VIAJAR EN TRANVIA

Los pobladores de las grandes capitales, como los miembros que componen ciertas corporaciones donde el valor de cada uno redunda en beneficio directo de la colectividad, deben observar algunas reglas de disciplina. Los elementos desordenados o refractarios a la bienandanza no tienen derecho de residir en una gran ciudad, y si lo hacen ha de ser por mera tolerancia...

Una de las disciplinas que más han de observarse en una urbe como Buenos Aires es la que se refiere al tráfico en general y a la circulación en tranvía particularmente — punto de que nos proponemos hablar.

¿Por qué no se habitúan los bonaerenses a salir por la plataforma delantera en los puntos terminales de las líneas y a la llegada a las estaciones ferroviarias, con lo cual obviarán las mil pequeñas dificultades, los muchos accidentes y las considerables demoras que se desprenden de la manera actual con que las gentes se obstinan en bajar del tranvía?

¿Por qué las compañías interesadas no imponen enérgica e inteligentemente el referido sistema, que no puede ser más sencillo?

EDUARDO ENCINA

Pineral

Gran Aperitivo



Concurrentes al lunch servido en la Sociedad Italiana Unione e Benevolenza, celebrando el aniversario italiano.

Señoritas y jóvenes que asistieron al baile de gala realizado en los salones de la S. I. U. e B.



UNA COPITA DE "8 HERMANOS" PRODUCE UNA SATISFACCION TAN PERFECTA EN EL PALADAR COMO EN EL ESTÓMAGO.

LA RAZON, ES CONOCIDA

EL SECRETO DE DESTILACION DEL "8 HERMANOS" CONSISTE EN UNA DEPURACION TAN ABSOLUTA COMO NO LA POSÉE NINGUN OTRO LICOR, PAIS POR PAIS, EN TODO EL MUNDO.

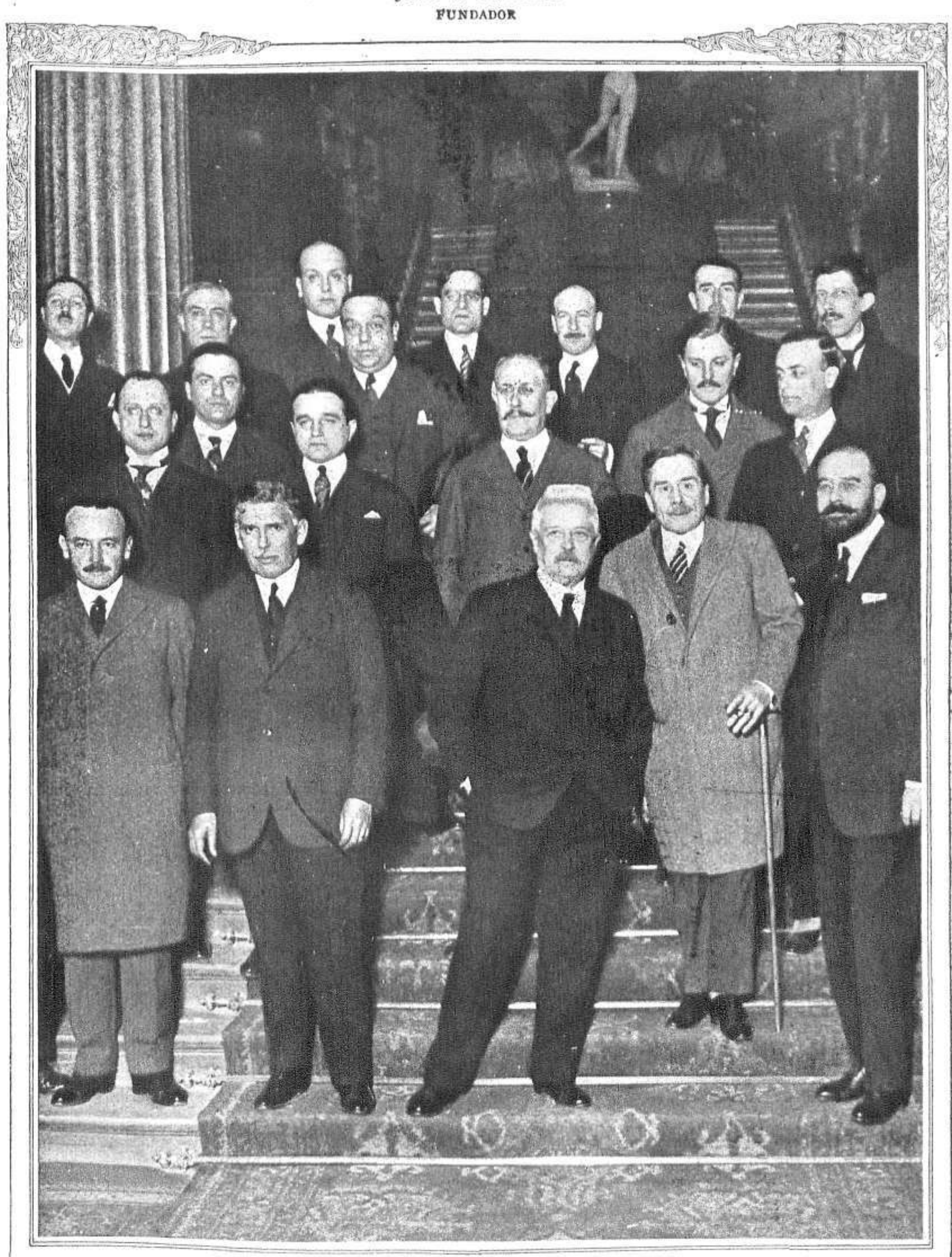
Freixas & Cia


CINZANO
VERMOUTH

BUENOS AIRES, 4 DE OCTUBRE DE 1924

AÑO XXVII **CARAS Y CARETAS** N.º 1357

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



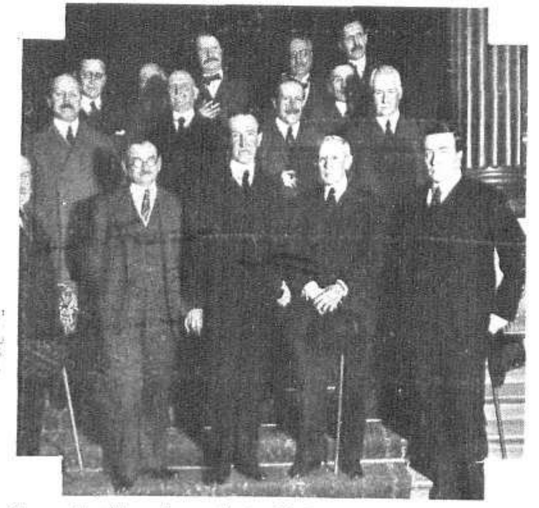
DESPEDIDA DEL HON. VICTOR M. ORLANDO

BANQUETE OFRECIDO POR LOS PROFESORES DE LA FACULTAD DE DERECHO

EL ilustre hombre público italiano rodeado por distinguidas personalidades del foro y de la magistratura argentinas, después de la demostración de que fué objeto en el Jockey Club con motivo de la terminación del ciclo de sus notables conferencias sobre Derecho Político dictadas en dicha Facultad y del próximo viaje a su país.

FOTO DE BELL

En honor del ex-embajador chileno



Grupo obtenido en la escalinata del Jockey Club después del almuerzo que un grupo de amigos ofreció al ex embajador de Chile doctor Juan Enrique Tocornal, con motivo de su retiro de la embajada del país hermano.

Exposición Sigall



El Presidente, doctor Alvear, y otras personalidades que acudieron a la exposición de las obras del artista señor Sigall en los salones Witcomb, cuyas telas han sido favorablemente acogidas por la crítica.

Visita presidencial al monumento a España



El doctor Alvear visitando el taller del escultor argentino señor Arturo Dresco, donde se hallan las piezas que integran el monumento a España, encomendado a dicho escultor por la Comisión Nacional del Centenario y que próximamente será ubicado en una de las plazas de esta ciudad.

Día del estudiante



Interesantes instantáneas tomadas durante la fiesta campestre realizada en Olivos por el Centro de Estudiantes del Instituto Nacional del Profesorado Secundario conmemorando el tradicional día. Estas amables fiestas, que coinciden con la entrada de la primavera, dan ocasión a que los jóvenes estudiantes, poniendo un breve paréntesis a sus labores se entreguen a bulliciosas y cultas expansiones, en los instantes en que la tierra se viste con sus más gayas galas.

Conmemoración del natalicio del Rey de Dinamarca



Damas y caballeros de la colectividad dinamarquesa que asistieron a la recepción ofrecida por el ministro don Otto Wadsted, en su residencia particular, festejando el 54.° aniversario del natalicio del rey Cristian X.

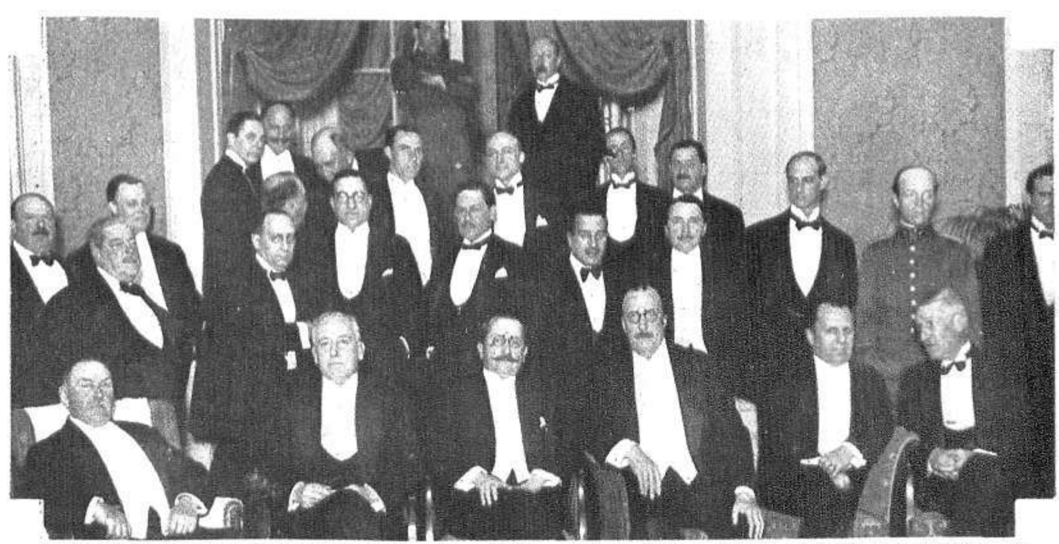
En el Aeródromo Militar de El Palomar





El mayor don Aníbal Brihuega, jefe del primer grupo de aviación, agradeciendo la entrega del aeroplano adquirido por colecta popular en la parroquia de Flores. — Palco oficial ocupado por el general Rodríguez, el jefe del servicio aeronáutico y otros altos jefes durante la patriótica y a la vez sencilla ceremonia.

Demostración al doctor Roberto Bunge



El obsequiado rodeado por los ministros del Interior y Justicia, doctores Gallo y Sagarna, y demás personalidades que asistieron al banquete que le fué ofrecido con motivo de haberse retirado de la magistratura, ocasión en que se pusieron de manifiesto las generales simpatías que supo granjearse el talentoso e íntegro magistrado.

EL ENCUENTRO INTERNACIONAL

Notas gráficas de las incidencias

Curiosa instantánea tomada en el momento en que comienzan las desagradables escenas producidas en el campo del Club Sportivo Barracas antes de realizarse el partido entre el team campeón olímpico uruguayo y el combinado argentino.



Agentes del Escuadrón pretendiendo contener la avalancha de gente. Estas tumultuosas escenas se repetían a cada momento.



Una víctima del entusiasmo deportivo auxiliada por la policía poco después de estar en peligro de ser asfixiada.

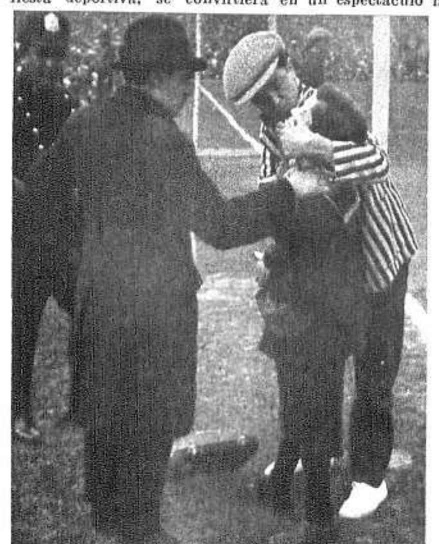


El Escuadrón en una de sus frecuentes cargas sobre la muchedumbre. Como puede verse, en las tribunas no cabía una persona más, a pesar de lo cual las boleterías seguían funcionando, sin tener en cuenta para nada lo que estaba ocurriendo dentro de la cancha.

ENTRE URUGUAYOS Y ARGENTINOS

que obligaron a suspender el partido

Una vista parcial del field cuando la multitud lo invadió. La escasez de policía al principio y la imprevisión de la Asociación Argentina de Football contribuyó a que, la que debió ser hermosa fiesta deportiva, se convirtiera en un espectáculo lamentable.



Prestando los primeros auxilios a un niño que recibió una pedrada en el rostro, atentados que se repitieron con frecuencia.



El corneta del Escuadrón dando al aire las notas estridentes del clarín, antes de dar comienzo a una de las innumerables cargas.



Los bomberos que acudieron a las llamadas de auxilio dadas ante las primeras tentativas de incendio de las instalaciones. En cuanto se anunció la suspensión del encuentro pudo verse que se elevaban pequeñas columnas de fuego en distintas partes, las cuales fueron inmediatamente sofocadas por las autoridades.



El profesor don Victor Orlando en la escuela Dante Alighieri, rodeado por la Comisión de damas y maestras que organizó un homenaje escolar en su honor.



Grupo formado por el ilustre visitante y miembros de la Comisión de agasajos, que organizó la serie de homenajes con que se festejó su visita a esta ciudad



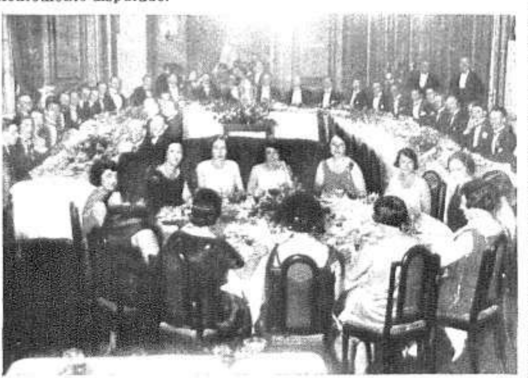
El distinguido jurisconsulto italiano acompañado por las autoridades y alumnos de la Escuela Nacional de Comercio, después de la conferencia dictada por aquél.



Hermoso núcleo de señoritas y jóvenes de la mejor sociedad rosarina, tomado durante el festival realizado en honor de los participantes en el torneo de polo recientemente disputado.



Concurrentes al baile llevado a cabo en el Circulo Italiano en conmemoración del XX de Septiembre, amable fiesta que se vió brillantemente concurrida.



Aspecto que presentaba el salón del Jockey Club durante el banquete de despedida ofrecido a los componentes de los teams de polo que disputaron el último torneo.



El Agente Confidencial de Chile

D. Emiliano Figueroa Larrain

SUS IMPRESIONES SOBRE LA SITUACION CHILENA

El señor Emiliano Figueroa Larrain que ha vuelto a nuestro país como agente confidencial del nuevo gobierno no es, para nosotros, una persona extraña. Fué años anteriores representante diplomático del país hermano en la Argentina y en el desempeño de sus funciones supo granjearse las generales simpatías de nuestros círculos políticos y sociales.

Hemos ido a verlo en su alojamiento actual. Su figura alta, un poco gruesa pero aún erguida, se destaca en la rueda que le forman sus amigos personales. Su físico despierta una simpatía inmediata, que luego confirman su gentileza y su amabilidad de gran señor. Es extraordinariamente amable el señor Larrain, no obstante su título un poco misterioso... ¡Agente confidencial!

En el vulgo, este título que parece envuelto en una atmósfera pesada de reserva, evoca gestiones subterráneas, gestiones a media noche. Pero no hay nada de eso. El ilustre diplomático chileno ha venido sencillamente a informar de viva voz al gobierno argentino acerca de los sucesos de su patria y a gestionar el reconocimiento del gobierno actual. Así, el misterio desaparece y en cambio se revela *la delicada misión que sus compatriotas* le encargaron para premiar el mérito de su pasada actuación.

Nuestras preguntas periodísticas son acogidas por el señor Figueroa con benevolencia y atención. Las expresiones de su rostro, franco y abierto, pasan por distintos estados, según que el diplomático chileno afirme su fe o su escepticismo. Habla de pie y retrocede o avanza continuamente mostrando la inquietud de sus ideas y la constante actividad de sus nervios.

Sus gestos y ademanes son elegantes, sus brazos describen cortos círculos en el aire como si en ellos quisiera encerrar los conceptos que va exponiendo con facilidad y claridad.

— Vea, amigo — nos dice con tono bonachón. — Lo que ocurrió en Chile tenía que producirse fatal*mente*. Estábamos en medio de una absoluta bancarrota administrativa. Conste que no hago cargos ¿eh? Se había contratado un empréstito de mil millones de pesos. Mil millones ¿se da cuenta? No es soncera. Y sin embargo, los sueldos no se pagaban. Había maestros que se morían de hambre. Pero todo llegó a su colmo cuando el propio Congreso, por sí, se votó las dietas, siendo, por la Constitución, sus servicios completamente gratuitos. ¡Qué me dice! Bueno; esto fué la gota que llenó el vaso.

Nuestro interlocutor abre sus brazos y toma aliento. Luego prosigue:

— Se ha hablado con una insistencia alarmante del carácter militar del movimiento. Este temor es un vano fantasma. El movimiento lo hizo la opinión pública, pero la opinión debe apoyarse en algo, sólido naturalmente. Y lo único sólido que había en *Chile era el ejército*. Aquí tiene usted, en pocas palabras, revelada la esencia íntima de la revolución chilena. Nada de carácter militar. Absolutamente, mi amigo. Es un error creer lo contrario.

— ¿Qué impresión tiene usted sobre el futuro del nuevo gobierno? — le interrumpimos.

— Es difícil responder derechamente. Por ahora el gobierno se limita a reorganizar. Se dictará una nueva constitución, de acuerdo con los modernos principios de derecho constitucional en particular y de las nuevas corrientes jurídicas en general. Imagínese que la constitución actual no trata el punto referente a las constituyentes: eso le hablará a usted sobre la deficiencia de ella. Chile no puede quedar atrás en el progreso institucional de las demás naciones. Por eso afirmo que la nueva constitución debe ser avanzada, completamente avanzada, y ésta es la opinión general entre la clase directora de Chile... Le *garanto que en este sentido daremos un bello ejemplo* a toda América.

— ¿Será parlamentario o presidencial el sistema?

— ¡Hum! Las dos tendencias tienen muchos adeptos y nada de concreto puede adelantarse al respecto.

— Sus gestiones ante el gobierno argentino...

— Poca cosa, amigo, poca cosa. Mi primera conversación con el ministro no ha tenido aún resultantes... Le expuse la situación de mi país, cómo ocurrieron los sucesos y... nada más.

A esta altura de la conversación, el diplomático aparece de cuerpo entero dentro del señor Figueroa Larrain. Queremos arrancarle un pronóstico acerca del resultado de sus gestiones, pero, graciosamente, sin abandonar su gesto amable ni la sonrisa que anima su rostro benévolo y ya patriarcal, nos dice, casi bromeando:

— Vea. Si reconocen al nuevo gobierno, habré triunfado. Si no me lo reconocen, me iré calladito la boca. De todas maneras, mi permanencia en esta ciudad de amigos será solamente temporaria, lo cual lo lamento muy de veras, porque los amigos argentinos son buenos compañeros... hasta el fin.

Nos estrecha las manos y cuando se integra a la rueda de amigos que le espera en sendos sillones, su silueta alta y erguida, aunque un poco gruesa, es acogida con gran des esclamaciones cariñosas:

— ¡El hombre de la revolución! ¡El hombre de la revolución!...

CARLOS ERNESTO MANGUDO

ESTRENO DE "NACHA REGULES" DE MANUEL GALVEZ



La señora Pagano y el señor Lliri en la escena final de "Nacha Regules" adaptación escénica de la novela del mismo nombre del señor Manuel Gálvez, estrenada con gran éxito de crítica y público en el Teatro Liceo.

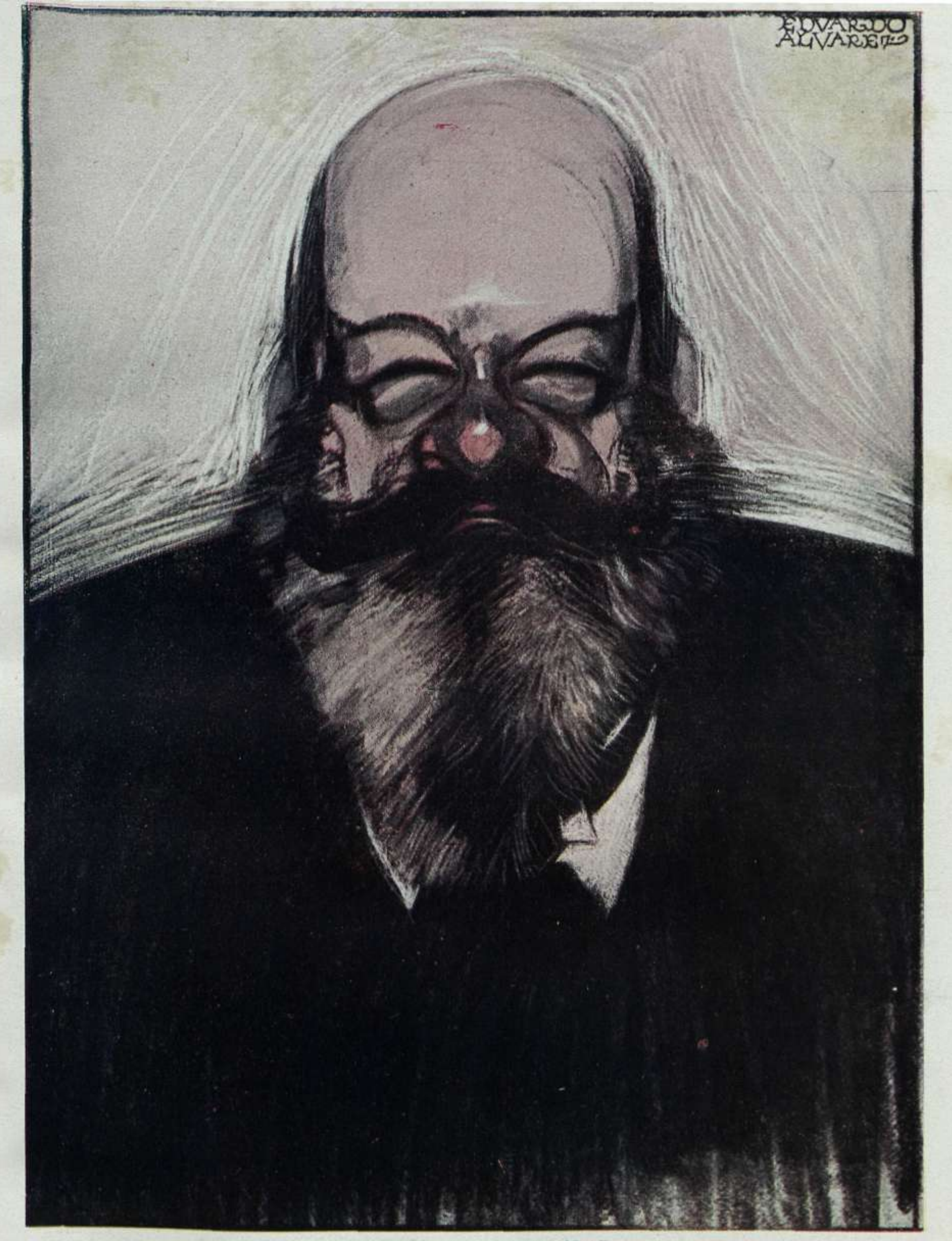


El autor de la obra, señor Gálvez, acompañado por los artistas que encarnaron los protagonistas, después de la función que terminó en medio de grandes aplausos, los que obligaron al señor Gálvez a salir al palco escénico para agradecer.

TROUPE ESTUDIANTIL URUGUAYA ATENIENSE

Un número interesante de la revista "Ca..." interpretada por la troupe estudiantil uruguaya "Ateniense", cuyas funciones en esta capital han logrado interesar vivamente a nuestro público.

FOTOS DE ARTEAGO



FIGURAS DE ACTUALIDAD

D. EMILIANO FIGUEROA LARRAIN

POR

A L V A R E Z

DIPLOMÁTICO en el más amplio y moderno sentido del término, gentil y caballeresco, el ilustre hombre público de la nación hermana, que cuenta con las más arraigadas vinculaciones en nuestra sociedad, ha de encontrar en la misión de agente confidencial con que lo ha investido, tan acertadamente, el nuevo gobierno de Chile, la acogida afectuosa que con su inalterable amistad ha conquistado unánimemente.

Página Infantil

María Antonia Peralta





Doñita Teresa Foglia Gori

Carlitos Serrano





AGUAS Frescas, es un caserío frente al mar. La playa se extiende en largas dunas amarillentas, en las que el agua marina, filtrada por las arenas, se congela en escamas de escarcha. Las casas de madera y calamina, de techos pizarrosos e impropios del paraje inclemente, se agrupan junto al campanario de una iglesia aldeana, que yergue su torre, blanca de cal, sobre un cielo sucio y anubascado.

Más allá de las viviendas terrosas, acotadas por aspas de molino, vense campiñas de raquíticos pastizales en los que retozan abundantes rebaños de ovejas.

Aguas Frescas es una caleta, abierta a los hielos del Polo Sur, venteada por las borrascas y surcada de aguas que manan de los próximos ventisqueros, desmadejándose en flecaduras espumosas de nieve derretida al sol.

El invierno largo, en aquella zona austral del Continente, encapucha de nieve las dunas, poniendo en los ojos imaginativos una visión de trineo y pieles obscuras.

Aguas Frescas no existe en los mapas, pero pertenece a una geografía espiritual y es síntesis para el narrador de muchos otros pueblos de la Tierra del Fuego.

Las noches de estío son breves, casi boreales.

El sol no se oculta como en otras latitudes y queda en día en sombras, como si su fuego agonizase paulatinamente, tal que luces encendidas tras un cristal empañado... Y de la marisma, bañada por descoloridos resplandores áureos, se eleva una niebla inconsútil, como un polvillo de nubes que ascendiera al cielo en un aliento frígido que todo lo enhiela y escarcha.

En estos atardeceres inacabables, en los que el día y la noche se funden en luces tenues, las barcas retornan de alta mar como buques fantasmas, hinchadas las velas al viento vesperal y lívidas bajo aquel sol que semeja una luna de oro muerto.

Aguas Frescas está poblado por austriacos, galenses y croatas que se ocupan en la salazón de corderos. Los nativos, indios alacalufes en su mayoría, son esclavos al servicio de estos colonos y luego, entre unos pocos funcionarios chilenos, destacan entre aventureros de varias castas, los pequeños y membrudos lobos de mar, venidos del archipiélago. Son los marinos de Chiloé: seres anfibios que han vivido entre peñones y pedazos de océano; gente de mar que posee cierta configuración racial, propia de su oficio legendario.

Se caza la ballena en este litoral inhóspito y agrio; abundan los delfines, y en los días de tormenta, cuando la correntada trae de los saladeros de la costa, la carroña de las reses sacrificadas, todo el caserío tiene por corona, obscura y aleteante, una bandada de alcatraces y águilas marinas. Es una música estridente el grito salvaje de las aves rapaces.

Otras veces, en mañanas de sol, sobre las dunas y entre las charcas luminosas por el bórico cristalino del agua helada, celebran sus asambleas los pingüinos de alas cortas y albas pecheras, sentados en conciliábulos absurdos. En Aguas Frescas los llaman «pájaros niños», y sus ademanes pueriles, a imitación de los humanos, hacen gracia a los pobladores que los dejan procrearse sin daño. Son los pingüinos, en el paisaje de nieve, lo que los monos en el trópico: sonrisa humana del paisaje.

En las dunas, movedizas y obscuras, suelen crecer yerbajos agrestes o florecillas recias y espinosas — carne de perro, como vulgarmente llaman — pero pronto desaparecen engullidas por las gaviotas voraces.

En las lomas lejanas, sobre el pálido verdor de los praderíos, salpicados de negras calvicies, pululan las ovejas como en bíblicos belenes dispersos. Humea alguna techumbre sobre el cielo; olo-

res de salmuera y carnes en salazón aroman el aire, y, al llegar la noche, cuando rutila el lucero en el cielo aun diurno, ponen música de silencio y religiosidad en el espíritu, las esquilas de las ovejas que tornan a sus refugios y las campanadas leves de la iglesia, tocando el «Angelus»...

Es la hora en que un corazón-poeta, después de la jornada, puede elevarse a Dios y a la vida, en medio de la desolación árida del paisaje. Pero, por desgracia, es la hora en que el caserío enciende sus luces, en que las ventanas se entornan egoistas, hacia el mar de estaño y el sol inextinguible, y en que unas cuantas tabernas, sórdidas y apestadas por el humo, encienden sus lámparas de kerosene. Allí prenden, ante los ojos del colono rubio, del mestizo y del indio fueguino, las llamaradas del alcohol, que calienta las entrañas y adormece los pensamientos.

o

EPIFANIO Blummer, fué el hombre en el paisaje. Venido del norte, de tierras clementes y templadas, pero de carácter simple, habituado al silencio y romántico en su fondo, se encariñó con el pueblo. Fué un afecto compasivo por Aguas Fresca, que parecía ser, según él, un pueblo triste de sí mismo.

Era Blummer, hijo de inglés y chilena. Nacido en Valparaíso, en uno de los cerros poblados de ese pintoresco puerto del Pacífico, allí vivió hasta su adolescencia. Huérfano a los quince años y allegado a casa de un tío que poseía una farmacia en el Cerro Alegre, vió cortadas, en edad temprana, las alas de su ambición. El soñó en ser médico, en vida de sus padres, pero, acobardado por la idea del luchar cotidiano, hubo de seguir los consejos de tío Wálter. Le secundó en las tareas de su botica y allí, estudioso y paciente, fué adquiriendo en el ejercicio de la práctica, la profesión de farmacéutico. Vivió, desde muchacho, entre olores fuertes de medicinas; agitando los morteros en que se hacían ungüentos y despachando recetas en el laboratorio, ahito de frascos y vasijas de porcelana.

Muchas veces, en el cansancio, quitándose los lentes que hubo de llevar desde los doce años, erguía su alta estatura y los ojos de añil descolorido releían, como en un alivio, los nombres de los venenos más activos. Junto a los titulares en latín, una calavera sobre tibias en cruz, ponía su nota funambulesca.

Estos arrestos suicidas pasaron y el muchacho romántico se hizo hombre, embalsamado por esos aromas untuosos, que le impregnaban la vida toda de un saborcillo acre, propio de una alcoba de enfermo.

Blummer llegó a los treinta años, sin saber cómo. En la botica, allá en el Cerro Alegre, había transcurrido su juventud en una monotonía desesperante, siempre igual, sin un suceso extraordinario ni emoción alguna que le inquietase.

Parecía que toda la valeriana de la farmacia había aquietado sus nervios, y que la morfina y el láudano habían extinguido en su cuerpo los anhelos de vivir la existencia agitada y juvenil, propia de sus años.

Desde el Cerro, junto a los ascensores y entre los pequeños «chalets» floridos, sus ojos se detenían todos los atardeceres, en la contemplación del mar.

La bahía, en forma de herradura, poblada de embarcaciones, invitaba a los viajes. Allí aguardaba el crepúsculo, hasta ver hundirse el sol en el Océano y, luego, toda aquella herradura de cerros, junto a la población angosta y encorvada como una media luna, se encendía en luminarias que escalaban las alturas y saltaban en el plan, lloviendo en reflejos de oro sobre las aguas de la bahía.

Blummer soñaba. El quería marcharse y buscar su libertad. Aquel vivir de esclavo, en la farmacia de su tío, le disgustaba. Tenía treinta años y su aspecto era el de un hombre sin juventud, prematuramente envejecido.

Desarrollóse en él una rebeldía insólita, como si uno de los alcaloides que tenía siempre a mano, le hubiese despertado de un letargo.

Su carácter se irritó y pronto algunas de sus respuestas provocaron la cólera de tío Wálter.

Sobrevino la ruptura y, un buen día, Epifanio Blummer, reunidos sus ahorros hizo las maletas y marchó a Punta Arenas. Había querido ir lejos. Su temperamento romántico ansiaba, desde hacía tiempo, una visión de país frío, pues le parecía, por una paradoja muy razonable, que allí, en esa ciudad siempre alba de nieve, encontraría calor de hogar.

Se estableció con una botica, pero, al año, todo había sido trastornos y pérdidas. Reunió los restos de su fracasado negocio, y con ellos se instaló en Aguas Frescas. Sin duda, allí prosperaría pues no tenía que temer competencia alguna.

La botica de Blummer fué un acontecimiento en la vida monótona del caserío. En la calle del Comercio, junto a la estafeta de Correos se abrió, en una pequeña casa, una ventana dispuesta en forma de vidriera. Una placa de bronce, brillante al sol, ponía: «Farmacia La Estrella». Y una estrella de madera, pintada de rojo y colgada de un garabato, corroboraba el título en su forma más plástica.

¡Oh los ojos de los alacalufes, llenos de sombrío estupor, ante la primera placa de bronce que veían! Los chiquillos de Aguas Frescas estaban de fiesta, deteniéndose ante el escaparate, en el cual lucía un globo de cristal lleno de un líquido azul, dos frascos bocales con sierpes y sanguijuelas, unas cajas de pastillas para la tos, y muchos cromos, de esos con mujeres sonrosadas de cabelleras sueltas y labios como rosas, que son reclamos de laxantes y píldoras salutíferas.

Pero la botica de Blummer fué un nuevo fracaso. En aquel pueblo, de pocos habitantes, se gozaba de buena salud, y toda aquella gente estaba más por los remedios caseros que por los específicos venidos de Europa. Luego los colonos, el cura, el maestro de escuela y el comandante de policía, tenían cuenta abierta en las farmacias de Punta Arenas.

Agotáronse los escasos recursos de Blummer, y entonces, resignado a su suerte, claudicando de sus pretensiones, adaptó su negocio a las necesidades del ambiente. Así fué cómo la farmacia «La Estrella» transformóse en herboristería. Cambió de local, esta vez una casa modesta, en el barrio de pescadores, y la muestra fué reemplazada por un sencillo letrero: «Epifanio Blummer, herbolario». ¡Sí, herbolario, aunque la gente le llamase, irrespetuosamente, Blummer, el yerbatero...!

Instaló su alcoba, tras la habitación que le servía de tienda. Un pequeño terreno — no merecía nombre de patio aquel trozo de tierra pedregosa — prestábale desahogo. Allí extendía a secar al sol la variedad infinita de yerbas, encargadas al norte. Las clasificaba, separándolas en bolsitas de papel de estraza, y todas ellas iban almacenándose en los negros armarios de la herboristería. ¡Qué fragancia extraña, qué maridaje de olores distintos, aquel que escapaba como un aliento, entre fétido y perfumoso, de todas esas hojas, hilachas de troncos, raíces y rizomas!

TRES amigos tuvo el herbolario. El Padre Ulloa, cura párroco de Aguas Frescas; Aurelio Martínez, el maestro de escuela y Johnson, un irlandés que era el concesionario del saladero.

A Martínez le recibía en su trastienda. Era un hombre cuarentón, fracasado también, que había ido desasnando a la chiquillería de otros pueblos del Territorio de Magallanes, envejeciendo en el goce de un sueldo mezquino, y sin más premio que un puñado de cabellos grises sobre las sienes. Martínez simbolizaba la queja. Era el amigo agrio, siempre descontento, despotricando en contra del gobierno y la política.

Johnson y él eran amigos de raza, atraídos por la simpatía de la consanguinidad. Solían hablar en inglés, regalábanse tabaco para sus pipas y más de una noche, Blummer cenó en casa del concesionario, y allí, en el comedor, de sobremesa, leyeron versículos de la Biblia entre sendos vasos de «whisky».



El padre Ulloa, español, era un discípulo de San Ignacio de Loyola, que vivía muy a gusto en esa soledad, rumiando preocupaciones teológicas. Magro y cenceño, de mandíbulas grises por la rasuración, con ojos vivaces de ardilla, la características del clérigo peninsular... genio vivo y llaneza en el lenguaje. No obstante, su alma era simple y rústica, más cerca del espíritu castellano de San Isidro labrador que del santo vasco inflexible y doctoral.

Epifanio y el Padre Ulloa se reunían todas las tardes junto al atrio de la iglesia. Callados, silenciosos, unidos más por simpatías que por palabras hacían un largo paseo a la orilla del mar. Calzaba botas el herbolario y gruesos zapatos el cura y hurtándose a la arena movediza de las dunas preferían bordear la playa en los sitios mojados de espumas por el oleaje avivado de la marea.

Iban caminando así, con dificultad pausada, hincando los tacones en el arenal, rezumante de agua de mar, contemplando el paisaje frío bañado de una luz moribunda. Dejaban atrás el caserío y se detenían en lo alto de un promontorio, desde el cual oteaban, tras un picacho de nieves eternas, la torrecilla blancuzca de un faro. Encendíase la linterna con un resplandor cárdeno, que en el cielo de Aguas Frescas parecía un ojo enrojecido e insomne... Era allá en las islas, entre las rompientes y en lo alto de un peñascal bravío, como un dedo de humanidad, indicando peligros. Este faro como el de «Los Evangelistas» rodeado de leyendas de terror y abandono, recordaba al viejo farero muerto de hambre un invierno que las tempestades y vendavales impidieron todo auxilio.

Regresaban mohinos cruzando pocas palabras; pero, sin embargo, sentían en el fondo de sus corazones haber comulgado en una común simpatía del paisaje.

El cura regresaba, restregándose las manos de frío.

— Hay mucho relente, Epifanio. Me voy al curato.

— Hasta mañana, señor cura — musitaba Blummer.

Y quedaba de pie, junto a la iglesia, soñador y pensativo, contemplando la lumbre del faro distante.

No era su linterna únicamente para navegantes, sino también para extraviados en los caminos de la vida. Así lo comprendía Blummer, recogiendo la luz aquella, como luz de esperanza en su soledad...

o

UNA noche cenaba en casa de Johnson; el irlandés alegre y comunicativo abusó de las mermeladas y del buen vino y aproximándose a Blummer le contó su vida. Fué marinero en su juventud — en sus brazos desnudos perduran tatuajes — y vino a América en un barco ballenero. Gustó de aquellos parajes y de la libertad que imperaba.

Johnson, enronquecía, al recordar:

— ¡Esto no vale nada, amigo Blummer, en comparación de antes! Hace veinte años, cuando yo vine, un muchacho de buena puntería tenía el triunfo asegurado. Los dueños de estancias no veían prosperar sus ganados. Los indios, esos alacalufes que usted ve, roídos hoy por lacras vergonzantes e idiotizados por el alcohol, eran numerosos y audaces. Vivían del pillaje; carneaban las mejores ovejas y no dejaban gallinero en paz. Entonces, los colonos más ricos pagaban una libra esterlina por cabeza de indio. Con un buen rifle y un poco de coraje, se conquistaba cualquiera de nosotros un puñado de libras, las indispensables para establecer un boliche de bebidas, una timba o comprar un terreno o un velero.

Blummer hizo un gesto de horror:

— ¡Pero eso era espantoso!

Johnson rió fuertemente, enrojeciendo, apoplético.

— ¡Esto era campo para los hombres de ley, amigo! En aquellos años no se podía andar con sentimentalismos...

Yo trabajé en el mar, en la pesca de la ballena. El aceite lo pagaban bien y en todo el cetáceo no hay desperdicio. Hice así un capital, y luego me fuí al norte, para establecerme en Valdivia, con un astillero, en compañía de un alemán. Allí, en esa tierra germanizada por sus colonos, me casé con una chilena. Fuí feliz varios años, pero después soplaron los malos vientos... Nos declaramos en quiebra, y meses más tarde mi mujer moría en Puerto Montt. Entonces, viendo deshecho el esfuerzo de tantos años, decidí volver a Aguas Frescas. Mi hija Rosita, que tiene hoy quince años, vive en casa de unas tías, allá en Valdi-

vía. Yo me instalé acá, construí esta casa y organicé el saladero con capitales de Punta Arenas, quedando de concesionario para su explotación...

Ahora, que todo marcha, pienso traer a Rosita conmigo. En esta casa hace falta una mujer ¿no es verdad, Blummer?

El herbolario había quedado en silencio.

Toda esa historia, llena de revelaciones, producía en su ánimo disgusto y alegría.

El fondo malvado y cínico de Johnson había lucido en sus pupilas evocadoras, al narrar la caza del indio, pero luego habíanse suavizado en lágrimas de padre bonachón, al pensar en Rosita, en aquella hija de quince años, para todos insospechada.

— No me había dicho usted nunca, que tenía una hija...

— ¡Para qué! — exclamó el irlandés, con rudeza. Aquí nadie sabe nada de mí. Si quiere conocerla, ahí está su retrato...

Arrellanado en su sillón y envuelto en el humo de la pipa, no se alzó del asiento, limitándose a señalar, con indolencia, una fotografía que estaba sobre la cómoda de su alcoba.

Blummer entró en la habitación vecina y contempló, admirativo, el retrato de Rosita Johnson. Era una nena delgada y rubia, con la falda a la rodilla, peinada en trenzas, jugueteando con un perrazo de Terranova.

Tras la cartulina leíase una dedicatoria filial, escrita en caracteres muy caligráficos.

— ¡Esa es Rosita! — decía Johnson, apurando su vaso de «wisky».

Blummer quedó silencioso; se alejó unos pasos del irlandés, amodorrado por el alcohol, y miró hacia afuera, por los cristales de la ventana... Allá lejos, tras las brumas aun claras, parpadeaba en el cielo, como una estrellita, la lumbre del faro...

UNA mañana, un «sulky», guiado por Johnson cruzó la calle del *Comercio*. De algunas puertas surgieron rostros curiosos y el comentario floreció en todos los labios.

El irlandés traía en el cochecillo una niña rubia, muy bonita, abrigada en una capa de pieles.

— ¡Es Rosita! — se dijo Blummer al verlos pasar. Johnson se ha traído a su hija.

Y sin saber por qué, le pareció que una alegría suave y desconocida, le golpeaba el corazón.

Lo consultó con el cura. ¿Qué era lo prudente? ¿Esperar que Johnson le invitase, ahora que su hija estaba en casa, o bien irles a visitar para saber cómo había llegado?

A instancias del cura, que veía en perspectiva una charla menos monótona, optó por lo segundo. Después de la cena, golpeó tímidamente en la puerta del *chalet*.

— ¡Ah, es usted, Blummer!... Pase, hombre, pase...

El herbolario entró sin poder disimular su embarazo. Allí junto a los manteles de una mesa bien servida, gustando su mermelada de frambuesa, una jovencita rubia, un algo desteñida y delgada por el crecimiento, le sonreía con ojos claros y afables.

Charlaron. El vapor había llegado la noche antes a Punta Arenas. Venía un poco fatigada, pues las leguas de camino hechas por la nieve, durante cinco horas de coche, no eran una broma liviana.

Johnson estaba contento y le lagrimeaban los ojos, de «whisky» y de paternidad.

— Esta niña debe estar conmigo, a mi lado, Blummer. Allá, las tías querían hacer de ella una beata, y eso no es tolerable.

Ella protestaba, entre risueña y tímida. Las tías eran buenas, unas santas mujeres que la mimaban con ternura.

— Sí, muy buenas y santas — gruñía Johnson — pero te querían matar a rezos. Aquí se acabaron las mojigaterías y el vivir a puertas cerradas. Tú estás delicada de salud y necesitas aire libre, sol, ejercicios... Aquí pasearás con el amigo Blummer que es un andarín incansable — Blummer enrojecía — y cuando te fatigues, tomas el *sulky* y en paz...

Se hicieron proyectos y Blummer vió, con secreto regocijo, que Rosita aceptándole ya como a un camarada, asociábale a ellos... Iremos a tal sitio; haremos esto otro... Y aquél plural, repetido por la jovencita, repicábale a gloria.

La servidumbre de Johnson era algo estrafalaria. Hablaron de ella. Componíase de una vieja austriaca, sorda, y obesa como un odre; del cochero, un chilote fornido, parco en palabras, y de un indio alacalufe, pequeño y sucio, que pasaba escondido en el fondo de la cocina. Llamábase el fueguino Juan de Dios, pero todos le apodaban «Ojo de zorro», y en verdad de verdades, caíale certero el apodo, pues, tuerto de un ojo, el que le restaba era de una malicia y sagacidad propias de alimaña.

El indio tenía su historia. Hacía años, Johnson le sorprendió de madrugada, robándole las gallinas. Un tiro de escopeta le hirió en una oreja, y cuando el irlandés disponíase a apuntar de nuevo, el desdichado invocó a Dios en su auxilio. Johnson le perdonó la vida y el indio, agradecido y sumiso, dió en seguirle, fiel como un perro. Se hizo así esclavo, por su propia voluntad, alcanzando el título de sirviente, gracias a su fidelidad rastrera e inamovible. Johnson, con sobras de su comida y sendos tragos de alcohol, tuvo esa vida misérrima y huérfana de alma, entregada a su dominio. Podía pegarle, descargar contra él sus cóleras malsanas, en la seguridad de que el idiota reía, mostrando la dentadura de lobo, entre los labios violáceos e hidrópicos.

Su mejor fiesta era embriagarse y dormir horas de horas, enterrado en las dunas. El cochero, aquel chilote de formas achaparradas, solía gritar, en la playa, a voz en cuello:

— ¡Jua-n de Diooooó... Juan de Diooooó!

Y le respondía el silencio. Y es que muchas veces el fueguino habíase fingido borracho, para huir a las caletas cercanas, donde había reducciones de alacalufes. Regresaba con las ropas impregnadas de grasa de ballenato, oliendo a pestes, pues todos aquellos indios, semidesnudos, untábanse los cuerpos, para evitar el frío, con el sebo de los cetáceos. Esa grasa, corrompida por el sol y el aire, se hacía rancia y hedía, como hieden los peces muertos en las redes abandonadas...

Johnson y Rosita acordaron traer una nueva criada, renovar algo del moblaje, y poner cortinas claras en las ventanas; en una palabra, hermosear el «chalet», en el que la incuria hacía presa.

Entonces, Epifanio, estimulado por la confianza, formuló un proyecto que Rosita acogió con aplausos: hacer un jardín minúsculo, un invernáculo, que ellos abrigarían con cristales, a despecho de la nieve y el viento.

Johnson lo consideró una quimera, pues se quemarían de frío las plantas, pero Blummer alegó sus conocimientos de herbolario, enumerando las flores capaces de soportar la baja temperatura.

El reloj dió las once; bostezó Rosita, sin poderlo evitar, y Blummer se despidió prometiendo volver con frecuencia.

Entró a la tienda pausadamente, acariciando pensamientos risueños y se acostó sin encender luz. Abrió la ventana y allá lejos vió el mar brillando con resplandores lívidos en el marco sombrío de las dunas... Y durmióse así, sonriéndose a sí mismo como un niño y embalsamado por las fragancias de las yerbas, que aquella noche trascendían a hojas de albahaca, a raíces de cáscara sagrada y a flores de albérchigo.

o



Rosita y Epifanio fueron amigos. La niña — no ya tan niña, pues a veces quedábase seria como una mujer y sonreía con pudores de feminidad consciente, encontró en Blummer un camarada noble y sencillo. El herbolario fué dócil a sus caprichos y, deseoso de complacerla, se desvivió por ver crecer, como en un milagro de «fakir» aquel soñado jardín de flores invernizas.

Secundado por aquellas manitas blancas y ágiles, trazó un lienzo de tierra removida en el fondo del «chalet», expurgándolo de arenas y guijarros; abonó el terreno y luego fué sembrando con cautela, espaciadamente, semillas de flores diversas como adelfas, cardenales, dalias y mirasoles.

Bajo el amparo de copas de cristal, invertidas como cúpulas, fueron creciendo y coloreándose las flores de aquel jardinillo. Dispusieron una techumbre de vidrios y quedó toda esa naturaleza, en eclosión de flores incipientes, burlando a la nieve desde su refugio.

Blummer iba por las noches, a casa de Johnson y allí hacía música. Tocaba él la flauta, y el instrumento claro y pastoril, ponía evocaciones en el irlandés, como si esos sonidos le hicieran ver las campiñas de su Verde Erin.

Una noche, Blummer renunció a su visita, pues Johnson no estaba en casa. Rosita había regañado a su padre, porque en noches anteriores se sobrepasara en beber «wisky», poniéndose irrespetuoso y grosero. Ahora, temeroso de desagradar a la hija, pero bebedor consuetudinario, habíase ido a una de sus tabernas favoritas. Los sentimientos caseros, avivados por la presencia de la joven, desaparecieron, y aquel hombre, que hiciera siempre vida desorbitada, volvió a sus viejas costumbres. Fué así como Rosita comenzó a aburrirse, encerrada las noches largas en casa, sin atreverse a recibir a Blummer, pues no hubieran sido propias tales visitas, sin testigos y a tales horas.

Rosita, Blummer y el cura, hicieron juntos su paseo del atardecer. Fueron tres siluetas las que se aproximaron todas las tardes, para ver encenderse el faro, allá entre los peñascales abruptos...

Una tarde, Rosita, acompañada de la criada, hizo una visita a Blummer en su tienda.

— Buenas tardes, señor Blummer. Tenía deseos de verle a usted entre sus yerbas.

Rió mostrando los dientes menudos y blancos, en una sonrisa granada.

Epifanio, confundido, avergonzado, acudió solícito a su encuentro. Con una parsimonia de profesor, quizá con ciertos humos de hombre de ciencia, la fué iniciando en el conocimiento de las plantas medicinales.

Allí estaba la zarzaparrilla, que aliviana y purifica la sangre; las barnizadas semillas de tamarindo que cortan la fiebre; las raíces de valeriana, que apaciguan el sistema nervioso; el ruibarbo, que cura el empacho a las criaturas lactantes, y las hojas de toronjil o melisa, que quitan las congojas del corazón. Le hizo aspirar el aroma de las flores de alhucemas y de los áloes del Cabo; puso en sus manos una lluvia fina de estrellitas de anís, que impregnaron los dedos de Rosita de un olorcillo penetrante. Las estrellas de anís, como las hojas de menta, eran frescas al paladar. Trasegando agua, después de haberlas gustado, dejaban en la boca una frialdad cariciosa.

Mostróle las cabezas de amapolas sequizas y obscuras, emanando su fragancia de adormidera; las flores de beleño, que insensibilizan; las de belladona, que alivian los dolores de la carne, y las hojas de matico, que curan llagas y tumefacciones.

Las manos de Rosita, curioseando entre aquellas raíces y hojas secas, parecían dos rosas vivas y triunfales, entre los cadáveres grises de una flora extinta. Se detuvieron ante unas hojas, alargadas y cenicientas, casi metálicas. Eran hojas de eucaliptus, que, unidas a leños de anacahuita, servían para hacer un cocimiento contra las enfermedades del pulmón. Mano de santo, esta infusión, sobre los pechos torturados por la tos.

Rosita abrió la puerta del patiezuelo y allí vió, con asombro, que infinitas raíces se secaban al sol.

— Si se las deja en la humedad, se revienen. Es preciso que se aireen, antes de clasificarlas, — advirtió Blummer.

Y casi de rodillas, fué indicando las propiedades curativas de aquellas raíces, que confundían y amalgamaban sus múltiples y extrañas fragancias, en una hermandad cosmopolita. Todas ellas venían de tierras distintas, muchas de países remotos y y aún conservaban, adheridos a sus raicillas nervudas, terrones del humus nativo. Eran como manos trágicas, bárbaramente heridas, que hubieran aprisionado para siempre entre sus dedos, fragmentos de la tierra amada. Había ovarios secos, preñados de semillas en momificada maternidad floral; ranúnculos, retorcidos como nervios o tendones; bayas de alquenqueje y yemas de abeto; raíces de sanguinaria, fibras de agar-agar, rizomas de calaguala, y, destacando de aquel conjunto híbrido, las raíces de eléboro blanco, funambulescas, camo huesos esqueléticos blancuzcos de cal...

Rosita quedó encantada.

Un mundo nuevo abríase ante sus ojos. Había visitado la herboristería y salía de ella con el ánimo recogido, *como si hubiese estado en una necrópolis* de la naturaleza.

Por capricho, y queriendo conservar un recuerdo de su visita, se llevó una raíz de sándalo, perfumoso y penetrante como un incienso.

Blummer la acompañó a la puerta y la vió alealejarse, con pena. Volvió a la tienda, y un suspiro escapó de sus labios.

Rosita le tenía preso en las redes de sus simpatías. No cabía duda. Sentíase hondamente enamorado de la jovencita rubia y frágil. Pensó en ella, sopesó su cariño, y avergonzado de descubrir en sí mismo arrebatos de amor, quiso rehuír pensamientos, mas no pudo. Era como una onda, suave y luminosa, que le aclaraba el corazón.

o

AQUEL otoño, Johnson bebía demasiado. Los sábados, a mediodía, hacía enganchar el coche y marchaba a Punta Arenas, para regresar el lunes con el rostro estragado por las orgías. En uno de estos viajes regresó con una mujer. Una francesa de cuarenta años, rejuvenecida por los afeites, que traía para ama de llaves. «Madame Ivonne» se entronizó en el hogar de Johnson. Todo pasó por sus manos y Rosita, relegada a segundo término, fué su primera víctima. La niña, acorralada en su propia casa, regañada por la francesa, que solía extralimitarse en sus funciones, tardó poco en quejarse al padre Ulloa. Manifestó deseos de volverse a Valdivia, a casa de sus tías, pero Johnson, airado y déspota, la hizo desistir de tal proyecto.

Una tarde, Rosita, el Padre Ulloa y Blummer, hacían su acostumbrada caminata hacia el faro. De pronto, el cura se detuvo, visiblemente cansado.

— Sigan ustedes; yo regreso. Se me doblan las piernas...

Y diciendo las buenas tardes, rehizo lo andado.

Silenciosos, siguieron Rosita y Blummer.

La jovencita iba triste, preocupada. Mirábala Epifanio, y esta vez, junto al mar, la silueta armoniosa, cuyas curvas pronunciábanse al viento, le hicieron ver en ella a la mujer, en el umbral de su feminidad.

— ¿Y cuándo va por casa, Blummer? — dijo Rosita, rompiendo el silencio.

— Las cosas han cambiado... — balbuceó el herbolario.

— Tiene usted razón. Mi padre está imposible; bebe demasiado. Luego, esa mujer... Y se expansionó, hablando de la intrusa.

Los ojos claros se nublaron de lágrimas.

— Hasta el invernadero ha sido destrozado por el maldito perro de la francesa. Ni siquiera puedo protestar...

¡Oh, ella era muy desgraciada; esa vida la iba matando lentamente!

Blummer sintió que se le oprimía el corazón.

— ¡Ah, Rosita, si usted no fuese tan niña! Alzó ella la mirada y vió a Blummer, pálido de emoción y llorosos los ojos, bajo sus gruesos lentes.

— ¿Qué edad tiene usted? — le preguntó ella, a boca de jarro.

Reía el herbolario, con risa de juventud, como nunca riera.

— Treinta y tres años, Rosita. ¡La edad de Cristo en la Cruz!...

Guardaron silencio y prosiguieron la marcha juguetona y alegre, ahora, entreteníase la joven en ir pisando con sus pies menudos en las grandes huellas que imprimían las botas de su compañero. El herbolario celebró la ocurrencia con sonrisas, y le pareció aquello un símbolo. Que Rosita Johnson iba caminando sobre su propia vida, *como si ambos* fuesen hacia lo desconocido con unos pies unánimes...

Llegaron al promomtorio y allí esperaron que el farero encendiera su linterna. Caía la noche mansamente y el mar fingía tonalidades de vieja seda color naranja.

Encendióse la luz del faro y semejó una estrella ígnea, en lo alto.

Se miraron a los ojos y, sin saber cómo, Epifanio oprimió entre sus manos las de Rosita.

— Blummer, soy muy desgraciada... Protéjame usted...

— ¿Yo? ¿Pero cómo? — articulaba el herbolario, rojo de timidez, sintiendo que la niña desventurada se apoyaba en su pecho.

La dulce carga, acelerábale la sangre y una canción de esperanza cantaba en todo él. ¿Qué era aquello? ¿Era amor? ¿Podía él amar a esa mujercita tan frágil, tan fina, tan niña aún?

— Rosita... Rosita... Yo la quiero como a una hermanita menor. Yo hablaré con su padre, para que cambie de vida...

Pero Rosita, desconcertada, atribulada quizá por la emoción que advertía en Blummer, habló de su vida, con dolor, con lágrimas de rebeldía. Y de pronto influenciada por la melancolía de la tarde muriente, rompió a llorar, con un llanto que agitábale el seno en un hipo angustioso.

Epifanio, lloraba también arrodillado junto a ella, besándole las manos en silencio.

Una tos, una tos seca, que hacía tiempo preocupaba a Blummer, arreboló las mejillas de la joven. Se abrigó friolenta, en su piel, y, un poco pálida, echó a andar de prisa.

— ¿Está usted disgustada, Rosita? — balbuceaba Epifanio, con acento medroso.

Sonrió ella, dolorida:

— No, tengo frío. Quiero irme a casa...

Se despidieron sin palabras, dándose la mano largamente. Desde aquel día, Rosita y Epifanio fueron novios, tácitamente. Novios sin decírselo, sin mediar entre ellos declaración amorosa. Era un amor tímido; más bien un sueño individual; quizá, en ella, la personalización de un romanticismo exaltado.

Blummer hizo un viaje a Punta Arenas. Allí compró con sus ahorros, ciertas prendas que remozaron su aspecto descuidado y una máquina fotográfica, una «Kodak», para retratar a Rosita en diversos parajes y en las más atrayentes actitudes.

Allí en la playa, entre las dunas, o a hurtadillas del señor cura, en las caminatas hacia el faro, se buscaban los ojos ilusionados. El la ayudaba, ofreciéndole el apoyo de su brazo, a saltar por las rocas, y la seguía infantilizado de alegría, en todos sus caprichos. ¡Qué suavemente feliz sentíase Epifanio, admirándola de cerca, oyéndola reir, recibiendo a veces en pleno rostro la caricia de sus cabellos sueltos, que el viento ponía a su alcance!

Pero vino el invierno, el invierno todo noche de los parajes australes, con su cortejo incansable de nevadas y tempestades. Rosita tosía, aun en los días de sol, y se quejaba de dolores a la espalda. No era para su naturaleza débil, delicada, aquel clima inhóspito.

Hubo de guardar cama y Blummer pasó días de días sin verla, soñando con la enfermita y acariciando con los ojos esas fotografías que la representaban sana y risueña.

Por las tardes, golpeaba tímidamente a las puertas del

«chalet». Y preguntaba: — ¿Cómo sigue la señorita Rosa?

E invariablemente añadía, en voz queda:

— Dígale que Blummer le envía saludos.

Tuvo un gesto de poeta. Escribió a un amigo de Ancud, pidiéndole le enviase en algún vapor de la carrera, una mata de jazmín del Cabo. Fué él mismo, en persona a buscarla a Punta Arenas, y una tarde, con el alma llena de júbilo, la puso en manos de Johnson:

— Traía esto para Rosita...

— Pero hombre, usted es de confianza. Entréguesela en persona... Tendrá mucha alegría...

Entró en la alcoba, con pasos tímidos, llevando en sus manos la maceta, en perfumada ofrenda...

— Buenas tardes, Rosita... ¿cómo sigue? ¿cómo se siente?...

Pero no pudo evitar un gesto de penoso asombro.

Peinada en trenzas, con las manos yacentes y exangües, grandes los ojos en el rostro enflaquecido, Rosita no era la misma que ambulase con él por las playas. ¡Qué perfiladas las facciones! ¡Qué palidez transparente en las mejillas! Parecía una santita tallada en marfil.

Ella sonrió con alegría. ¡Oh, flores en aquel pueblo! Las aspiró con fruición, pero el perfume demasiado intenso, le provocó un vahido. Sacaron la maceta de la alcoba y, como todas las tardes, ardieron su frente y sus manos en una temperatura elevada.

Dos veces por semana venía el médico de Punta Arenas, y a cada viaje sus escépticos movimientos de cabeza se acentuaban.

Blummer regresó abatido a su tienda, con el corazón entristecido y los ojos lucientes de lágrimas, y ante sus yerbas medicinales, nutridas de los sabios secretos de la naturaleza, pensó: ¿No existirá entre todas esas hojas y raíces la panacea para su mal? Pero, incrédulo, desechó la idea.

Como confirmando ese pensamiento, al siguiente día «Ojo de zorro» entró en su tienda a comprar, por encargo de Johnson, hojas de eucaliptus y anacahuita, pues el médico de Punta Arenas aconsejaba una bebida casera. Había llegado el momento en que la ciencia huía de la química para buscar en los elementos primitivos de la tierra la vitalidad que la enferma perdiera.

Fué a la tarde al «chalet» y le dijeron que la infusión le aliviaba la tos. El optimismo se apoderó de Blummer, que ya bendecía, en su interior, a las hojas metálicas del eucaliptus y la anacahuita de Méjico, cual si fuesen frutos de un árbol sagrado.

Pero días después, la fiebre era altísima y Rosita escupía sangre, mucha sangre...

Hubo luego una reacción. La fiebre se ausentó temporalmente y Rosita aunque débil y desmayada, pidió que la levantasen, pues el lecho la entumecía y tullía el cuerpo.

Coincidió esta mejoría momentánea con días bonancibles. Sentada junto a la ventana y reclinada el cuerpo en almohadones, pasaba toda la tarde mirando hacia el mar. Blummer fué a visitarla y la encontró alegre, con las mejillas arreboladas por ese golpe de sangre irónico, que pinta una falsa salud en el semblante de los tísicos.

— Estoy contenta, Blummer. Papá ha consentido en que me vaya a Valdivia.

— Mañana, si hace buen tiempo, nos iremos a Punta Arenas para tomar el vapor del sábado. Yo debo huir de este clima que me hace mal...

Blummer quedó anonadado. Rosita se iba, y aunque más de una vez pensara en posibilidad semejante, la sorpresa le detenía las palabras en la garganta.

Repuesto, balbuceó con sinceridad:

— Hace bien, Rosita. Allá en el norte el clima es benigno y en poco tiempo recuperará la salud perdida. Luego, usted aquí en esta casa no vive en el ambiente moral que su juventud requiere.

Rosita quedó meditativa. Miró a su alrededor con desconfianza, y en voz queda, confidencial, expresó:

— Yo estoy segura de que la pena me ha enfermado. Hubo noches que lloré horas enteras, sin poderme dormir.

Hace poco descubrí que en la salita había desaparecido el retrato de mi madre. Lo había quitado la intrusa, y yo colérica, les eché en cara su conducta. Mi padre me amenazó con pegarme y me echó a mi dormitorio, casi por la fuerza... ¡Oh, no se imagina, Blummer, lo que yo he sufrido!

Insultos, palabras feas, amenazas, todo lo he oído de labios de esa mala mujer.

Desde que me enfermé, no me habla. Pasa como una sombra por la casa, sin decir nada, pero mirándome con ojos de odio.

Llevóse el pañizuelo a los ojos y la emoción la hizo toser débilmente.

Blummer no pudo hablar, se ahogaba y sentía deseos de arrullarla en sus brazos como a una hijita desdichada.

— Sí, váyase usted, Rosita. Mañana mismo, si es posible...

Recordó ella la casa-quinta de sus tías, en Valdivia, con su huerto fragante a manzanos y con aquel mirador de cristales, rojos y azules, encendidos de sol, desde el cual se veía el río surcado de embarcaciones. El paisaje coloreado de añil y bermellón, tras los cristales, era como una mágica estampa de iluminación arbitraria.

Johnson entró en la alcoba y les interrumpió:

— Puedes estar contenta. Mañana si amanece buen día, nos vamos a Punta Arenas...

— Parece que el tiempo se afirma — dijo Blummer, por decir algo.

Cuando Johnson salió de la alcoba, una mirada intensa unió a Rosita y a Epifanio.



— Adiós, Blummer... No se olvide de su amiguita. Yo le escribiré postales...

Le despedía, conteniendo el llanto, tendiéndole la diestra, pero él cogió ambas manos exangües y las cubrió de besos.

— ¡Rosita! Quiso gritarle su amor, amor de corazón, amor humano, pero toda su pasión le pareció ridícula y absurda, ante la niña frágil señalada por los dedos de la muerte.

— Adiós, Rosita. Si usted lo permite iré a despedirla a Punta Arenas.

— No, no quiero Blummer. Me iré sola con papá. ¡Me daría mucha pena! Si usted me va a despedir, me parecerá que es la última vez que veré este rincón el mundo... Cuando esté buena y sea más mujer, volveré algún día. Me llevo esa esperanza, Blummer...

Y le sonrió con una sonrisa dulce, como una buena promesa.

Al día siguiente, Blummer y el Padre Ulloa, muy de mañana, fueron a despedirla a las puertas del «chalet». El sol, amarillo y tibio, acariciaba la nieve.

El fueguino sostenía las riendas del caballo, y Johnson colocaba un maletín y mantas de viaje en la parte trasera del *sulky*.

Apoyada en el marco de la puerta, pálida como la cera y envuelta en su capa de piel, aguardaba Rosita.

La despedida fué breve. Blummer le estrechó las manos con vehemencia y la miró al fondo de los ojos, y el Padre Ulloa le prendió una medallita al cuello.

Restalló la fusta en manos de Johnson y el *sulky* giró en sus dos ruedas sobre el camino nevado, trazando dos huellas circulares.

— ¡Adios, Blummer!... ¡Adios, señor cura!

Se agitaba la manita enguantada.

Contemplaron el cochecillo hasta verlo desaparecer tras los galpones del saladero, y, mudos, emocionados, regresaron al pueblo.

— ¿Ha desayunado, Blummer?

— Sí, señor cura.

Se separaron, y Blummer, vacilante, con el alma estrangulada por el deseo de llorar, entró en su tienda.

¡Cómo olían, aquella mañana, a naturaleza muerta, a polvo y a olvido, las raíces y las yerbas...!

O

Vino la amarga noticia: Rosita había muerto en Valdivia, a los pocos días de su llegada. Una muerte suave y lánguida, en brazos de sus tías — manchando su claro vestido con la última sangre de su vida — una tarde de sol, bajo los manzanos del huerto.

Johnson regresó a Aguas Frescas con un brazal de luto y una cinta negra en el sombrero; malhumorado, sombrío y con el rostro violáceo por el alcohol.

Blummer abatido y herido de dolor, habíase refugiado, huraño, en su tienda, y allí pasaba las horas muertas, ensimismado ante los retratos que la evocaban.

Le dió, también, por la bebida. Martínez trataba de distraerlo con sus charlas, pero Epifanio le suplicaba silencio.

El cura le amonestó, paternalmente. Aquella falta de consuelo, no era cristiana. Era preciso obedecer los designios de Dios, con más humana conformidad.

Pero Blummer movía la cabeza, silencioso, y bebía hasta que el alcohol le tendía como un leño en el lecho.

Transcurrió algún tiempo y una noche Blummer y Johnson se encontraron en una taberna de la calle del Comercio. Aquellos dos hombres no se hablaban. Les separaba un mutuo rencor, pues Blummer lo culpaba de la muerte de su hija y Johnson veía en sus ojos una acusación mortificante, que, al crisparle los nervios, le llenaba de pensamientos pesarosos.

Fué el licor, sin duda, lo que les unió en una mesa, codo con codo, preguntándose al fondo de los ojos, el odio latente que albergaban sus corazones.

Hablaron recordándola, primero en voz baja. La voz de Blummer adquirió luego un tono nervioso y opaco, y alzando el diapasón, fué enrostrándole su conducta de padre desvergonzado. La niña, dulce y buena, había enfermado de pesadumbre.

Los ojos del irlandés chispearon irisados de sangre.

— ¡Calla... calla...!

Y le oprimía con mano violenta un brazo, como si las palabras de Epifanio, rudas y agrias, fueran una voz delatora y vengativa, que se elevaba de su propia conciencia dormida.

— ¡Eres un miserable! — le gritó Blummer.

Levantóse, airado, el irlandés, intentando sacar un arma, pero Blummer, adivinando el gesto cobarde, le abofeteó en pleno rostro, ante la parroquia asombrada de la taberna.

Johnson vociferaba, intentando atacarle, pero sus piernas débiles, de borracho, no le obedecían. Estaba lívido, desencajado, sangrando por la boca herida.

La riña fué comentada en Aguas Frescas, y todos en el fondo de sus pensamientos alabaron a Blummer. ¡Eso y mucho más se merecía ese borrachín de Johnson!

Se habló del suceso durante una semana, y, luego, como todas las cosas de este mundo, pasó al olvido.

Blummer más calmado, empezó a sufrir su desgracia con menos violencia y fué entregándose a un vivir melancólico, de ensoñaciones enfermizas.

Adquirió un caballejo flaco y blanco, de largas crines y, suelta la brida y ausente el pensamiento, realizó largas excursiones por la costa, como si andando, andando, estuviese más cerca del recuerdo amado.

Un domingo el Padre Ulloa le invitó para ir hasta el faro. Emprendieron la marcha, silenciosos, y, sin poderlo evitar recordaron la silueta de Rosita Johnson, junto a ellos.

— ¿Se acuerda, Blummer? ¿Se acuerda, señor cura? Y la evocación, honda y punzante, les abrillantaba las pupilas, que buscaban, ahora, imaginativamente las huellas de unos pies femeninos sobre la arena.

Regresaron, anochecido. El cura se refugió en su iglesia y Blummer, deseoso de andar más, de fatigar alma y cuerpo, regresó a la playa a monologar, junto a las olas.

A media noche, despertaron al Padre Ulloa recios golpes dados en la puerta del curato. Soñoliento, vistiéndose de prisa, acudió al llamado.

Le aguardaban dos hombres. ¡Venga usted corriendo, señor cura!... ¡A Blummer lo han asesinado! Despavorido, corrió el cura tras los hombres y allí, en la escuela, en la sala de clase invadida de curiosos, encontró a Blummer en brazos de Martínez, el maestro. Agonizaba; los ojos vidriosos, fijos en el techo; el rostro exangüe, caída la mandíbula... Del vientre, herido a puñal, manaba sangre, encharcando el

sucio con coágulos negruzcos...

No pudo oír confesión alguna de labios del moribundo. Le dió la bendición y, de rodillas, rezó por el alma de aquel hombre que moría. Y toda la noche veló junto al cadáver del amigo, rodeado de temblorosos cirios encendidos.

¿Quién lo había matado? Todo el pueblo pensó en Johnson, el antiguo marinero, cazador de indios, brutal y sanguinario, pero nadie tuvo el valor de decirlo en voz alta. La muerte de Blummer era una de esas ruines venganzas de pueblo chico, que suelen quedar impunes por el silencio colectivo.



La policía encontró pronto la mano ejecutora. «Ojo de zorro», el indio alacalufe, el perro fiel de Johnson, aprehendido y asediado, hubo de confesar su crimen. Pero él había procedido por impulso propio. Según dijo, odiaba a Blummer por haber embrujado con sus yerbas a la señorita Rosa... Con esta declaración, que satisfacía a la conciencia pública y ponía en salvo a Johnson, el concesionario, fué enviado Juan de Dios a la cárcel de Punta Arenas.

Dióse cristiana sepultura a la víctima, y el comisario, ante dos testigos puso en clausura judicial la herboristería.

Y afuera de la tienda, como la leyenda constante de una lápida, quedó voltejeando al viento invernal, aquel letrero que ponía: Epifanio Blummer, herbolario.

o

Dos meses más tarde, un día de ventisca, el Padre Ulloa, y Martínez, el maestro de escuela, recibieron una citación del Comisario. Los convocaba como testigos, para abrir la herboristería de Blummer y hacer el inventario de lo que en ella hubiere, ateniéndose a órdenes judiciales recibidas de Punta Arenas.

Ante la curiosidad de varios rapaces, y bajo la nevada sutil que calaba los huesos, vieron saltar la cerradura que condenaba las puertas de la tienda. Una oleada de aire enrarecido e impregnado de un olor caótico, espeso y pegajoso, les azotó los rostros. La tienda, en sombras, parecía un pedazo de bosque en putrefacción.

Encendieron el quinqué y varias ratas huyeron espantadas al interior de los negros armarios. El comisario, con un golpe de sable, abrió la ventana, y una luz cenicienta, cernida tras los vidrios, húmedos de escarcha, compitió con la luz bermeja del petróleo. En silencio, con el alma sobrecogida de angustia, avanzó el Padre Ulloa, llevándose las manos enclavijadas sobre el pecho, como en actitud de orar. Le seguía Martínez, cohibido, con las pupilas lucientes de emoción, al recuerdo del amigo muerto.

Entraron en la alcoba y allí vieron el lecho revuelto, los libros polvorientos, y en las paredes numerosas fotografías que el sol, filtrándose por las junturas de las ventanas, había descolorido. Eran retratos de Rosita Johnson, en diversas posturas. De pie sobre un peñón, arriscada la falda y arremolinada la cabellera por el viento; sentada en la proa de un velero desarbolado; regando las flores raquíticas de invernáculo; leyendo un libro, recostada en las dunas, bajo su sombrilla blanca; ya con sus piececitos desnudos entre los encajes de una ola rota, o bien guiando el «sulky», envuelta en pieles, sobre el camino nevado... Instantáneas que Blummer tomara con su «Kodak» y que luego había desarrollado en su propia alcoba, convertida en cámara obscura.

El Padre Ulloa se enjugó las lágrimas y piadosamente fué arrancando de los muros todas esas fotografías que le recordaban a su compañera de andanza hacia el faro. El sol, desdibujando los detalles de las fotografías, ponía en ellas un sello de cosa lejana y olvidada, un baño de falsa antigüedad, como si hubiese intentado borrar de todo recuerdo aquella silueta grácil.

Abrieron la puerta que daba al patiezuelo y allí vieron, agusanándose y pudriéndose por las lluvias, las raíces nervudas y retorcidas como manos mutiladas... Les ahuyentó la emanación marcante y el aspecto trágico de las raíces de auroboro, blancas y calizas como huesos humanos...

Esa misma noche, el buen cura, sólo e invadido el espíritu de evocaciones, intentó la caminata hacia el faro, lo que no hiciera desde la tarde del crimen. Fué todo un acto de penitencia por el descanso de las almas de Rosita y Epifanio.

Fatigado, hundiendo con desaliento los pies en la arena rezumante, sintiendo que el aire impregnado de espumas le mojaba el manteo, emprendió su jornada a orillas del mar. Tornaban las barcas; con las velas lívidas bajo las luces tenues del crepúsculo, y encendíase, tras el picacho nevado, la lumbre parpadeante del faro.

El Padre Ulloa, asaltado de soledad y dolor, cayó de rodillas en la arena, y en inspiración de humano misticismo, alzó los ojos, suplicatorios hacia la linterna, como si fuese el ojo divino, y su voz, salmodiosa y mojada en lágrimas, musitó un paternoster...

Luego, irguiéndose fervoroso, exaltado, vehemente, gritó a Dios y a los vientos, como queriendo ser oído por la naturaleza toda: ¡Por las almas de Epifanio Blummer y Rosita Johnson!...

Y emprendió el retorno, lloroso y resignado, por esa misma arena, en la que cierto atardecer, Rosita fuera pisando en las huellas de Blummer... Caminando simbólicamente, sobre aquella otra vida, como si ambos fuesen hacia lo desconocido, con pies unánimes.

D I B U J O S D E M A C A Y A



ENIGMA

ÓLEO DE

E. REQUENA ESCALADA

ENLACES







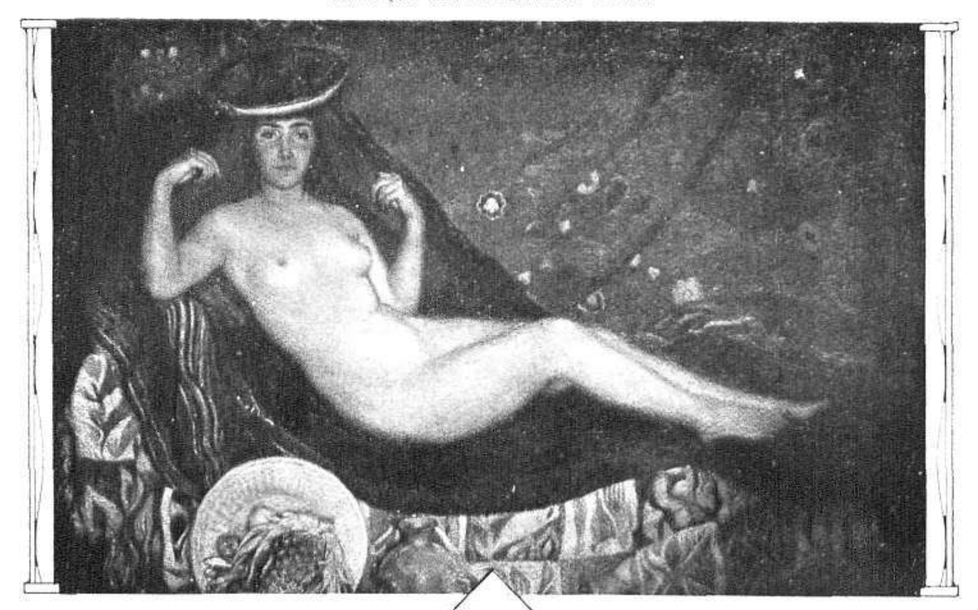
SEÑORITA LILLY FEENEY CON EL SEÑOR FRANCISCO SMART (HIJO), EN LA BASÍLICA DE LA MERCED.

SEÑORITA DELIA GÓMEZ ROMERO CON EL DOCTOR HORACIO H. RUBIO, EN LA BASÍLICA DE LA MERCED.



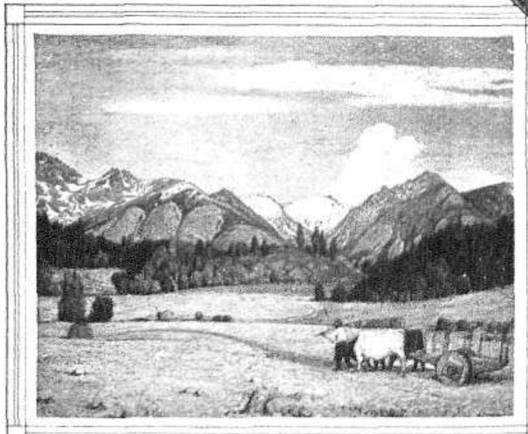
SEÑORITA EMMA LANGONE CON EL SEÑOR JUAN DELLA RODOLFA, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

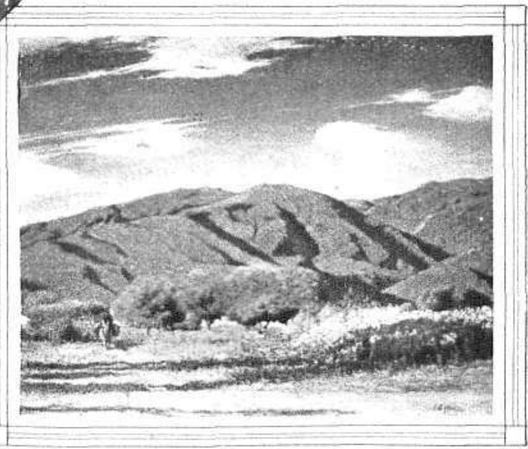
«CHOLA DESNUDA», ÓLEO DE ALFREDO GUIDO QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO.

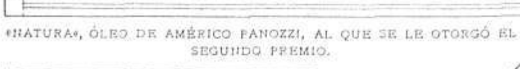


XIV SALON NACIONAL DE BELLAS ARTES

ALFREDO GUIDO.







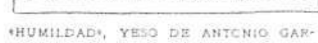
«NATURA», ÓLEO DE AMÉRICO PANOZZI, AL QUE SE LE OTORGÓ EL SEGUNDO PREMIO.

«EN LOS COCOS», ÓLEO DE ITALO BOTTI, RECOMPENSADO CON EL PREMIO SÍVORI.









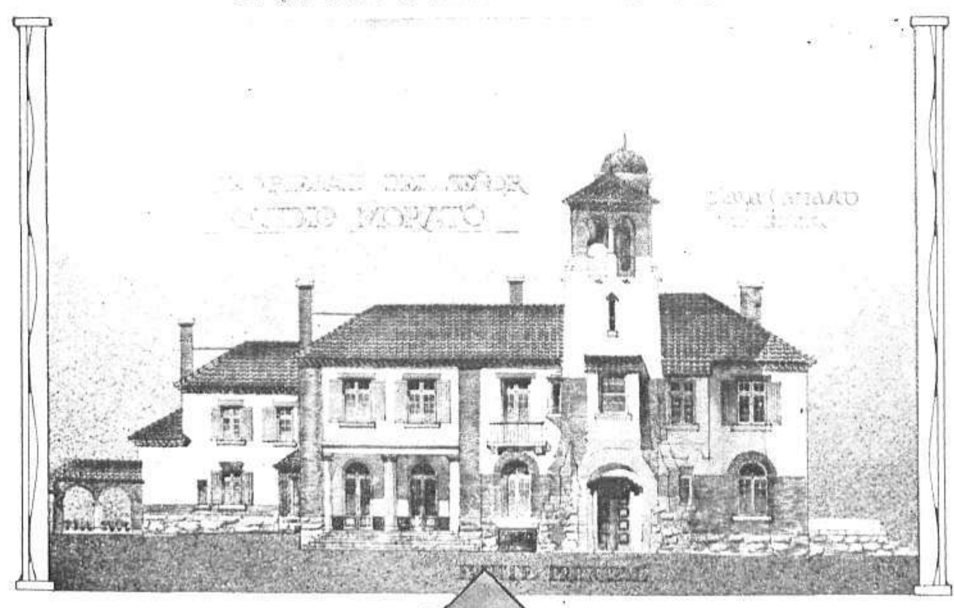
«HUMILDAD», YESO DE ANTONIO GAR-



FRANCISCO VILLAR, QUE OBTUVO EL PRE-

«R. P. FRAY ENRIQUE SISSÓN», BRONCE

PROYECTO ARQUITECTÓNICO DEL SR. ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN QUE OBTUVO EL PREMIO ÚNICO PARA EXTRANJEROS.





«LA CHICA DE ROSA», ÓLEO DE A. CRISTOPHERSEN.



ARQUITECTO ALEJANDRO CHRISTOPHERSEN.



«LA TOILETTE DEL PAYASO», ÓLEO DE V. THIBON DE LIBIAN.



«JEANNETTE», ÓLEO DE RAÚL MAZZA.





«MIS VECINAS», ÓLEO DE RAQUEL FORNER, TERCER PREMIO.

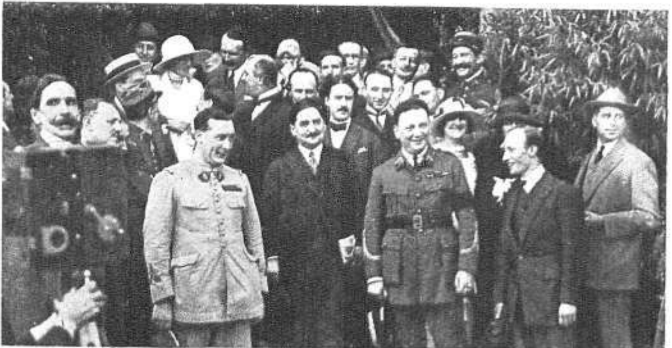


«UN DESCANSO», AGUAFUERTE DE [illegible]

Francia



Llegada a París del famoso aviador Pelletier d'Oisy, cuyo automóvil es custodiado por la policía.



El "as" francés y su mecánico al salir de la recepción que le fué ofrecida por las autoridades francesas en el Hotel de Ville a su llegada a París, después de haber realizado el magno vuelo a Tokío.



El príncipe heredero de Bélgica al llegar a El Havre para asistir a las patrióticas fiestas franco-belgas realizadas en dicha ciudad.



El duque de Brabante recibe el homenaje de una niña que en nombre de la ciudad le ofrece un bello ramo de flores.

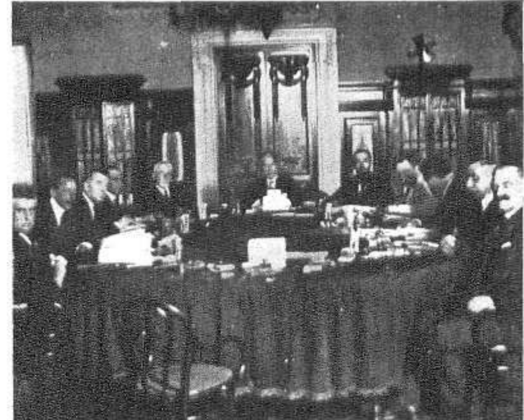


CHERBURGO. — El ministro de Marina, señor Dumesnil, saluda a la oficialidad del submarino "Requin".



El enorme submarino denominado "Requin" en el momento preciso de penetrar en el líquido elemento, prueba que fué presenciada por las autoridades marítimas y gran cantidad de público que aplaudió entusiastamente.

Italia



Primer acuerdo de ministros realizado bajo la presidencia del señor Mussolini después de haber sido re[illegible] el Gabinete.



El cardenal Pompili hace una visita al Instituto de los Caballeros de Colón [illegible] se [illegible]lan numerosos niños pobres.

España



Solemne acto de la entrega de una bandera a los somatenistas realizada en la ciudad de Sevilla bajo la presidencia del general Primo de Rivera y de S. A. don Carlos, acto que tuvo lugar en la Plaza de San Francisco.



Primo de Rivera conversando con la princesa doña Luisa, momentos antes del desfile de los somatenistas.



Jóvenes de la aristocracia componentes del nuevo somatén disponiéndose a desfilar ante don Carlos y el primer ministro.



Recepción organizada en el Círculo Militar de Sevilla en honor del jefe del Directorio Militar, a la cual concurrieron numerosos jefes y oficiales españoles.

Italia



El embajador de Estados Unidos, el subsecretario del Ministerio de Colonias y otras personalidades



El hijo del general Ricciotti Garibaldi, presidiendo el duelo durante

EL CABALLO CRIOLLO

SU PERFECTA RECONSTITUCIÓN



Pampera 40, primer premio y reservado de campeón hembra.





Pampero 69, segundo premio.



Pampero 33, segundo premio y reservado de campeón.



Porteño, primer premio.

El perfeccionamiento del tipo legendario del caballo de raza argentina ha sido, sin duda, una ardua tarea para los escasos criadores que se han dedicado a su cultivo. Los ha animado, siempre, un sentimiento idealista, casi romántico, de patriotismo, porque, en la afanosa empresa, no podía guiarles un propósito de lucro, ya que dedicándose a la cría de ovinos o bovinos, habrán obtenido magníficos rendimientos pecuniarios, en breve tiempo. Además, han tenido y tienen, aún, que luchar en contra de los generales prestigios que ha conquistado en el país el caballo de raza importado, que, desde las pistas de los hipódromos, salió, con rauda ligereza, para ser el dueño absoluto de las estancias nativas.

La constancia y la inteligencia de los que se dedicaron a restaurar en forma y en esencia el brillante «flete» de las viejas «patriadas», que hasta hace algunos años exhibía su triste degeneración en lejanos rincones del territorio — pequeño y enclenque, feo y «acarnerado», agotadas aquellas sus energías que le dieron renombre en las «corridas» domingueras de las «pulperías», en los «apartes», en los «rodeos» y en los «entreveros» heroicos, — han obtenido, al fin, un triunfo definitivo en la última exposición rural celebrada en Palermo, donde el público experto que a ella ha concurrido ha visto, con asombro explicable, el desfile de los caballos criollos que, por su gallardía y su belleza, nada tienen que envidiar a los descendientes de los grandes reproductores extranjeros.

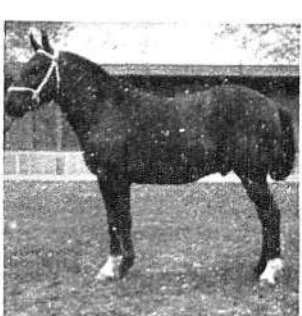
En el torneo rural — que aun no ha terminado — el grupo presentado por el criador señor Enrique C. Crotto ha constituido una verdadera sorpresa, y el gran campeón, «Pampero» 47; así como el reservado de campeón «Pampero» 33, reune todas las cualidades del tipo: corpulencia, buena «alzada», bizarría de formas, fuerte «caja», pescuezo musculoso y elegante, pecho desarrollado, remos acerados y nerviosos, cabeza de líneas intachables, ojos rebosantes de viveza y esas orejas «avispas», que sus abuelos sabían «parar» rápidamente, cuando el rumor más sutil, no sentido por oídos humanos, venía a herir sus tímpanos, hechos de sensibilísimas membranas.



Pampero 51, tercer premio.



Pampero 47, gran campeón, primer premio y premio Jockey Club.



Pampero 60, segundo premio.

La yegua presentada por el señor Solanet, que obtuvo el campeonato de su sexo, es, también, un ejemplar apreciable, destacándose por su belleza plástica. Igualmente son dignos de mención los productos expuestos por los Sres. Cornelio V. Viera, Martín Pereyra, Iraola e hijos y Urquiza Anchorena Hermanos.

En los caballos del señor Crotto queda restablecido el modelo del «pingo» nacional. Una labor consecutiva de más de veinte años — a pura pérdida pecuniaria, por supuesto, — ha producido este resultado brillante, que los que amamos las «cosas de la tierra» debemos aplaudir con entusiasmo sincero.

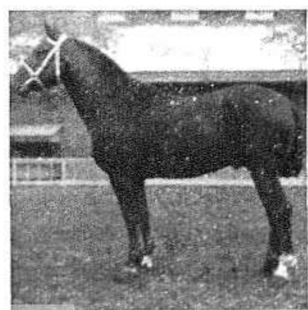
Se demuestra con ellos, igualmente, que el caballo criollo no es el caballejo diminuto y «sillón» que la incuria y el abandono de los hombres de campo relegaron a trabajos subalternos. Tiene la «alzada» propia de los grandes

Pampero 52, mención.





Pampero 36, tercer premio.





De FUERTEVENTURA *a* PARIS



E Fuerteventura a París! Parece el salto muy grande, pero ¿lo es tanto? Y ¿dónde estaba más cerca de la civilización, de la civilidad eternas e infinitas? ¿Allí en la isla árida y sedienta, a la que briza el sueño el arrullo del Atlántico africano, o aquí, en la Ciudad Luz, a la que no deja dormir en paz el traqueteo de los autos?

En medio de este afanoso trajín de París me digo a las veces lo que hace poco me decía, en una carta hermosísima, mi amigo del alma Mr. Crawford Flitch, el traductor al inglés de mi obra «Del sentimiento trágico de la vida» y que se pasó allí, en la bendita isla, cuarenta días; toda una cuaresma, acompañándome. Y es que me decía, en su inglés, esto que yo traduzco ahora aquí: «¡Fuerteventura! ¡Estoy casi nostálgico de Fuerteventura! ¡Inolvidable isla! ¡Para mí, Fuerteventura fué todo un oasis — un oasis donde mi espíritu bebió de las aguas vivificantes y salí refrescado y fortalecido para continuar mi viaje a través del desierto de la civilización! No puedo decirle lo que he ganado en mi trato con usted. Me parece ver la vida desde un punto de vista diferente. Sí, creo que iba a dormirme antes de llegar a Fuerteventura, pero ahora estoy despierto de nuevo».

¿Dormirse aquí? ¿Dormirse en medio del barullo de lo que llamamos civilización? Y, sin embargo, acaso es así y todo esto no más que una pesadilla; la pesadilla de la historia que pasa. Porque hay el dulce ensueño de la historia que queda, de la historia de todos los días, de la historia que viven los buenos y nobles y pobres majoreros. (Ya recordaréis, lectores, que se llama majoreros a los naturales de la isla de Fuerteventura, a los que yo llamaría fuerteventurosos.)

Ayer vi cerca de la gran plaza de la Concordia a dos jovencitos que bajaban por la Avenida de los Campos Elíseos montados en un camello, en un lucido y reluciente camello de lujo. Ello no era más que un deporte, pero los ojos se me fueron detrás del grupo recordando a los camellos de Fuerteventura, no de lujo y deporte, sino de pobreza y trabajo. Y también los camellos de Fuerteventura cruzan de vez en cuando, en las carreteras de la isla, con algún automóvil que va levantando polvo. Y ni se dignan volver la cabeza.

¡De Fuerteventura a París! ¡Del camello al auto! Aunque allí, en la isla, hay autos — y no pocos, pues es hoy el principal vehículo, — y aquí, en París, se ve algún que otro camello, como los del Jardín de Plantas. Y más de un *chameau*, en el sentido figurativo que se le da a esta palabra. Pero es pasar del ritmo de la marcha del camello al ritmo de la marcha del automóvil. Si es que la marcha del automóvil tiene ritmo.

¿Se mide el progreso por la velocidad? Con este correr sin tasa, con este devorar kilómetros, con este vivir en taxi, ¿no se trata de un engaño de alargamiento de la vida? Porque eso de la vida intensiva ha nacido de la desesperanza de la vida expresiva.

El camello ara el campo, tirando del arado, trilla la mies, la transporta luego al granero y hasta puede mover la muela. Y apenas si come de ella.

¡Oh, aquellas noches plácidas, junto a la mar compasiva y consoladora, viendo rielar la luna sobre las olas brizantes! La mar no es el Sena. La mar eterna, la mar que adormece nuestros ensueños.

Además, allí, en la isla, tenía noticias de la metrópoli de mi patria, del escenario de la pequeña historia bufa de la dictadura, cada ocho días, y aquí voy ansioso, día a día, a saber qué es lo que pasa en mi España. Y así no puede uno digerir las noticias, no puede digerir la historia que pasa y no queda, no se entera uno bien de nada. Porque es indudable que un diario de actualidad, de efemérides, de noticias de última hora, nos da una noción de la historia en que vivimos y de que vivimos mucho más falsa, mucho más deformada, que un buen semanario con su revista de la semana y que es aún mejor un armario. Pero el hombre del vapor y de la electricidad, el hombre del telégrafo y ahora del auto y del cine, prefiere saber pronto a saber bien, prefiere tragar a rumiar, como rumia el camello. Y así, por culpa de este atragantamiento de actualidad, de este devorar noticias, no tenemos más idea de la historia en que vivimos y de que vivimos que vendría de un cuadro, sea de Velázquez o de Rembrandt o el Ticiano, quien lo mirase a un palmo de distancia y con lupa. Porque el telégrafo al suprimir la distancia suprime la perspectiva.

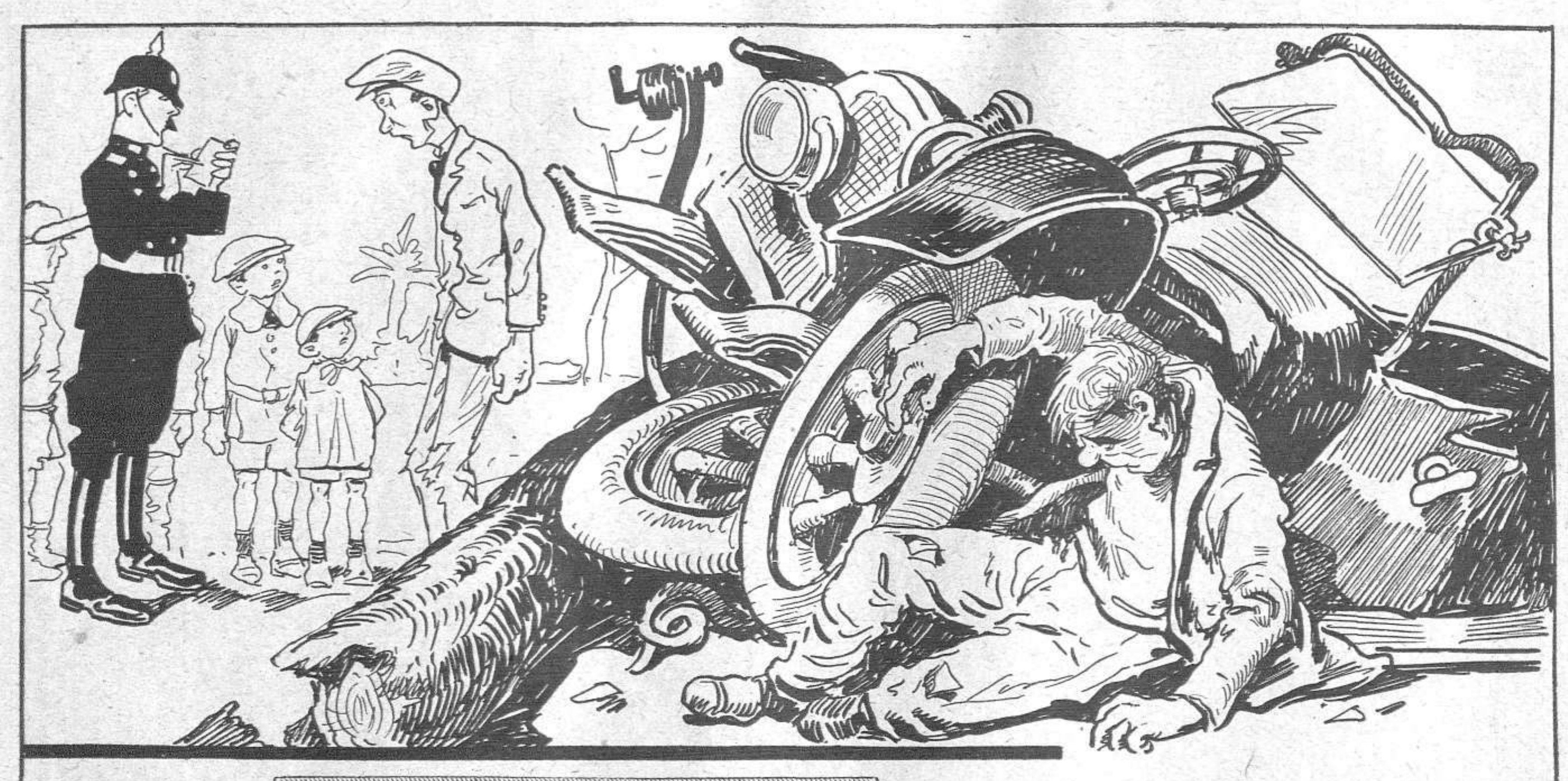
Cuando allí, en la isla, me llegaban las noticias de la metrópoli, con ocho, con diez, alguna vez hasta con quince días de retraso, mi estómago mental estaba ya preparado para recibirlas y digerirlas. Y luego la larga rumia de ellas. Por lo cual aquí, en París, me entero acaso de más sucesos, pero allí, en la isla, me enteraba mejor de los hechos.

Suceso, ya lo sabéis, es lo que sucede, lo que se sucede más bien, lo que pasa, mientras que hecho es lo que se hace y queda así, hecho, lo que queda. La discusión de una ley es un suceso; la ley misma discutida y votada es un hecho. ¡Y quién sabe!... Este París es enormemente más rico en sucesos que Fuerteventura, pero no creo que le supere en igual manera en riqueza de hechos permanentes.

¡Ah, mi isla inolvidable!

MIGUEL DE UNAMUNO

París, 15 de Agosto de 1924.



NOTA COMICA DEL **GLAUDA** VERMOUTH ARGENTINO

— ¿Era Vd. el que guiaba el auto?
— No, señor; el que guiaba el auto es el que se ha reventado.
— ¿Y quién es ese?
— Mi profesor.



¿Tiene derecho la mujer a usar melena?



Con altisonantes frases, los detractores de la moda imperante, la atacan, calificándola de ridícula, extravagante, etc., y aun llegan a poner en tela de juicio el derecho de la mujer a disponer de su cabellera, bajo el pretexto de que ella es el atributo de la feminidad, y uno de los elementos integrantes de la belleza. Recusar tales argumentos no es cosa difícil; también el bigote debe considerarse atributo varonil, y, sin embargo, hoy van completamente rasurados la mayoría de los hombres, sin que por eso sean menos machos que los que años atrás se envanecían de sus retorcidos mostachos. Por otra parte, la actual moda femenina se inició durante la gran guerra, cuando la mujer tuvo que ocupar en fábricas y oficinas el puesto de los hombres, y no podía perder tiempo en minucias de tocador: y entonces, (porque convenía, pareció muy bien) el tipo de la mujer «empleada» se generalizó, y el desmoche general ha sido aceptado con gusto por las ventajas que ofrece.

¿Qué la moda es ridícula?

A ciertas edades y a determinados tipos, pero en general es graciosa y favorece.

Repasen nuestros lectores las obras de arte de los tiempos antiguos y se convencerán, de que ni la moda es nueva ni han desdeñado en seguirla las bellezas de todos los tiempos. Los relieves egipcios nos prueban que ya se cortaron melenitas en la época de Tutankhamón, y en la Grecia se cortaban el pelo en dicha forma las bailarinas, bellezas profesionales. Las elegantes romanas se cortaban el pelo para poder ponerse pelucas de colores diversos, según la moda.

Agripina, mujer del emperador Claudio, llevaba el pelo corto y rizado como lo usa hoy la voladora Mma. Boland, y la madre de Trajano, una de las bellezas de su época, también llevaba el mismo corte de melena; corte que muchos siglos después, las elegantes francesas denominaron: «Coiffure a la grecque».

En la edad media la influencia monástica se extendió a las modas femeninas e impuso la toca blanca estrechamente ceñida a la cabeza, como el cabello no debía verse, se tonsuraron las damas. Un sello del año 1170 nos muestra a la condesa de Tolosa con éste, si así puede decirse, peinado.

La melena de Juana de Arco presta singular encanto a la belleza de la gentil y santa doncella de Orleáns.

Algunos cuadros de Pietro della Francesca y otros artistas italianos del siglo XV, representan contemporáneas, no sólo con el pelo corto sino con las sienes y cuello afeitados.

En el siglo XVI las francesas se cortaron el pelo sin caer en las exageraciones ante dichas. Margarita de Valois, la bella esposa de Enrique IV, lucía linda melenita rizada, más corta que la de muchos de los caballeros de la corte. Tocaban este peinado graciosos birretillos de terciopelo adornados con perlas y plumas.

El peinado a la «garçon», apareció en Francia el siglo XVII, y en 1671 se estiló cortarse el pelo ensortijándolo profusamente.

En 1780, María Antonieta, a consecuencia de una enfermedad perdió el pelo, e implantó la moda del peinado a «l'enfant» que pronto hizo furor, sobre todo en Inglaterra.

Después con el Terror se impuso la melena a la «víctima», y en los victoriosos días del Consulado y el Imperio resurgieron los clásicos cortes de pelo Greco Romano. Rosa Bonheur, Mme. Recamiere, Mme. Stael, y tantas otras conocidas damas han continuado la tradición de la melenita, y puede asegurarse que esta moda no se ha interrumpido, llegando sin solución de continuidad hasta nuestros días, únicamente que en ciertas épocas sólo se han atrevido a lucirla aquellas mujeres que se imponen por su talento o su belleza.

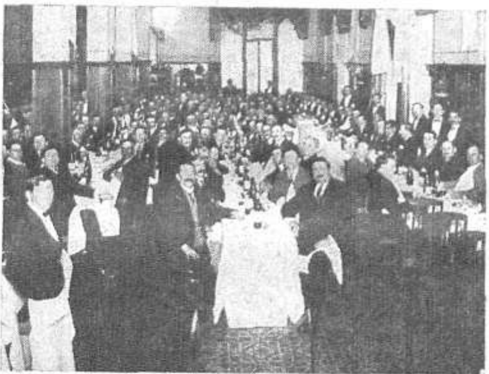

Avalore usted su toilette habitual con un indicio que revele refinamiento y buen gusto, usando los deliciosos artículos siguientes:
LOCIONES
CIELITO MIO Y
SI TU VOULAIS
productos exquisitos, delicados, de original y discreto perfume y de la más alta calidad y escrupulosa fabricación.
POLVO
CIELITO MIO
de clase superior y rico perfume, recomendable como el más eficaz para embellecer el cutis femenino. Además de los colores blanco y «rachel» (crema), se ha creado un nuevo tono de ocre rosado, matiz de gran moda, que está alcanzando mucha aceptación entre las damas.
PERFUMERIA MENDEL
En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439
En Rosario de S. Fe: calle Entre Ríos, 864
En Montevideo: calle Cerrito, 673
En Asunción (Paraguay): calle Alberdi 217



Señoritas y jóvenes de la Sociedad local que bailaron el Minué Federal en la hermosa fiesta realizada bajo los auspicios de la Asociación de Maestros.



El Director del diario *"El Siglo"*, señor Infante, rodeado por un núcleo de periodistas y amigos que lo hicieron objeto de una demostración de aprecio celebrando el 8.º Aniversario de la inauguración del prestigioso periódico.



Concurrentes al banquete ofrecido por la "Asociación Ferroviaria Nacional", festejando el aniversario de su fundación.

PROTECCION



POR la razón de que las armas COLT siempre han sido las más seguras para usar y llevar;—por el hecho de que ellas entran en acción con la *máxima rapidez* cuando la rapidez resulta ser de importancia vital;—porque su tiro es *preciso y seguro*, ellas han conquistado el favor de los gobiernos y de las policías durante casi un siglo. Sólo se logra una protección *completa* cuando *todas* las cualidades apuntadas se hallan reunidas en un arma, así que, para dotar a su casa de la segura protección que un COLT puede darle, adquiera un Revólver o una Pistola Automática de ese nombre, nombre al cual el tiempo ha conferido prestigio y honor. Pida a su armero o a su ferretero que le muestre los diversos tipos de Revólveres y Pistolas Automáticas COLT.

Colt's Patent Fire Arms Mfg. Co.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.



EL ARMA DE LA LEY Y DEL ORDEN



¡La señal de peligro a tiempo!

LA columna de líquido rojo que lleva el Moto-Metro Boyce le indicará, antes de que sea demasiado tarde, el peligro que surge en el interior del mecanismo oculto a la vista.

El viaje echado a perder, el dinero malgastado y el motor destruído . . . por causa de un descuido del que sólo Ud. tiene la culpa, si no pone un Moto-Metro Boyce en su automóvil.

El Moto-Metro Boyce es un indicador indispensable de la temperatura del motor: es la medida de calor que *infaliblemente* indica que pasa algo grave en el motor, de diez a quince minutos antes que el más experto automovilista pueda notarlo.

Los Moto-Metros Boyce revelan instantáneamente la rotura de la correa del ventilador, la filtración del motor o cualesquiera otros accidentes de la máquina. Añaden largos kilómetros de vida a su automóvil. No debe Ud. guiar sin uno de ellos.

Los Moto-Metros Boyce tienen un precio al alcance de todos. Son instrumentos de precisión, hechos con cuidado y de bella apariencia. Agregan distinción y lujo a su coche.

Compre un

BOYCE MOTO METER

Su automóvil merece uno

THE MOTO-METER COMPANY, Inc.
Long Island City, N.Y., E. U. A.

RELCHER y LIBERT
Calle LAVALLE, 1268—Buenos Aires.



en el período, desarreglos, metritis, hemorragias, inflamaciones, etc., desaparecen tomando el

"Específico Scheid's"

FRASCO $ 4.—

En el atraso, escasez o falta del período, tomad

"AMENORROL"

FRASCO $ 4.—

comprobado inofensivo, siendo estos dos productos muy eficaces y recetados por los médicos. Pídalos hoy mismo a su farmacéutico con claridad.

Venta en toda buena farmacia. Depósito general: Scheid y Valle. C. Pellegrini, 644.

Dice el Dr. Antonio De Nucci. — Jefe del Servicio de Rayos X del Hospital Durand. — Certifico que he usado con resultados halagadores los preparados medicinales "Específico Scheid's" y "AMENORROL".



GRATIS, pidan folletos explicativos, escrito por el Dr. Bouquet, en sobre cerrado, con copias de certificados médicos, a

J. VALLE, C. Pellegrini, 644.
Buenos Aires.

Belleza de la mujer

JUVENTUD, ESBELTEZ, SALUD se obtiene gracias al aparato eléctrico de masajes "Electro-Puls", a pilas secas, recién recibido de Alemania, siempre listo y muy simple para usar. Hoy mismo pida folletos gratis, a O. Scheid. C. Pellegrini, 644. Bs. As.

Precio réclame, ... $ 25.—



Los sordos OYEN

INSTANTANEAMENTE con toda claridad y cualquiera que sea el grado de la sordera con el nuevo "Acousticón", el más eficaz y pequeño aparato portátil. Su uso no molesta.

Precio $ 150.00 m/n.

Hoy mismo pida folletos gratis personalmente o por carta a Gerente Acoustic, Calle Carlos Pellegrini, 644.
Buenos Aires.

LA JUVENTUD DEL VIEJO QUILQUES

No sé — dijo el viejo Quilques — por qué están tan empeñaos en saber cuántos años tengo, cuando yo mesmo no lo sé... ni m'importa saberlo...

— Yo — interrumpió el «pulpero» — puedo hacerle la cuenta esata.

— Porque me vió naser, ¿no?...

— Risién, amigo, cumplí los sincuenta el mes pasao.

— Entonse, ¿cómo va a haser la cuenta?

— Aguardesé un poco y lo verá.

— No confío mucho en sus cuentas, y creo que ninguno e los presentes. Ya conosemos tuitos el modo que tiene de apuntar y sumar las libretas. Yo no digo que sea con mala intensión, pero de siguro que el diablo mete la pata pa mesturar los números, porque cuando tiene que ser un uno y un cero, pongo por caso, sale un uno y dos ceros, y cuando tiene que ser un seis y un nueve, sale a la juerza, un nueve y un seis... M'he preguntao muchas ocasiones por qué no se equivoca en contra suya, sin asertar en la causa, dejuro...

— Y eso — expresó, riéndose, el comisario — que no hemos mentao las medidas... Ahí sí que no hay nada e más...

— Ni de menos — contestó de mal humor el



aludido; — son conversaciones de desagradesidos...

— Sí — dijo Quilques con sorna; — el monte está lleno e loros, y los gauchos semos tan ingratos que entuavía nos quejamos e la charamusca que nos dan pa haser el churrasco... Si juera adrede, claro; pero aquí lo qui hay es que'l hombre es algo chambón pa sumar y muy vaquiano pa la multiplicasión...

— Que lo manden a la escuela — arguyó el indio Ñacurutú; — ansina conseguirá poner parejas las cruse e la operación.

— Güeno — se apresuró a decir el «pulpero»; — lo que está hasiendo don Quilques es intrigar pa ver si dejamos de lao el asunto e la edá... pero no podrá conseguirlo... Pa eso estoy yo aquí. El dijo una vez que había tomao parte en la guerra del 57, y en ese tiempo tendría, cuando menos, veinte años, lo que quiere decir que ha pasao de los ochenta...

— Carcula bien el hombre — dijo el viejo, — pero en esa regolusión era yo un muchacho de ocho años... Sebador de mate del coronel. Tiene que rebajar algo. Amás, la edá no hay que buscarla en los años sino en la juersa e cada uno. Estoy medio overo, pero no me canso en las partidas... y galopeo sin rebenque, porque no soy bichoco ni avejigao, y, últimamente, relincho como cualquier potrillo en la manada...

— ¡Oigalé! — dijo el juez de paz. — Es capás de darnos cola y lus a tuitos los presentes... Ansina se portan los criollos... Son fletes guapos y de aguante... Viejos y tuito, los quieren las yeguas... y hasta las potrancas... En cuanto se ponen en camino, empiesan a escarsiar y ningún mestiso les gana a coscojeros y atropelladores. En el rodeo y en el aparte, son tigres pal pechaso...

— Pa mí — dijo Quilques, demostrando satisfacción por los elogios — la cosa es muy clara. ¿Ven ustedes este poncho? Tá bien. Dende que lo compré me dije a mí mesmo: «Es de vicuña legítima, y va a tener güena vejés.» Ya lo he usao más de veinte veranos y ha soportao más de sincuenta aguaseros... y siempre nuevito... con los colores firmes... sin una arruga... como cuando salió e la fábrica. Ansina es el hombre, qu'es un tejido de carne y güeso. ¿El material es de ley? Vida larga. ¿Es ordinario y de mala laya? Entonse dura poco, aunque lo cuiden... Y si no, vean al amigo pulpero. El dise que risién cumplió los sincuenta... pero pa montar a caballo tiene que subirse a un banquito, y el pobre animal se está poniendo sillón de aguantar tanto peso. La mujer se queja porque no hase ejersisio y se ve obligao a ponerse en ridículo pa dentrar por la puertita e la trastienda. Ahura, tiene el pellejo e la cara estirao, porque la gordura hace el mesmo efecto del aire en la vejiga, pero en cuanto se ponga flaco, va a quedar como cuero sin estaquiar, al sol, o enriedadera que le cortan las ráises; colgando'el árbol, y menos atropellador, dejuro, porqu'el sebo es como el retobo que conserva la piedra. Esto no lo digo con ánimo de incomodar al güen amigo, sino por haser un cotejo... Yo me crié al aire y al sol, como las plantas que Dios ha sembrao en los campos, y salí duro como el ñandubay, que mella las hachas. Tengo el pellejo resistente, y ya sabe que la cáscara guarda el palo; las piernas de fierro, de elástico acerao los garronesy de toro los caracuses.

— Usté tiene rasón en lo que dise — observó el «pulpero», algo corrido, — pero setenta años de vida tienen que carunchar a cualquier osamenta. No hay cristiano que resista al tiempo sin sentir sus planchasos, que hasta el fierro, con ser fierro, lo come el orín, como si juera e carne.

— No digo que no, pero yo soy de fierro templao al juego e los combates e la vida, y los golpes me han dejao callos y sobregüesos, que son remaches pa las coyonturas.

— La juventú... es la juventú... No hay güelta, amigo...

— ¡La juventú! ¡Pobre plantita e barranca qu'el agua se la lleva! ¡Bicho e lus que alumbra una noche! ¡Tente en el aire de una primavera florida! ¿Usté sabe cuánto dura? Oigamé, pa aumentar su sabiduría. Hasta los veinte años el hombre es sonso, y el pelito que le sale ensima e la boca, otra sonsera... Tiene vos de mujer, mesturada con ronquera e refrío, y del mundo no sabe más que las picardías... que le cuentan los compañeros, que otros les contaron... ¡Cuentos, no más! Le gustan las mujeres, pero es miedoso, como cusco que ladra y no muerde... Es, por lo tanto, perrito faldero, pa vivir cargao... y áhi se queda... mirando muy alegre a la que lo acaricia. Linda tarea, ¿no? Tiene, por supuesto, el juego del amor en el pecho, pero, aunque en ocasiones parece echar llamas como fogata, se apaga pronto, porque la leña es verde... No le queda más qu'el humo... Lo estiman mucho las mujeres maduras, pero él ha quedao resabiao del colegio y no quiere saber nada de maistras... Dende los veinte pa adelante empiesa a sentir ganas de disparar, porque es medio potrillo y medio potro y hase barbaridades de tuita espesie. Ansina, de disparate en disparate, no se sosiega hasta que no mete la cabeza en l'armada el matrimonio... o se la meten... a causa e no saber matreriar como es debido... Son dies años más, y a los treinta, se acabó el moso, se acabó esa juventú tan mentada...

— Por lo consiguiente — dijo el comisario, — ¿dende los treinta empiesa la vejés? Me parece qui hay alguna equivocasión... por que, si no, ¿cómo se puede tener juersa e juventú a los setenta? Mire, viejo, que se está cortando sin querer...

— Yo hablo en general... porque el caso mío no abunda mucho, pero esiste... Es como el poncho... También hay endevidos que a los quinse años son nenes... medio idiotas... y otros que a los veinte paresen dejaos de la mano e Dios... que caminan agachaos... cuando pueden caminar... desortijaos, masetas, cortos de vista, quebraos del espinaso y mancos e los encuentros... Una disgrasia que vive alimentándosé e su propia miseria. Ahi tienen, mis amigos, descrita, a vuelo e chingolo, esa palabrita que parese tan gran cosa. La mosada no se da cuenta, dejuro, de tuitas estas cosas... y se arruina, creyendo que la fortunita les va a durar... un siglo. Gasta y gasta, y cuando viene el momento en que más precisa el capital... ve que sólo le han quedao unos cuantos níqueles... Yo no;

no he derrochao mi vida... He peliao en tuitas las patriadas, eso sí; he pasao muchas nesesidades, pero no tiré en visios el tesoro que mis padres me dejaron. El campo, el aire puro, el güen solsito, qu'es el poncho e los pobres; el churrasco, chorriando sangre jugosa; el agua e la cañada, fresquita y trasparente, y unas ganas de rair que no se me han quitao entuavía, tuito eso me ha fortificao, me ha dao esperansa pa seguir peliando en el mundo y confiansa pa triunfar mañana, si no puedo triunfar hoy... Disgrasiao del que tiene apagadas esas candilejas... porque ese es un enfermo, más que del alma, del cuerpo... un enfermo condenao a la muerte en vida... como mancarrón reventao o lisiao e los riñones...

— ¡Bravo, viejo! — gritó el juez de paz, entusiasmado. — Ha hecho una defensa e su persona qu'es tuito un alegato en forma. No ha chicaniao, dejuro, pero se me hase que usté es capás de defender con la mesma elocuensia a la parte contraria...

— Es que usté, amigo jues, y los que se están riyendo ahura e su ocurrencia, no han reflesionao bien sobre el asunto... Es claro que los encargaos de aplicar la ley, como usté, no nesesitan tantos fundamentos. Dios, o mandinga, les ha dao la malisia pa sospechar de la verdá y no disconfiar de la mentira... y ya conosen y pratican aquel sistema de un abogao que le desía a un cliente: «Mire, amigo: con los libros qui hay en este almario, le voy a cobrar tanto, y con los qui hay en este otro, cuanto; pero sépase que, con tuitos, se puede perder el pleito, si yo y la justicia no quedamos conformes...»

ESTABA el viejo Quilques gozando del efecto que había producido en el auditorio su pintoresco discurso, cuando se detuvo en la puerta de la «pulpería» un carricoche en el cual venían dos muchachas bastante bien parecidas — «competentes», como él denomina a las que, por su plástica, le hacen relumbrar los ojos y «chasquear» en el paladar la lengua ladina. — Salió el hijo del comerciante, gorra en mano y la cara enrojecida por la emoción, y preguntó a las visitantes:

— ¿Qué se les ofrece, niñas?

Ellas le contestaron, sonrientes, inclinándose para ver mejor dentro de la casa de comercio:

— Buscamos al señor Quilques. Haga el favor de desirle que dos güenas amigas quieren hablarlo.

El mocetón, algo decepcionado, dió media vuelta y entró, diciendo:

— Viejo, ajuera hay dos mujeres que preguntan por usté.

— ¿Son lindas? — interrogó Quilques achicando los ojos.

— Lindasas — respondió el mozo, poniendo cara golosa.

— Entonse, voy en seguida. — Y agregó: — Disculpemén, señores, si abandono por un ratito tan amable compañía.

Y salió, firme y elegante el andar, los gruesos labios dibujando una sonrisa algo vanidosa y la diestra acariciando la rala barbilla.

Desde adentro se oía el parloteo y las carcajadas de las dos muchachas, y la voz del viejo, llena de ricas inflexiones. El comisario no pudo menos que exclamar, haciendo una guiñada:

— Alguna safaduría les está contando.

Y el «pulpero», vengativo por la derrota sufrida:

— Ansina se pasa la esistensia, embromando a las mujeres...

— Y parece que tamién a los hombres, ¿no? — dijo el juez, encarándose con el «pulpero».

Minutos después se oyó el rodar del cochecito y la voz de las chicas:

— No vaya a faltar, señor Quilques; mire que sin usté no hay fiesta ni alegría...

El viejo regresó en seguida, y, al sentarse, dijo con intención al hijo del pulpero:

— Yo créi que te buscaban a vos, qu'eres el único representante e la juventú qui hay en la casa...

— Yo no las conosco — respondió, enojado, el aludido.

— ¡Cómo no las vas a conoser! Son las hijas del mayordomo de don Policarpo... dos criollas qu'están aprendiendo a bailar el pericón y el gato conmigo... y ya los están bailando medio regular...

— Pero — preguntó el comisario — ¿lo vinieron a buscar pa eso, solamente?

— ¿Sabe qui había sido curioso? Dios pregunta menos y perdona más...

— Está reservao el hombre.

— No hay por qué tener reserva. La cosa es clara como la giniebra del amigo pulpero...

— Con tal que juese tan pura —; contestó éste.

— Mire, amigo, dejesé de chocanterías. Cada hombre tiene su entretenimiento, que viene a ser el postre e la vida. Pa usté lo dulse está en los pesos que gana y que no deja amojosar porque andan siempre en sirculasión, y cuando güelven a la querencia viene más grande la bandada como susede con las torcasas, y pa mí lo dulse está en el cariño e las güenas mosas. Sé desempeñarme con ellas corretamente, sin pedir ayuda a naide. Me quieren y las quiero y ansina voy llenando mi bolsa e recuerdos, como usté la suya e morlacos, hasta que la vejés me haga una jareta en los ojos y no pueda achicar la boca pa darles un beso. Por ahura no me quejo... Entuavía monto en pelos, y puedo boliar ñanduses...



SANTIAGO MACIEL



El Intendente Municipal, señor Pastor E. Montaveé, rodeado por un núcleo de amigos que lo obsequió con un banquete, celebrando un grato acontecimiento particular.



Barril-alcancía pro aeroplano para el capitán Zanni, que fué expuesto con muy buen resultado en las calles de esta localidad.

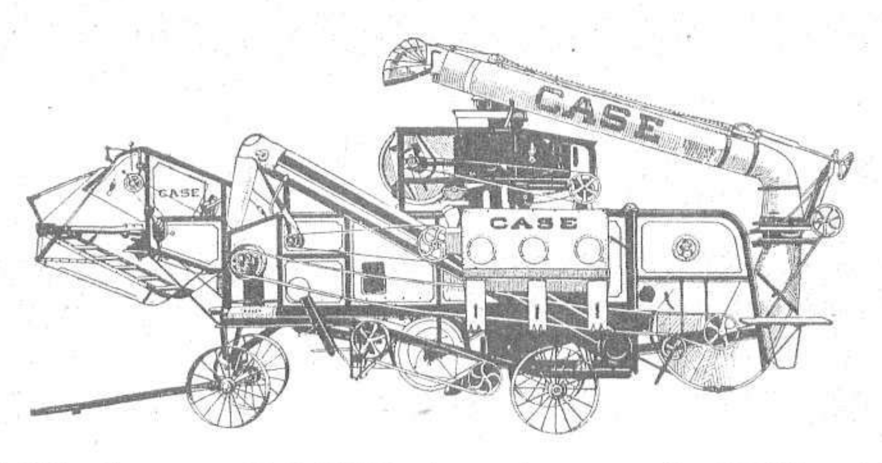
LA TRISTEZA FILOSÓFICA

La tristeza filosófica se ha expresado algunas veces con taciturna magnificencia. Como los creyentes llegados a la cumbre de la belleza moral saborearon el goce del renunciamiento, el sabio, persuadido de que todo lo que nos rodea, sólo es apariencia y engaño, se embriaga con melancolía filosófica y se abandona a las delicias de la suave desesperanza, dolor profundo y bello que no cambiarían, los que saben sentirlo, por las frívolas alegrías y las vanas ilusiones del vulgo. Y los impugnadores, que a pesar de la belleza estética, de tales ideas que las juzgaron funestas para el hombre y para las naciones, sin duda retirarían su anatema cuando se les mostrara que la doctrina de la ilusión universal y el derrumbamiento de todas las cosas, nació en la edad de oro de la filosofía griega con Xenofane, y se perpetuó a través de la Humanidad culta en las inteligencias más elevadas, en las más serenas y en las más apacibles: un Demócrito, un Epicuro, un Gassendi. — ANATOLIO FRANCE.

CURIOSIDADES

Una mezcla de seda y vilanos de cardo se emplea actualmente en China para abaratar la producción de tejidos de seda.

La adulteración está tan bien hecha, que aun los peritos difícilmente logran descubrirla.



Trilladora "CASE" de Acero de 28" x 46"

Con todos sus Accesorios.

EMBOCADOR, RELIMPIADOR, CERNIDOR ROTATORIO, Y EMPARVADOR

ESTA Trilladora, de 28" x 46", equipada con todos sus modernos Accesorios, exige, para el total aprovechamiento de su gran capacidad, un Tractor de una fuerza superior a la de 30 HP.

LAS Trilladoras «CASE» son de un peso de un 20 % a un 30 % menor que el de otras máquinas del mismo tamaño, pero, de otras marcas. 83 años de experiencia en la construcción de Trilladoras nos han permitido: eliminar las imperfecciones que acortan la vida de muchas otras máquinas, y, también, aumentar la capacidad de las Trilladoras «CASE» en el sentido de un mayor rendimiento.

PARA mayor información de los interesados, transcribimos una carta, una de las tantas, que da una idea de la enorme capacidad y del esmerado trabajo de estas Trilladoras.

El señor Ezequiel García, de la estación Cascallares, escribe:

"Tengo el gusto de comunicar a Vdes. que el Juego de Trilladora 26" × 46" con Tractor CASE 22/40 H.P. me ha dado en la campaña próxima pasada un resultado muy satisfactorio, pues en 42 días y 3/4 de trilla he trillado 22.382 bolsas, descompuestas en la siguiente forma: 11.322 bolsas de trigo que pesaron término medio 67 kilos 400 gramos; 3.215 bolsas de cebada de 61 kilos y 7.845 bolsas de avena de 58 1/2 kilos. El máximo que alcancé a trillar en el día fueron 545 bolsas en trigo, 625 en cebada y 764 en avena. En cuanto a limpieza basta el hecho de que mi trigo fué vendido al Ministerio de Agricultura de la Nación para semilla, dando 82 kilos peso específico".

Para conocer todos los detalles al respecto, solicite el Folleto N.º 24/11.

J. I. CASE THRESHING MACHINE Co.

PASEO COLON Esq. BELGRANO — BUENOS AIRES



ROSARIO
BAHIA BLANCA

MONTEVIDEO
PORTO ALEGRE


Miembros del Magisterio local que festejaron fraternalmente el "Día del Maestro".

EL ORIGEN

—¿De dónde vine? ¿En dónde me recogiste? — preguntaba un niño a su madre.

Y entre risas y suspiros, le contestó, oprimiéndole contra su pecho.

—Estabas escondido, como mis deseos, en mi corazón. Estabas con las muñecas de mi infancia, y cuando con barro moldeaba la imagen de Dios cada mañana, eras tú el que hacía y deshacía por placer. Estabas en el mismo altar que nuestra divinidad familiar. Adorándote te adoraba a ti.

Has vivido en todas mis esperanzas, en todos mis amores, en mi vida, en la vida de mi madre. Te has nutrido en la devoción del espíritu inmortal que nos preside. Cuando era joven y soltera, mi alma abría sus pétalos como un perfume, alrededor del cual flotaba tu espíritu. Tierno y débil florecías en mi interior, como una luz en el cielo antes de nacer el sol.

Favorito del cielo, hermano de la luz matinal, flotante en la corriente de la vida universal, para caer, por último, en mi corazón.

Cuando te contemplo me asalta el misterio. Tú perteneces a todo lo que es mío. De miedo de perderte, te oprimo contra mi pecho. ¡Qué prodigio misterioso permite a mis débiles brazos ceñir el tesoro del mundo! — RABINDRANATH TAGORE.

Juventud, Juventud, Primavera de Belleza

POR

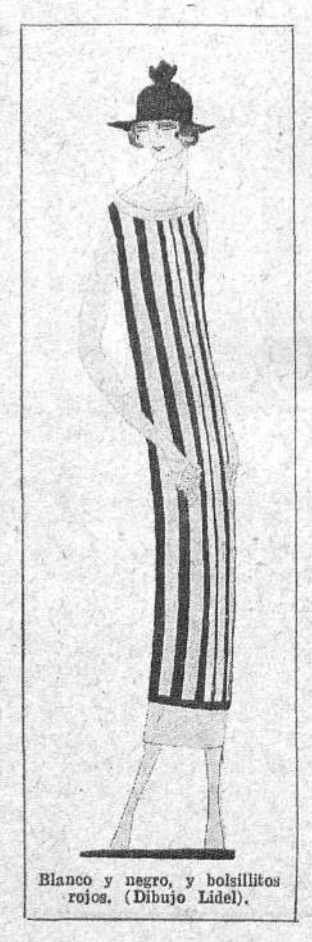
LUZ Y SOMBRA

Hay un poco de añoranza y mucha tristeza en la mirada de una mujer de treinta años que sigue el aleteo de unas jóvenes siluetas risueñas... ¡Juventud! Para ella los hombres tienen su más profunda mirada, su más sincera expresión; para ella el mundo tiene rosas y la vida encantos... ¡Divina edad de la esperanza, demasiado pronto vivida!

Autores del siglo pasado nos hablan de *jóvenes damas* que vivían, en sociedad, la vida risueña de las señoritas, siglo feliz en que los asuntos de dinero debían resolverse mejor que ahora, y la mujer de cada cuento tenía un marido rico y una propiedad. Hoy las jóvenes casadas, siendo llamadas a *colaborar* con el esposo olvidan la loca alegría de sus veinticinco años frente al problema del vivir de cada día y el deseo de descollar por elegancia... y el endiablado *entrain* de otrora que dió celebridad a mujeres y a reinados, queda hoy reducido a los *exploits* de las *mistinguetts*.

Y a nosotras no nos queda más que tristeza y añoranza, tristeza sobre todo por haber nacido en tiempos menos juveniles que los de hoy, cuando había quizá más espontaneidad, pero no era permitido a las *señoritas* manifestarla. Cuán sabiamente aprovecharíamos ahora de nuestra juventud si la tuviéramos; ¿no es cierto, lectoras mías? ¡Y qué bien sabemos aconsejar a las que no nos llevan el apunte, porque *no somos de su tiempo!*

Sencillez, discreción, moderación (estaba por decir *decencia*), señoritas. Bajo la apariencia de sencillez de la moda actual se disfraza una peligrosa tendencia para lo extravagante, para el exceso, pero más hacia la hoja de parra que hacia los Montgolfiers.



Blanco y negro, y bolsillitos rojos. (Dibujo Lidel).

Sin embargo, las mejores casas de modas dedican sus esfuerzos a dar resalte a la juventud, con creaciones que son verdaderas alhajas. Si el forro, por su línea austera, gusta a la joven señorita que se *siente* mujer, el vestido a volados, sin embargo, le sienta mucho mejor.

No es fácil tarea la de vestir esa bendita juventud, y las tijeras deben acordarse con los telares, pues la elección de los géneros tiene lugar importante. El *crêpe* goza de muchos favores, pero el organdí y el *moiré* tienen el mando. *Moiré* y terciopelo: he ahí el *non plus ultra* para un vestido elegante y juvenil. También con el organdí hace pareja el terciopelo cortado en pétalos grandes recogidos en el talle. Los vestidos de organdí se hacen ahora en dos tonos, y nos da un hermoso modelo una casa parisiense con organdí gris plata y voladitos azules, adornado por un ramo de rosas plateadas y nomeolvides.

Para la juventud es también el vestido *tailleur* que, si bien sirve a todas las edades, es verdaderamente apropiado a la primera.

Es para señoritas el *tailleur* fantasía hecho de una pollera a cuadros y de un saco liso, y los sacos de gamuza.

Hay *robes-manteaux* también para señoritas, pero es muy fácil en este campo olvidar la línea juvenil. En los vestidos de fiesta se ven todavía modelos en estilo, de bata lisa y pollera fruncida cruzada por *ruches* de puntilla. Las mangas son cortas, a veces cortísimas, pero el hombro es preferiblemente cubierto, con el fin de ocultar las imperfecciones propias del desarrollo.

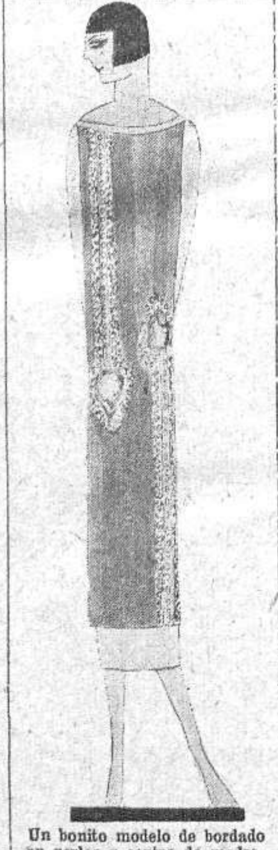
Cintas y flores son los amigos de la juventud. Flores de seda, de terciopelo y sobre todo de plata, pequeñas rosas de primavera bordadas en plata alrededor de un escote, nomeolvides azules como las esperanzas de esas cabecitas... La cinta viene colocada con todas las fantasías descabelladas e imprevistas: en cocardas, en espirales, en copetes, en vuelos caídos en tonos descoloridos sobre los vestidos de noche, en flores achatadas de inspiración antigua y cada uno de diferente color.

Hemos dejado por último el grande amigo de la juventud: el tul. No hay señorita que no se complazca en esa aureola de luz, parecida a una nube de verano llena de sol, y sobre todo se complace en la danza, en que los vuelos de tul tienen el estremecimiento de las alas.

No hablo aquí del traje *sport* porque es algo fuera de la volubilidad de la Moda; se le puede añadir un bordado de flores en el lugar del bolsillo unos pliegues a los lados, pero sus notas principales quedan inmutables.

Sombreros hay grandes y pequeños, pero he notado cierta predilección por estos últimos, como si cada parte del atavío en nuestras señoritas respondiera al esfuerzo de afinar la silueta, estilizar su juventud, diría cierto modernista, y acrecer en nosotros la añoranza...

¿El cabello? En París hay muchas melenas, pero cabe tener en cuenta que hay también muchas *midinettes*. En Turín hay mujeres de cabello largo, en Roma también, y en Milán hay melenas. Parece que los mismos creadores de moda vuelven a dibujar mujeres de cabello largo; y hay que reconocer que han sido muy pocas las valientes que han quemado sus navíos. Curioso detalle: la mayoría de las que no *se lo han cortado* lo hubieran hecho si no se hubiese presentado el problema de afeitarse la nuca. Y sin embargo, cuando pasa una cabecita morocha o rubia, a la que su melena cortísima sienta perfectamente, no hay mujer que no se estremezca de envidia y de añoranza.



Un bonito modelo de bordado en perlas y centro de madreperla. (Dibujo Lidel).


FERNET-BRANCA
APERITIVO - DIGESTIVO - ESTOMACAL



Miembros de la C. D. del Círculo Automovilístico Argentino, distribuyendo los premios entre los ganadores del último torneo.

"Cuadro Oriental" integrado por distinguidas señoritas, en el festival organizado por la señorita Aida Gaddi, a beneficio del Hospital Posadas.

EL CABALLERO ELIO ABALTERO ALDI





Los que en los años 1900 y 1901 andaban por Madrid, es imposible que puedan haber olvidado el delirio que despertara entre los aficionados al «bel canto», el inconmensurable artista Elio Abaltero Aldi, español de pura cepa a pesar del apellido.

Pues en realidad no es ni Elio, ni Abaltero, ni Aldi.

Es Elías y otras cosas más parecidas a Abaltero, pero que no estoy autorizado a revelar, desde el momento en que el insigne tenor prefiere esconderse detrás de un nombre de batalla, por ese pudor, que a veces se nota entre artistas y es corriente en otra categoría de personas, que lo han perdido por completo.

Hay que leer lo que escribían órganos de publicidad como «La Campana», «La Voz Pública» en la capital de España, el «Correio de la Noite» y «A Folha do Povo» de Lisboa!...

¡Cosas de locos!... Hubo una especie de enajenación mental colectiva. ¡Qué Gayarres y qué Aramburos!... ¡Porotos!... Simples porotos en comparación de este mimado de las musas, fenómeno sin precedentes, pues hoy mismo que hablamos, a la edad en que la mayoría de los hombres descansan tranquilamente bajo tierra, se ve acosado por empresarios y maestros, que se lo disputan, se lo contienden, duplican, triplican las ofertas, pues donde él va... allá va también la América.

Digo América en el sentido de Eldorado.

Tuve el honor de ser presentado a este milagroso tenor, que lleva, como se dice vulgarmente, los do de pecho, los re bemoles y naturales también en el bolsillo. Desde entonces casi todos los días nos vemos y pasamos un rato agradable, pues por lo pronto es hombre de una cultura superior, y en esto también difiere de sus colegas en arte, especialmente los tenores, que por lo general no figuran entre la flor y nata de la inteligencia.

Pero hay excepciones, y cuando las hay, son notables.

El cav. Elio Abaltero Aldi, es abogado, médico y mayor del ejército. Pero como él dice:

— Donde me siento realmente mayor, es en el canto y la escena. ¿Usted conoce al poeta Fernando Halcón?

— No tengo el gusto.

— Madrileño... No importa: lea el soneto que me dedicó hace unos años.

Y me dió un papel impreso, que llevaba guardado en la cartera. He aquí cómo se expresa el Halcón:

«Al eminente Tenor Dramático (verdadero Lírico Spinto) Elio Abaltero Aldi, émulo de Gayarre y Tamagno»

Emulo de Gayarre y de Tamagno,
Lleno de facultades y energía,
Gorgea este tenor de noche y día,
Semana tras semana, agno tras agno.

Su voz maravillosa y de eco extragno,
A más de un "amateur" asombraría,
Si no fuera modesto en demasía,
Modestia que le causa grave dagno.

Cuenta con facultades que no nombro,
Así su ejecución llena de asombro
Y su escuela especial hace ruido.

Por eso con conceptos injuriosos,
le denigran por doquier los envidiosos.
¿Cuándo no se ve el genio perseguido?

— ¡Magnífico!...

— ¿Verdad? Usted se habrá dado cuenta que ha escrito «extragno, dagno, y agno» en lugar de...

— Comprendo, para rimar con Tamagno... Licencia poética... ¿Y donde cantará usted este otoño?

— Se me han hecho ofertas para el Cairo, Alejandría y Malta. El maestro Mugnone me suplica que vaya con él... Me quiere a toda costa...

— ¿Y porqué no acepta?

— Es que me quieren también en San Carlos de Nápoles... Vamos a ver...

— ¿Y con la Scala no hay nada que hacer?

— Si yo tenía que hacer el Nerone... Debo darles gracias a Pértile ¡sí!... Usted no sabe de lo que es capaz ese hombre... Ha llegado a pagar quinientas liras a los porteros, para que no me dejen entrar. Y Toscanini me escribe que vaya, que me presente; pero cuando voy, esos condenados porteros, gente vendida, contestan mal: «Il maestro non ce... E uscito... Non viene» Pero va a llegar el día del desquite... Pértile está ya en sus últimos días...

— ¿Qué, ha caído enfermo?

— Digo en sus últimos días como artista... Pero yo no aflojo... En la última temporada, cuando daban óperas de mi repertorio, me mantuve siempre listo para hacerme cargo del papel de esos perros, que no sé como el público los tolera. ¿Conoce usted el café al ladito mismo de la Scala? Bueno. Allí esperaba yo caracterizado de José, Radamés, Trovatore, Rodolfo... ¿Fracasaba el tenor? Ahí estaba Abaltero listo...

— ¿Y no hubo caso?

— ¡Si es todo una «camorra»!... Dichoso de usted que no conoce los entretelones del arte. Algo increíble. ¿Sabe lo que tuvo el valor de decirme sin contemplaciones el más poderoso de los agentes teatrales?

— No sé...

— Primero me miró con una sonrisita, que arrancaba las bofetadas, y luego dijo: ¿Qué tal, amigo Abaltero? ¿Qué le decía yo? No quiso usted aceptar un sueldo de cuatro mil liras mensuales por diez años, tampoco quiso trabajar al cincuenta por ciento y le profeticé que no habría cantado usted en ninguna parte. ¿Quién ha perdido más? Usted a la fecha tendría por lo menos medio millón de liras y yo otro medio millón más de los que tengo... ¿Está convencido?

— ¿No le dejaron cantar nunca en Milán?

— ¿En Milán? A la fuerza. Los artistas en señal de protesta contra el obstruccionismo, organizaron ellos una función en el teatro Verdi. ¡Qué noche! Orquesta, maestro, coros, primeras partes, todos se prestaron gratis, para contribuir a la... la... a mi consagración, mi triunfo, para endiosarme. Hubo quien ofreció hasta cincuenta liras con tal de poder entrar a la sala... Pero, hijo mío, no cabía ni un alfiler... ¡Qué noche!... ¿Se da cuenta? ¿Un público de maestros y artistas de canto? Tuve que repetir tres veces «Di quella pira». Dos veces «Spirto gentil» que lo suspiro como un Dios... Oiga:

¡Spirto gentil... tutto un fiato! — nei sogni mie... eei»...

— Por amor de Dios, doctor, que la gente se da vuelta...

— Si lo sé... Siempre así cada vez que abro la boca.

Cruzaba en este momento, a unos pasos de distancia, un señor algo corpulento, que se sonreía sarcásticamente:

El Cav. Abaltero hizo una mueca de disgusto:



— Disculpe, señor — me dijo — si tomo medidas para conjurar la «yetta»... Allá va un pobrecito, que me guarda un odio negro. Tenor — dice él. — En realidad es un perro rabioso, sin figura, ni edad para cantar. Con ese vientre abultado, dígame si es posible hacer un Rodolfo en la «Bohéme»... Sin contar que no sabe lo que dice, ni lo que hace... Una voz gruesa, de mal barítono, con unos agudos que son falsetes intolerables. Me da la impresión de un grueso cilindro que termina en una aguja. Algo así como esos instrumentos antiguos progenitores de los modernos enteroclismas.

— Es usted feroz, doctor...

— ¿Feroz? No... Doy a César lo que es del César... ¿Si tomáramos un cafecito? ¿Qué le parece?

— No está mala la idea...

— Pues, sí señor... Aquí me tiene, con una voz angelical, una acción que la hubieran querido tener un Rossi y un Salvini, boicoteado por unos ruines envidiosos y unos agentes sin escrúpulos. Pero llegará mi hora...

Y aquí una sonrisa amarga y un nervioso movimiento con la punta del pie derecho:

— Lo peor del caso es que ahora no puedo hacer más audición en un local cerrado. Resulta que en el gran salón de ensayos del Dal Verme, mientras cantaba «Di quella pira», solté un re sobreagudo y se hicieron triza los cristales de la ventana de enfrente... ¡Tan!... ¡Pareció un cañonazo! Y al rato drilín, drilín, los vidrios al suelo... ¿Qué culpa tenía yo? ¡Olvidaron la ventana cerrada y.... claro!...

La mañana después de esta primera entrevista, el Cav. Abaltero Aldi se vino con un álbum de dos pies de largo por uno y medio de ancho, grueso como un misal.

— Para que usted lea y se convenza que las que digo son verdades.

— No hace falta, doctor...

— Mis documentos militares: cruz de primera clase del Mérito Militar, médico primero de Sanidad Militar, patente del gobierno italiano por mi invento para sacar hidrógeno del carbon fósil y otras substancías orgánicas.

Mis diplomas otorgados por la Facultad de Medicina y Derecho de Madrid...

— Muy bien...

— Y los que más valen: segundo premio conseguido en el Liceo de Barcelona en canto, y primer premio al año siguiente siempre en canto. ¿Digo mentiras? Ahí tiene usted: firmas, sellos... Y ahora tómese el gusto de leer lo que escriben de su seguro servidor, artistas como Mugnone, Oxilia, Padovani, Paolantonio. Toti dal Monte, Juanita Caracciolo, Lina Wulman, Elvira Hidalgo, Constantino, La Rotella, Pértile... El mismo envidioso Pértile... Llévese a su casa el álbum si quiere...

— No hace falta...

— Hombre, quiere usted más prueba de confianza de la que le doy. Llévese mi álbum, examínelo con calma, frase por frase, palabra por palabra, y se dará cuenta de quién soy...

¿Qué iba hacer?

No me quedó más remedio que cargar con el bulto y tomar el primer tranvía, que siguiera rumbo a mi casa.

Los documentos son auténticos todos, no hay dudas. Solamente hay que pasar por alto una inocente treta del Cav. Abaltero, realizada con el objeto de disimular los años.

Las fechas han sufrido una considerable rebaja, de manera que hoy en día el célebre tenor tendría según el álbum unas cuarenta y cinco primaveras, mientras en realidad anda en las setenta y tres.

Otro detalle más.

El diploma otorgado por el Liceo de Barcelona es auténtico en todo, excepto que en la asignatura premiada, pues donde se lee «Canto» evidentemente había otra palabra que ha sido borrada.

Detalles sin importancia.

El tenor Abaltero parece un jovencito, pese a la fe de nacimiento. Elegante, afeitado, delgado, irreprensible, bien calzado, cuidadosamente peinado, es todo

DOCTOR A. VACCARI



un «dandy» capaz de llamar la atención de una «prima donna», de una segunda y tercera también, si el arte no llenara de por sí el corazón de este caballero sin dejar lugar para otras pasiones.

Quiero ser imparcial, severo, exigente hasta el escrúpulo. Si algo hay que denota la acción inexorable del tiempo es el cutis. El rostro del tenor está surcado por largas arrugas, que forman un caprichoso sistema de trincheras alrededor de la nariz. Nada más.

Todos los días a las 16, minuto más, minuto menos, aparece el doctor Abaltero en la Galería, casi siempre solo, pensativo, con las manos detrás de la espalda y sin sombrero, pues así anda la juventud de hoy, con los sesos destapados.

Pasa desdeñoso y a cierta distancia de la jauría de perros que forma corrillos y a falta de contratas saca el cuero a unos y otros.

El no se mete con esos infelices en busca de una miga de pan.

Quien quiere oirle, que pague. ¿No quieren pagar? No importa. La pensión de médico mayor le permite vivir muy bien y en completa independencia. Día llegará...

Somos unos pocos los que gozamos el envidiable privilegio de oir de vez en cuando los gorjeos del cav. Abaltero. Y entonces, ¡qué Caruso, Martinelli, Gigli y Cía! ¡A dormir todos esos señores!...

Nos hace poner la piel de gallina a todos, como tuvo que confesar el maestro Padovani, que, sin embargo, ha dirigido óperas con los más célebres tenores conocidos.

¿Y cómo no ha de haber crisis en el teatro lírico, si estos grandes no pueden abrirse camino?

Si fueran todos Abalteros, es decir, médicos mayores retirados y abogados, con su correspondiente pensión, los señores agentes teatrales, estos verdaderos vampiros, tendrían que agachar la cabeza y cobrar una comisión decorosa, pero no usurera.

Mas ¡ay! No tenemos más que uno solo, grande sí, inmenso como no hubo otro en la historia teatral, pero no basta. Y los agentes lo saben.

Por lo que muchas veces me pregunto:

— ¿Qué será de aquellos que no llegan a quebrar los vidrios de la sala de audiciones del Dal Verme? ¿Cómo terminarán los que no sueltan el «re» natural en la «Pira» y no suspiran «tutto di un fiato» en el «Spirto gentil»?...

¡Pobres!...

Para terminar, una pregunta:

— No será el caso de investigar en el campo de la bacteriología, si existe un microbio patógeno, que causa la terrible enfermedad del canto? A ver si encuentran un suero curativo y preventivo también. Hay modo de hacerse una fortunita en pocos meses. Milán está hecho un hospital lírico, donde quedan sin asistencia miles de incurables. A ver si me lo aislan al bacilo ese y alistan un suerito. Y si necesitan un representante, ya saben donde vive S. S. S. Dr. A. Vaccari.

Milán, agosto 10 de 1924.




Team de los Casados, de Barracas, que resultó vencido por 4 goals a 0 en el partido jugado con los Solteros.


Team de Solteros, que se adjudicaron el triunfo en el partido de balompié, jugado contra "Los Casados".

UN LENGUAJE DEL RADIO

De los innumerables lenguajes artificiales propuestos como secundarios para las comunicaciones internacionales, especialmente por el radio, el esperanto parece ser el más favorecido. Es probable que la American Radio Relay League lo adopte formalmente para las comunicaciones internacionales en el futuro. Una minuciosa investigación llevada a cabo por la Liga ha revelado que el esperanto ha sido favorecido casi unánimemente como lenguaje internacional, por las organizaciones radiográficas aficionadas de Europa y del Oriente. El esperanto tiene numerosas ventajas sobre los demás idiomas propuestos: hay más personas que lo usan, es más simple, tiene gran exactitud de expresión, y menos palabras en la expresión de una idea. Está recomendado oficialmente por la Liga de las Naciones y es usado por la Liga junto con los demás idiomas. Su vocabulario permite mayor exactitud de expresión que el francés, que desde hace tiempo ha sido el lenguaje de la diplomacia.

—Una excusa no pedida es una acusación manifiesta.

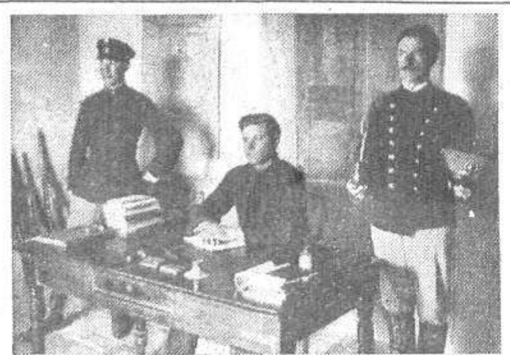
—El agua del cenagal es como el proverbio de los incapaces.

—El cielo no se ara; al padre no se le acusa.

—El más antiguo de los periódicos, "La Gaceta de Pekín", fué fundada durante la dinastía de T'ang (año 618-907 A. C.). Hasta 1351 aparecía con irregularidad.



RUFINO. — Equipo del club Newbery que resultó vencido en el match de football jugado contra el equipo del club Matienzo.



COLONIA PROVIDENCIA. — Señor Francisco Milesi, nuevo comisario, cuyo nombramiento ha sido acogido con beneplácito general.

CÁLCULOS CURIOSOS

Un estadista inglés ha dicho que Alemania debe pagar una indemnización total que asciende a 600 mil millones de francos. Para la inmensa mayoría de las personas, es completamente imposible formarse una idea exacta y ni siquiera aproximada de lo que representa tan enorme suma, y para darlo a comprender, es necesario hacer algunos cálculos sumamente curiosos, por el orden de los siguientes:

600.000.000.000 de francos convertidos en monedas de oro de 20 francos, son 30.000.000.000 de monedas y teniendo cada una de estas monedas un diámetro de 21 milímetros, se podría formar con ellas una cadena de 630.000 kilómetros de longitud, y como la circunferencia de la tierra es de 44.000 kilómetros, con aquella cadena de monedas de oro se podría dar catorce veces la vuelta al mundo.

Un franco cubre aproximadamente una superficie de dos centímetros cuadrados, y los 600 mil millones cubrirían 12 millones de kilómetros cuadrados: así pues, con tan enorme suma puede cubrirse toda la superficie de la China.

El diámetro de un franco es de 23 milímetros y la cadena que se podría formar con los 600 mil millones tendría una longitud de 13.800.000 kilómetros o sea 36 veces la distancia que separa la tierra de la luna (384.000 kilómetros.)

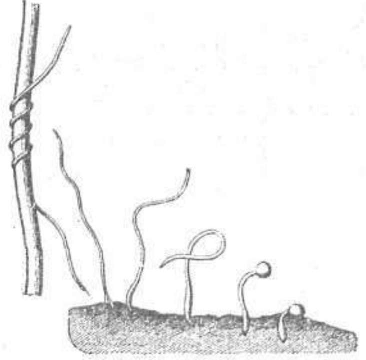
Calculando que una moneda de oro de 20 francos cubre una superficie de dos centímetros, pueden cubrirse 600.000 kilómetros cuadrados, o sea toda la superficie aproximadamente de la provincia de Buenos Aires.

AGRICULTURA

PARÁSITOS VEGETALES: LAS CUSCUTAS

Entre las plantas parásitas, por su forma peculiar y sus modalidades vegetativas curiosas y originales, merecen ser conocidas las cuscutas.

Son estas plantas constituídas por un filamento delgado, de varios metros de largo, de color amarillo o anaranjado, ramificado en la misma forma, sin hojas ni raíces, que se enroscan sobre los tallos o ramas de la planta huésped, envolviéndola y fijándose en los mismos por medio de órganos especiales chupadores, que penetran en los tejidos y absorben la savia de que se alimentan; las flores, blancas y rosadas en el centro, pequeñas, se agrupan numerosas formando glomérulos redondeantes; el fruto es una cápsula con dos divisiones que contienen una o dos semillas, de modo que cada glomérulo floral puede dar un número extraordinario de semillas, que, estando el fruto maduro, caen al suelo, donde quedan hasta la primavera siguiente; las semillas son pequeñas, de forma redondeante, algo angulosas a veces, de tegumento o envoltura rugosa, sin brillo, de color pardusco, a veces rojizo o amarillento, según las especies y muy duro y consistente; el embrión en ellas contenido es un filamento corto, delgado, dispuesto en espiral y situado entre el albumen, constituído de materiales de reserva, sin formar cotiledones o apenas rudimentarios.



Germinación de una semilla de cuscuta.

Las cuscutas pertenecen a la familia de las convolvuláceas, y su género comprende más de 80 especies, esparcidas en todas partes del mundo; generalmente son parásitas de las plantas herbáceas, pero algunas lo son de arbustos y también de árboles.

De todas las numerosas especies referidas, las que más nos interesan en la Argentina son las que atacan a la alfalfa, y que se encuentran o han sido encontradas en las semillas importadas o producidas en el país.

Cuscuta europea L. (Cuscuta europea major), de tallo muy ramificado, semillas redondas ovaladas de color verdoso o moreno obscuro; su semilla tiene un diámetro de 1 mm. hasta 1.25; es parásita de muchas plantas: lúpulo, cáñamo, habas, alfalfa, remolachas y hasta de árboles como la acacia blanca.

Cuscuta epithymum Murray, de tallo poco ramificado, de semilla muy pequeña, de forma redonda ovalada, color pardo amarillo hasta moreno obscuro y muy pequeña, de o.5o a o.80 mm. de diámetro; vegeta sobre el timo, la erica y muchas forrajeras leguminosas, pero especialmente la alfalfa.

Cuscuta epilinum Weibe, de tallo delgado, no ramificado, semilla redonda o comprimida, de color amarillopardo, o rojizo moreno, muy voluminosa, de 1.5 a 2 mm.; es parásita principalmente del lino y del cáñamo; algunas veces se la encontró en semillas de alfalfa, pero no con frecuencia.

Cuscuta crymbosa Choisy C. racemosa Mart; originaria de América del Norte; de tallo delgado, ramificado, de color amarillo anaranjado; sus semillas, ovaladas, redonda, de color pardo moreno o rojizo moreno, son muy voluminosas, de 1.8 a 2.3 mm. de largo y 1.2 hasta 1.4 de ancho. Ataca especialmente la alfalfa y es la más difusa en la Argentina.

Cuscuta Gronovi Wild, también de origen americano y muy conocida en nuestro país; tallo ramificado, amarillo anaranjado; semillas ovaladas, redondas, comprimidas, de color rojizo moreno, bastante voluminosa, de 1.5 a 2 mm. de diámetro; ataca especialmente la alfalfa.

La semilla de cuscuta, cuyo poder germinativo se conserva durante 4 ó 5 años, en primavera avanzada inicia su germinación, produciendo un filamento engrosado en su extremidad que penetra en el suelo a guisa de raíz, alargándose el resto hacia arriba y alimentándose con los materiales de reserva contenidos en el grano, agotados los cuales, con el tegumento de la semilla y el tallo libre así, sigue creciendo, dotado de movimientos vibratorios circulares, hasta encontrar contacto con la planta de alfalfa más próxima, a la que envuelve rodeando su tallo tres o cuatro veces; desde este momento la cuscuta deja el suelo y vive y se extiende a expensas de la planta de alfalfa; crece rápidamente, ramifica, se enredan sus filamentos, se entrelazan adhiriéndose unos a otros, formando, a veces, una red tupida como densa alfombra en el suelo, que ahoga la alfalfa, llegando, en algunos casos, los filamentos producidos por un solo grano de cuscuta a cubrir hasta 30 y 40 metros cuadrados de extensión.



1. Planta de cuscuta; 2, órganos chupadores; 3-4, flores; 5, pistilo; 6-7, cápsula; 8-9, semilla; 10, embrión.

La cuscuta es anual, pero aunque los filamentos durante el invierno se secan, estos dejan, al pie de las plantas infectadas, unos tubérculos de los cuales, en primavera, nacen otros filamentos, que se multiplican indefinidamente.

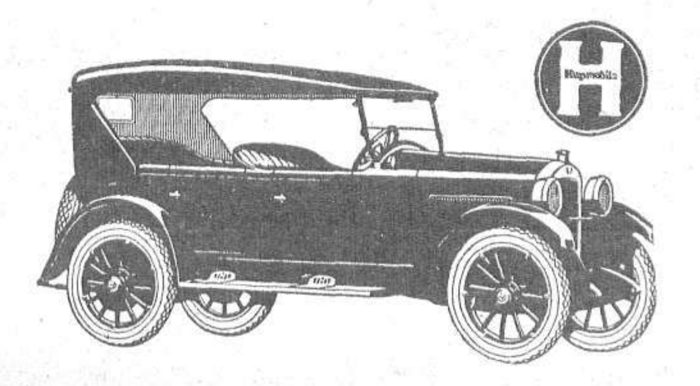
Este parásito se propaga, pues, por filamentos, por tubérculos y por semillas caídas al suelo por diseminación, o sembradas con la alfalfa, o llevadas por las aguas, o por los animales en sus deyecciones; su poder invasor es rápido e intenso y los daños a veces enormes, llegando, en algunos casos, hasta destruír el alfalfar.

Para combatir esta plaga una vez desarrollada, se corta lo más cerca del suelo la alfalfa de la zona infestada y un metro más allá del perímetro; se deja secar bien, se agrega paja o pasto seco cubriendo con ello la zona y quemando todo, destruyendo así la cuscuta, sus tubérculos y las semillas que hubieran caído al suelo; y para evitar su difusión el único medio es no sembrarla, empleando semilla limpia y libre de cuscuta, comprobado por análisis, o bien procedente de zona libre de esta plaga.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO


Hupmobile



Bodas de Oro



CAMPANA. — Señor Cándido Cabrera, y su esposa, señora Máxima Betancourt.



LAS HERAS. — Señor José Portáez, y su esposa, señora Rosa B. de Portáez.



CHIVILCOY. — Los esposos Luchetti-Ghilino, rodeados por sus descendientes el día del 50.° aniversario de su enlace.

Radiola Regenoflex

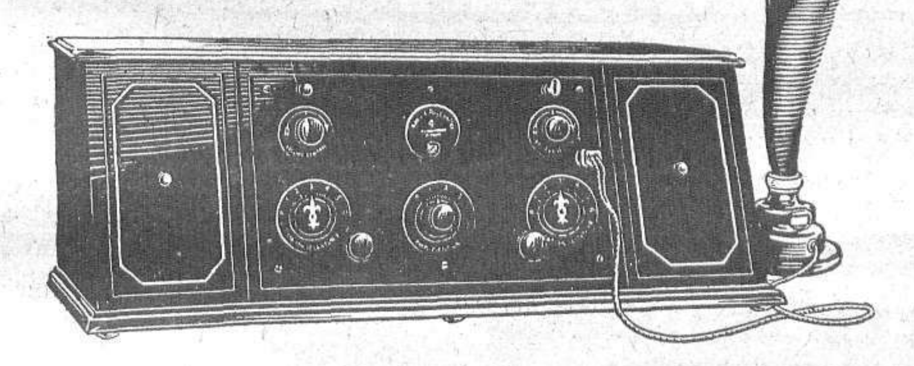
es un

Receptor Radiotelefónico

Supersensitivo

y de

Alta Selectividad



El nuevo circuito Regenoflex que se utiliza en este aparato hace que los cuatro Audiones W D 11 produzcan los resultados que generalmente se obtienen con un receptor de cinco Audiones.

El lujoso gabinete de caoba contiene todo lo necesario para el funcionamiento.

Cía. Westinghouse Electric Internacional S. A.

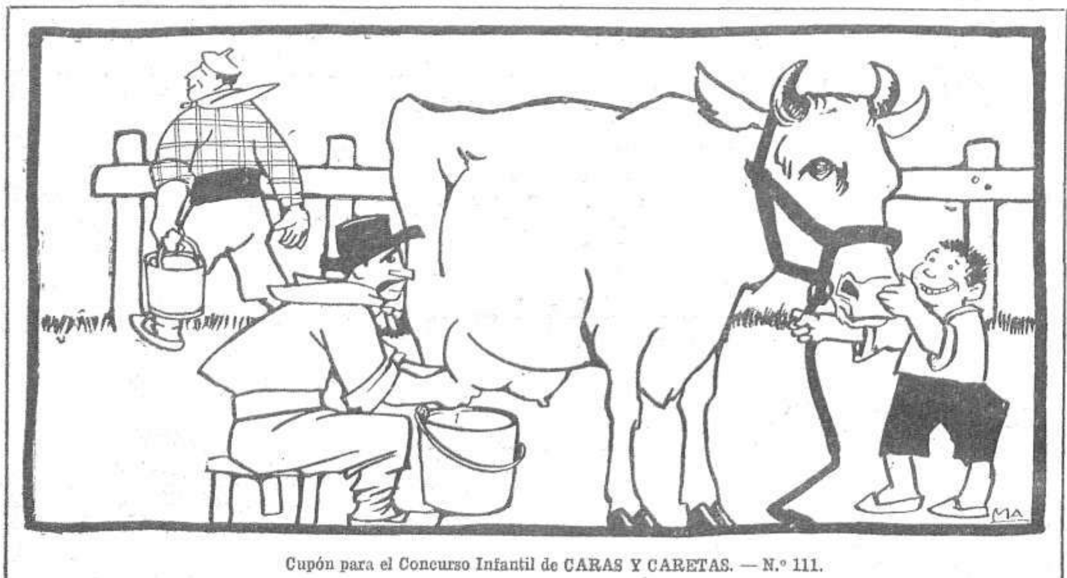
TUCUMAN	BUENOS AIRES	CORDOBA
Junín, 66.	Avenida de Mayo, 1035.	Colón, 59.

DISTRIBUIDORES OFICIALES DE LA
RADIO CORPORATION OF AMERICA

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 111.

Nombre y apellido...

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

VINOS ARIZU

El Orgullo de la Producción Nacional

Prolijamente embotellados, llevan la marca "ARIZU" estampada en las etiquetas, cápsulas y corchos.



Los ESCARABAJOS

POR

GODOFREDO RANGEL

Y con mirada absorta, impasible, los ojos remotos mirando todo, y nada concreto, me decía con voz pausada:

— Sí, era a comienzos del verano... ya se notaban millares de escarabajos, adornando con impaciente inquietud los focos eléctricos. Algunos, los cansados de volar, se tiraban al suelo. Negros, retintos, como las «jaboticabas», cuando están maduras, desperdigadas por todos lados... Para quien toma la pluma dispuesto a meditar o a escribir, son en realidad importunos.

«Cuando menos se espera le dan con el vientre en la cabeza, y esos contactos repulsivos, de piernas y brazos minúsculos, le ponen a uno de mal talante.

«Es así, amigo mío. Ese inesperado choque, suele muchas ocasiones, al mismo tiempo que detiene nuestra pluma, espantar la meditación. Esa idea arisca, inquieta, que a duras penas ha sido traída a la pluma, se marcha nuevamente sin dejar las huellas de su poderío. ¡Y esa idea no viene de nuevo! De un lado para otro, marchan como pequeños tontos. Eso era suficiente, para que me alterasen y cometiese actos cruelísimos con ellos. No bien caía uno, delicadamente ponía el pie encima, y lo magugullaba, no matándolo del todo.

«De esa forma satisfacía un poco mi intranquilidad. Nunca me preocupé del tiempo que permanecían en ese estado de agonía. Jamás mi pie brutal los hubiese aplastado del todo. Una lenta agonía, ni ensuciaba el piso, ni podía repugnarme.»

Mi amigo calló algunos instantes, y en seguida continuó con el mismo tema, sin importancia alguna para mí, pero que él encontraba de una transcendencia, y al parecer, muy grande.

— Un escarabajo es impropio de inspirarnos simpatía. Nuestro criterio de justicia para con los irracionales se basa en principios feroces, que justifican en mayor o menor belleza de utilidad, más o menos defensiva, no habiendo de extrañarnos por eso: con los propios humanos somos casi lo mismo.

«Se sabe que en los tiempos de Esparta, el sacrificio de los deformes tuvo sanción legislativa. ¡Con más razón hacia los escarabajos, siendo como son, feos, inútiles, importunos, despreciables!...

«Aunque te diré: no sé qué tienen en su fuero interno, lo comprendo pese a mi contradicción, que, a pesar de sus naturalezas rudas, algo poseen de simpatía, de inteligencia, un misterioso afecto a la luz. Tal vez sea la misma que otrora llevó a los indígenas a adorar al Sol. Al surgir de las entrañas de la tierra, donde las pobres larvas ciegas, enterradas en la obscuridad de la naturaleza años y años, deslumbrados contemplan por vez primera el exterior, con sus ojos impasibles, vírgenes de contemplaciones, y sienten un estremecimiento de abarcar con sus fuerzas, todo lo que sus ojos minúsculos ven.

«Acaso fué ese su único sueño obscuro de larvas, que la naturaleza realizó en recompensa de sus prolongados años de encierro.

Ahora se reconocen perfectos y vense rodeados de infinitas perfecciones. Todo les parece realidad, el sueño hipotético nace de pronto con toda la magnitud de las grandiosidades maravillosas. Y, cuando divisan a lo lejos una luz rutilante en la noche obscura, como sus orígenes, corren a ella, tal si fuese la magnífica estrella de Belén.

«Marchan a la perfección suprema de su raza, a la magna centralización de las ideas, a donde todo resplandece, llevándonos de un piadoso nacimiento de espiritualismo. Y es muy lógico, amigo mío, ese deseo de pureza. De sus tenebrosos nacimientos, apenas tienen un poco de fuerza, corren, vuelan, aun con las alas entorpecidas, letárgicas, hacia un sitio brillante, donde exista un poco de resplandor, siempre deseosos de otro punto más potente, donde saciar sus sueños de sombras...

« Llegados a la luz fascinante, corren con un loco deseo de conquista, y cuando caen al suelo por el choque brutal, no pueden comprender el porqué les repele tan bruscamente. Sienten la decepción, todas las ilusiones caen destrozadas, y corren por el suelo sin ánimos de conquista, porque todo se derrumbó, brusca, fatalmente. Algunos, los más optimistas, tornan de nuevo, quieren romper el cristal que resguarda la estrella de sus ansias, insisten, insisten mucho, pero caen irremediablemente cegados por la luz maravillosa. ¡Y el caso se repite, desgraciadamente muchas veces, en todas las esferas de la vida terrena!...

« Hacia las ventanas, que ellos creen abiertas, corren locos de deseos, el golpe es más duro, soñadores rendidos mueren en un dolor imposible de imaginar, llenos aún sus ojitos minúsculos de la luz radiante y lejana, de sus deseos de siglos...

« Mirándoles con detenimiento, esos ojitos tienen extrañas fosforescencias de pequeños topacios, pudiendo adivinar tras de sus feas cataduras, almas llenas de sentimientos, dulce poesía que se anida en sus interiores pensamientos, el «alado sacrificio», como decía el poeta.

«Y, sin embargo, amigo mío, con todo el barullo de sus aleteos, son completamente inofensivos.

«Nada, lo más simple, los aniquila. Asustan a los pequeños, a las mujeres con su zumbar terrible, pero cuando se familiarizan con ellos, sienten infinito placer en torturarlos, como un curioso entretenimiento... También ríen felices los viejos, viéndoles tendidos boca arriba, agitando los remos, loca, furiosamente en el vacío...

«Luego, ¡cuitados!, quédanse «silenciosos», se recogen en sus corazas retintas, como ascéticos anacoretas, metidos en sí, lejos del mundo... perduran en nuestros cerebros sus pequeñas estaturas, que arrastran, hasta que las manos de un chico travieso los levanta, les ata una de sus patas de un hilo, y se goza en el desespero terrible, dantesco, de esas pobres «almas». A lo mejor, ese chico malintencionado — ¡todos, todos! — echa el sombrerito o la gorrita encima del animal, dejándo-

lo en la estrecha cárcel, hasta la hora del suplicio.»

Después de una pausa, mi amigo se detuvo, y prosiguió, con un ligero temblor en la voz, como de una íntima y recóndita emoción...

— Yo que antes los detestaba, los protejo ahora, porque me recuerdan a mi hijito Luis, cuando empezó a sufrir de los ojos. Estaba amenazado de ceguera. Una nube lenta, muy lentamente, empañábale la claridad de su vivir. Llenos de terror, recurrimos a un especialista, empleando toda suerte de medicamentos. ¡A toda suerte de martirios fué sometido el pequeño enfermo! ¡En vano!...

«Implacable, la fatalidad ineludible cercaba la suerte del infante... seguía, seguía locamente, con una crueldad sin límites; a la luz, perdiéndose lentamente, muy lentamente de los ojitos llenos de promesas, perdidos... ¡Al final — suplicio más terrible, desesperación más satánica — todo inútil, cruzamos los brazos, nerviosos de desesperación, ante la luz, que termina, para quien más desea de ella!...

«Lo que más dolía al corazón del pobrecito, era la inconveniencia del acto, de la profunda catástrofe, que paulatinamente nos llenaba de espanto...

«No podía razonar, era demasiado pequeño para comprender su desgracia y la nuestra...

«Las molestias de las curaciones eran zozobras físicas, nada más que eso, y su cuerpecito brincaba inquieto; a lo mejor reía por quién sabe qué remota visión plasmada en su interior, ajeno al dolor de nosotros...

«Sí, sí, amigó mío, no se perdió la risa de su boca, cada vez que la luz se alejaba, más alegría en su semblante, más carcajadas en su boquita inocente. Reía siempre, esa confianza imposible de su risa, no sé qué misteriosa conformidad en su alma...

«Una vez saltaba en el suelo, al lado de la galería. A su lado había una cantidad de cajas de fósforos vacías, trocitos de madera, pedazos de cartón, y la criatura empezó a fabricar, tanteándolo todo, carritos fantásticos... Cerca, un escarabajo seguía el camino, a donde estaba mi hijito. Detúvose el animalito, y mi pobre hijo, con sus ojos medio ensombrecidos, parece, se quedaron contemplándolo. De pronto, como tenía por costumbre, me dirigí al animal, y lo pisé levemente.

«Mi hijo, como si mirase la escena con toda la fuerza de unos ojos sanos, abriólos y me miró de una forma triste, donde la piedad y la tristeza, decía mucho sobre mi acción villana.

«Tomó al animalito medio destrozado con sus manitas, y díjome, mirándolo con lástima:

— ¡Era mi caballito, papá; venía a tirar de mis carritos!

«Con prontitud, traté entonces de colocar al escarabajo en el carrito, pero fué inútil...»

Mi amigo se detuvo y trató de tomar imperio sobre sí, pues el dolor casi le había dominado.

— Así, ahora, cuando llega el verano, corren de un lado para otro los escarabajos, en franca libertad, que podrían tirar de cien carritos de esos que hacen los muchachos, pero mirar más esos animalitos, ni fabricar más carritos de esos... porque desde ese día... poco a poco se fué extinguiendo... la luz radiante de sus ojitos... y la vida también... como el animalito... que yo aplastara con mi peso brutal...

«Sí, mi amigo, murió, murió dos veces, una para la luz; las cortinitas de sus ojos, poquito a poquito se fueron cerrando... ya no veía nada. Yo le daba escarabajos que se iban de la mano, que al querer agarrarlos se caían como si todo, hasta el sol, fuera tinieblas...

«Una desesperación sin límites, una dolorosa desesperación nos dominaba y retrocedía mi pequeño para la cuna, para los brazos de la madre, mientras los años desmentían su edad... Luego, hubo un Dios, que apiadándose de él, y de nosotros, le llevó a la negrura de su noche eterna...»

La cara de mi amigo, pálida y misteriosa, parecía la personificación de la duda. Poco a poco se fué serenando, hasta que friamente, empezó como al principio:

— ¿Notas cómo cambian las cosas, cuando corre el tiempo sobre la vida? Al principio, cuando comienzan las acciones, la vida, el mundo, es para nosotros, una determinación que jamás logra estar determinada fielmente. ¡Caos por todas partes! Un canto de ave, es ni más ni menos que un canto de ave... Luego, cuando ya vivimos, hay como una superposición de imágenes cada vez más complicada en las retinas.

«En un amigo actual, vemos ni más ni menos que un amigo que perdimos y que amamos. En un rostro de mujer vemos por transparencia otros rostros femeninos, en el brillo de las estrellas «releemos» confusamente todas esas interioridades suaves, íntimas, o la amargura de la felicidad, cuando nos dejó en manos de la pena... ¡Una vida que pasa es la cadena del pasado, unida del presente al futuro! ¡La visión no está en la superficie de las cosas, sino en la espesura!...»

«¡La perspectiva es la visión en lo lejano y en lo interior, la suprema belleza imposible, al alcance de la idea, lejos de la conquista!...

— Así es, amigo mío, la cosa... Hoy precisamente en un escarabajo, en un pequeño escarabajo, ridículo y todo lo que se quiera, he rememorado toda la vida dolorosa de mi querido hijo... Tarde, como toda comprensión, cuando queremos realizarla, no llegó para él, tan necesaria en su vida y en nuestras alegrías... Los ojos abiertos, llenos de piedad para su «caballito», no miraron jamás de esa manera nuestros quebrantos... Y pienso que las vidas, tanto de un animal, por pequeño y ridículo que sea, no somos dueños de disponer de ellas, aplastándolas con desprecio...

«Así el destino, ¡mano brutal y ruda!, nos castigó, amigo mío, en aquello que más queríamos:

«¡Papá, papá, era mi caballito!...»

— ¡Adiós, adiós, amigo mío; me marcho, hoy tengo ganas de estar solo, de llorar mudo mi profunda pena de padre solitario... de quedarme con esta amargura, para comerla, destrozarla, como si fuera algo material... algo espantosamente físico... ¡Adiós, amigo mío, y perdona este mal momento que te ha dado mi pena!...

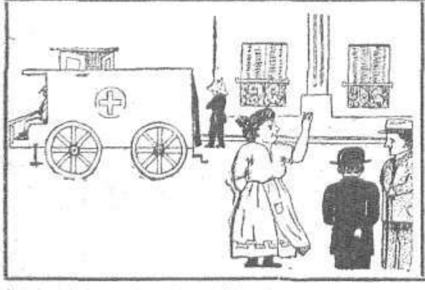




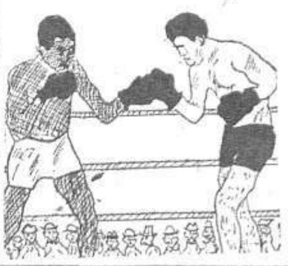
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



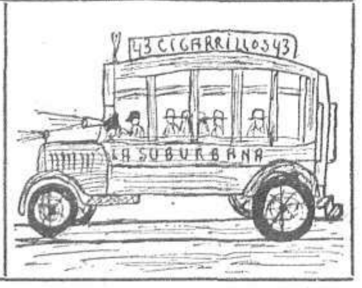
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección de autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



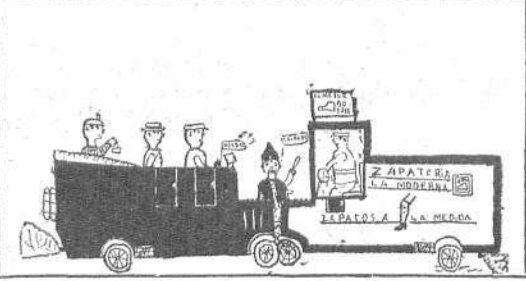
1805. — La asistencia pública, en un accidente.
MARIA GALLEGILLO.



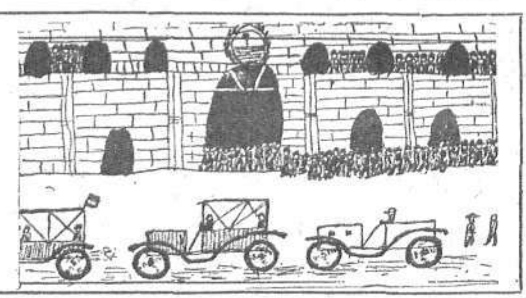
1806. — El match Firpo-Wills.
ELVIO A. PAZ



1807. — El ómnibus de mi barrio.
SALVADOR CATANESE.



1808. — Un gran choque de automóviles.
J. ENTRERRIOS F.



1809. — El príncipe pasando frente a la casa de gobierno.
ERNESTO ANGEL IBARZABAL.

DESINFECCION PUBLICA Y PRIVADA

Siempre que se trata de desinfecciones, aconsejamos en primer término el empleo del Verdadero Licor Labarraque.

Y *para ello nos apoyamos en el testimonio* del Gran Bertholet, quien al describir un estado de putrefacción completa, a través de la cual no era posible pasar sin un valor a toda prueba (tal era la hediondez que allí se respiraba), dice que solamente cedió ante el Verdadero Licor Labarraque, que la hizo desaparecer instantáneamente.

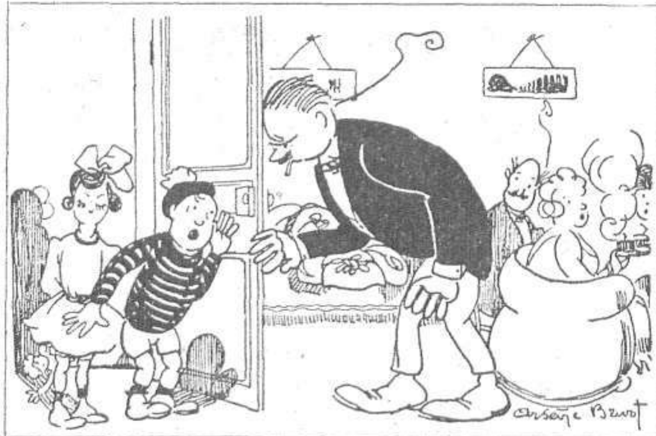
Por lo demás es sabido que basta el uso del Verdadero Licor Labarraque convenientemente diluído en agua, para sanear inmediatamente los lugares o el aire que más viciados estén, y para desinfectar en seguida las prendas de ropa y demás efectos, aun aquellos que más se hayan ensuciado por las secreciones provenientes de los atacados de epidemia o fallecidos a causa de tan terribles plagas como la peste o el cólera; e igualmente para destruir instantáneamente los gérmenes de tan temibles enfermedades. Basta lavarse las manos y la cara con el Licor Labarraque para preservarse con seguridad de toda epidemia.

Como regla general, se deberá casi siempre diluir en agua el Licor Labarraque antes de emplearlo, para lo cual conviene consultar la dosis y modo de usarlo leyendo el prospecto que envuelve cada botella. No se olvide que el Licor Labarraque está exclusivamente destinado para uso externo.

Aviso Util. — Por más que en todas las buenas Farmacias se expende, es preciso desconfiar de las imitaciones y pedir siempre el Verdadero Licor Labarraque, exigiendo para evitar todo error, que la etiqueta indique las señas del Laboratorio: Casa L. FRERE, 19, rue Jacob, Paris.



— Con franqueza... ¿Estos huevos son puestos en el día?
— ¡Cómo no! ¿Cree usted que las gallinas ponen de noche?



— ¿Qué hacen ahí? ¿Escuchando detrás de la puerta?
— No, papá; es que jugábamos a la radiotelefonía.

FABRICARÁN DIAMANTES

Dicen de Berlín que el profesor Lummel, de Bruselas, ha comunicado a la Sección de Física de Silesia, el resultado de unos experimentos que ha hecho en su laboratorio, en los que ha logrado fundir en carbón de un arco voltaico.

Ha encerrado una lámpara de arco voltaico a 220 voltios, en un gran recipiente de vidrio, en el que ha hecho el vacío relativo haciendo pasar después por la lámpara una corriente eléctrica, y ha observado que, bajo una débil presión, *el carbón se convertía en flúido*; con una presión más fuerte, el carbón pasaba al estado líquido; con otra más fuerte aún, se formaban gránulos en ebullición, y bajo una presión vuelve al estado sólido.

Tal es su primer experimento; *pero no quiere detenerse ahí, sino* que va a construír un recipiente muy sólido para encerrar una lámpara de arco, de manera que pueda elevar la presión a 300 atmósferas por lo menos.

Espera así poder pasar de los 4.000 grados, temperatura a la cual se volatiza el carbón cuando el ex*perimento se verifica bajo presión*, y aun alcanzar la temperatura del sol, es decir, 6.000 grados, en cuyo caso podría obtener el diamante en estado de ebulición.

Estas experiencias del profesor Lummel abren nuevas perspectivas a la industria, porque prosigiendo las verificadas por Moissant, cree que podrá llegar a fabricar el diamante, que no es otra cosa que el carbón en estado de fusión, cristalizado después muy lentamente.



.....para Vd. si estudia uno de nuestros cursos profesionales hasta obtener el diploma.

Mande su dirección y recibirá gratis **un manual para aprender a escribir a máquina** y folletos explicativos de los cursos que enseñamos **por correo.**

Usted estudia en su casa y envía los ejercicios **por correo** para que nuestros profesores especialistas se los corrijan.

TENEDOR DE LIBROS
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA
ARITMETICA
ELECTRICISTA
DIBUJO ARTISTICO
CONSTRUCTOR
CONTADOR MERCANTIL
CORRESPONDENCIA
CALIGRAFÍA
MECANICO
CHAUFFEUR
MAQUINISTA
DIBUJO MECANICO

Escuelas Sudamericanas
De Enseñanza por Correo.

1059 Lavalle 1059 Buenos Aires
(Las Escuelas más grandes del mundo)

....
Nombre

....
Dirección

....
Localidad

Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc. Devolvemos el dinero, durante los dos primeros meses de estudio, al alumno desconforme.

AUTO-MOTO-AVIACION

Diversos aspectos del Automovilismo Nacional. — Profesionales y aficionados. — Necesidad de un calendario de pruebas.

Caras y Caretas aspira que esta sección, además de la parte meramente ilustrativa del automovilismo considerado bajo su faz mecánica, propiamente dicha, sea una tribuna de discusiones, compenetrada de que en esa forma contribuye a solucionar cuestiones que atañen a la marcha deportiva de esos mismos deportes.

Por eso, es que, aspiremos, en números sucesivos, tratar algunas de las muchas observaciones que una actuación en el ambiente nos permite apreciar. Una de ellas es la que se refiere a la necesidad de establecer entre nosotros las categorías de corredores: profesionales y aficionados. Para bien del deporte es necesario, en efecto, que las entidades organizadoras consignen en cada inscripción la categoría respectiva del participante, para evitarse así, confusiones entre el público y para satisfacción misma de los verdaderos aficionados, que las más de las veces pasan confundidos en la apreciación general, ya sirviendo esto de causa para su retraimiento u obligándolo a convertirse en verdadero profesional. Todos los deportes, y en especial el automovilismo, donde los premios consisten en su mayoría, dinero en efectivo, y cuyas sumas tienden a aumentar, debido a la emulación de las instituciones, necesitan catalogar debidamente sus hombres en beneficio general.

Cada temporada que transcurre nuestros deportes mecánicos, y con ellos todos los que siguen de cerca esta clase de manifestaciones, que ya forman enorme legión, sienten la necesidad de un calendario de pruebas anuales, para la mejor organización de sus distintas manifestaciones.

Muchas veces, se da el caso de que dos instituciones organizan carreras en una misma fecha o solo con una diferencia muy escasa, y lo peor del caso, en distintos puntos del país. Esto, que a simple vista, no tiene importancia, lleva en su fondo la causa de muchos tropiezos para los corredores, y las más de las veces para las mismas entidades que así ven disminuído el número de participantes en ambas partes. En la Argentina, donde no son muchos los que pueden inscribirse en dos carreras, casi simultáneas, por no tener varias máquinas o no permitirle su situación financiera, tiene que verse privado de alguna de esas pruebas. Luego, para los mismos clubs traería aparejada la organización del calendario innumerables beneficios que es innecesario mencionar.

Invitamos, pues, a las instituciones del país entero, quieran enviar a esta revista, si así lo desean, las fechas de sus distintas manifestaciones anuales, para darlas a conocer y conseguir luego, que una entidad autorizada confeccione dicho calendario.

En nuestro próximo número nos ocuparemos de otros aspectos, igualmente interesantes, del automovilismo nacional, como ser: *Los coches participantes en las carreras argentinas y la necesidad de someterlos a control para establecer debidamente las modificaciones fundamentales que presentan.*

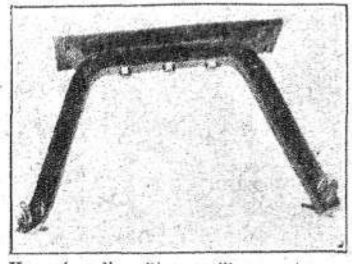
Automovilismo. — Comentando la quincena.

La carrera para coches de serie, denominada «Saandar» que tenía proyectado el Círculo Automovilista Argentino para hacerla disputar en Diciembre próximo sobre el doble trayecto de Buenos Aires a Rosario, no podrá efectuarse en este recorrido por inconvenientes insalvables. En cambio se piensa utilizar nuevamente el circuito grande de Morón, como el año pasado, o el camino de La Plata a Magdalena, donde se improvisaría, con la cooperación del gobierno de la provincia un circuito especial.

La primicia de Caras y Caretas relacionada con la carrera de las XII horas en motocicleta, va teniendo su plena confirmación, pues existe ya el propósito decidido de no hacerlo como hasta ahora, sino más bien pensar en la organización de una carrera hacia localidades del interior. Una de la serie, será la que proyecta el Moto Club Argentino entre Buenos Aires — Lobos, y viceversa. Se desea, así, llevar el interés que siempre despiertan estas competiciones hacia las localidades del interior, como manera práctica de promover el entusiasmo entre el público, y dar a conocer las cualidades de las máquinas empleadas.

El 16 de Noviembre próximo se llevará a cabo una carrera en Bahía Blanca, según lo acaba de resolver el Automóvil Club de aquella ciudad.

PARA FACILITAR EL TRABAJO EN LOS TALLERES.



He aquí un dispositivo sencillo: soporte para mecanismo del cambio de marcha, de instalación en el banco, muy útil para los talleres, y cuya construcción es sumamente sencilla.

La aviación militar argentina. — El año próximo será restablecida la escuela de pilotaje.

Una disposición inconsulta del Ministerio de Guerra, y a raíz de un proyecto doblemente fuera de lugar de la Dirección del Servicio Aeronáutico, hace algunos años, la Escuela de Aviación de El Palomar fué disuelta, creándose en su lugar el Grupo N.º 1.

Indudablemente, la falta de material y el plan necesario de organización, hizo que este grupo sólo existiera en la mente «afiebrada» de quienes lo crearon, pues su misión se concretaba a formar pilotos y no especializar aviadores de guerra como debería ser.

El actual ministro, doctor Justo y el director de Aeronáutica, teniente coronel Cassinelli, han dispuesto restablecer la antigua escuela de pilotaje, cuyos doce años de existencia se cumplieron el 7 de septiembre último.

Naturalmente, con los nuevos materiales recibidos y a recibirse de Europa, donde actúa una comisión técnica de compras, se proponen crear dos escuadrillas de especialidades: una de caza y otra de bombardeo. Para la primera servirán los biplanos Bristol usados y los Nieuport, de 450 HP. que han llegado últimamente.

Los "pionners" de la travesía del Sahara.

Frente a Renault y Kégresse, surge Gastón Liegeard y los coches a «chenille» reclamando la gloria de una de las hazañas del automovilismo que tanto ha sido elogiada: la travesía del desierto de Sahara.

En efecto, Gastón Liegeard, hace diez y seis años ideó un dispositivo que le permitía ir extendiendo, bajo las ruedas de su coche, un camino que evitaba todo riesgo de hundirse. Este dispositivo es una correa sin fin, hecha con fibras de cocotero, tejidas en muy tupida trama, se deslizaba alrededor del coche, descansando sobre cuatro rodillos situados, dos en el mismo plano que las ruedas y dos sobre la capota. En esta forma se presentaba automáticamente delante del coche un camino de cincuenta centímetros de ancho sobre el cual asentaban las ruedas. El «camino sin fin», se desplazaba por la misma marcha del coche.

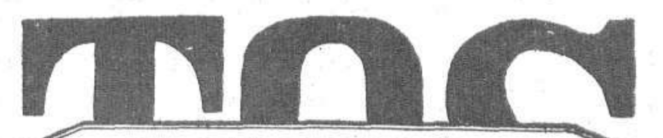
Liegeard pudo viajar por el sur de Argelia y Túnez, y trasladarse de Biskra a Touggourot y de Tebessa a Galsa, con facilidad, provocando así la admiración de los indígenas, quienes nunca habían visto un automóvil.

A. Burgos Santillán.


Concertola
El Baile y la Música son símbolo de sana alegría.
Al ir a pasar un día de campo lleve consigo una "CONCERTOLA" de viaje, será el complemento simpático, que mantendrá la alegría constante de los que lo acompañen.
Apresúrese en adquirir una — cualquiera de los modelos que ofrecemos, sorprenderá por su elegancia, practicidad y perfección a pesar de su reducido volumen. — Todos tocan discos con y "sin púa".
N.º 108. — Caja en madera de roble midiendo 33 × 33 × 20 ctms. Cajoncito guardadiscos. Peso, Kg. 6,100. Precio con seis piezas, doscientas púas y embalaje gratis, $ 75.—
N.º 110. — Caja en madera forrada en tela impermeable imitación cuero. Tamaño 39 × 32 × 18 ctms. Motor Suizo perfeccionado. Peso, Kg. 6,160. Precio, con seis piezas, doscientas púas y embalaje gratis .... $ 85.—
N.º 111. — Caja en fina madera de roble o term. caoba, con esquineras reforzadas en bronce niquelado. Cajoncito guardadiscos. Tamaño 37½ × 37½ × 19 ctms. Motor Suizo perfeccionado. Peso, Kg. 6,300. Precio con seis piezas, doscientas púas y embalaje gratis .... $ 99.50
N.º 360. — Caja forrada exteriormente en tela imitación cuero, con esquineras y herrajes finamente niquelados. Tamaño 36 por 31 × 24½ ctms. Dispositivo patentado que permite llevar en el mismo aparato 24 discos dobles. Motor Suizo de dos cuerdas. Precio, con seis piezas, doscientas púas y embalaje gratis .... $ 130.—
DISCOS. — Ofrecemos el más grandioso surtido en todas las mejores marcas del mundo. Acabamos de recibir las últimas novedades en operetas francesas grabadas en los famosos discos PATHE "SIN PUA". Solicite los catálogos respectivos.
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA de MAYO, 979 — Buenos Aires.
No tenemos sucursales.
(No cerramos los sábados)



El Gobernador doctor ,ero y demás concurrentes al acto de la inauguración de un pabellon donado por los miembros de la colectividad siria en el Hospital Padilla.



TOS

CURACIÓN PRONTA Y SEGURA

CON LAS

PASTILLAS del Dr. ANDREU

De venta en todas las Farmacias

Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.

¡BRAVO!



¡NO fatigarse! Ese es el secreto de ciertos deportes como la carrera. Sólo un organismo bien nutrido puede triunfar en ellos.

Quaker Oats

contiene *todos los diez y seis elementos necesarios para la perfecta nutrición del cuerpo* y da el mayor grado posible de resistencia a la fatiga. Por eso es el preferido en el mundo entero por los atletas. *Alimenta dos veces más que la carne y tres veces más que la arroz* y es muy fácil de digerir.





A J E D R E Z




TORNEO INTERNACIONAL DE PARIS

Como se informó en oportunidad ampliamente, en esta capital, la figuración de nuestros aficionados señores Damián Reca, Roberto Grau, Luis Palau y Valentín Fernández Coria, en el torneo internacional de París, fué sobresaliente.

Deseando dar detalles sobre el desarrollo del mencionado torneo, publicamos a continuación el cuadro sinóptico del campeonato individual y la clasificación final por conjuntos, con los participantes por cada nación:

Torneo Final entre los vencedores de las pruebas preliminares	Mattison	Apscheneek	Colle	Euwe	Tcherpunov	Vajda	Palau	Golmayo	Havasi	Totales puntos
Mattison H. (Letón)......................	—	½	½	0	1	½	1	1	1	5 ½
Apscheneek F. (Letón)...................	½	—	½	1	1	0	1	1	0	5
Colle E. (Belga)...........................	½	½	—	½	0	½	1	1	½	4 ½
Euwe M. (Holandés)......................	4	0	½	—	½	½	0	½	1	4
Tcherpunov A. (Finlandés)..............	0	0	1	½	—	1	½	0	1	4
Vajda A. (Húngaro)......................	½	1	½	½	0	—	½	1	0	4
Palau L. (Argentino).....................	0	0	0	1	½	½	—	½	1	3 ½
Golmayo M. (Español)....................	0	0	0	½	1	0	½	—	1	3
Havasi E. (Húngaro)......................	0	1	½	0	0	1	0	0	—	2 ½

Campeón de la VIII Olimpiada, H. Mattison, nacido en Riga el 28 de diciembre de 1894.

CLASIFICACION POR NACIONES

		Jugadas	puntos			Jugadas	puntos			Jugadas	puntos
1	Checoeslovaquia......	4	31	7	Francia..............	4	25 ½	13	Finlandia..............	2	15
2	Hungría.............	4	30	8	Polonia..............	4	25 ½	14	Gran Bretaña	3	12 ½
3	Suiza................	4	29	9	Bélgica................	4	24 ½	15	Irlanda.................	1	5 ½
4	Argentina...........	4	27 ½	10	España...............	3	19 ½	16	Canadá.................	1	5
5	Letonia.............	3	27 ½	11	Holanda...............	3	18 ½	17	Rusia..................	2	4 ½
6	Italia...............	4	26 ½	12	Rumanía..............	3	18	18	Yugoeslavia............	1	2 ½

Bélgica: Colle reemplazó a Cencer. Egipto: G. Nasra no tomó parte. España: J. Juncosa no tomó parte. Francia: Duchamps reemplazó a Muffang. Gran Bretaña: C. W. Brown y H. K. Handasyde, reemplazaron a H. Blacke. Holanda: H. Strick se retiró. Hungría: A. Steiner reemplazó a Z. Balla. Polonia: Kohn, agregado. Rumanía: Dadiolescu reemplazó a Balagh y doctor Bobesch. Rusia: Mordwniov y Schoposohnikov Schoposohnikov, no tomaron parte. Yugoeslavia: Rozik, agregado.

Nota de redacción.— Toda correspondencia para esta sección, diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

Nota importante.—Comunicamos que en esta sección se contestarán toda consulta formulada sobre ajedrez, que revistan interés general.

—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!





VERANEO por MAURICE LEVEL

Buenos días, señora de Loubiet!... ¿Quétal,mi viejo?... ¡Buenos días, señorita!... ¡Cómo te va, chico!

—¡Eh! ¡Buenos días, amigos!... ¡Qué rico tipo, Pousse! ¡Estás hecho un muchacho!... ¡Pantalón de franela, alpargatas, sombrero Panamá!...

—Dentro de una hora ya estarán como yo. ¡El campo!... ¡es lo único que devuelve la vida!...

Uno a uno todos los miembros de la familia Loubiet, el señor, *la señora, la señorita* Cecilia y el joven Gastón, pasaron entre los brazos del señor y la señora de Pousse. Ya se iba el tren que los había dejado en la pequeña estación de provincia, y se abrazaban aún. La vía quedó libre, se vió la llanura tostada y las pequeñas colinas cubiertas de árboles. Venía un excelente perfume del campo y el tañido de las campanas ponía en el viento una canción. Pousse, que amaba la naturaleza, díjole a su mujer:

—¿Qué me dices de ésto?... ¿Te imaginabas que fuera tan lindo?...

—¡Es adorable!... —repuso, extasiada, la señora de Loubiet.

—Pero, dígame señora, ¿cómo es que Rosita, no ha venido con ustedes? ¿Es que se halla enferma?

—Rosita, es una tontuela. Es inútil que se lo digamos de todas las maneras. Hace las cosas a su gusto y así le va. Antes de ayer, en una tarde de fuego, tal era el calor, se le puso entre ceja y ceja salir a pescar en su barca, en medio del río. Resultado, ¡un solazo y un resfrío de cabeza!... Y ahora, como la señorita es también coqueta... no ha querido que la vieran con tan mala cara.

—Muy bien lo que le ha pasado —declaró el señor Pousse. —Otra vez nos escuchará. Pero eso no es todo. ¿Tienen ustedes la guía de sus equipajes? Démela. Mi jardinero está ahí con el carricoche y se encargará de recogerlos. ¿Cuántos bultos?

La señora de Loubiet señaló un baúl que había quedado solo sobre el andén.

—Es eso.

—¿Eso es todo?... ¡Ah, no... es poco amable lo que ustedes hacen! —exclamó la señora de Pousse.

—Para quince días basta —dijo la señora de Loubiet.

—¿Quién habla de quince días? —exclamó el señor Pousse. Espero que dentro de un mes tendremos aún la satisfacción de tenerlos con nosotros. Ahora que los tenemos, los guardaremos.

—¡Un mes!... ¡Un mes! —dijo asombrado Loubiet.

Su amigo Pousse le cortó la palabra:

—¡Silencio! ¡Aquí sólo yo ordeno!... ¡No faltaría más!...

Partieron en un pequeño automóvil, un poco pasado de moda, pero que iba rápido, sin embargo. El carricoche del jardinero que los seguía, fué apenas, al rato, un punto negro a la distancia. Luego fué la llegada, la visita de la casa, la instalación de los huéspedes. El señor y la señora de Loubiet extasiábanse ante cada cosa. Sus cuartos, *los más lindos* de la casa, estaban decorados con flores. Alrededor sentíase el perfume del campo, las frutas maduras y el heliotropo. Una gallina les dió la bienvenida «*anunciando*» su huevo, que la señora de Pousse ofreció en el acto a Cecilia.

—Y todos los días tendrá usted uno semejante.

Cecilia enrojeció de placer y agregó:

—¿Es que no podría ver a Rosita?

—Déjala —dijo confidencialmente la señora de Pousse. —Está avergonzada y no quiere vernos. Esta noche, cuando enciendan las lámparas, tal vez salga.

—¡Oh! —dijo desalentada la señora de Loubiet.

—¡Merece bien lo que le pasa! —respondió el señor Pousse. —Así aprenderá. Pero que esto no nos impida almorzar. ¡Vamos a la mesa!

Se comió una bandeja de mojarras fritas, un pollo de la casa, «paté» de familia, legumbres y frutas del huerto propio, queso a la crema hecho con leche de una vaca que los miraba comer desde su huerto. Luego tomaron café bajo los árboles y cuando lo más fuerte del calor pasó fueron a visitar las ruinas de un castillo del siglo XV cuya historia relató Pousse.

—¿Es que veremos a Rosita? —preguntó Loubiet al sentir las campanadas que llamaban a cenar.

Pousse alzó las espaldas.

—¡Se ve que ustedes no la conocen!... ¡Mostrarse con la nariz colorada!... ¡Hay que conocer lo coqueta que es esa chiquilina!... Usted la disculpará, Cecilia, porque si tiene su edad, no es razonable como lo es usted.

—Vamos a ver mañana —dijo la señora de Pousse.

Al día siguiente, como la víspera, Rosita no consintió en dejar su cuarto, y todos se fueron, dejándola sola, al tambo de las «*Tres espigas*» desde donde se veía un panorama incomparable. Durante todo el paseo, el señor Pousse no cesó de murmurar y recriminar contra esa tontuela empecinada y ridícula que le amargaba el placer. Su esposa ensayó calmarle y excusar a su hija. Era bien de su culpa lo que pasaba, pero ella estaba verdaderamente muy colorada y adolorida para dejar la cama.

—¿Es que no está usted inquieta? —preguntó la señora de Loubiet..

—No. No hay razón. Aunque, como usted se imagina, yo hubiera preferido que esto hubiera terminado...

Al despertarse, la señora de Loubiet, preguntó:

— ¿Es que tendremos el placer de verla hoy?

— No lo creo. Hoy es el peor de todos sus días. No ha dormido en toda la noche.

— ¡Cosa extraña! — dijo la señora de Loubiet — un golpe de sol que dura tanto tiempo...

La señora Pousse meneó la cabeza. El señor Pousse explicó que el sol de ese año era muy fuerte y que había que temerle. Parecía, además, mucho más preocupado y dos o tres veces en la mañana, la señora de Pousse fué a ver cómo seguía su hija. Aunque el almuerzo fué suculento, sentíase ya un malestar general y cuando propúsose una excursión a las Grutas del Lobo, la señora de Loubiet, viendo que la señora de Pousse estaba contrariada, pretextó, por discreción, un poco de fatiga. Reposaríanse ese día, lo que haría bien a todos. La tarde pasó lánguida y el servicio mismo fué malo, porque la mucama debía ocuparse de la enferma.

— Dime — dijo Loubiet, cuando, a eso de las diez de la noche, se halló solo con su esposa, — ¿no te parece demasiado raro este solazo que dura tres días?

— No. Y me satisface que seas tú quien se atreva a hablar el primero en este caso... Se dice siempre que son las mujeres las malas lenguas... Esto no es trigo limpio... Por otra parte, esta Rosita con sus gustos de independencia...

— ¿Tú lo crees?

— Yo no creo nada. Es una impresión... Pero aquí pasa algo anormal.

— ¿No será una falsa idea que nos hacemos?

— Es posible... Esperemos. No hay peligro en la casa...

Al día siguiente, el motor de un automóvil los despertó. ¿Quién podría ser ese señor que subía las escaleras? Le oyeron hablar con la señora de Pousse, atravesar el corredor y al cabo de un cuarto de hora le vieron descender. Pousse y su esposa lo seguían, mientras hacían con las manos gestos vagos y movía la cabeza de izquierda a derecha.

— ¡Diablos! — murmuró Loubiet. — ¿No será el médico?... Si fuera así, habría que preocuparse más... ¿Y si estuviera verdaderamente enferma? ¿Una enfermedad contagiosa? ¿No piensas tú en Cecilia y Gastón?...

¡La cosa tenía su importancia! ¿Qué hacer?... ¿Preguntárselo a sus amigos? Parecía poco delicado.

— ¡No importa! — dijo decidida la señora de Loubiet. — No voy a exponerme a un contagio por delicadeza...

— Esperemos aún. Tal vez ellos nos dirán algo. Observemos lo que hacen. Decidiremos luego. No hay que dar la impresión de que espiamos, ni de que huímos.

— Tal vez — comentó la señora de Loubiet, — aunque yo tengo ya mi opinión hecha...

Salió, pero volviendo al cabo de un instante, cerró la puerta y dijo en voz baja:

— ¡Ya sé todo!... Dolor de cabeza, insomnio, quemadura... El cuento del solazo, una disculpa: Rosita tiene la escarlatina. Acabo de ver algo que no me engaña. Antes de entrar en su cuarto, la señora de Pousse se ha puesto una blusa de enfermera...

— ¡Diablos! — exclamó sobresaltado el señor Loubiet. No nos queda otra cosa que irnos. ¿Y el pretexto?

— Tú acabas de recibir una carta que te exige volver a París urgentemente.

Cuando su amigo le hizo saber la novedad, Pousse puso el grito en el cielo y la señora exigióles la promesa de que volverían. Loubiet prometió, y separáronse efusivamente con abrazos y besos que abrevió la señora de Loubiet, porque temía el contagio por sus hijos, más que por ella.

— ¡Uf! ¡De linda nos hemos escapado! — dijo ella cuando el tren partía.

— ¡Pobre Rosita! — murmuró Pousse, instalándose en el automóvil, — ¡tres días encerrada!... Pero, en fin, ha sido más rápido de lo que yo creía. Había calculado una semana, cuando menos.

— No. Yo te lo había asegurado. ¡Los Loubiet son unos miedosos!... El primer día no más, pararon las orejas. La blusa de enfermera concluyó con su incertidumbre...

— ¡Hemos estado a la altura de las circunstancias! — exclamó feliz el señor Pousse.

— ¡Un mes con esa gente en casa! Me hubiera vuelto loca!... Así, hemos sido galantes con ellos... y ahora son ellos los que nos están obligados!...



Un émulo de Firpo en Consejo: — Si no basta que ponga los puntos sobre las ies... los pondré en otra parte...



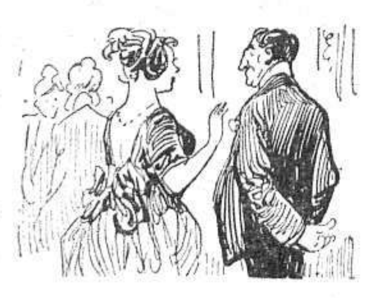
— Es un tipo muy chistoso... ¿Verdad?
— Como que está abonado a la misma revista humorística que yo...



El. — ¿Qué tal ha sido el "match"?
— Lindo... pero me puse en primera fila, y uno de los campeones se equivocó de cara y me tapó este ojo.



El. — Estoy locamente enamorado de usted.
Ella. — ¡Qué audaz! Recién me conoce usted.
— Cierto; pero como sólo pasaré tres días en este balneario...



— Es un hombre muy gracioso y espiritual, pero muy malo.
— Oh, no importa. Otros son malos y tontos, que es peor.

LAS MUJERES MÁS "GUAPAS" QUE LOS HOMBRES

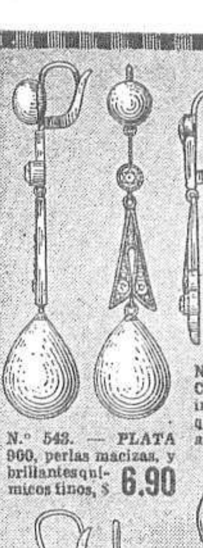
Bajo el acápite de "Este mundo Amazónico" el *Evening Mail* dice editorialmente: ¿Son las mujeres más blandas de corazón que los hombres? La idea persiste, pero los hechos no lo sostienen. En una reunión para tratar de la pena capital, que se efectuó en la iglesia de San Juan Evangelista, en Nueva York, las mujeres fueron las que defendieron aquella pena. Este incidente fué difícilmente resultado de pura casualidad. Desde que las mujeres han ejercido de jurados, se ha notado frecuentemente que los jurados del sexo bello están por castigos más severos que los hombres; pero si esto es resultado de respeto más profundo hacia la ley o sentimiento más intenso, queda por averiguar. Entretanto, las instancias de pugnacidad femenina se multiplican. La conspícua muchacha de pelo recortado de Brooklyn que ha puesto en jaque a toda la policía metropolitana, ha engrosado el gremio de bandidos con pistola en cada mano, atacando a sus víctimas en la ciudad imperial como sus colegas hombres en despoblado en el oeste.

En el Central Park, hace poco, un ciudadano valeroso y fornido, después de haber demostrado su bizarría desarmando a su bella asaltadora de caminos, fué derribado al suelo y golpeado por su rubia asaltante.

Los hombres se han vuelto más blandos. Tiene que haber un renacimiento del noble arte de la legítima defensa personal, para que el macho ya debilitado y despreciable, luche por mantener su lugar en un mundo que se ha vuelto amazónico, dice el *Evening Mail*.

REGALAMOS

Este hermoso prendedor araña, con piedra de color, a todos nuestros compradores.

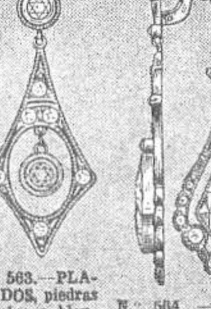


N.º 543. — PLATA 900, perlas macizas, y brillantes químicos finos, $ **6.90**



N.º 562. — ENCHAPADO 18 k. inalterable, bril. químico a .... $ **5.90**





N.º 563. — PLATEADOS, piedras de color o blancas, el par a $ **3.50**

N.º 564. — PLATA platinada, centro piedra color, pesos **7.50**

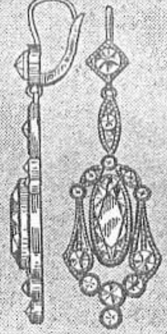


N.º 141. — PLATA 900 liso, con iniciales que se deseen en esmalte, a pesos **5.00**

N.º 510. — PLATA 900, y nombre que se desee en esmalte, a $ **3.90**
De oro 18 k. $ 16.—



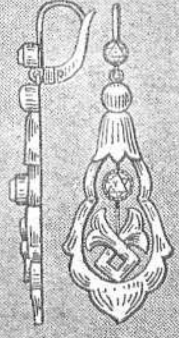
N.º 548. — ANILLO de oro 18 kilates fix cincelado y un brillante químico fino, a... $ **14.00**



N.º 559. — PLATINADOS, marquesita centro color, pesos **5.50**

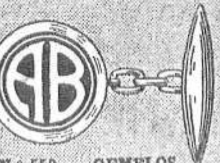


N.º 557. — BONITA pulsera de moaré fino con reloj forma de moda, plaqué de oro 18 kilates inalterable, máquina fina con 15 rubíes y garantía por 5 años.......... **$35**
La misma de oro 18 k. sellado, garantido..... $ 52.—

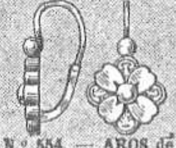


N.º 560. — DE ORO, garantidos, piedras químicas finas, a.... $ **15.00**

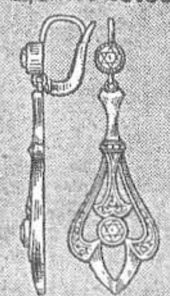
N.º 555. — ABRIDORES de orejas, de oro 18 k., macizo, a presión, precio increíble, el par, a pesos **5.90**



N.º 550. — GEMELOS plata 900, con iniciales que se deseen, en esmalte, el par a $ **4.50**
DE ORO 18 k., a $ 24.—



N.º 554. — AROS de oro para señora, señorita, con perlitas, a.... $ **5.90**
Los mismos para nena pesos.......... 4.—



N.º 566. — ENCHAPADO oro 18 k. inalterable, brillantes quim., $ **6.50**

N.º 565. — PLATA platinada, centro piedra de color, a........ $ **6.50**

ESPLENDIDA OFERTA PARA NOVIOS

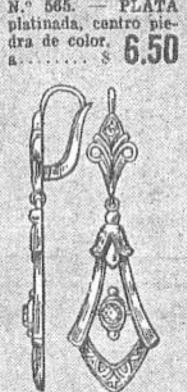


UN ESTUCHE CON DOS ANILLOS

de oro 18 kilates verdosos, de 6 gramos c/uno con iniciales y fecha, y un cintillo enchapado en oro 18 kil. con 5 brillantitos, todo por sólo **$ 30.-**
El mismo juego, con el cintillo de oro 18 kilates, macizo. Precio excepcional....... **$ 45.-**

ACEPTAMOS EN PAGO CARTONCITOS 43 A 2 CENTAVOS C/U.

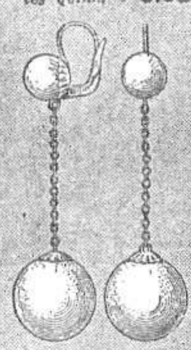
Los giros dirigirlos a nombre de P. SEITLER



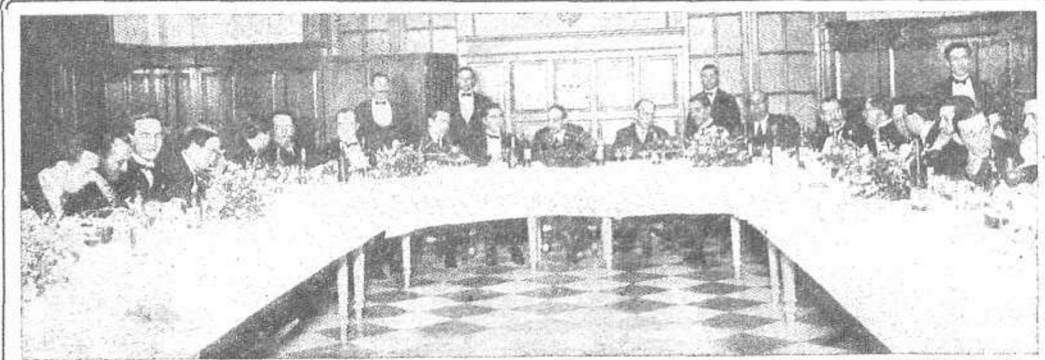
N.º 567. — ENCHAPADO oro 18 k. inalterable, brillantes químicos, a pesos **7.00**

LA SUIZA AMERICANA

RELOJERIA - P. SEITLER - JOYERIA
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 = BUENOS AIRES



N.º 194. — PLATA y perlas imitación, reclame, a pesos **2.95**
Los mismos con las cuatro bolas de plata fina, a pesos **8.50**



Demostración ofrecida al doctor José Ingenieros con motivo de su visita a esta capital, donde asistió a la inauguración del busto erigido para perpetuar la memoria de Agustín Alvarez.

LAS EXISTENCIAS DE ORO EN LOS ESTADOS UNIDOS

En el informe oficial presentado por el secretario del Tesoro, Mellon, se hace constar oficialmente que las existencias de oro en los Estados Unidos son ahora de $ 4.210.000.000, parte acuñado y parte en lingotes.

En el año pasado las existencias de metal amarillo eran solamente de $ 3.785.000.000 y en 1923 de dólares 1.871.000.000.

La acumulación de oro efectuada desde que estalló la guerra hasta la fecha representa un 125 sobre las existencias de metal amarillo que había en 1914. En realidad, puede decirse que el oro ha caído como lluvia en los Estados Unidos desde el año 1916.

En proporción con las existencias mundiales de oro, los Estados Unidos se hallan a la vanguardia. Esto ha sido motivo de alarma para muchos políticos, los cuales han llegado a insinuar la posibilidad de un partido, cuyo único lema fuera: «Dinero más barato».

Los elementos conservadores son de opinión que si se disminuyen las reservas, aumentando la circulación, la consecuencia inmediata será el alza aterradora en los precios de todos los artículos, haciendo la vida imposible para los pobres.

CURIOSIDADES

La voz humana es repetida hasta seis veces por el eco en la Galería de José, una de las cavernas de las minas de sal de Rumanía.



ACADEMIA SARRASQUETA

PARA CONVERTIR EN UN SOLO CURSO, NIÑOS EN HOMBRES DE PROVECHO

TEXTO Y DIBUJOS DE REDONDO



Sarrasqueta tiene una academia infantil, donde, en un solo año, hace de los inocentes pibes hombres de mérito, que triunfarán en el mundo.

Lección 1.ª — En la vida lo primero es la audacia. ¡Arremetan, no más, sin respetar a nadie!



Lección 2.ª — El fumar adorna, encanta, recrea y despeja la imaginación para inventar hazañas que hagan vencer en la vida. ¡Fumen mucho y aprendan a fumarse a los demás!



Lección 3.ª — El mayor encanto de la vida son los juegos de azar, y haciendo trampas se goza y gana mucho.

¡No pagar nunca, pero cobrar siempre, porque las deudas del juego son sagradas!



Lección 4.ª — El beber y chupar producen la alegría. Rindamos culto al dios Baco, inventor del néctar de los dioses, y a Noé, su propagandista. ¡Viva San Juan y Mendoza! ¡Abajo la ley seca!



Lección 5.ª — El baile viene desde la creación del mundo. Adán y Eva bailaron tangos. Reid de la máxima "Jóvenes que estáis bailando, al infierno vais saltando", porque nadie sabe dónde cae el infierno.



Lección 6.ª — Sé guapo siempre. Habla el lunfardo, que será el idioma universal. Si te sale otro guapo hazte su amigo, que siempre caben dos guapos en el mundo.



Lección 7.ª — Ser galante con las damas es el primer deber del hombre bien educado.



Lección 8.ª — Ser campeón de boxeo es el colmo de la aspiración humana. Lucha con trucos y arreglos para estafar al público y serás millonario.



Y, a fin de curso, Sarrasqueta tiene la inmensa satisfacción de recibir de sus aprovechados discípulos el sabroso fruto de sus enseñanzas.



HOMICIDIO

TOMÁS MEIGHAN Y LEATRICE JOY

SUPER PRODUCCIÓN PARAMOUNT

ESTRENADA en los salones de moda, la cinta que nos ocupa es, según rezan los programas, adaptación de una novela norteamericana denominada «Manslaughter». No se hace mención del nombre del autor, ni falta que hace. En verdad, no comprendemos cómo un director de la talla de Mille haya podido llevar a la pantalla un asunto «tan falaz y descreído»...

Una joven de la alta sociedad, mimada de la fortuna, no sabiendo cómo distribuír su tiempo se ocupa en organizar fiestas en las cuales la mesura y la propia estimación de los concurrentes dejan mucho que desear. Pero esto es un signo de los tiempos, nunca un reproche que aisladamente se le pueda hacer a una determinada joven, por más dinero y ganas de divertirse que tenga. Adulada por todos los que la rodean, la jovencita en cuestión va de mal en peor, no obstante los sabios consejos de un su amigo, fiscal por más señas, que a todo trance quiere encaminarla por la senda de la compostura y buenas costumbres. Hasta que un día, ¡zas! aparece «el dedo de Dios» bajo la prosaica forma de un agente de tráfico. Este agente policial, que ve pasar a toda velocidad a la joven en su regio automóvil, monta en su moto y la persigue con el fin de hacerla pagar la correspondiente multa. Pero la «chauffeuse» molestada en su amor propio, atraviesa su auto en el camino y el pobre policía se estrella incautamente y se rompe el bautismo. Naturalmente, no obstante los esfuerzos de los amigotes y acusada por el fiscal que la ama en secreto a pesar suyo, la aturdida y culpable joven es condenada a siete años de prisión. En su nuevo domicilio se encuentra con una ex doncella suya que, convicta de haberla robado un anillo con anterioridad, cumple también una pena de siete años (¡qué casualidad: el hurto y el homicidio penados de igual manera)!

Todos sabemos ya lo que es el ambiente de una cárcel y la práctica, suprema experiencia, nos ha revelado que los malhechores, por canallas que sean, se encanallecen más aún entre rejas. Pues en este caso, ocurre lo contrario. La joven rica y la doncella pobre, salen de la prisión convertidas en grandes amigotas. La despreocupada rica ha sentado la cabeza y en su alma ahora abundan los buenos sentimientos. Mientras tanto, el fiscal acusador, agobiado por el resultado de su estúpida acusación, se ha dado a la bebida en forma escandalosa, no obstante la ley seca, lo cual nos prueba que cuando un fiscal quiere ahogar penas, no hay ley seca que valga. La casualidad, que preside esta película, quiere que la acusada y el fiscal borrachín se encuentren una noche de Navidad en un quiosco donde se reparte comida a los menesterosos de la ciudad.

La joven y el fiscal se aman; el amor es más fuerte que la bebida. Dos años después, el fiscal es gobernador y... marido de su víctima.

Añadiremos, para que todo no sea crítica desfavorable, que las únicas escenas que valen de la película que nos ocupa, son las referentes a una orgía romana, las cuales son evidentemente extrañas a la cinta y sólo han sido aprovechadas mientras se filmaba otra producción de gran espectáculo.



SU BAUTISMO DE SANGRE

RICARDO BARTHELMESS

SUPER PRODUCCIÓN PRIMER CIRCUITO

EN las afueras de un pequeño villorrio vive una familia de agricultores formada por el padre, la madre y dos hijos, el mayor de los cuales se halla casado. La vida se desliza plácida y serena pues que a todos les anima el optimismo que da el trabajo y la honestidad. Así, asistimos a bellas escenas familiares matizadas de ternura y felicidad. En la finca vecina, un anciano vive en compañía de su única hija. Ambas familias se prestan ayuda y sus relaciones son cordialísimas. La pequeña y el protagonista encarnado, en Ricardo Barthelmess, pasan días de encantadora amistad. Pero he aquí que un día se presenta la fatalidad encarnada en unos primos de la joven que, huyendo de la justicia, piden albergue al anciano solitario. Desde entonces, la desgracia comienza a cernerse sobre las dos fincas. Individuos de sentimientos crueles y atravesados, los nuevos huéspedes se complacen en sembrar el mal. Una mañana matan a un perro propiedad del pequeño David. Su hermano mayor, que ha presenciado el atentado, tiene un incidente con los forajidos de resultas del cual recibe a traición una feroz pedrada que lo deja paralítico, inutilizado para el trabajo. Este incidente cuesta la vida al infeliz padre en momentos en que se aprestaba a vengar a su hijo. Desamparada la familia otrora feliz y no pudiendo pagar el arrendamiento de la finca, vése obligada a abandonarla e ir al pueblo a habitar una mísera casucha. En el ánimo del pequeño David que ha visto morir a su padre y contempla diariamente a su hermano inmóvil en su lecho de dolor, comienza el drama terrible de la impotencia. Pero el tiempo transcurre; el pequeño crece, vigoroso y lleno del sentimiento de venganza y un día le es dable vengarse.

Ricardo Barthelmess, secundado eficazmente por Gladys Hulette, la pequeña y menuda actriz, cumple en esta película una labor sobresaliente por más de un concepto. Pero el principal mérito de esta producción reside en la dirección artística de la misma. Sus escenas, desde la primera hasta la última están realizadas hábilmente, tan hábilmente que la emoción y la inquietud se apodera del ánimo del público de manera asombrosa. Los paisajes son encantadoramente sencillos y poéticos.



EL DINERO DE NADIE

WANDA HAWLEY Y JACK HOLT

PARAMOUNT

ENTRETENIDA comedia, sin mayores pretensiones en la cual luce su figura gentil la celebrada y rubia Wanda, eficazmente secundada por el sobrio y correcto Jack. La madeja de su fábula es un tanto enmarañada pero el interés preside casi todas sus escenas en las cuales se describen las artimañas de un administrador sin escrúpulos y el ingenio de un joven propietario que se propone desenmascarar a su depositario infiel; lo cual logra después de no pocos y pintorescos esfuerzos. Al final, como de costumbre, todo se arregla y la rubia Wanda se casa con el apuesto Jack.



CONCORDIA. — El doctor Leopoldo Díaz, ministro en el Paraguay, acompañado de su esposa e hija y un núcleo de amigos que concurrieron a recibirlos a su llegada a esta ciudad.









CONCORDIA — TIRO FEDERAL

Sr. J. M. Maggi campeón indiv. de conjunto en el campeonato de la bandera.

Equipo de la capital federal integrado por los señores Peirano, Ezcurra y Cagnaro, que obtuvo el primer premio.

Equipo de Concordia, segundo premio: señores Amiano, Echezarreta, Capucci.

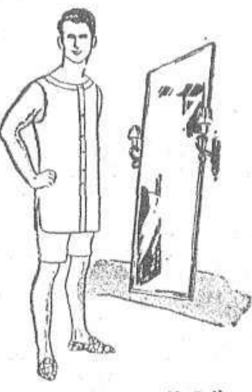
Equipo de Baradero, tercer premio: señores Coss, Rithner y Maggi.



CONCORDIA. — Núcleo de distinguidas familias de la sociedad local, que realizaron una interesante jira de excursión por el Paraguay y por el norte de la República.

Hay "B. V. D." para todas las medidas





El ajuste "B. V. D."



El ajuste de la imitación barata.

No necesita Vd. llevar ropa interior que no pertenezca a su número. "B. V. D." tiene para todas las medidas. Pida la suya justa y se la darán.

Si no tiene el rótulo "B. V. D." tejido en colorado no es ropa interior "B. V. D."

MADE FOR THE
B.V.D.
BEST RETAIL TRADE
(Marca Registrada)

Copyright U. S. A. by
THE B. V. D. Co.,

Unicos Representantes Por Mayor
Cangallo, 1175 - Will L. Smith, Inc. - Buenos Aires.

LA VENTAJA que ofrece la

Salvitae

como Disolvente del Acido Urico, Antirreumático y Laxante, es que

NO DEBILITA

el organismo, ni afecta el estómago, como sucede con la mayoría de los remedios similares.

En todas las buenas farmacias.

Depositarios: I L L A y Co. - Maipú, 73

GANADERIA

4.ª EXPOSICION INTERNACIONAL DE GANADERIA EN PALERMO

Resumen de las secciones de Herefords y Aberdeen-Angus

Seguramente no seré contradecido si afirmo que la raza Hereford es la que ocupa el segundo lugar en cuanto a popularidad en Sud América, pero es necesario añadir que la Aber-

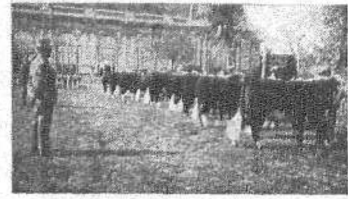


Senior y Gran Campeón Hereford.

deen-Angus ha ganado, en la última década, una porción de defensores y mucho terreno en la ganadería del país. Es cierto, también, que la tarea de juzgar en esta categoría fué realizada a satisfacción general, y que los precios alcanzados en los remates confirmaron los veredictos del jurado, mucho más que en otras secciones de la exposición. Asimismo, es verdad que el campeón de dos años obtuvo 3.500 $ más que el gran campeón, pero, sin embargo, debe hacerse notar que aquél es doce meses más joven que éste y que a su edad promete ser y será más atractivo como semental.

Hablando en general, los criadores de caras negras no pueden ser muy felicitados por el desfile efectuado en esta exposición. Hubo, realmente, buenos toros y también excelente calidad entre las hembras, pero no se vió nada de extraordinario. Por otra parte, la mayoría de las categorías no contuvieron la cantidad de alta clase de animales que se vieron en Palermo hace cinco o diez años. Una cosa es indiscutible: la importación de padres de pedigrée ha decrecido en forma alarmante durante los años pasados, y, si sus productos deben ser tomados como una base para juzgar, algunos propietarios de cierto número de rebaños están en la urgente necesidad de una nueva sangre — y buena sangre, por supuesto, — para mantener sus «standards».

El señor A. W. Trotman, quien es bien conocido como criador y como juez en su tierra patria, puso grandes cuidados en el examen y selección de los animales. Solamente dos toros desfilaron ante él en la categoría para adultos, y aquí la victoria



Mr. A. W. Trotman, jurado de la raza Hereford, terminando una categoría.

recayó en el campeón de 1922, *Generous 30*, por *Master Generous* y una vaca Cameroniana. Este toro demostró a pesar de sus dos años de servicio gran estado. Ultimamente le fué adjudicado el reservado de campeón senior, reservado de *gran campeón* y el *premio* Gregorio Villafañe.

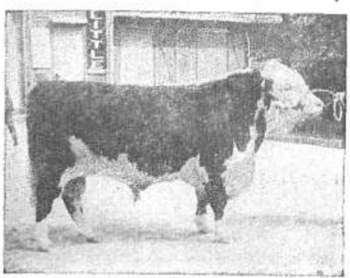
Diez toros nacidos desde el 1 de septiembre al 31 de octubre de 1921 se presentaron en la siguiente categoría, en la cual la cabaña «Villa María» obtuvo el primer premio por un buen ejemplar descendiente de una familia muy ganadora. Este toro es por *Lame King*, ganador de un premio en Palermo el año pasado, y en los remates actuales fué adquirido por el señor J. F. Arechavala en 5.100 $. El segundo premio fué para otro toro de la cabaña «Villa María», y el tercer premio correspondió a C. E. y B. Duggan por un hijo de *Eaton Tumbler*. La cabaña «San Juan», de L. Pereyra, obtuvo el cuarto premio y una mención.

La categoría para machos nacidos desde el 1 de noviembre al 31 de diciembre de 1921 fué una de las más concurridas de la exposición. Hubo doce competidores, y exceptuando dos animales, todos eran buenos tipos de sementales. El primer premio correspondió a *Eric*, un hijo de *Egleton Hero* y *Eleanor*, propiedad de R. C. Quesada. Este toro tiene buen costillar, buenos muslos, lomo ancho y se halla bien cubierto con mantas de carne, pero como semental es un poco corto de cuello, según la opinión de muchos criadores. A este ejemplar se le adjudicaron después los premios gran campeón, «senior» campeón, las copas Leonardo Pereyra, Cipriano J. Quesada, Criadores de raza Hereford, Hereford Herd Book Society, de Gran Bretaña, y P. y G. Hughes. En los remates fué vendido en 19.000 pesos al señor Diego Lezica Alvear.

El ganador del segundo premio en esta categoría fué un hijo del semental importado *Aldersend Wilton*, y el tercer premio correspondió a un espléndido toro hijo del mismo padre que el campeón. Este último animal llamó mucho la atención de los criadores, algunos de los cuales afirmaron que tenía mejores cuartos delanteros y mejor pescuezo que el campeón. Por último formó en el grupo de tres ganadores del Premio Conjunto, y en los remates fué comprado por el señor Bernardo L. Duggan en 18.000 $. Probó, pues, lo que vale un semental cuando se le cruza con las excelente vacas de la cabaña «San Juan». Otros toros de esta categoría fueron vendidos en 3.100, 2.100, 2.000 (tres veces) y 1.200 $.

El primer premio en la categoría siguiente lo obtuvo la cabaña «San Gregorio» con un buen toro que Mr. Bernard compró en remate en 2.300 $. El segundo y cuarto premios fueron para toros de la cabaña «Santa Sabina», de C. E. y B. Duggan, y la cabaña «Tuyú» ganó el tercer premio.

En la categoría para toros nacidos desde el 1 de marzo al 30 de abril de 1922, la cabaña «Tuyú» obtuvo un hermoso triunfo con un buen semental por *Eaton Gamble*. Bernardo L. Duggan ganó fácilmente la categoría para toros nacidos desde el 1 de mayo al 30 de junio de 1922



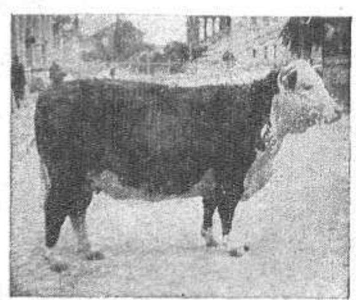
Campeón "Junior" Hereford.

con un excelente hijo de *Sabine Eaton Tumbler* y un *Pansy Arin* por parte de madre.

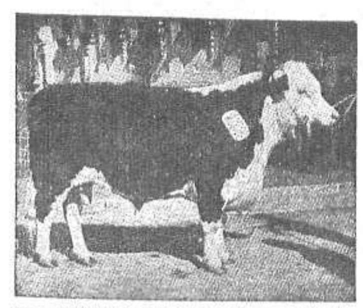
La categoría para toros de 2 y ½ años tuvo diez ejemplares de regular y excelente calidad. La cabaña «Villa María», de Pereda, obtuvo el primer premio con un toro de gran tipo y buenas carnes. Bernardo L. Duggan ganó el segundo premio con un buen toro hijo de *Quilmes Whittrick Pan*. El tercer premio correspondió a un toro de la cabaña «San Juan», de Pereyra.

De los competidores que enfrentaron al jurado en la categoría para toros de dos años, sobresalió un hijo de *Lame King*, muy bien criado, que obtuvo un fácil triunfo. Este toro tiene mucho carácter racial y un gran costillar bien cubierto de carnes de buen toque. Se le adjudicó el reservado de campeón de dos años, y en los remates fué vendido en 9.000 $ a la señora C. de Machiote. El segundo premio correspondió a un toro de R. C. Quesada, el cual lo compró la Australian Mercantile Co. en 4.400 $.

La segunda categoría para toros de dos años se vió también muy concurrida, tanto en número como en calidad. *Nick Carter*, un hijo de *Keeper y Nimbus*, propiedad de Ricardo C. Quesada, obtuvo el primer premio, el campeonato, y formó, además, en el grupo de tres que ganó el premio Conjunto. En los remates, se vendió en 22.500 $, el mejor precio para un toro Hereford, y fué com-



Campeona Hereford.



Toro Hereford, primer premio en categoría 26: Criado y expuesto por Bernardo L. Duggan.

prado por el señor Manuel B. de Anchorena. Los señores C. E. y Bernardo Duggan ganaron el segundo premio de esta categoría con un excelente toro por *Eaton Wonder*, y las cabañas «Villa María», de Pereda, y «San Juan», de L. Pereyra, obtuvieron el tercer y cuarto premios, respectivamente, con muy buenos ejemplares.

En la categoría para animales machos nacidos desde el 1 de enero al 28 de febrero de 1923, hubo una gran competencia entre los representantes de las cabañas «Tuyú» y «San Juan». Después de una larga deliberación, el juez dió su veredicto en favor de un toro de Guillermo Udaondo, el cual fué después elegido «junior» campeón, y, por fin, se le adjudicó la copa Vicente Pereda. Al representante de la cabaña «San Juan» se le otorgó el segundo premio y el reservado de campeón «junior». Ambos ejemplares atrajeron poderosamente la atención.

Ocho toritos se presentaron a la categoría mayo-junio de 1923, y aquí Bernardo L. Duggan obtuvo un merecido triunfo con un ternero de grandes características raciales, paletas bien puestas y cuyo esqueleto se hallaba cubierto de carnes abundantes y de buen toque. Este torito es hijo de *Sabine Eaton Tumbler* y fué comprado en las ventas por la estancia «Los Ceibos» en 2.700 pesos. El segundo premio en esta categoría correspondió a un buen hijo de *Eaton Wonder*, criado y expuesto por C. E. y Bernardo Duggan. Otro torito, hijo también de *Sabine Eaton Tumbler*, propiedad de Bernardo L. Duggan obtuvo el cuarto premio, y fué comprado en subasta pública en 2.000 $ por la Compañía Liebig's.

En la categoría para terneros de marzo-abril de 1923 hubo diez y ocho competidores, representando a ocho establecimientos diferentes. El primero y segundo premio los obtuvo el señor Bernardo L. Duggan por unos animales de gran mérito a los cuales ya tendremos ocasión de ver de nuevo en futuras oportunidades. El tercer premio correspondió a un lindo torito de L. Pereyra.

Toro Aberdeen-Angus, campeón de 2 años y reservado de Gran Campeón: Criado y expuesto por la Sucesión de Pedro Estanguet.

La categoría para vacas y vaquillonas de la raza Hereford no estuvo muy numerosamente concurrida, pero en cambio hubo algunos ejemplares de gran calidad. Los señores Herrera Vegas e hijos ganaron el campeonato por una excelente vaca por *Quilmes Vanguard* y un gran pedigrée por parte de madre. La cabaña «Villa María» se adjudicó el reservado de campeón con una linda vaca de muchas características y gran origen. Otros criadores de éxito en esta sección fueron: L. Pereyra, R. C. Quesada, Bernardo L. Duggan, G. Udaondo y L. Torres.

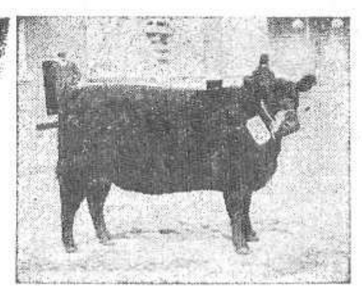
La sección de los Aberdeen-Angus

Hubo trece categorías para machos de raza Aberdeen-Angus, y, con dos excepciones, estuvieron numerosamente concurridas; en conjunto, el desfile fué muy hermoso. Es interesante hacer notar que la mayoría de los expositores eran socios de la Corporación Argentina de Aberdeen-Angus, el cual cuerpo cuenta entre sus miembros a los «pionners» de la raza en este país. El campeonato, y el casi noventa por ciento de los premios, fué obtenido por ejemplares pertenecientes a sus rebaños.

El mayor Archibaldo Whyte, de larga experiencia en esta raza, puso gran cuidado y paciencia en la revisación de los animales que desfilaron ante él, y esto constituyó la suficiente garantía de que los premios otorgados eran los justos. Sus veredictos fueron bien recibidos en el público y entre los expositores, y se vieron confirmados, además, por el resultado de los remates, lo cual es, en verdad, un punto importante.

Está generalmente admitido que el progreso de la raza Angus en este país se debe sólo al esfuerzo del mérito, pero debemos admitir que la visita del secretario de la sociedad escocesa Aberdeen-Angus, dos años atrás, dió mucho aliento a los criadores. Es necesario añadir que la Corporación Argentina de Aberdeen-Angus, institución reconocida oficialmente por la asociación madre de Escocia, está ejerciendo alguna influencia para conseguir un poco de unidad entre los criadores, y ha organizado una exposición para animales de pedigrée, puros y por cruzamiento, la cual tiene lugar en Olivos al tiempo de salir estas líneas; más adelante se organizará un remate-feria de animales gordos Aberdeen-Angus en el mercado de Liniers (Mataderos).

Hubo cinco toros de más de tres años en la primer categoría. *Merry England*, un hijo de *Errant Knight Ombú*, obtuvo el primer premio. El segundo correspondió a un lindo hijo de *Idart of Maismore-Black Princess*, expuesto por la cabaña «La Escondida», de Enrique Brown y Hnas., el cual fué comprado en remate por el señor F. de Oca en 3.100 $. El ganador, *Merry England*, se adjudicó luego el reservado de «senior» campeón y fué adquirido por el señor Martín Haedo en 6.000 $.



Campeón hembra Aberdeen-Angus.

En la siguiente categoría, *Tatay Proud Favor* tuvo un fácil triunfo, y su gran calidad y características raciales hicieron que el juez le ungiera «senior» y gran campeón. Este toro ganó también la copa A. A. S., la medalla de la Corporación A. de A. A. y formó en el grupo de tres que obtuvo el premio conjunto. Fué vendido en remate al señor Enrique Brown y Hnas. en la suma de 8.000 $.

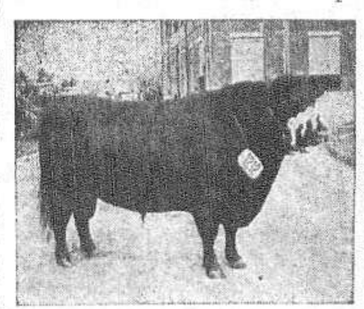
La categoría para toros de tres años fué ganada por un buen ejemplar de la estancia «El Paraíso», y fué vendido en 2.800 $. El segundo premio, de B. M. Barreto, fué vendido en 1.900 $ y el tercer premio, de Federico Seeger, se remató en 1.600 pesos.

La cabaña «Cochicó» ganó la categoría para toros nacidos desde el 1 de enero al 21 de febrero de 1922 con un buen toro de mucha calidad; el segundo premio correspondió a un buen ejemplar criado por E. Brown y Hnas., hijo de *Eber of Freeland* y *Black Princess*.

La categoría para nacidos desde el 1 de marzo al 30 de abril de 1922 tuvo diez competidores. Hubo una disputa muy reñida por el primer premio entre un hijo del importado *Evax of Ballindalloch*, expuesto por el doctor Guillermo Alston, de «La Carlota», y un buen hijo de *Idart of Maismore*, expuesto por Enrique Brown y Hnas. El juez, después de pesar cuidadosamente las respectivas condiciones de cada uno, dió la roseta al toro del doctor Alston. Segundo y cuarto premios correspondieron a buenos toros de «La Escondida» y el tercer premio a la cabaña «Cochicó».

Barreto Hnos. ganaron la siguiente categoría con un atractivo hijo de *Ever of Ballindalloch*, el cual fué adquirido por el señor M. Casado en 3.200 $. La compañía Liebig's pagó 6.500 $ por *Tatay Reward*, ganador de la categoría para nacidos desde el 1 de julio al 31 de agosto de 1922.

Veinticuatro ejemplares entraron en la pista para disputarse la categoría de nacidos desde el 1 de sep-

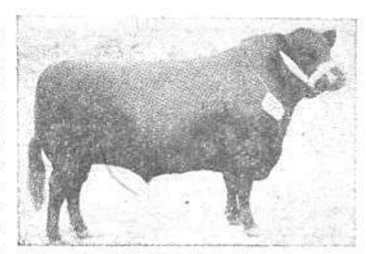


Senior y gran Campeón Aberdeen-Angus.

tiembre al 31 de octubre de 1922, los cuales constituyeron un excelente lote de animales. El juez llevó considerable tiempo para dar su decisión como sigue: 1.º *Tata* y *Rosary*, después res. de campeón de dos años, vendido al señor Juan Mac Donald en 5.500 $. 2.º *Lemco Proctor*, vendido en 1.600 $, 3.º *Cochicó's Eliminesco*. 4.º *Juanever*. Dos menciones honoríficas correspondieron a dos excelentes toros de la estancia «La Carlota», del señor Guillermo Alston.

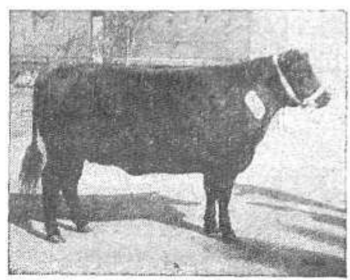
En la otra categoría para toros de dos años, se presentaron 28 candidatos, cuya calidad fué excelente, produciendo una reñida competencia. Los lomos superiores, costillas, buenas líneas y mantas de carnes de calidad de dos lindos ejemplares de la cabaña «Epifanía» de la sucesión de P. Estanguet, no pudieron ser superados, y ellos ocuparon el primero y segundo lugar. Los dos eran hijos de *Víctor Valentine*, y *Maceo*, el mejor de los dos, se adjudicó el premio campeón de dos años y también el reservado de gran campeón, y con otro toro de la «Epifanía» ganó la copa Charles, ofrecida por don Carlos Guerrero, al mejor grupo de dos toros nacidos en el país. *Maceo*, el campeón de dos años, fué vendido en remate en 8.000 $, y fué comprado por los propietarios de la estancias «Alberdón»; los mismos compradores pagaron 5.000 $ por *Juan Ombú*, el toro ganador de la categoría siguiente.

La categoría para machos nacidos desde el 1 de marzo al 30 de abril de 1923 presentó catorce animales de


"Alston's Ravevax", ganador de primer premio en la categoría 31: Criado y expuesto por el doctor Guillermo Alston.

alta calidad. El ganador, un hijo de *Dauntless of Banks*, fué vendido en 4.500 $ a las estancias «Alberdon», y el ganador del segundo premio, un buen toro de Barreto Hnos., alcanzó un precio de 2.900 $, comprado por los señores Bunge y Born.

El señor William J. Grant, de la cabaña «La Elena», ganó el primer premio en la categoría mayo-junio


Vaquillona Aberdeen-Angus, primer premio en la categoría 94: Criadores y expositores, Estancia y Colonias Curumalán.

de 1923 con un excelente torito por *Quality 2 of Charles*, y el segundo premio correspondió a un buen torito por *Dauntles of Banks*. «La Escondida» se adjudicó el tercer premio con un ejemplar que se perfeccionará con la edad; el cuarto premio fué para el señor Miles A. Pasman con un atractivo hijo de *Jolly Pride*.

La última categoría para terneros de julio-septiembre fué ganada por un hijo de *Merry England* que fué vendido en 1.100 $. La Sucesión de Pedro Estanguet obtuvo el segundo premio con un lindo ternero por *Víctor Valentine*, y el tercer premio correspondió a un ternero de Barreto Hnos. que vendióse en 1.400 pesos. *Emblem Luna*, ganador del cuarto premio, fué vendido en 2.000 pesos.

El hecho de que casi todos los criadores se reservaran sus mejores hembras para la mejor condición de sus crías, fué causa de que las inscripciones se redujeran a su menor número en las categorías para vacas y vaquillonas. Sin embargo, lo que se exhibió fué de excelente calidad. La campeona, de Barreto Hnos., es una vaquillona excepcionalmente hermosa. Otras ganadoras de premios pertenecieron a los siguientes criadores: Enrique Brown y Hnas., Miles A. Pasman, J. M. Barreto, «Estancias Curumalán», M. Fraga, «Tatay» y «Cochicó». Los mejores precios para vaquillonas fueron: 1.600 y 1.500 $, los cuales correspondieron a animales de la cabaña «La Escondida».

GUILLERMO ST. J. PETERS.

EXPOSICION REAL DE INGLATERRA 1924

Del total de lanares exhibidos **93%** fueron bañados con **"COOPER"**

Del total de los expositores de lanares **91%** usaron **"COOPER"**

Del total de los lanares premiados **92%** fueron bañados con **"COOPER"**

Demostrando, una vez más, la popularidad, siempre aumentada de **"Los Polvos de COOPER"**.

WILLIAM COOPER & NEPHEWS Ltd. — Maipú, 87 — Buenos Aires.

Estancia "LA CARLOTA" Y Estancia "SAN JUAN"

REMECO, B. A. P. — **VICTORICA, F. C. O.**

Propietario: Dr. GUILLERMO ALSTON

Criador de Bovinos Shorthorn y Aberdeen-Angus de pedigrée y p. p. c., y de Equinos Clydesdale y Ovinos Lincoln de pedigrée y p. p. c.

Oficina en Bs. Aires: **836, Bmé. MITRE.**



"ALSTON'S RAVEVAX", (8138), por Evax of Ballindalloch y Carlota's Quality 2, Primer premio en Categoría 31, Exposición Internacional de Palermo, Set. 1924.

Toro Shorthorn, "ALSTON'S BOQUHAN DEFENCE", (88495), por Alston's Defence y Monteith Claret, Segundo Premio en Categoría 10.ª, (concurrió 44 ejemplares), Exposición Internacional de Palermo, Set. 1924.

"DUMCROSS VICTORY", R. P. I. S. B. Def. 1628, Primer premio y Reservado de Campeón padrillo Clydesdale en la Exposición Internacional de Palermo, Set. 1924; (Padre actual en la Estancia "La Carlota").

Ganado Aberdeen-Angus nacido y criado en «La Carlota» ha obtenido más de 80 premios durante los últimos once años en las exposiciones nacionales e internacionales celebradas en Palermo, y en las exposiciones nacionales de Bahía Blanca, incluso la copa de plata «Curumalán» por el mejor lote de 5 vaquillonas, 7 campeonatos, 9 campeonatos reservados, 20 primeros premios, 16 segundos premios, etc., etc.

TOROS DE PEDIGREE y p. p. c., y PADRILLOS Y YEGUAS Y CARNEROS LINCOLN DE PEDIGREE y p. p. c., SIEMPRE EN VENTA



Don José Torres, su esposa, sus hijos y nietos.

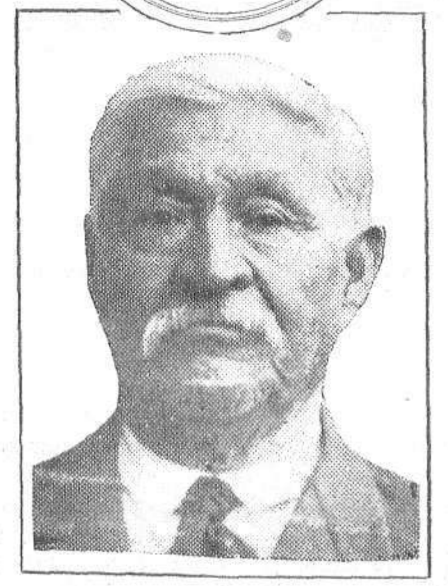
Un
POBLADOR INDÍGENA DEL CHUBUT

Intérprete y baqueano de los ejércitos expedicionarios

Nos visita un viejo soldado indígena. Tiene 80 años de edad, y ha consagrado más de la mitad de su vida al servicio del país. Se llama José Torres. Nació en Junín de los Andes, y es hijo de una cautiva blanca raptada por los indios Manzaneros, en un malón llevado contra San Rafael, en la provincia de Mendoza. El temple de su carácter se adivina a través de su ademán y su voz apacibles, de su mirada tranquila y sagaz.

Viene con el propósito de pedir al gobierno se le concedan en arrendamiento las tierras fiscales que ocupa desde hace veintiún años, en Arroyo Apelé, territorio del Chubut, a unas veinte leguas al sud de San Martín de Genea. Vive allí, dedicado a las tareas del campo con su esposa y sus once hijos, de los cuales ocho son varones, el menor de diez y seis años.

Nos relata, con memoria fidelísima, los más interesantes momentos de su vida militar. Después de servir — nos dice — durante el año 1877 a las órdenes del coronel Julián Murga, éste me dió una carta para el general Roca ofreciéndole mis servicios de baqueano e intérprete, desde «El Colorado» al Río Negro, y desde ese punto al Neuquén. En 1879 me incorporé a la división que mandaba el general Villegas, una de las tres columnas en que el ejército había sido dividido. Las otras estaban bajo las órdenes, respectivamente, del comandante Ortega y del coronel Winter. Ordenada una descubierta, que yo debía conducir, pasamos a nado el río Neuquén buscando rastrilladas de malones del otro lado del río. No encontrando rastro alguno, nos dirigimos a Choele Choel, para llegar al fin a Conesa, donde esperaba un vapor, en que se embarcó el general Roca. Después se me envió a «Las Manzanas» para entrevistarme con los caciques Huincalco y Shaihueque. Llevaba unas notas proponiéndoles la sumisión al gobierno, y se me dieron amplios poderes para negociar. Yo sabía cuál era, comúnmente, la suerte de estos enviados: los tres baqueanos de la división que venía de Mendoza al mando del comandante Ortega habían sido muertos en Ca Tanlí, donde debían tratar con los caciques Renquecurá, Keefumul y Meliqueo. Yo fuí tomado prisionero, y no me mataron gracias a la intervención del cacique Menquel. Mi cautividad duró dos años; se me rescató cambiándome por unos indios.



Reincorporado al ejército, a las órdenes inmediatas del teniente coronel Evaristo Ruiz, se me da una nueva comisión para el cacique Juan Naucucheo. Fuí una vez más tomado prisionero. Es un honor para mí — nos dice sonriendo — haber tenido en esa ocasión como compañero de cautiverio al doctor Francisco P. Moreno.

Me rescata el coronel Rosario Suárez, y me incorporé de nuevo al ejército. Vamos hasta el lago Nahuel Huapí; tomamos varias tolderías y apresamos algunas familias. Yo me entreveraba con los malones para saber cuáles eran sus proyectos. No me resultaba difícil, pues conocía sus costumbres y su idioma. Poco después nos dirigimos a Arroyo Apelé. Iba a librarse un importante combate contra los Tehuelches, que capitaneaban los caciques Shaihueque, Nacayal y Joyel. Salimos de descubierta veinticinco hombres. Anduvimos muchos días; el racionamiento se había terminado. Alguien dijo que no debería haber malones, porque no se veían rastrilladas. Yo percibí el rastro de un toro, y, más adelante una cancha de vareo. Nos metimos en unos cañadones. Estaba prohibido encender fuego, ni siquiera se podía fumar, so pena de ir a la «estaca».

De pronto, por entre la caballada se divisa un fuego chiquito. Era de los malones. Se acercan y se produce el encuentro. Pasada la confusión del primer momento, quedamos separados de los compañeros sólo cuatro hombres. Debíamos hacer frente a catorce indios que iban saliendo de los zanjones. Allí fueron heridos varios jefes. Yo estaba lanceado y había recibido fuertes golpes de boleadoras en la cabeza.

A pesar de mis heridas, pude alcanzar a la retaguardia para pedirle auxilio, que afortunadamente llegó a tiempo de salvar a los compañeros. Quién iba a decirme que en ese mismo lugar, en Arroyo Apelé, había de vivir tantos años, y he de pasar, si el gobierno me concede el arrendamiento de esas tierras, el resto de mi vida.

Nos muestra algunas cartas que ha recibido de sus jefes de entonces, entre otras una en extremo interesante del teniente coronel Julián Torres, y nos habla de la célebre Mama Mercedes, que acompañó a O'Higgins y después a San Martín, como curandera del ejército libertador. Así ha servido al país este humilde pero eficaz colaborador en la grande obra de la conquista del desierto. Sigue ahora siendo útil a la civilización, con su trabajo y sus aún incansables energías, en su colonia del Chubut.

El Gobernador, doctor Cantoni, acompañado por un grupo de maestros durante su visita a la casa donde nació Sarmiento, rindiendo homenaje a la memoria del ilustre argentino.

Banquete ofrecido por el magisterio sanjuanino a sus colegas mendocinos durante su visita a esta provincia.



Calidad ante todo

Es por su calidad que los productos nobles resultan siempre más económicos.

El TE BAGLEY procede de las mejores plantaciones de Ceylán y es envasado en latas en nuestra fábrica de Buenos Aires, en inmejorables condiciones de higiene.

A la esmerada selección de sus hojas se deben su calidad superior y su pureza sin igual. De ahí también su mayor rendimiento: poca cantidad basta para obtener una buena taza de te fuerte, aromático y de sabor definitivo.

Etiqueta Roja
Calidad extra superior.
Hoja delgada, puntas blancas. Lo mejor que es posible conseguir. En latas únicamente de 6, 3, 1, 1/2, 1/4, 1/8 y 1/16 libras.

Etiqueta Azul
Calidad superior.
Hoja seleccionada. En latas de 6, 3, 1, 1/2, 1/4, 1/8 y 1/16 libras. También en paquetes de papel de aluminio de 1, 1/2 y 1/4 libras, y en paquetitos de propaganda al ínfimo precio de 10 centavos cada uno.

Etiqueta Verde
Calidad especial.
En paquetes de papel de aluminio de 1, 1/2 y 1/4 libras.

TE BÁGLEY

En todas las buenas despensas y almacenes.



Acompañe su taza de Te BAGLEY con las deliciosas Galletitas BAGLEY en cualesquiera de sus 52 selectas variedades.

DEPARTAMENTO 9 DE JULIO. El gobernador, doctor Cantoni, acompañado por un grupo de caracterizados vecinos durante su visita a los canales de riego recientemente inaugurados.



El doctor Cantoni presenciando la plantación de árboles por los alumnos de las escuelas locales.

Aspecto de la Avenida Benavídez, en la cual fueron plantados, el Día del Arbol, tres mil frutales.



POLVO GRASOSO

La Caja $ 1.70

AGUA DE COLONIA

El Frasco $ 2,65

Se venden en todas partes.

SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES PRODUCTOS



P. BURS y Cía. - Bolívar, 1725 - Bs. Aires.
EN CORDOBA: RUGGIERI Hnos. - Santa Rosa, 35.

Dos productos que acrecientan la belleza

POLVO GRASOSO



El Polvo Grasoso Suprema — exento de impurezas perjudiciales al rostro — contribuye a realzar la belleza de las damas. Devuelve al cutis la tersura y suavidad de sus mejores días.

Por esto, y porque su adherencia es perfecta, y sutil y delicado su aroma, no falta nunca en el tocador de las mujeres bellas.

AGUA DE COLONIA



La fragancia de olorosas y exquisitas flores está reconcentrada en el agua de Colonia Suprema.

Su doble fin de ser útil para el baño o tocador la hacen indispensable en todo "boudoir" femenino.

Ahora que se aproxima la época del calor, y de frecuentísimos trasudores, nada hay mejor para suavizar las asperezas de la piel que unas suaves fricciones con

Agua de Colonia SUPREMA

GRATIS

Enviamos muestra del Polvo Grasoso SUPREMA



Los jefes y oficiales del regimiento 9 de infantería reunidos en el Salón del Casino, antes de salir para la cacería del zorro.

APROBACIÓN ORIGINAL

Un joven poeta leía a Lamotte Huodard una tragedia que acababa de componer.

Vuestra pieza es bellísima, le dijo Lamotte, y me atrevo a aseguraros que gustará; pero es lástima que hayáis plagiado tanto en ella.

—¡Cómo, señor! ¿Qué decís de haber plagiado?

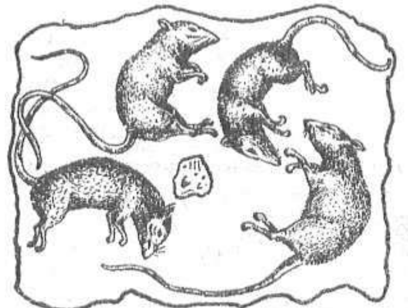
—Sí, y para probaros que estoy seguro de lo que os digo, voy a repetiros ahora mismo la segunda escena de vuestra tragedia, que aprendí de memoria hace tiempo, y de la cual no he olvidado un solo verso.

Y esto diciendo, se puso a recitar la mencionada escena sin que faltase en ella ni una sola coma. Al ver esto, empezaron a mirarse unos a otros y a cuchichear por lo bajo. Entonces cuando ya Lamotte vió el grande apuro en que se hallaba el pobre autor, le dijo:

—Tranquilizaos, amigo mío; la escena que acabo de recitar es vuestra, no hay duda ninguna; pero merece que la aprendan y retengan todos los amantes del arte, y he aquí lo que he hecho yo al oírosla leer.







NOTABLE PRODUCTO INGLES PARA
CAZAR RATAS y LAUCHAS
EFICAZ — HIGIENICO — NO ES VENENOSO

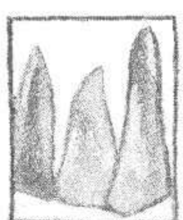
Sólo es necesario extender esta pasta pegajosa en una tabla de madera, colocando en el medio un pedazo de queso. ¡LAS RATAS QUEDARAN PEGADAS COMO MOSCAS! Para lauchas se pone sobre un cartón.

1/4 libra $ 1.50 c/l	Envíenos cheque, giro pos-
1/2 „ „ 2.50 „	tal o efectivo y enviaremos
1 „ „ 3.50 „	una lata a vuelta de correo.
2 „ „ 6.30 „	

NOTA. — La lata de 1/4 libra sólo es recomendable para cazar LAUCHAS.

ANDERSON, LEVANTI & Co.
ALSINA, 471. Buenos Aires.





Dientes Blancos...

pero, ¿qué comprobaría usted con los rayos X?

Por hermosa y blanca que sea una dentadura, no está a salvo si sus encías no están sanas.

Si la piorrea ataca las encías, con los rayos X podría usted ver cuán rápido la infección se extiende por las raíces, agujereando los dientes en distintas partes.

Conserve los dientes blancos y limpios pero a la vez tonifique las encías para mantenerlas sanas. Usando diariamente el "Polvo Pyorrhocide" Vd. obtendrá ambas cosas:

Dientes Blancos y Encías Sanas.

VENTA EN LAS FARMACIAS

Unicos agentes:
MAYON
LIMITADA
Avenida de Mayo, 1257
Buenos Aires.

Contra este cupón y 10 centavos en estampillas, recibirá gratis una muestra.

C. C. P. 4-10-24.

NOMBRE...

CALLE Y N.º...

CIUDAD..



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA



Un amigo opulento, que tiene muy poco que hacer, me dijo un día en la calle:

— ¿Sabes que me han nombrado cónsul?

— ¡Caramba! ¡No viviendo ya Calígula!

— De todos modos, he hecho bien en aceptar el nombramiento. Todo el mundo halla ocasión de hacer algún chiste al saberlo.

— ¿Y de qué país eres cónsul?

— Espera... ¡Caray! ¿Cómo se llama? El tal país tiene un nombre muy extraño. Pero aguarda; en mi tarjeta está. Aquí tienes: Cónsul de la República de Guayaquilia... Sí ese soy yo.

— ¡Ah! ¿no es más que una República? Entonces no es nada.

— Te prohibo insultar al régimen republicano. Al menos no lo hagas en mi presencia pues al hacerlo ofendes desde ayer mis íntimos sentimientos.

— ¿Y dónde cae la República llamada de Guayaquilia?

— Lejos, muy l. jos, mi amigo Figúrate un montón de océano, de olas, de longitudes y de meridianos; de todo eso, y un poco a la izquierda.

— ¿Y cómo te has procurado ese consulado?

— Muy simplemente; por el camino de los pequeños anuncios. En Viena hay una viceagencia que leyó mi anuncio, escribió a la agencia de París, que, por su parte, escribió a la agencia general de Londres, y asunto concluído.

— ¿Te ha costado caro?

— ¡Una bagatela. Total, tres mil francos. Bueno; además, el escudo y la bandera otros ochocientos francos. Pero la cosa lo vale, pues hace bien en mi balcón. Ven a verlo,

En efecto; era bonito. El escudo estaba dividido en dos cuarteles. El uno, rojo y entre estrellas de oro nadaba un pez sierra de plata. El otro era color de oro; dentro un pez sierra rojo nadaba entre estrellas de plata. La bandera era de color púrpura, llena de estrellas de oro y de plata. Realmente, era cosa agradable estar en el balcón, entre mi amigo el cónsul y su linda esposa, bajo los rayos de la gloria de la República de Guayaquilia.

— ¿Y para qué necesitabas de ese consulado? — pregunté a mi amigo.

— Para ser alguien. Hasta ahora yo no era nadie; ahora soy cónsul de Guayaquilia.

¡Bonito empleo!

— Y cómodo. Confiere un título y una posición sin proporcionar trabajo ni preocupaciones.

Más adelante, y por lo que se refiere a esto último, la opinión de mi amigo cambió.

— Escucha — me dijo al cabo de un mes: — ese consulado es un empleo más difícil de lo que yo me había figurado.

— ¿Cómo?

— No te puedes figurar cuántos súbditos de Guayaquilia pululan por aquí, en Budapest.

— ¿De veras? Yo no he visto nunca ninguno.

— Antes tampoco los había visto yo. Pero desde que soy cónsul siempre hay lo menos media docena sobre mis hombros.

— ¿Y qué haces con ellos?

— ¿Qué? Les doy dinero, pues ninguno de ellos lo tiene. Todos los artistas de circo o de café-concierto que quedan sin contrata, todos son ciudadanos de Guayaquilia y todos buscan protección bajo mi bandera.

— ¿Y cómo hablas con ellos? ¿Sabes la lengua de Guayaquilia?

— ¡Oh! Son tantas las lenguas que se hablan en nuestra República, que deja atrás a las que se hablaron al pie de la torre de Babel. Y, además, sé anticipadamente lo que quieren mis protegidos de Guayaquilia: dinero y protección.

En efecto; mi amigo el cónsul, que solía tener la costumbre de pasearse con aire alegre, desde que se convirtiera en cónsul iba a todas horas por las calles con gesto



INGRATITUDES

— El dice que tienes una lengua viperina.
— Sí. Pero antes no era de la misma opinión.



A LA MADRUGADA

— ¿Es usted el señor Soriano que ha puesto un anuncio en "La Razón" para vender una bicicleta?
— El mismo, caballero.
— Bueno: pues vengo a decirle que no se la puedo comprar.

sombrío. Siempre estaba ocupado. Tan pronto era con la policía como en los Ministerios o con los directores de circos y cafés - concerts para intervenir en favor de un súbdito de Guayaquilia.

La consulesa estaba también muy ocupada con la República de Guayaquilia. Del lejano país recibía constantemente billetes de loterías benéficas, con la advertencia de que los billetes que en el término de veinticuatro horas no fuesen devueltos a Cotopaxi, la capital, se les consideraría como aceptados y habría que enviar su importe. Aparte de esto, las damas de Guayaquilia que pasaban por Budapest inundaban a la señora consulesa con toda clase de labores manuales para tómbolas, que en calidad resultaban muy inferiores a la cantidad. No era de extrañar, pues las damas de Guayaquilia eran antes que nada reinas del aire, artistas del trapecio y de la cuerda floja, que tan aficionadas suelen ser a los trabajos manuales. La señora consulesa obligóme también a comprar algunos billetes de lotería. Una vez gané una vieja nodriza negrita. Sólo que habría tenido que enviar a Cotopaxi los gastos de transporte y, al cabo de un año o dos, hubiese llegado por la vía de Hamburgo el objeto ganado. Pero yo renuncié a ello, magnánimamente, en favor de la Universidad de Cotopaxi.

Después de tantas molestias y de tantas preocupaciones, al fin Guayaquilia proporcionó una alegría a su cónsul.

— Querido amigo — me dijo un día el cónsul con el rostro radiante. — ¿Sabes que mi casa hospeda un verdadero jefe de Estado?

— ¿De veras?

— Sí; ha llegado y se ha hospedado en mi casa el presidente de la República de Guayaquilia.

— ¿Es muy negro?

— ¡Ca!, al contrario, es casi blanco, sólo que está un poco tostado por el sol. Pero puedo asegurarte que es un anciano muy distingido y muy elegante. Por otra parte, hoy lo verás por ti mismo. Organizo una fiesta en su honor.

Realmente, el presidente de la República era un anciano guapo y agradable. Lástima grande que no hablase más que español, mientras que nosotros, a pesar de reunirnos cincuenta, era precisamente español lo que no hablábamos. No viéndose, pues, ocupado por la conversación, el presidente de la República podía dedicarse completamente a los placeres de la mesa. Comía mucho y bebía aun más. Por esta razón no es asombroso que después de la cena tuviese buen humor y se pusiera a caminar sobre las dos manos.

Hasta caminando cabeza abajo el presidente de la República conservaba su dignidad; pero, ante el asombro de los invitados, el cónsul se puso a defenderle.

— No tiene nada de particular, pues en Guayaquilia todo el mundo anda sobre dos manos después de las comidas. Es una costumbre nacional. En una república todos son iguales, y el presidente está obligado a conducirse como los demás ciudadanos.

Aquella hubiera sido una explicación satisfactoria; pero después el presidente de la República saltó por encima de la mesa, de los caballeros y de las señoras, y hubo de hacerse admirar con algunos magníficos saltos mortales.

— Así ocurre en las Repúblicas — se excusó el cónsul; — cualquier ciudadano puede ser elegido presidente, y, según parece, nuestro pesidente, el señor Ruiz Gómez, había sido acróbata. Por otra parte, en Guayaquilia es oficio muy corriente.

Al fin, con ayuda de dos criados, pudimos cogerlo y conducirle a su cuarto, donde le desnudamos y le acostamos. Como no quería dormirse, le di cinco puñetazos en la boca del estómago. Entonces se durmió. No parecía sino que, con una clarividencia milagrosa, había yo adivinado la manera de hacer dormir en Guayaquilia.

Después no volví a ver al presidente ni a oir hablar de él. El cónsul y su mujer jamás me hablaron de ello, y hasta lanzaba miradas de enfado a los que se atrevían a hacer alusión al señor Ruiz Gómez.

El criado me cuchicheó al oído, en la antesala, que el señor presidente, habiendo derrochado sus gastos de viaje, los había sacado de la caja particular del cónsul para poder volverse a Cotopaxi. Y después faltáronle al cónsul una multitud de cigarros, pues no es posible emprender un viaje tan largo con la escasa cantidad de cigarros que caben en un bolsillo.

Unos meses más tarde leí la triste noticia de que en Guayaquilia había estallado la revolución. Los insurrectos habían tomado la capital, Cotopaxi, y asesinado al presidente de la República, señor Ruiz Gómez.

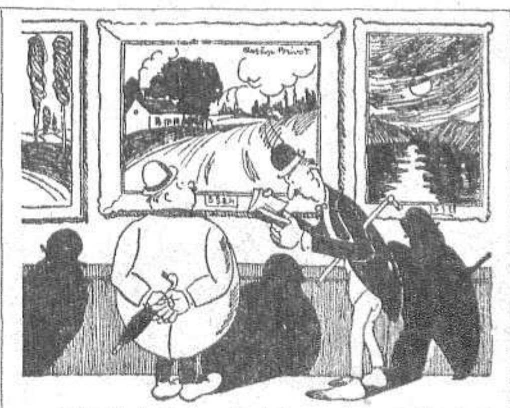
¡Pobre Ruiz Gómez! Ya no andaría más a dos manos.

Al cabo de una semana, las revistas ilustradas inglesas publicaban su fotografía: *"The late Señor Ruiz Gómez; assasined president of the Guayaquilia Republic."*

La fotografía era escandalosamente mala. No se parecía en lo más mínimo al difunto presidente de la República que, como ya he dicho, había conocido yo personalmente.

ANDRES KOZMA DE LEVELD


— ¡Y qué canejo! ¿Ya no le gusta al pibe la radiotelefonía?
— No. Ahora quiere "el rayo de la muerte".


— ¡Estúpidos! ¡Gastar estas telas aquí, cuando hay tanto descamisado por esos barrios!

LA PUEBLA. — El señor Domingo Medina, candidato a gobernador, rodeado por un núcleo de correligionarios que le tributó una espontánea manifestación de aprecio durante su visita a esta localidad.



El pintor español señor José María López Ibaceta, con un grupo de alumnos durante su visita de estudio al parque Aguirre.

Necrología



Señora Carolina Valentini de Berardino. — Armstrong.

Señora Esther B. de Martorel. — Capital.



Doctor Santiago Tancredi. — Capital.



Señor Francisco Flovidia. — Capital.



Señor J. M. Rodríguez de la Torre. — San Luis.



Señor Antonio Cerro. — Capital.



Señor José Outon. — Capital.

Señor Pedro Espil. —Olavarría.



LA KRONPRINCESA CECILIA CONFECCIONA SOMBREROS

Nuestras contemporáneas sienten tanta avidez como sus abuelas en conservar belleza y juventud el mayor tiempo posible. Quieren retardar la llegada de los años tristes y la ciencia las ayuda. Los sabios, remontando el curso de los siglos que fueron, arrancan a las tumbas los secretos que guardan; buscan en los descubrimientos modernos cuanto se puede aplicar a la obra de conservación, queriendo dotar a su época de trabajos magníficos, pues si gran cosa es crear, no es menos perpetuar las creaciones, y la mujer, musa inspiradora de ese inmenso movimiento, engarza a su corona de diosa esos radiosos diamantes, formados con cristalizaciones cerebrales en los campeones de la Belleza. Y nosotros, lectoras amables, hemos de ayudar a prestar los elementos en esta página y en otras sucesivas de cuanto pueda interesar a la mujer desde el punto de vista de su belleza física y moral y de cuanto pueda hablar a su inteligencia y a su corazón.

A fines de ese abril berlinés, que es una lucha entre el invierno que se va y el verano que se asoma por las puertas del oriente, las señoras de los «nouveaux riches» de Berlín, Francfort y demás ciudades industriales, recibieron una esquela estupendamente novedosa:

S. A. I.
la Kronprincesa Cecilia
ofrece a Vd.
su taller de sombreros.

ALTA NOVEDAD.

Estas damas de los nuevos ricos — esposas auténticas y mariposas de ocasión — no cabían en sí de gozo a la simple lectura del ofrecimiento imperial.

El mundo, efectivamente, da una vuelta cada día. Era ayer — ese ayer casi prehistórico de la antes-guerra — que las princesas imperiales vivían su vida de hadas en magníficos castillos, entre criados, pajes y damas de honor, músicas y flores, oyendo continuas lisonjas, apenas dignándose mirar a las damas cuya sangre roja las hacía indignas del imperial tratamiento. Hoy las cosas pasan contrariamente. La guerra fué la varilla mágica que trastornara los papeles. Y mientras las archiduquesas austriacas sirven de camareras a los nuevos ricos y las grandes duquesas rusas bailan el cancán y la java en los «cabarets» del día, las voluminosas señoras de los recién llegados al paraíso donde los millones mandan, nos salen endomingadas todos los días, con sendos anillos de brillantes en los mofletudos dedos, con grandes pendientes de piedras multicolores, con gruesas pulseras en los antebrazos y con una jeroglífica cartera Tutankhamon y en ella una esquelita de cantos dorados, en que una princesa imperial se ofrece a Madama, la nueva rica, como sombrerera...

El gesto de la kronprincesa Cecilia es, aparte de su individual valor, un luminoso ejemplo que debieran tener en cuenta cantidad de papás y mamás cursis de nuestros días democráticos.

En el país de la aristocracia auténtica, desde Berlín a Madrid, los reyes — y, a su ejemplo, los aristócratas — obligan a sus hijos a una lucha por la vida que es fecunda por todos lados. El emperador de Alemania no descuidó en dar a cada uno de sus hijos una profesión manual, que si siempre servía para educarlos, algunas veces podía serles útil para ganar el pan nuestro de cada día. De la princesa María, hija única de los reyes de Inglaterra, se sabe que es una perfecta modista y una intachable cocinera. Las princesas italianas tienen todas una profesión técnicamente aprendida. Se cuenta que la princesa Yolanda, antes de su casamiento iba a la cocina del real palacio del Quirinal para preparar ella misma algunos platos que eran de la preferencia de su augusto hermano, el príncipe Humberto. Los hijos de los reyes de España cursan todos a la vez una carrera científica y una profesión manual, sabiéndose que las infantitas, niñas de 13 y 14 años de edad, cuidan diariamente de su cuarto, de su cama, de su ropa, y encima añaden costuras para los pobres.

La aristocracia sigue las huellas de los reyes. Las duquesas de España, de Italia, de Francia y de la Gran Bretaña, no toleran la vida ociosa de sus hijos ni de sus hijas. Todos llegan a los 18 años con una profesión perfectamente adquirida que las instruya, que las eduque, y, si el caso llega, que les produzca los medios indispensables para su subsistencia.

Y, para terminar, diremos que, mientras los adinerados advenedizos al sector de la alta sociedad tendrían como ofensa hacer aprender un oficio a sus niñas, la Kronprincesa imperial y real compra unas tijeras, abre un taller y escribe a las señoras alemanas:

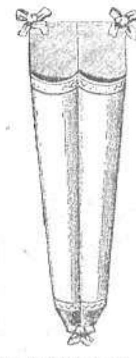
— Yo, S. A. R. e I., la kronprincesa Cecilia, me ofrezco a usted para la confección esmerada de sombreros...

Sobran mayores comentarios. Preocúpense los padres de familia de la verdadera instrucción que deben dar a sus niñas.

Está bien aprender piano, baile, dibujo y algunas veces el canto. Pero los tiempos quieren que se las dedique a algo más práctico.


La kronprincesa Cecilia y su esposo, el ex kronprinz, en la actualidad.

OBJETOS o LABORES de CAPRICHO



Guarda-bastones y paraguas.

Respecto a los artículos de fantasía o capricho y a los de varias clases que se hacen en casa, diremos que no debe emprenderse ningún trabajo de esta clase, por bello que sea, si es perjudicial a la vista. Ni tampoco recomendamos las labores que requieran material muy costoso, pues el dinero se puede emplear con más provecho en cosas útiles y necesarias.

Hay una infinita variedad de trabajos domésticos que cuestan poco dinero y que aumentan mucho las comodidades y bellezas del hogar.

Los almohadones son susceptibles de muy variados adornos. La felpa blanda con dibujos sosobrecosidos les proporciona un hermoso aspecto, lo mismo que las cubiertas de seda y raso con bordados de seda. Más útil, aunque no de tanto adorno, sería un almohadón cubierto con tela de algodón estampada.

Un guarda-paraguas y bastones muy bonito y útil, puede hacerse como sigue: Córtese un pedazo de tela de hilo de color obscuro, del largo más o menos de dichos objetos. Cósanse dos bolsones. Se ribetea con trencilla de un color alegre y se remata en el fondo con un pequeño lazo de la misma trencilla o cinta. Los bolsones se separan por medio de una costura hecha con la trencilla. En las dos esquinas de arriba se pegarán dos argollas para colgar este útil aparato, que se puede adornar, si así se desea, con dibujos sencillos y adecuados en la parte superior que sobresale de las aberturas de los bolsones, así como en la parte superior de cada bolsón. Estos guarda-bastones y paraguas se hacen a veces de hule y se adornan con alguna pintura. El fondo donde se pegan los bolsones — como el del presente grabado — es de cartón muy grueso.

LIMPIEZA GENERAL

Además de la limpieza ordinaria, que se hace diaria o semanalmente, la casa entera tiene que limpiarse por completo una o dos veces al año. La primavera es *la mejor estación para ello*. En la limpieza general de la casa debe observarse sistema y orden: hacer una cosa tras la otra, y hacerla bien, debe ser regla invariable. Antes de empezar a limpiar algo, tengamos todo lo necesario para ello, como escobas, cepillos, paños, etc., y entonces comiéncese la obra. Límpiese primero un cuarto y déjese en perfecto orden antes de hacer lo mismo en otro cuarto. El objeto principal del que limpia la casa es hacerla agradable, y muy digno de alabanza será si se puede conseguir esto, sin que durante el tiempo que dure la limpieza, la familia esté sujeta a toda clase de incomodidades y molestias.

COQUETERÍA

La mujer tiene el deber de ser coqueta, tiene obligación ineludible de agradar y seducir, de presentar a la vista de todos una visión graciosa, fascinante. Bien lo dijo aquel gran emperador que terminó su vida en Santa Elena:

«La mujer, cuando es joven, debe preocuparse de » su arreglo para agradar, y cuando es vieja, para no » desagradar».

Claro está que cuando se habla de coquetería no se quiere decir que debamos hacer sufrir con ella, ni que se vaya por esos mundos de Dios destrozando corazones; esto sería acción perversa, como lo fuera también que una coqueta desenfrenada, quisiera provocar tempestades de celos inútiles, rodeándose de una corte de adoradores para afirmar su poder o desesperar al infeliz apasionado a quien exacerbe esta conducta.

La coquetería sólo debe manifestarse en los cuidados que uno prodiga a su persona; es el elemento indispensable de la belleza, la manifestación externa del culto rendido al cuerpo para preservarle de la *tiranía destructora del tiempo*.

Y para ayudar a nuestras lectoras en esa grata tarea, comenzaremos a publicar desde hoy una serie de recetas que inciten al hermoso pecado de prolongar belleza y juventud:

LOS PERFUMES

Desde la más remota antigüedad son conocidos los perfumes. Oriente fué el proveedor de las latitudes menos favorecidas.

Tan pronto como el hombre hubo descubierto las propiedades olorosas de ciertas flores, maderas y resinas, que quemadas podían producir emanaciones agradables, rindió homenaje a la Divinidad y los perfumes sirvieron para los ritos religiosos.

Es a un filósofo árabe del siglo X a quien se debe la invención de la destilación de esencia de rosas.

POMADA DE HERMOSURA

Manteca de cacao..........	250	gramos
Cera virgen................	125	»
Grasa de ballena............	125	»
Aceite virgen de oliva fuertemente perfumado, con esencia de rosas..............	500	»
Benjuí......................	½	»

Se funden la cera, la grasa y la manteca con el aceite en bañomaría y vierte el todo en un mortero de mármol y con una espátula se revuelve continuamente hasta que empieza a tener consistencia. Entonces se vierte en pequeñas porciones y sucesivamente el agua adicionada con *benjuí*. No hay que cesar de remover hasta que todas las materias están perfectamente unidas.

EL TRATO SOCIAL

Anatole France, el gran escritor francés, a este respecto, se expresa así:

«El trato social es tan frívolo y vano como ustedes quieran, pero no por eso deja de ser una escuela conveniente para un político y es de lamentar que al presente, se descuiden tanto las formas sociales en los parlamentos. El trato social se mantiene por la mujer; en los salones ella es la soberana; todo se hace por ella y para ella. La mujer es educadora del hombre, quien le deja la enseñanza de las virtudes galantes, la cortesía, la discreción y cierta altivez que no llega a ser importuna. Instruye a no pocos en el arte de agradar. Ella nos convence de que la sociedad es más compleja y de una ordenación más delicada de lo que se imagina comúnmente en los cafés políticos. Por último, en contacto con las mujeres, averiguamos que los ensueños sentimentales y las tinieblas de la fe son invencibles y que no es precisamente la razón lo que guía el gobierno de los hombres.

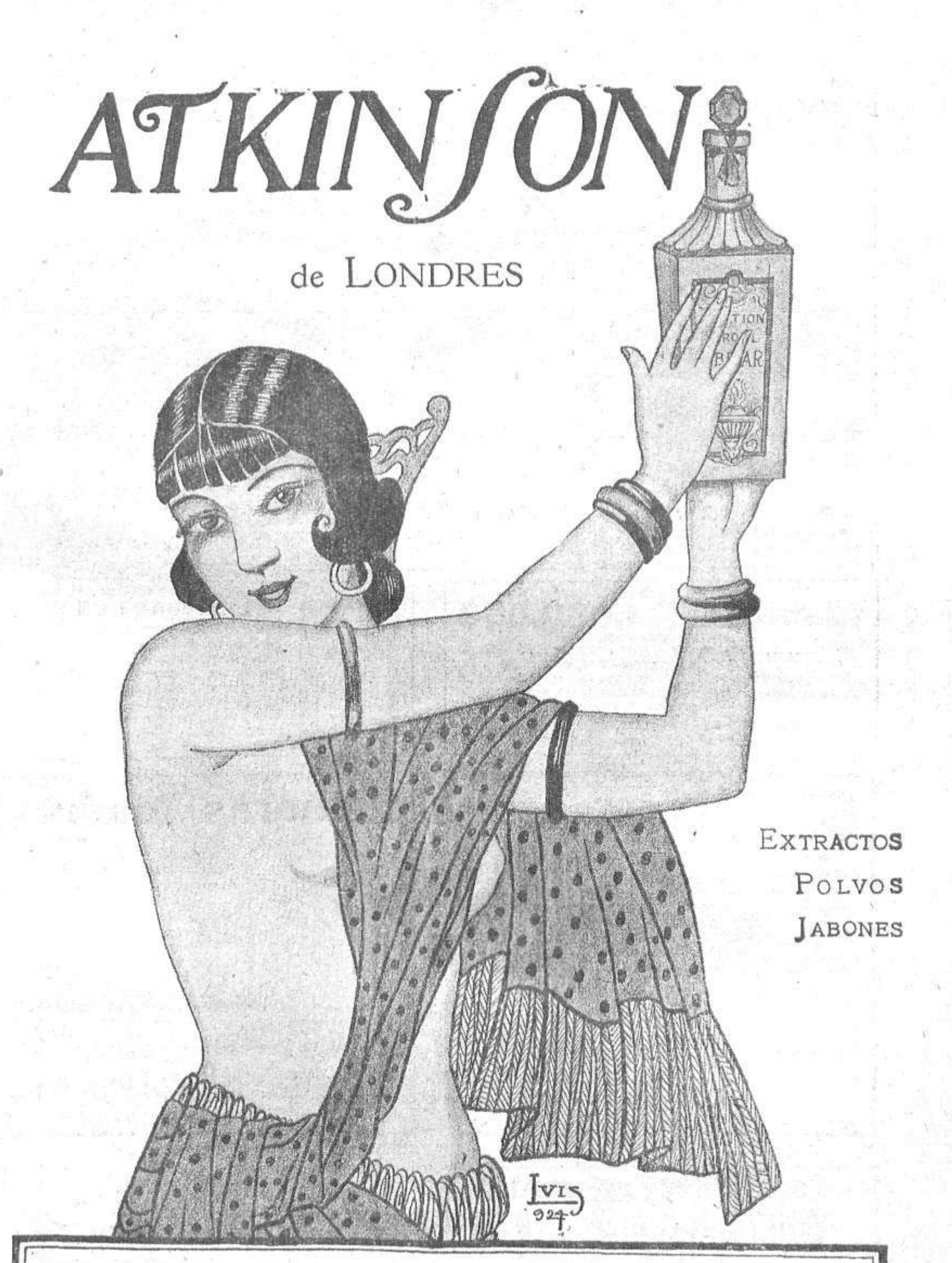
I V O N N E



Diversos aspectos de la hermosa fiesta social a que dió lugar el gran baile realizado en el teatro 25 de Mayo, al cual concurrieron las autoridades locales y distinguidas familias de esta sociedad.







LAS LOCIONES

AMBRE CHINOIS — A LA COLONIA

ROYAL BRIARD — VIRELLE — INSOUCIANCE

denotan la distinción que, en el arte de la perfumería, han conseguido nuestras producciones universalmente.

1/4 de litro de AGUA DE COLONIA ATKINSON equivale a UN LITRO de agua alcoholizada. Recomendamos nuestros envases de 1/8 y 1/4 de litro por ser los más favorecidos por los impuestos.

LOHIGORRY Hnos.
Sarandí, 450. Montevideo R. O.

JOSE GONZALEZ y Cía.
Salta, 470. Buenos Aires.



Concurrentes al banquete con que obsequió monseñor Ponce, vicario forense, al Gobernador, autoridades provinciales y obispo de Cuyo, monseñor Orzali, festejando el aniversario del santo patrono de la ciudad.

EL NOVIO DEL TRANVIA NUMERO 79



Hace años que no he hablado con Imre Benedek. Esta tarde nos hemos encontrado en el tranvía número 79. Estamos sentados junto al cristal, uno frente a otro.

Yo. — ¿Cómo te encuentras?

El (*con el rostro radiante*). — Maravillosamente bien.

Yo. — ¿A quién llevas esas lindas flores?

El (*con orgullo*). — No es a mi abuela.

Yo. — ¿Es guapa?

El. — Una maravilla.

Yo. — ¿Casada?

El — (*llamándome al orden*). — Una muchacha soltera, distinguida.

Yo. — ¡Supongo que no vas a casarte!

El. — ¿Por qué no he de casarme? Tengo tres mil coronas mensuales. Y un piso. ¿Conoces a Arányi, el de nuestro Banco?

Yo. — No.

El. — El pobre viejo está muy mal. Si se muere, ascenderé a cajero. Gracias a Dios, tengo suerte en todo. Además el padre de Aurora es un hombre rico, muy rico.

Yo. — Que sea enhorabuena, amigo.

El. — Gracias. Aunque la cosa no es todavía pública. Es un asunto arreglado, pero que no se ha hecho público aún.

El cobrador. — ¿Hacen el favor de los billetes?

El. — Abonado.

Yo. — Pase.

El cobrador. — Gracias (*se va*).

El. — La muchacha es muy guapa. El viejo tiene dos casas en el Gran Bulevar. Aurora es hija única. En estos últimos tiempos el viejo ha ganado mucho en la Bolsa; es un antiguo usurero; pero a mí eso qué puede importarme. No me caso con él, sino con su hija, ¿no es cierto? Te digo que el viejo se opone a la boda; pero Aurora... (*Se calla y acaricia suavemente las flores.*)

Yo. — ¡Oh, el amor!

El. — Sí, esa es la justa palabra.

El conductor. — ¡Puente Margarita, lado de Pest!

(*Llegan nuevos viajeros, sentándose junto a nosotros una señora gruesa y otra delgada. Las dos damas prosiguen una conversación ya comenzada.*)

La gruesa. — Aurora no me dijo nada el otro día.

La delgada. — Porque la cosa no es todavía pública.

La gruesa. — ¿Y qué es él?

La delgada. — Han tenido muy buenos informes. Está en un Banco, y ascenderá pronto a cajero.

La gruesa. — Es un buen empleo.

La delgada. — Sí.

Yo *miro a Imre Benedek.*

El *me hace señas con los ojos para atender a nuestras vecinas.*

La gruesa. — Tiene un piso.

La delgada. — En estos tiempos es un verdadero premio gordo.

Yo *miro sonriendo a Benedek, cuyo rostro irradia orgullo.*



HAY QUE SER GALANTE CON LAS DAMAS — ¡Ay! ¡He perdido un anillo!...

LA GRUESA. — Aparte de eso, es fácil que encuentren un piso mayor en una de las casas del viejo.

LA DELGADA. — El viejo, acá para *inter nos*, ha robado bonitas sumas.

YO *miro a Benedek.*

EL *me hace señas de que es indudable que se trata de él.*

LA GRUESA. — ¿Y es tan grande el amor?

LA DELGADA. — ¡Colosal!

El rostro de EL *resplandece de orgullo de un modo asqueante.*

LA DELGADA (*después de una breve pausa*). — Pero sólo por parte del joven. Me han dicho que Aurora no puede sufrirlo al pobre.

YO *miro a Benedek a hurtadillas.*

EL *se pone rojo.*

LA GRUESA. — ¿Qué no puede sufrirlo? ¿Por qué? ¿Sigue enamorada del teniente?

LA DELGADA. — ¿Acaso no tiene razón? El teniente es un hombre espléndido, que da gozo mirarle. Cuando ocurrió la desgracia, el viejo habló con él; pero el teniente no estaba dispuesto a casarse.

LA GRUESA. — ¿Y el novio lo sabe?

LA DELGADA. — No sabe nada. Figúrate tú; aun después de lo ocurrido, Aurora no será su mujer sino bajo las amenazas del viejo usurero.

LA GRUESA. — ¿Tan feo es el novio?

YO *miro a mi amigo Benedek.*

EL *se muerde los labios y mira atentamente las casas del bulevar Margarita.*

LA DELGADA. — Según Aurora, no sólo es feo, sino que además, tiene la cabeza hueca y es un ente desagradable. Y enfermo. Parece ser que padece una grave enfermedad, pero que él mismo lo ignora, pues su familia y los médicos se lo ocultan.

YO *miro a Benedek a hurtadillas.*

EL, *en su dolor, estruja las flores.*

LA GRUESA. — ¿Y cómo se llama el joven?

LA DELGADA. — ¿Qué cómo se llama?... Espera, voy a decírtelo en seguida. He anotado su nombre, pues he prometido tomar informes suyos. (*Revuelve en su bolso.*) Sólo recuerdo que su apellido comienza por B...

EL *está pálido como un muerto. Su frente bañada por el sudor. Inclina su cabeza contra el cristal de la vidriera.*

LA DELGADA (*de pronto*). — ¡Ya está! Bien segura estaba de que el apellido comenzaba por B. Se llama Pedro Balog, y vive en la calle Mester.

EL (*lanzando un suspiro de consuelo*). — ¡Gracias, a Dios!

(*La gruesa y la delgada no comprenden lo que le ocurre a aquel señor que está sentado junto al cristal. Imre Benedek se levanta, y apenas si se despide de mí: su novia vive en la plaza Széna. Al salir del tranvía se enjuga el sudor de su frente. El tranvía da una vuelta, pero sigo viendo un momento a Benedek, que, después del tormento sufrido, camina tranquilo y con ágiles pasos hacia una casa de la plaza. En la puerta se detiene un instante y arregla las estrujadas flores. Veo su rostro, que ha vuelto a irradiar satisfacción. En aquel mismo momento la señora delgada acerca el papel más a sus ojos y dice;*)

LA DELGADA. — ¿He dicho Pedro Balog?... Es un error... Ese es, seguramente, el nombre del nuevo sastre... Más abajo hay escrito otro nombre... Imre Benedek... Sí, ahora lo recuerdo; el novio de Aurora es un tal Benedek.

BÉLA SZENES

El mozo al comensal dispéptico, que no ha tomado sino eche. — ¿Escarbadientes, señor?



—¡Claro! Está orgulloso porque va comiendo dulces y lo siguen las moscas...

SAN IGNACIO (*Misiones*). — *El Nuncio apostólico, monseñor* B. Cardinale, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por el señor Angel Echenique, durante su visita a esta ciudad.

Batería Ford de 13 placas

$ 82.—

6 volts

80 amperes-hora

LA MEJOR BATERIA PARA EL FORD

Los dueños de coches Ford deben comprar esta batería en la seguridad de que es la mejor batería que se construye para el Ford.

Sus trece placas le dan una capacidad mayor que la de las baterías comunes, en tanto que su perfecta construcción y aislación le aseguran más larga vida.

Como ha sido construida especialmente para Ford por los mismos ingenieros que construyen los coches, es la que más fácilmente pone el motor en marcha.



RESISTENCIA (Chaco). — Grupos de alumnas de la Academia de Bordados que rindieron brillantes exámenes finales obteniendo el título de profesoras.

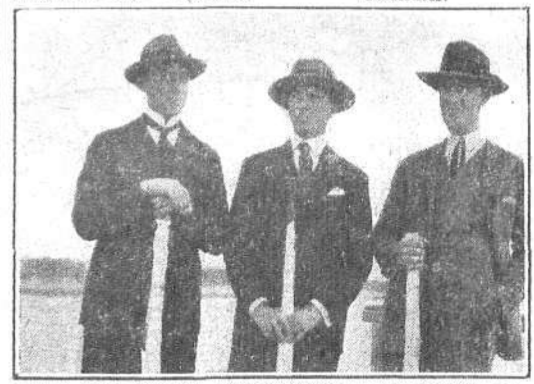
Notas varias



Señorita María Antonia Erpen, que obtuvo en los exámenes de la Academia local, medalla de oro.—Entre Ríos.



Señor Ramón Claus, ganador del premio "Caras y Caretas" en el concurso de tiro local. Corrientes.



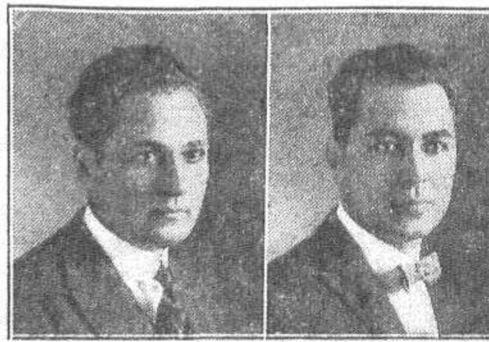
Señores Adolfo Figueroa, José del Mónico y Eduardo Frick, ganadores del primer premio en el Campeonato de la Bandera. Resistencia.



Tomás Luciano Leiva, egresado del Instituto General y Técnico de Cuyo con brillantes clasificaciones.



Señor Arnaldo Barzanti, cuyos experimentos sobre "resurrección de perlas han llamado la atención a los peritos extranjeros.

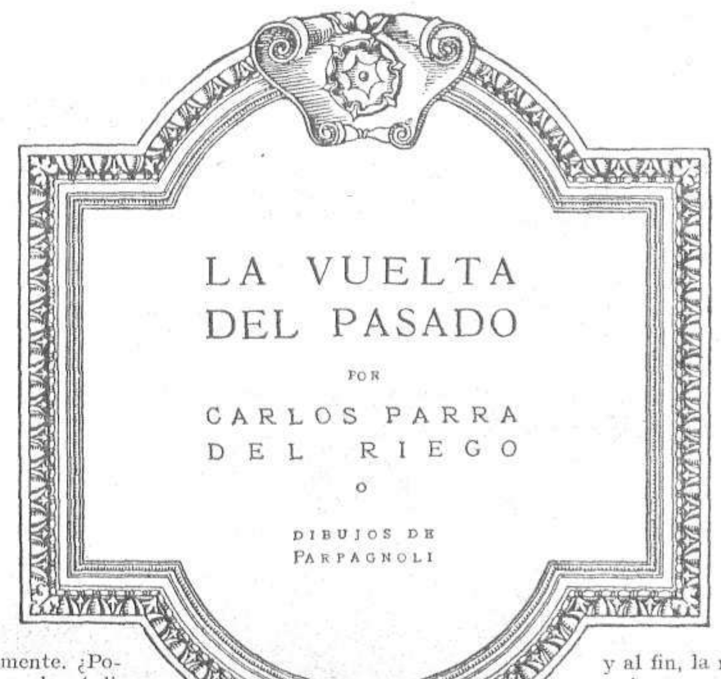


Señor Emilio Dematteis. Señor Atilio Dematteis.

Esgrimistas argentinos que obtuvieron una brillante actuación en el torneo internacional de esgrima realizado en Arenzano. (Italia).


En todo el mundo se usan
las Armas, Munición y
Cortaplumas Remington UMC
Al adquirir sus armas de caza, munición, etc., prefiera Vd. artículos de prestigio y bien conocidos, sobre los de fabricación y calidad desconocida.
Tratándose de Armas, Munición y cortaplumas, decídase por los fabricados por una Compañía de verdadera gran reputación internacional.
Los Productos REMINGTON UMC gozan de la confianza de los grandes deportistas de todo el mundo, desde hace 108 años.
Están en venta en todas las casas del ramo.
Exija siempre la marca REMINGTON
REMINGTON ARMS COMPANY, INC.
25, Broadway, New York, E. U. A
Representantes:
DONNELL & PALMER
Moreno, 562
Buenos Aires.
REMINGTON
UMC

RESISTENCIA (Chaco). — Vista parcial del salón donde se realiza la 1.ª Exposición Algodonera organizada por la Cámara de Comercio e Industria local.



LA VUELTA DEL PASADO

POR

CARLOS PARRA DEL RIEGO

DIBUJOS DE PARPAGNOLI

El pasado volvía, turbando la quietud egoísta de sus sueños maduros; volvía con su carga de recuerdos punzantes, de dolores viejos y tristezas muertas. Ernesto Morín, con la carta entre las manos, reflexionó hondamente. ¿Podía acaso, rechazar la súplica postrera de la muerta? No, ciertamente. Pero, a su vez, ¿no estaba en el derecho de hacer oídos sordos a todo lo que se relacionara con ella? El dilema era cruel, angustioso, apremiante. Buscando la manera de decidirse por una u otra determinación, retrocedió en el tiempo hasta los primeros años de su matrimonio. Recordó, un sí es no es conmovido, los días románticos de su noviazgo. El tenía 21 años y ella apenas diez y siete. Se juraron amor eterno, mirándose en los ojos, viviendo por momentos, más allá del mundo y de las cosas. Luego, la ceremonia nupcial, la luna de miel y la prolongación de ésta, que ella se encargó de interrumpir abandonándolo. Sí, él no podía acusarse de nada en su vida conyugal. Fué bueno, con esa bondad de los que aman de veras, hecha de sinceridad, de abnegación y de confianza. Estaba, pues, exento de remordimientos.

Sin querer, dejóse arrastrar por la melancolía de los recuerdos. Se vió, ansioso, enorgullecido de amor, junto a la cuna donde dormía su hija — la misma que ahora volvía a él, cual una intrusa — y sintió casi, pegada a la suya, como otrora, la cara de «ella». ¡Su hija! Era apenas un muñeco de dos años, cuando la vió por última vez. Y ¡qué linda le parecía entonces, y cómo la adoraba! Meditó amargado sobre lo que pudo ser su vida, si «ella» no lo hubiese abandonado. ¡Oh, sí! El tendría un hogar, con risas de niño y tibiezas de nido. Pero Dios o el Destino no le depararon tal ventura. ¿Qué fué su vida desde el día en que «ella» lo abandonó? Al principio, un dolor tremendo, de esos que acoquinan y embrutecen; luego, frío, egoismo, la nada en su corazón.

Aun a riesgo de causarse nuevas tristezas, revivió la última escena de su desventurado romance. Como en las novelas, él lo ignoraba todo. ¡Era tan bueno, tan confiado, además!...

Un día salió de viaje, obligado por las circunstancias. Se separó de los suyos con grandísima pena; y cual si hubiera presentido el futuro inmediato, la besó con tristeza húmeda de lágrimas, y besó también a su hija, con un desgarramiento de infinita ternura. Después vinieron las cartas, las cartas engañosas; luego las que se escriben con desgano, por salir del apuro, y al fin, la nota breve, seca, concisa, anunciándole la huída para buscar una felicidad quimérica que él no supo darle.

Mas vinieron los años cicatrizantes, los años que todo lo borran, aun lo que parece indeleble en la memoria. Y él olvidó, porque puso todo su empeño en ello, llegando por tal camino a la indiferencia absoluta. De aquel paréntesis sentimental de su vida, conservó un retrato de su hijita. El mismo no sabía explicarse por qué había guardado ese retrato, cuando su intención fué romper o destruír lo que pudiera significar un vínculo con el pasado. Después de todo, pensó, un retrato de niño es una bella imagen que no lastima a nadie. Por otra parte, no le daba ningún valor emotivo.

Releyó la carta con mayor atención. Decía, lo que se dice en tales casos: súplicas de perdón, para los yerros cometidos, por los padecimientos sufridos, y al fin, lo definitivo, lo que lo tenía caviloso y preocupado: el encargo de recibir y cuidar de la hija de ambos. Relacionando fechas, pensó por primera vez en que su hija, la desconocida, era ya una señorita de veintiún años. El deseo de conocerla, casi tanto como el mandato de la compasión, lo decidieron a aceptarla a su lado. Sin darse el trabajo de pensarlo mejor, y excusando su flaqueza con la idea de que salvaba de la miseria, tal vez del vicio, a una criatura humana, escribió, contestando que «podía venir».

Se tumbó después sobre el respaldo del asiento, y dejó vagar la mirada, pensativo y melancólico.

* * *

Parada en el umbral de la puerta, tímida, casi balbuciente, pronunció:

— ¡Papá!... ¿Es usted mi papá?

Dió un vuelco en el asiento. Lívido, conmovidísimo, volvióse a mirar a quien así le hablaba. Aquella voz, aquellos ojos, le recordaban demasiado vivamente a la «otra», a la que él creía desaparecida para siempre en su memoria. Por un momento sintió que el

corazón se le subía a la garganta. Era el pasado que volvía, llamando a las puertas de su corazón.

— ¡Sí, soy yo!... ¡Pase usted! ¡Entra, hija mía! — dijo, reponiéndose un poco.

Se acercó a la muchacha, la tomó con dulzura de las manos, y la atrajó al sofá. Mirándola de cerca, le pareció aún más saltante la semejanza con la muerta. La forma de la cara, la boca, los cabellos endrinosos y brillantes y aquella manera de mirar, soslayada e ingenua, eran de su mujer. Era un sarcasmo feroz del destino, devolverle en su hija, al cabo de tantos años, la imagen, la que él quiso olvidar para siempre.

Ninguno de los dos se atrevía a romper el embarazoso silencio.

— ¡Luisa, no?

— Sí, Luisa, pero todos me llaman Lucita.

El contuvo la pregunta en los labios. ¿La llamaría «ella» así?

Hubiera querido ser más explícito y hablar claramente con su hija, interrogarla sobre una multitud de detalles relacionados con su vida anterior, con su instalación en su casa; pero juzgó prudente dejar esas cosas para después.

— Bien — dijo. — Ahora subiremos al piso alto donde he ordenado que preparen tu habitación. Espero que no tendrás que quejarte de nada.

— ¡Oh, no, papá; es usted..., eres muy bueno.

— ¿Has traído equipaje? — preguntó.

— Sí; aquí tengo las fichas. Dos baúles con recuerdos familiares de los que no he querido separarme. He dejado en el hall, además, mi valija de mano.

— Bien, bien. — Extrajo su reloj del bolsillo y consultó la hora. — Son las doce menos cuarto — la dijo. — Tienes tiempo para arreglarte y descansar un rato, si lo deseas. Aquí almorzamos a las doce y media.

Tocó el timbre y le ordenó a la criada que la condujera a su habitación.

Cuando estuvo solo, no sabía si arrepentirse o congratularse por lo hecho. Al punto comprendió que, por lo menos, durante los primeros días, no podría mirar a su hija con agrado, ni siquiera serenamente. Era demasiado parecida a su madre, en la época en que la conociera y la amara. Sí, así fué «ella»; sin nada que añadirle ni que quitarle. Por otra parte, preocupábanle sus nuevas e imprevistas funciones paternales. Habituado a las libertades de los solterones, se le hacía violento acomodar su tiempo, cambiar, en suma, de método de vida. Porque, aunque no era desarreglado en sus costumbres, placíale recibir de cuando en cuando, visitas de actrices y de bohemios, de toda esa gente que pertenecía a su mundo, y en el cual, aunque retirado, continuaba viviendo todavía.



A la hora del almuerzo, volvieron a encontrarse frente a frente. Morín advirtió que su hija tenía mucho señorío en sus modales. La charla, por más esfuerzos que hacían ambos, no llegaba a adquirir ese tono de confianza, propio de las personas íntimamente unidas por la sangre. El estaba cohibido, luchando con su embarazo, pues comprendía que, sin quererlo, su actitud correcta y mesurada le hacía daño a su hija.

Después del café, la tomó del brazo y la acompañó a recorrer la casa. Una por una le fué enseñando las habitaciones. Pasaron del saloncito de música a la biblioteca, se asomaron a la terraza y luego bajaron al jardín. Este, aunque no era muy grande tenía muchos y muy bellos rincones, ocultos entre árboles de espesa fronda. Bajo su brazo, sentía la presión cariñosa del de su hija. Conmovido por la dulzura melancólica del sol invernal, sintió que por un momento se olvidaba de todo, para pensar únicamente en que tenía a su lado a su hija, a la que sería en adelante la compañera de su vida.

— Esto es bellísimo, papá — exclamó Luisa entusiasmada. — Yo siempre he soñado con una casita con jardín.

— Pues ya tienes realizado el sueño.

Sonrió con melancolía, mascó nerviosamente la punta del cigarro, y lo arrojó en seguida.

Terminaron el paseo antes de lo que pensaron.

En la biblioteca, Morín la dijo:

— Eres ya una señorita, y supongo, por lo tanto, que usarás con medida la libertad que te doy. Para todo lo que necesites, recurre a María, la criada, o si lo prefieres, a mí.

— ¡Gracias, papá! — murmuró ella, impresionada, casi tanto por la dádiva como por el tono frío con que se la ofrecía.

Uno con otro fueron hilvanando los días, en aquellas existencias tan vinculadas y desunidas al mismo tiempo. Aparte de las horas de las comidas, raramente veía Morín a su hija. Y, aunque Luisa era poco menos que una huéspeda en casa de su padre, advertíase en ella la presencia de una mujer. Los búcaros con flores nuevas, el arreglo de la mesa, un cierto no sé qué, coquetón y mujeril, delataban la exquisita diligencia de unas manos femeninas. Morín parecía no advertir esto, o en último término, pasábalo por alto. Se mantenía en su actitud mesurada. Y es que no se libraba de ver en su hija la imagen de la «otra».



Habían transcurrido diez días y las cosas continuaban para ambos como al principio. Al atardecer de un día mojado y lancinante, Luisa se sentó al piano para aliviar la tristeza que pesaba sobre su corazón. El frío que le comunicaba su padre a aquella casa, aumentaba su soledad. Dejó vagar los dedos por el teclado sonoro; luego, acordándose de su madre, comenzó a tocar uno de esos aires populares de Grieg, a los que era muy aficionada la pobre muerta. Sus dedos imprimían a las notas extraña dulzura. Creía ver sobre el atril del piano, la cara melancólica de su madre.

La presencia intempestiva de Morín, la sacó bruscamente de su éxtasis piadoso.

— ¡Oh, por favor..., no toques eso!

Se quedó perpleja, sin saber qué actitud tomar.

— ¡Perdóname — balbuceó confusa, — no creía que te disgustaba la música!

Morín estaba pálido.

— Sí, en efecto: no me disgusta..., pero Grieg es insoportable.

Ella adivinó la causa de tal disgusto. ¿Acaso no era aquélla la música favorita de su madre? Comprendió que el rencor de su padre se reavivaba con el recuerdo.

Cuando Morín la dejó sola, reclinó la cabeza sobre el piano y rompió a sollozar. Aquello era demasiado para su sensibilidad. Estaba dispuesta a pasar trabajos, a soportar las peores humillaciones, aun las más crueles, siempre que vinieran de extraños. De su padre no podía tolerar el desamor, ni menos el odio que éste profesaba a la memoria de su madre.

Aquel incidente unido a otros muchos igualmente simples, mas no por eso menos crueles para ambos, determinaron a Morín a enviar a su hija a un pensionado de señoritas en el extranjero.

Cuando se lo propuso, ella le replicó, sin dejarlo continuar:

— Iba a pedirte, precisamente, que me dejaras volver. Acepté venir a tu lado, porque mamá me lo pidió agonizante. Sólo por eso vine. Presentía tu odio, el rencor que le guardas a mi madre, y que yo no puedo sufrir, porque era el único ser que me amaba de veras. Me odias porque me parezco a ella, porque mi cara, mi cuerpo, mi voz y mis ojos, son como eran los de ella, cuando... se fué de tu lado.

Se interrumpió para llorar, ocultando la cara entre las manos. Siguió hablando, trémula, sollozante:

— Pero, sábelo de una vez: era buena, casi una santa. Si cometió... un pecado, muy caro lo pagó después, Sufrió mucho, muchísimo; su arrepentimiento conmovería a las piedras. Y me enseñó a amarte y a respetarte. Paso por paso seguimos tu vida, al través de informaciones de toda índole. Sabíamos dónde estabas, cuáles fueron tus triunfos y cuáles tus amarguras; conocíamos a tus amigos, y yo te quería ya, porque ella me repetía siempre que

eras bueno... Añadió, sarcásticamente:

— Se equivocaba la pobrecita. En tu corazón seco y frío, no hay cabida para la ternura.

Morín temblaba, mudo, pálido. Aquella inesperada revelación lo conmovía profundamente. ¿Sería posible, ¡Dios Santo! que lo hubiese amado aun después de abandonarlo?

— Pero, ¿de veras... es cierto que se acordaban ustedes de mí? — balbuceó.

— Sí, por desgracia — replicó sordamente. — Ahora déjame que me vaya; dispón lo necesario para mi viaje. Será lo único y lo último que te pida. No oirás hablar más de mí. Volveré a la modestia y al silencio en que he vivido siempre; pero volveré tranquila, libre de tu odio y de esta soledad rencorosa que me rodea.

Los sollozos quebraron la voz en su garganta.

Morín sintió que de lo íntimo de su ser surgía un extraño sentimiento, mezcla de compasión, de ternura y arrepentimiento.

Aquella mujercita emocionada, que le echaba en cara su dureza con palabras severas y dignas, era su hija, carne de su carne, la misma criatura gordezuela y sonriente del retrato que guardaba.

¡Insensato rencor, insensato orgullo que le cerraba las puertas de su propio corazón, impidiendo que hasta él llegara purificador y dulcísimo rocío de lágrimas!

— ¡Hija mía, — sollozó — perdóname, porque yo también he sufrido mucho. He sufrido mucho, porque mucho la amé, porque las amaba... ¡Si vieras cómo pensaba en ti cuando eras pequeñita! No podía ver a un niño sin que el corazón se me oprimiese. Y los adoraba, porque en cada uno de ellos te veía. Hay cosas que sólo alcanzarás cuando seas madre; entonces volverás a vivir en tus hijos. El amor a los hijos, el amor a los seres que creamos, hecho de abnegación y de orgullo, tenía en mi corazón raigambres de un exquisito sentimentalismo. Déjame que te lo repita otra vez: las amaba apasionadamente. Tú y tu madre érais los únicos seres que existían para mí sobre la tierra. Cuando jugaba contigo, era como un niño grandullón, cuyas travesuras extraordinarias provocaban tus risas. ¡Con qué alegría te llevaba sobre mis hombros, y cuánta era mi dicha si lograba arrancarte gritos de júbilo! Por las noches, viéndote dormir, con esa expresión inefable que tienen los niños cuando duermen, pensaba en Dios y lo bendecía, por la miel de ternura que derramara en mi corazón. Alguna vez te acunaba entre mis brazos rudos, para que tu cuerpecillo frágil y sonrosado como pétalos de rosa, le comunicara a mi pecho su tibieza de ave. Mudo de asombro asistía al maravilloso despertar de tu inteligencia. Todo te llamaba la atención. Cogías los objetos con tus manecitas torpes, y los mirabas y remirabas con los ojuelos brillantes de curiosidad. Cada objeto, cada cosa, tenía para ti revelaciones sorprendentes. Luego aprendiste a distinguirlos y a llamarlos con diversos nombres. En tu vocabulario balbuciente y delicioso, figuraban las más grotescas y encantadoras glosolalias. Luego aprendiste también a querer. Acaso fuí yo, tu buen compañero de juegos, el preferido. Y es que todo lo mío era tuyo. Buena cuenta dabas de mis libros, de mis plumas, de mis papeles para escribir aquellos lindos garabatos con que le pedías a Dios juguetes y dulces.



En mis noches de vela, pensaba siempre en ti, hija mía. Paso por paso seguía tu existencia en el futuro.

Veíate crecer, lozana y fresca como una flor, esparciendo en mi espíritu calor y fragancia primaverales.

Y un día me dejaron solo... Todo lo perdí en un momento: hogar, esposa, hija.

Espantado del frío de soledad que puso el dolor en mi vida, busqué inútilmente el arrimo de ajenas ternuras, las que me robaron... Luego, el enardecimiento de la lucha cotidiana, la amargura de mis desastres y el cansancio de mis triunfos, lapidaron mi corazón: una capa de polvo y de ceniza lo cubrió. Sin embargo, ¡oh humana flaqueza!, cuando veía a una niña, preguntábame inquieto:

— ¿No será ésta la mía?

Y yo mismo me respondía:

—¡Quién sabe!

Pero olvidaba en seguida, porque quería olvidar. Toda mi fuerza residía en eso: en no querer acordarme del pasado. ¿Comprendes ahora? Luché conmigo mismo antes de recibirte. ¿Cómo aceptar en la intimidad — decíame — a un ser casi extraño, educado en escuela de odio hacia mí? Además, cuando te vi, creí ver a tu madre, y con ella, el pasado redivivo. Pero ahora que has reanimado mi corazón infundiéndole calor y dulzura, soy yo el que reclama piedad...

La tomó de las manos y la besó en la frente. Sentíase descargado de un gran peso, cual si de pronto hubiera echado de sí una carga que le oprimía.

— Quédate conmigo, hija mía. Tú seras el báculo de mi vejez. La vida sólo es bella cuando amamos de veras. Si aun me guardas rencor, perdóname y olvida, como perdono y olvido yo.

Ella murmuró bajito:

— ¡Papá..., papá!... ¡Qué bueno es sentirse querida!



Comentarios



En la Cámara ejemplar
todo es digno de elogiar,
como lo demuestran varios
piropos parlamentarios
que podemos recordar.




— Ese ministro que se fué es un flojo.
— Es usted un felón y un insolente.
— ¡Voy a romperle un diente!
— ¡Voy a saltarle un ojo!

— Le descubren la matufia
y usted se queda tan fresco.
— ¡Ese es un lenguaje rufia-
nesco!
— ¡Todo eso es pura macana!
— ¡Qué actitud tan oratoria!
— ¡Imbécil!
— ¡Babieca!
— ¡Zana-
goria!

— ¿Qué es el oficialismo?
¡Vergüenza y corrupción!
— ¿Qué es el personalismo?
¡Envidia y confusión!



— Si alguien lo ignora,
pronto sabrá
lo que es ahora.
— ¿Se atreverá?
— ¿Que si me atrevo?
Pues lo diré:
¡Es un malevo
de comité!

— ¡Si todos los que vienen se van corriendo!
¡Si todos los que vienen son una manga
de tipos inservibles, como están viendo!
¡Si son unos ministros de morondanga!

— Ese presidente, con su camarilla,
no me va a embromar.
Ni con campanilla ni sin campanilla
dejaré de hablar.

— ¡Que calle ese otario
que en todo se mete!
— ¡Sectario!
— ¡Panete!
— ¡Sicario!
— ¡Zoquete!




— Su discurso extemporáneo
no me ofende. Yo me río
de los hombres con el cráneo
completamente vacío.

— A denunciaros vengo
que Fulánez no sabe ni escupir.
Y me callo. No tengo
nada más que decir.

— ¡Me ha llamado pavote!
— ¡Qué gran cosa!
Esa es una expresión muy cariñosa.

— Les ruego que sean sensatos.
— ¡Aquí no queremos censores!
— La Cámara hoy día, señores,
parece una bolsa de gatos.
Y juro, colegas, que siento
hablarles de un modo tan duro.
— El gato es usted, de seguro.
— ¡Que calle ese gato al momento!



— Partido dirigido
por gente que alborota,
hoy ya no es un partido;
hoy es una patota.

— Esos vocablos groseros
no hacían ninguna falta.
— Ni pueden aparecer
en la versión taquigráfica.
— Conceptúo necesario
que tachen esas palabras.
— ¡Que las tachen!
— ¡Que las tachen!
— Está bien. Serán tachadas.
— ¡Y dicen que todos ellos
son individuos sin tacha.!

MONOS DE MACAYA

Correo sin estampilla.

N. E. B. — Buenos Aires. —
Con el fin de hacer honor
a ese engendro literario,
nos parece necesario
un horno incinerador.

R. A. V. — Buenos Aires. —
Obre con reserva,
tacto y precaución
antes que le hierva
la imaginación.

E. D. H. — Buenos Aires. —
Llama «pulsar la lira»
a escribir unos versos desgraciados.
¡Oh! «La exageración es la mentira
de los hombres honrados.»

Mica. — Buenos Aires. — No.

H. B. — Buenos Aires. —
La esposa es muy sensible,
y tiene un papagayo, un perro y un zorzal,
a quienes el esposo juró que, a ser posible,
les cortaría el cuello. ¡Figúrense qué lúgubre
tragedia conyugal!

Q. D. — Buenos Aires. —
Arreglarla es necesario,
ya que, ¡oh pichón de estilista!
más que prosa de alquimista,
es prosa de boticario.

A. T. D. — Buenos Aires. —
Alguien le ha dicho que su talento
es un talento muy superior.
Y él se imagina que es un portento,
¡Pobre señor!

Jones. — Buenos Aires. —
No es que «Jones» cultive el lirismo
y le dé por ser grave y formal;
es que «Jones» escribe lo mismo
que otros muchos que escriben muy mal.

J. J. L. — Buenos Aires. —
Esas puerilidades
no las han dicho nunca los abades.
Y las macanas esas
no las pueden decir las canonesas.

G. — Buenos Aires. —
Sus poesías suelen ser,
sin duda alguna, interesantes,
pero las echan a perder
algunos ripios coruscantes.

Esc. — San Martín. — No.

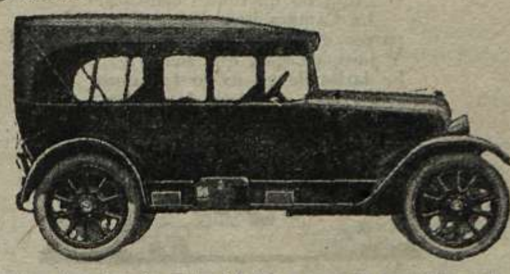


1.º — Desde la fecha y hasta el 8 de Noviembre queda abierto el concurso 28 de CARAS Y CARETAS.

2.º — Para tomar parte en este Concurso es indispensable llenar el cupón que va al pie de estas páginas, escribiendo con claridad el nombre completo, apellido y dirección del remitente y la cantidad de granos de maíz que éste calcule contiene la botella del aperitivo Quinado **"Kalisay"**, que se ha llenado hasta la parte superior de la etiqueta amarilla, y se ha depositado en la escribanía de los señores Leopoldo Frigoni y José Roberto del Río debidamente lacrada y sellada con todas las formalidades de práctica y cuyo facsímile publicamos.

3.º — Pueden también enviarse las soluciones escritas al dorso de las etiquetas amarillas de las botellas de aperitivo Quinado **"Kalisay"**.

4.º — Se adjudicarán los trescientos premios siguientes:



Primer Gran Premio: Valor $ 5.750. m/n. — Un magnífico Automóvil Fiat Colonial Torpedo, nuevo modelo de lujo 501, motor 10-15 H.P., arranque y alumbrado eléctrico. Coche dotado de todos los adelantos modernos, con capacidad para cinco pasajeros, adquirido en la casa FIAT, en cuyas vidrieras se exhibe.

LISTA DE PREMIOS

Primer premio: Un automóvil **Fiat** Colonial Torpedo, para cinco pasajeros, motor 4 cilindros 10-15 H. P., arranque y alumbrado eléctrico, completamente equipado valor, ... $ 5.750. —

Segundo premio: Un regio dormitorio de la conocida casa **Lorenzini y Peretti**, de roble y raíz de olmo, compuesto de 9 piezas, valor................$ 1.700. —

Tercer premio: Un soberbio piano de la célebre marca alemana Goers y Kalmann adquirido en la casa **Lottermoser**, valor........................$ 1.300. —

Cuarto premio: Un piano **Lottermoser**, de la casa del mismo nombre, valor..................$ 1.200. —

Quinto premio: Un precioso pendantif de brillantes, engarzado sobre platino, adquirido en la conocida casa **El Trust Joyero Relojero**, valor..........$ 1.000. —

Sexto premio: Un sulky «Eureka» N.º 120, color natural, ruedas de 52 pulgadas, con guardabarros, y elásticos de pinceta, de la firma **Juan y José Drysdale y Cía.**, valor...........................$ 340. —

Séptimo premio: Un magnífico reloj pulsera para señora, de oro, platino y brillantes, adquirido en **El Trust Joyero Relojero**, valor..................$ 300. —

Octavo premio: Un magnífico reloj pulsera para caballero, de oro, adquirido en **El Trust Joyero Relojero**, valor....................................$ 300. —

Noveno premio: Un juego cubiertos de alpaca sellada insuperable, de la marca **Anezin**; en estuche de roble forrado de seda, compuesto de 106 piezas, de la casa **Anezin**, valor...........................$ 257.60

10.º premio: Una concertola de salón, N.º 5, de la casa **América**, modelo 1924, valor..........$ 250. —
11.º premio: Una máquina de coser y bordar de la casa **Singer**, valor..........................$ 220. —
12.º premio: Un anillo de oro 18 k. y brillantes para caballero, de **El Trust Joyero Relojero**, valor..$ 200. —
13.º premio: Un anillo de platino y brillantes para señorita, de **El Trust Joyero Relojero**, valor....$ 200. —
14.º premio: Un par de aros brillantes y diamantes, de **El Trust Joyero Relojero**, valor..........$ 180. —
15.º premio: Un juego de frascos para «toilette», compuesto de 9 piezas de cristal Bacarat, cortado, rosado, de la casa **Anezin**, valor................$ 172.60
16.º premio: 1 bicicleta de la famosa marca **Peugeot**, de la casa **Lehman y Cía.**, para señoritas, valor..$ 160. —
17.º premio: Una bicicleta íd., para niño, valor $ 160. —
18.º y 19.º premios: 2 juegos para servir helados, de metal plateado e interior dorado y cristal, compuesto de ocho piezas de la **Orfebrería Anezin**, a $ 125.90 c/u, valor....................................$ 251.80
20.º al 23.º premios: 4 juegos para servir te y café, metal plateado, marca **Anezin**, compuesto de 5 piezas, a $ 140. — c/u, de la casa **Anezin**, valor....$ 560. —
24.º al 26.º premios: 3 alfileres de corbata a $ 100. — c/u de **El Trust Joyero Relojero**, valor......$ 300. —
27.º y 28.º premios: 2 juegos para «toilette» compuesto, de 3 cepillos, 1 espejo, 1 peine, en un artístico estuche de la casa **Anezin**, a $ 90. — c/u., valor......$ 180. —
29.º al 36.º premios: 8 juegos de escritorio de cristal negro y bronce, compuestos de tintero doble, portacartas, secador, regla, cortapapel y limpia plumas, de la casa **Tamburini Lda.**, a $ **62.50** cada uno, valor $ 500.
37.º, 38.º y 39.º premios: 3 colecciones de 25 volúmenes encuadernados en tela de las conocidas ediciones de **La Cultura Argentina**, a $ 50. — c/u., valor..$ 150. —
40.º premio: Un gemelo especial para campo, de la renombrada marca **Busch**, del **Instituto Optico Oculístico Suvá**, valor........................$ 42. —
41.º premio: Una guitarra **América** N.º 3021, de la **Casa América**, valor.....................$ 42. —
42.º al 46.º premios: 5 aparatos de radiotelefonía a galena, con selector de onda, del **Instituto Optico Oculístico Suvá**, a $ 40. — c/u., valor..........$ 200. —
47.º premio: Una guitarra valenciana legítima N.º 3005, de la **Casa América**, valor................$ 39. —
48.º al 52.º premios: 5 aparatos fotográficos KODAK. de la casa **Suvá**, a $ 33.- c/u. valor... $ 165.—
53.º premio: 1 estuche «necessaire» de 14 piezas de marfil de **A la Ciudad de México**, valor... $ 29.90
54.º premio: Un estuche «necessaire» de 12 piezas de



Quinto premio, valor de $ 1.000 m/n. Un precioso pendantif de brillantes engarzado sobre montura de platino, adquirido en la acreditada casa: EL TRUST JOYERO RELOJERO.